
C. A. TODOROVA
LA ORDEN DE HERESHIA
COMANDANTES DE LA TORMENTA
salamandra

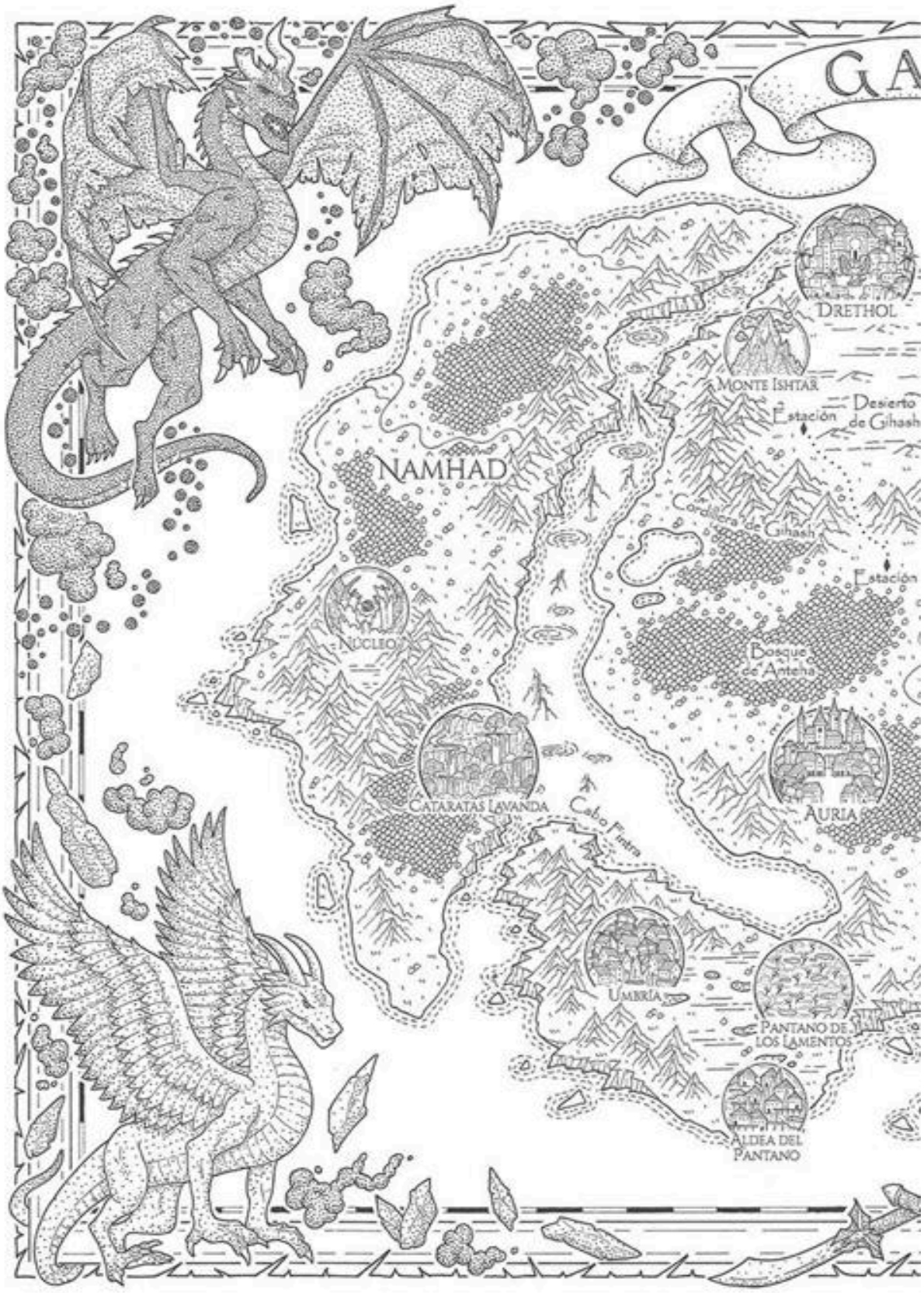
C. A. TODOROVA

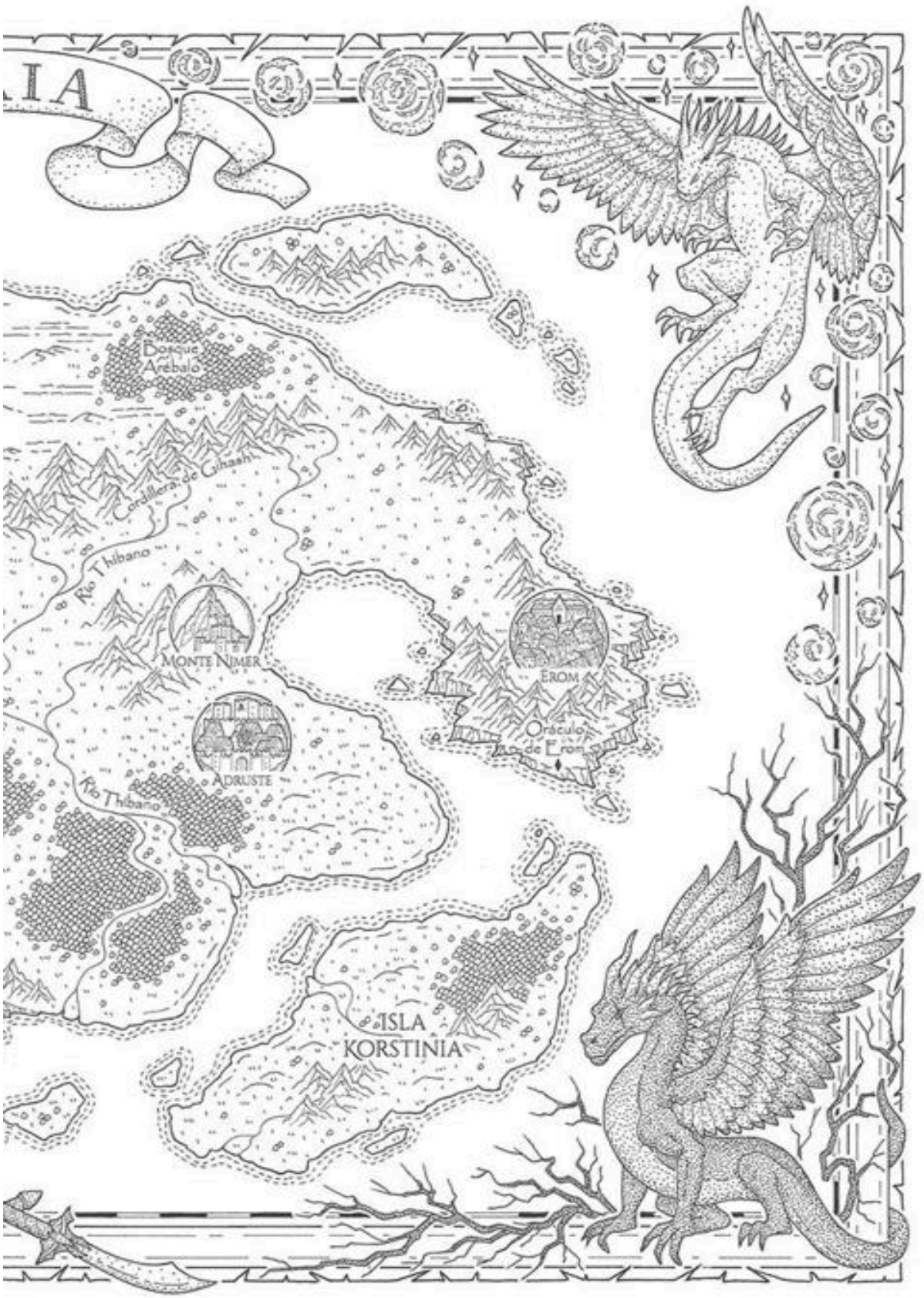
LA ORDEN DE HERESHIA

COMANDANTES DE LA TORMENTA

salamandra

Sangre maldita.
Sombra inmortal


GA
DRETHOL
MONTE ISHTAR
Estación
Desierto de Gihash
NAMHAD
Cordillera de Gihash
Estación
NÚCLEO
Bosque de Anteha
CATARATAS LAVANDA
Cabo Finstra
AURIA
UMBRÍA
PANTANO DE LOS LAMENTOS
ALDEA DEL PANTANO


Bosque
Arebalo
Cordillera de Cahash
Río Thibano
MONTE NIMER
EROM
Oráculo
de Erom
ADRUSTE
Río Thibano
ISLA
KORSTINIA

Prólogo



Los alaridos que provenían del interior de la habitación podrían haber sido los de un colérico y vengativo espíritu de una guerra pasada. Por el tono y la intensidad, hubiera sido fácil pensar que se trataba de alguna extraña criatura del desierto que se había colado en el palacio en mitad de esa árida noche para atormentar a la familia real. Sin embargo, aferrada a la mano de su madre, Azra intuía que no se trataba de ninguna de esas cosas.

—¿Por qué grita tanto, madre? —preguntó la niña, inquieta.

Todos parecían saber por qué, excepto ella.

El resto se hallaban reunidos en el pasillo. El rey caminaba de un lado a otro, frente a la puerta. Nadie osaba tocarlo. Detenerlo hubiera significado ser el receptor de su ira, y esta era peor que la más feroz de las tormentas de arena.

Thora, la primera esposa del rey, entornó los ojos, atenta a sus movimientos. La niña le dio un tirón en el brazo, impacientándose al ver que no respondía a su pregunta. La primera esposa bajó la vista hacia su hija, que la miraba fijamente.

—Dar a luz no es fácil, Azra.

La niña frunció el ceño.

—¿Qué es dar a luz?

Su madre la ignoró. No era el momento de dar explicaciones. Sus otros dos hijos no paraban de cuchichear, a apenas unos centímetros de ellas. Hubiera preferido estar en cualquier otro lugar, pero las cosas eran como debían ser.

Al oír un nuevo grito, el rey apresuró sus pasos.

—¿Indignada porque su majestad no os prestó la misma atención en vuestros partos, Thora?

Thora tensó la mandíbula y sintió la presencia de Karima, la segunda esposa del rey, a su lado.

—Al menos, a mí los dioses me han sido favorables, Karima. Todos mis hijos han superado su primer año de vida —espetó, sin vacilar.

La segunda esposa del rey siempre conseguía irritarla con sus comentarios, pero Thora no era conocida por dejarse amilanar. Sostuvo la mano de su hija con decisión y no apartó la mirada del rey, a la espera de nuevas noticias.

Karima apretó los dientes.

—¿Acaso no os indigna que el rey Adair le preste más atención a Mystral que a nosotras?

Thora no le hizo caso. Era sabido por todos que el rey solo estaba enamorado de Mystral, la tercera mujer que había tomado como esposa. Sin embargo, Thora jamás habría emitido queja alguna. Se limitaba a cumplir con su deber como esposa y madre.

Aquella noche, no muy lejos, pero oculta tras unas cortinas verdes, una sombra observaba la escena. Al ver el tan evidente nerviosismo del rey y la inquietud de todos los demás, soltó una

pequeña risa seca. Ninguno se había percatado de su presencia. Podía deleitarse con su angustia desde el anonimato.

Entonces, la niña miró por encima del hombro. La sombra se quedó rígida. No era posible que la hubiera oído, ¿cierto? Pero su cuerpo entero estaba vuelto hacia su escondrijo.

Azra frunció el ceño. Tuvo la sensación de que había un depredador al acecho. Pero antes de que pudiera decirle nada a su madre, los gritos cesaron.

La familia al completo se quedó de piedra, en silencio y a la espera, y Azra devolvió su atención a la puerta. La sombra relajó los hombros. Hasta el rey se había detenido al fin.

La puerta se abrió y el llanto de un recién nacido inundó el lugar. Una criada salió con un bebé envuelto en una toalla blanca, llorando con toda la fuerza que le permitían sus diminutos pulmones.

La sombra se fijó en el rostro rojo y arrugado del bebé y arqueó una ceja, quizá disgustada.

—Es una niña —anunció la criada.

El pasillo estalló en aplausos y celebraciones. Karima chasqueó la lengua al ver que el rey se acercaba de inmediato a su nueva hija, emocionado. Thora, por su parte, respiró más tranquila. Sus dos hijos seguían siendo los únicos posibles herederos al trono: en Drethol, la corona jamás iría a parar a una mujer.

La sombra gruñó para sus adentros.

Una niña.

Una princesa.

Si Zheitszoh hubiera estado allí, estaba seguro de que se habría reído en su cara. El destino no había podido elegir a alguien más inútil para él como enlace.

«No importa —pensó dando media vuelta. Saltó a través de una ventana y aterrizó en el patio sin hacer ni un solo ruido, actuando como el espectro que le gustaba ser—. Un enlace es un enlace. Mientras viva, el final será el mismo».

Capítulo 1

La doncella del hielo



El monte Ishtar era una exquisita delicia para la vista, siempre y cuando uno fuera lo suficientemente osado como para adentrarse en su gélido y despiadado interior. Ubicado en medio de un desierto, era todo un misterio cómo podía estar eternamente cubierto de hielo y nieve. A pesar de que el sol de Drethol siempre brillaba alto en el cielo, bañando las tierras en olas de calor, bastaba con acercarse a aquel monte para que la temperatura descendiera con brusquedad.

Las gentes de Drethol susurraban historias al respecto, siempre temerosas. El monte debía estar maldito por los dioses. ¿Cómo si no era aquello posible? Prácticamente nadie se atrevía a ir allí. No había asentamiento alguno a su alrededor. Pocos llegaban a acercarse a sus laderas, y menos aún lo hacían con la intención de adentrarse en sus cuevas.

Cyal caminaba con decisión, más que dispuesto a llegar a una de aquellas cuevas en concreto. En contra de todas las advertencias, el joven pisaba el monte Ishtar al menos una vez por semana. Después

de tanto tiempo, podía decir, y no sin cierto orgullo, que lo conocía como la palma de su mano.

Desde pequeño, su abuela le había prohibido acercarse al monte Ishtar. Pero a Cyal siempre le había llamado la atención aquella montaña de hielo. La veía en la distancia, desde su ciudad natal. Por alguna razón, era como si tuviera un hilo en la cintura que lo ataba al monte. Había intentado ignorar los tirones. Hasta que un día había cedido a la tentación y se había dejado arrastrar.

Se frotó las manos y exhaló aire a los dedos, tratando de aportarles algo de calor. Era lo único malo de aquel lugar: el frío. En especial para alguien acostumbrado a vivir en una ciudad que solo conocía un perpetuo, árido y seco verano.

El viento se alzó y revolvió sus mechones rubios. Cyal sacudió la cabeza, ignorando el lúgubre aullido del aire que atravesaba las grietas del hielo.

«¿Lamentos de los espíritus? —pensó, divertido—. ¿El monte Ishtar está habitado por el espíritu vengativo de un xieri? Venga ya».

Cyal se adentró en la cueva. El ruido de sus pasos, amplificado por el eco de las paredes, retumbó en sus oídos.

El joven consideraba que todo lo relacionado con los xieri eran leyendas y habladurías. Los xieri eran solo un nombre tras el que se escondían los horrores de la guerra que había asolado esas tierras trescientos años atrás. Nadie había vuelto a ver uno desde entonces. Y tenía sentido. ¿Cómo iba alguien a regresar de los muertos para luchar o para lo que fuera?

Si había algo imposible de revertir, eso era la muerte.

Los xieri no eran más que cuentos para asustar a los niños. Eran fábulas para aquellos que desobedecían a sus padres y salían de

casa cuando era de noche, para los que trataban de protestar y rebelarse en los mercados. Aun así, a Cyal se le escapó una sonrisa al recordar las palabras de su abuela, las historias de criaturas resucitadas que devoraban a los niños que no se dormían a la hora. Ella creía en esas supersticiones.

Pero su abuela también lo llamaba «príncipe». Cyal estaba tan lejos de ser un príncipe como de tenerle miedo a algo que no existía.

Esa incapacidad suya de creer en las supersticiones de su pueblo era precisamente lo que le permitía adentrarse en el monte Ishtar para extraer los tesoros que este escondía. La desesperación le había llevado a ello. Un año atrás, cuando una intensa sequía había destruido el huerto en el que él y su abuela trabajaban todos los días, Cyal había estado lo suficientemente desesperado como para atreverse a adentrarse en las cuevas. Pese a la prudencia que su abuela trataba de sembrar en él, aquella había sido su única esperanza de hallar algo que les permitiera seguir adelante después del desastre.

¡Y bien que lo había encontrado!

Cyal se arrodilló en un punto exacto y sacó de su vieja mochila de cuero un pequeño martillo oxidado.

«Abuela, no temas».

Era lo que le había dicho Cyal a su abuela al regresar, después de su primera excursión. Ella lo había mirado con reprobación, pendiente de los tercos copos de nieve atrapados en su cabello.

«El monte Ishtar no es tan malo. Ha traído pan a nuestra mesa, mira».

Su martillo golpeó algo. Cyal sonrió, satisfecho. Reconoció el melódico sonido al instante. Era justo lo que buscaba. Con

experiencia, extrajo la geoda roja con cuidado e ignoró el escalofrío que recorrió su cuerpo al tocarla.

Era drialita.

Cyal no comprendía muy bien la utilidad de aquel mineral, y tampoco le importaba demasiado. Lo importante era que se vendía a buen precio en el mercado negro. Una sola geoda bastaba para poner comida en la mesa durante bastante tiempo.

Sabía lo suficiente. La drialita se usaba en una especie de ritual para vincular a alguien con su draconiano, pero los únicos que podían tener draconianos eran la familia real y la nobleza. Para eso explotaban las minas de drialita en la cordillera de Gihash.

No había ningún otro lugar conocido donde se pudiera obtener drialita. Se realizaban arriesgadas incursiones para robarla de las minas a espaldas de los tenaces guardias reales, pues los ricos de Drethol siempre estaban dispuestos a pagar bien para conseguir vincularse a un draconiano. Sin embargo, Cyal no había necesitado arriesgarse de esa manera.

Nadie más sabía de la presencia de la drialita en el monte Ishtar.

Guardó la geoda, junto con el martillo, y se puso en pie, frotándose las manos para devolver la circulación a sus helados dedos. Tenía un par de contactos en el mercado y había tenido muchísimo cuidado con no revelar la verdad de su hallazgo. Todos asumían que la había robado de las minas de Gihash, por lo que trataba de evitar que lo vieran los guardias reales que patrullaban con frecuencia la plaza del mercadillo.

Escuchó pasos detrás de él. Tensó todos los músculos.

—Vaya, vaya. Así que esto es lo que te traías entre manos, ¿eh? —dijo una voz. Desgraciadamente, reconoció a Harkan al instante—.

Ha sido muy difícil seguirte hasta el final sin que te dieras cuenta. Con lo cuidadoso que sueles ser, Cyal.

El corazón amenazó con salírsele del pecho, pero Cyal no se giró. Se limitó a mirar por encima del hombro para confirmar lo que ya se temía: Harkan y toda su banda bloqueaban la entrada de la cueva.

Estaba atrapado.

Eran cinco chicos algo mayores que él, ya jóvenes adultos. Los conocía a casi todos. Habían crecido juntos en los suburbios de Drethol, pero Cyal se había distanciado de ellos relativamente pronto. Habían comenzado robando lo que podían en el mercadillo, pero, en cuanto Harkan se había impuesto como líder a los demás, habían empezado a extorsionar a todo el que no pertenecía a su grupo, a torturar a los que los desafiaban e incluso a deshacerse de aquellos que les ponían trabas.

Cyal se había desentendido de esa vida. Había preferido centrarse en el huerto con su abuela y se había decidido a evitarlos en la medida de lo posible. Justo cuando había creído que no le quedaría otra que unirse a sus filas para comer por la sequía, el monte Ishtar lo había salvado.

Ahora, sin embargo, su secreto había sido descubierto.

El líder de la banda dio un paso al frente. No era tan alto como Cyal, pero era mucho más robusto. Se decía que podía partir el metal con sus propias manos. Y Cyal sabía por experiencia propia que los puñetazos que asestaba en el estómago eran suficientes para hacer que uno escupiera sangre.

—Era demasiado extraño, Cyal —empezó de nuevo Harkan—. ¿De dónde sacabas el dinero para alimentaros si vuestro huerto estaba marchito? Pasasteis de no tener casi nada que llevaros a la boca a

comer todos los días. Llevo un año observándote. ¿Creías que no nos daríamos cuenta de algo así? No se me escapa nada. Deberías saberlo.

Cyal respiró hondo. No mostraría su miedo. Harkan lo había acorralado en numerosas ocasiones en el pasado; junto con sus compañeros le había propinado repetidas palizas para quedarse con el dinero que hubiera conseguido ese día o con lo que fuera que hubiera comprado en el mercadillo.

Jamás se sometería a ellos.

—Lo que me sorprende, Harkan, es que hayáis sido tan necios como para adentraros en el monte Ishtar —replicó con sorna—. ¿Acaso no conocéis las historias del espíritu del xieri que lo habita? Se lleva a todo aquel que se pierde en sus caminos...

Cyal esbozó una sonrisa burlona al comprobar que los otros cuatro chicos se tensaban. Se deleitó viéndolos mirar en todas direcciones, como si un fantasma fuera a descender en ese mismo momento para arrastrarlos consigo a las tinieblas.

Harkan apretó los dientes.

—No vas a asustarnos con cuentos para niños, Cyal. Danos lo que tienes y te dejaremos en paz.

Cyal entornó los ojos.

—Ese cuchillo que llevas en la mano no refleja unas intenciones muy pacíficas, ¿sabes?

Harkan gruñó. Siguió avanzando hacia él.

—Es drialita, ¿verdad? No seas avaricioso. Compártela con nosotros.

—¿Qué tal si os dedicáis a seguir robando y jodiendo a otros en Drethol, y a mí me dejáis el monte Ishtar? —espetó Cyal, irritado.

¿Por qué insistía Harkan en arrebatarle todo?—. Yo lo descubrí primero. Y solo yo conozco el terreno.

—De poco te servirá haberlo descubierto primero cuando seas un frío cadáver en el suelo —escupió Harkan—. Que no se diga que no lo intenté por las buenas.

Una piedra voló hacia él. Cyal hizo gala de sus reflejos y se agachó para esquivarla. Echó a correr sin dudarlo.

—¡A por él!

Los atronadores pasos de Harkan y su banda retumbaron a su espalda, mucho más cerca de lo que le hubiera gustado. Tenía que despistarlos cuanto antes y ganar distancia.

Cyal nunca se había adentrado tanto en la oscuridad de las cuevas del monte Ishtar, pero habría sido imposible abrirse paso hacia el exterior. Harkan y los suyos estaban entre él y la salida al desierto. No tenía más remedio que adentrarse en el monte. Ni siquiera sabía si ese túnel que estaba tomando tendría salida. Pero era el único camino disponible.

Ahogó una exclamación cuando, de la nada, una losa de piedra brotó delante de él. La saltó en el último momento, conocedor de la afinidad a la tierra de Harkan.

Era injusto que Harkan sí hubiera encontrado a alguien que le enseñara a usar sus poderes. Cyal no había tenido esa suerte.

Los conflictos con Harkan a lo largo de los años le habían demostrado que era avaricioso y cruel; debía serlo para gobernar con puño de hierro los descontrolados suburbios de Drethol. Cyal era consciente de que Harkan lo mataría esta vez no solo para hacerse con la drialita, sino también porque le irritaba que no hubiera aceptado trabajar para él.

Era personal.

Frente a él, el túnel se bifurcaba. Con el corazón en la garganta, Cyal se lanzó sin dudarlo hacia la izquierda. No había tiempo para pensar.

—¡Por ahí!

Las voces de Harkan y los suyos seguían demasiado cerca. Aunque había ganado algo de distancia, no era suficiente. Pero Cyal era más veloz que ellos, incluso en la roca helada de la cueva. Tenía experiencia.

Empezó a ver luz al final de aquel nuevo túnel. Cyal aceleró, esperanzado, y llegó a una sala circular. Jadeó y alzó la vista, en busca de la salida. Sin embargo, la luz provenía de un agujero en el techo de hielo. Estaba demasiado alto para alcanzarlo.

Se le cayó el alma a los pies.

«No puede ser».

Los dioses se burlaban de él, quizá por su osadía al adentrarse en aquel monte maldito. Vio la nube de su propio aliento. La temperatura había descendido. Era todavía más baja en aquel lugar que se iba a convertir en su tumba.

Un destello al fondo de la sala captó su atención. La luz incidía en el hielo, atravesándolo. Por un instante, creyó distinguir algo. Cyal no se detuvo hasta llegar a la extraña pared, con los pelos de punta y los dedos temblando. Puso la mano rígida en el hielo, buscando la forma de romperlo. Quizá hubiera una salida al otro lado.

Antes de que pudiera sacar su martillo de la bolsa, el hielo se resquebrajó por sí solo. Cyal retrocedió con los ojos muy abiertos y contuvo la respiración. Le había parecido ver movimiento en su interior. ¿Sería un espectro? ¿Y si su abuela tenía razón?

Harkan y su banda irrumpieron en la sala.

—¡Se acabó, Cyal...!

Su voz fue ahogada por el brusco crujido del hielo. Más y más grietas aparecieron en la superficie, arruinando su tersa belleza. Un resplandor los cegó.

—¡¿Qué...?!

—¡El espíritu!

—¡Es el espíritu del xieri!

Cyal no prestó atención a los gritos de sus perseguidores. Observó, con la boca abierta, como el resplandor se apagaba y una esbelta figura emergía del hielo partido.

Se trataba de una mujer joven con tez de alabastro. Su pelo era tan claro que apenas contrastaba con su piel. Era casi tan alta como él, que no era poco. Vestía con un extraño traje blanco tan ceñido a su atlético cuerpo que parecía la propia piel. Y sus ojos...

Cyal se quedó rígido. Por un momento se le olvidó respirar. Su corazón empezó a latir con más y más fuerza. Le temblaban las manos. Se le dispararon todas las alarmas biológicas. Su cuerpo entero comenzó a gritar, a pedirle que huyera, a dejarle claro que estaba en presencia de un depredador.

Los ojos de la mujer eran afilados, salvajes y rojos.

Rojos como la sangre.

«¿Una draconiana?», pensó Cyal asustado.

Pero la desconocida no mantuvo su mirada sobre él más que un breve instante. Frunció el ceño y giró la cabeza con la rapidez de un ave rapaz, hacia el resto.

Harkan y los demás chicos estaban tan congelados como Cyal. La mujer avanzó hacia ellos con determinación. Se llevó las manos a la

espalda y las cerró en torno a las empuñaduras de dos pequeñas espadas gemelas, con la hoja ligeramente curvada al final.

Cimitarras.

Harkan palideció al verlas, pero no se movió de su sitio. La mujer extendió los brazos. Las cimitarras parecían ahora una prolongación de ellos, listas para desgarrar.

—¡Es una xieri! —chilló uno de los chicos—. ¡El espíritu del monte!

—¡La historia era cierta!

—¡Corred!

Los tres huyeron entre gritos. No estaban dispuestos a convertirse en el almuerzo de nadie.

Harkan miró por encima del hombro y sus labios se contrajeron en un rictus de furia.

—¡Eh, imbéciles, volved aquí!

Pero ellos lo ignoraron, demasiado asustados por la sanguinaria mirada de aquella intimidante mujer. Y ella seguía acercándose.

—Harkan... —murmuró el único chico que quedaba junto a él, temblando de pies a cabeza—. S-será mejor que nos marchemos. Vamos, venga.

Harkan apretó los dientes. Cuando el muchacho intentó agarrarlo por el brazo, se lo quitó de encima con una sacudida.

—No me voy a ir a ninguna parte sin mi drialita —espetó. Alzando la voz, se dirigió a la mujer—. Oye, tú, ¿quién te crees que eres? No te entrometas en lo que no te impor...

Una ráfaga de aire revolvió su cabello oscuro y le caló los huesos. La voz de la mujer le susurró en el oído:

—Patético humano.

Harkan reprimió un grito. El que no lo hizo fue su compañero, que chilló y retrocedió de un salto. La mujer estaba detrás de Harkan, con las cimitarras cruzadas delante de su cuello. Las hojas de metal reposaban en su piel.

Cyal tampoco daba crédito a lo que acababa de suceder, observando desde el otro lado de la sala. ¿Cómo se había movido tan rápido?

—¿Osas darme órdenes? —siseó la mujer. Su voz era la esencia misma del invierno. Le congeló la sangre—. ¿Acaso no sabes quién soy?

Harkan no dijo nada, aterrado. Temía que, si hablaba, ella le desgarrara el cuello. El compañero de Harkan salió corriendo con el rabo entre las piernas, dejándolo atrás. La mujer siguió su movimiento por el rabillo del ojo. Sus pasos se perdieron en la distancia.

Harkan gruñó para sus adentros, furioso a pesar de la situación. Su banda había demostrado ser una panda de cobardes desleales. En cuanto saliera de aquello, atravesaría los corazones de todos con estacas de piedra por haberlo abandonado. ¿Cómo se atrevían a hacerle eso a él?

—Voy a apartarme —prosiguió la mujer, con parsimonia, cómoda en su papel de depredador. Su acento era un tanto extraño—. Y te vas a marchar de inmediato. ¿Queda claro?

—S-sí...

Y Harkan se alegró de que, después de todo, sus compañeros no estuvieran para verlo. Apenas le había salido un hilo de voz. Se sentía, tal y como le había llamado ella, patético.

La mujer bajó las cimitarras y retrocedió. Harkan no dudó ni un instante en salir corriendo. Desapareció tan rápido como pudo, por si ella, a pesar de todo, decidiera atacarlo por la espalda en el último momento.

Cyal no se había atrevido a moverse. Sus hombros llevaban tanto tiempo en tensión que le dolían.

La mujer se giró y clavó sus ojos rojos en él.

Se quedó rígido como una estatua. Ella ya caminaba en su dirección. Sus pasos no hicieron ruido alguno en el suelo de roca negra; no crujieron al posarse sobre algún resquicio de nieve que se habría filtrado por el boquete en el techo. ¿Era realmente un espíritu? ¿Sería él su próxima víctima?

«Abuela, tendría que haberte hecho caso».

La extraña se detuvo a escasos centímetros de su rostro y ladeó la cabeza, examinándolo con cautela.

—Tú —susurró.

Su voz le produjo un escalofrío. Cyal respiró hondo. Apretó los puños en un intento de reprimir su temblor. El frío aliento de la mujer le rozaba las mejillas, donde se formó una fina capa de escarcha. Desde donde estaba, veía a la perfección cada una de sus pestañas blancas, enmarcando aquella mirada escarlata.

—Tus ojos...

«¿*Mis* ojos?», pensó Cyal confuso. Aunque era cierto que sus ojos eran, con diferencia, la parte más llamativa de él. Eran claros, del color del oro más reluciente, y suponían un gran contraste con su tez morena, bronceada tras años de trabajos bajo el sol.

Los segundos pasaron. Ella lo estudiaba con expresión enigmática. Y, cuando Cyal ya estaba a punto de suplicarle que no le hiciera

daño, el hechizo se rompió: la mujer se tambaleó. De la nada, se desplomó en el suelo.

Cyal arqueó las cejas, perplejo. Se le escapó un suspiro tembloroso. Controló la tentación de huir despavorido y se agachó a su lado, no sin cierta inquietud, para comprobar que había perdido el conocimiento. El cabello de la mujer estaba esparcido sobre la nieve, de su mismo color. Su cabeza reposaba ladeada y sus escalofriantes ojos permanecían cerrados.

Respiraba con suavidad.

—¿Qué...?

Cyal no sabía muy bien qué pensar. O qué hacer. Su cerebro estaba todavía asimilando todo lo que había sucedido en los últimos minutos.

Esa mujer había emergido del hielo después de que él lo tocara. Le había salvado la vida ahuyentando a sus perseguidores y ahora yacía inconsciente. Con sus temibles ojos rojos ocultos bajo los párpados, su aspecto no resultaba tan amenazador. Era incluso bella, si bien se trataba de una belleza gélida, propia de un depredador sin alma.

—¿Quién eres? —preguntó Cyal como si ella fuera a contestar.

Y su respuesta fue, efectivamente, el silencio. Cyal frunció el ceño. Estaba seguro de que no la había visto en su vida. Hubiera sido complicado olvidar a alguien así. ¿Por qué, entonces, una oscura voz en su mente le susurraba que no era una desconocida? Esa voz daba forma a un espectro del pasado, un remolino de sombras y copos de nieve...

Cyal sacudió la cabeza. Debía de ser consecuencia de haberse adentrado tanto en el monte Ishtar y su atmósfera embrujada.

¿Cuánto tiempo llevaría esa mujer atrapada en el hielo? ¿Por qué había acabado así? ¿Cómo era posible que estuviera viva en medio de ese frío mortal? ¿Volvería a despertar?

El aire se le escapó en un gesto de rendición y hundió los hombros.

No era capaz de dejarla allí tirada. Había ahuyentado a sus perseguidores, pero no lo había atacado a él.

«La abuela me va a matar», pensó Cyal con una mueca en el rostro.

Capítulo 12

La guerra del Alzamiento



Cyal regresó a la ciudad de Drethol envuelto en el manto de la noche. Era una suerte que la ciudad careciera de murallas, pues el desierto que la rodeaba ya era defensa suficiente. Eso facilitaba cualquier escapada.

Con el sol oculto tras la línea del horizonte, la gente ya había buscado refugio en sus casas. Eso hizo que fuera más sencillo llegar hasta su hogar sin que nadie lo parara para preguntarle por la extraña mujer que cargaba a su espalda.

Se desplazó en silencio entre las calles de las afueras.

Había temido que Harkan lo esperara, oculto en alguno de los callejones, para vengarse y terminar lo que no había podido acabar en el monte. Sin embargo, no había ni rastro de él. Cyal decidió que lo mejor sería no pensar siquiera en su siguiente encuentro y centrarse en llegar a casa.

Era desagradable pasearse por los suburbios de Drethol. Había un gran contraste con las riquezas del centro. En las afueras, el suelo era de tierra y las casas eran de adobe grisáceo. Estaban

pobremente construidas y ni siquiera tenían puertas. La gran mayoría se conformaban con simples cortinas. Lo peor era el olor a podredumbre, basura y orina que reinaba en muchos de sus rincones.

Cyal apartó con una mano la tela que tapaba la entrada de su casa. Las llamas de las velas titilaban a través de las ventanas, meros huecos en la piedra.

Sabía que su abuela seguía despierta.

—¡Cyal!

Una anciana lo recibió con una exclamación de alegría. Jarah, la abuela de Cyal, era mucho más baja que él. Se acercó, caminando encorvada y con la ayuda de un bastón de madera. Su piel era morena, arrugada y áspera tras décadas bajo el sol. Llevaba el pelo blanco recogido en un sencillo moño.

—Abuela, siento la tardanza —dijo Cyal, irguiéndose y dejando que la tela se deslizara para volver a tapar el hueco de la entrada.

Jarah lo observó con el ceño fruncido.

—¿Tiene algo que ver con la muchacha que traes contigo, principito?

Cyal notó que le ardían las orejas. ¿Cómo se suponía que le iba a explicar a su abuela todo lo sucedido?

—Abuela, yo...

—Has estado otra vez en el monte Ishtar, ¿no es así? —dijo ella. Su expresión mostraba reprobación.

—Por supuesto que no —replicó Cyal, nervioso.

Jarah sonrió.

—Sacúdete el pelo, principito.

Cyal gruñó y desvió la vista, pillado. La nieve lo había delatado una vez más.

—Está bien, está bien. Sí, he estado en el monte Ishtar.

—Bien. ¿Qué te parece si dejamos descansar a esta joven muchacha y me explicas todo? —propuso Jarah, con afecto.

Cyal se relajó. No sabía por qué se había preocupado tanto, si su abuela siempre había sido muy comprensiva con él.

Su casa era tan pobre como el barrio en el que se encontraba. El suelo seguía siendo de tierra en el interior y la diminuta sala a la que daba la entrada hacía las veces también de cocina. Solo contaba con una mesa de madera medio podrida y cuatro sillas del mismo material. Un horno de piedra ocupaba el lado derecho y, a la izquierda, dos huecos daban acceso a sendos cubículos: uno era su dormitorio y el otro, el de su abuela.

Cyal se dirigió a su habitación. La cama era estrecha, pero era una cama más o menos en condiciones. Muchos en los suburbios tenían que conformarse con simples montones de paja con una manta por encima. Sus excursiones al monte Ishtar a por drialita le habían permitido adquirir algunas comodidades. Lo importante era que otros no se enteraran y quisieran robarlas.

Dejó con cuidado a la extraña en la cama y se irguió, observándola con una mueca. ¿Era normal que no hubiera despertado todavía?

«Cuando lo haga, asegúrate de que está de tu parte».

Cyal se tensó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Esas palabras tenebrosas y oscuras habían retumbado con claridad en su mente. Pero él no las había pensado. Y, además, ¿qué sentido tenían?

—Justo había preparado la cena. —La voz de su abuela llamándolo lo devolvió a la realidad—. Ven, date prisa. Antes de que se enfríe.

Cyal se llevó una mano a la frente. Apretó los ojos y respiró hondo.

Se dijo a sí mismo que debía haber sido producto de su imaginación o fruto del cansancio. Al fin y al cabo, era consciente de que no dormía todo lo que debería. Vivía apurando al máximo por las noches y levantándose lo antes posible por las mañanas para aprovechar esas horas previas al sol abrasador que enseguida cubría la tierra. Aunque las leyendas de aquellos que perdían la cabeza en el desierto de Drethol advertían de posibles alucinaciones durante el tórrido día, Cyal jamás había oído a nadie que dijera que también podía pasar bajo la luna.

Regresó a la sala sin darle mayor importancia. Jarah había puesto dos platos en la mesa. No eran más que un par de bollos de pan recién horneados con algo de queso, pero a Cyal se le antojaron como el mejor de los manjares. Si eso no despertaba a la extraña que había salido del hielo, nada lo haría.

Jarah juntó las manos delante de su rostro, inclinó la cabeza y cerró los ojos.

—Hereshia, te damos las gracias por bendecir este día con tu luz —empezó su plegaria—. Madre Veshier, te damos las gracias por proporcionarnos la comida necesaria para sustentarnos. Aridam, te rogamos que te apiades de nuestras áridas tierras y traigas la lluvia que tanto necesitamos.

Cyal puso los ojos en blanco, pero no la interrumpió. Su abuela insistía en hacer lo mismo todas las noches, pero él no creía en los dioses.

«Si Aridam existe, nos abandonó hace mucho tiempo», pensó Cyal con amargura. Su huerto, al igual que todos los de Drethol, llevaba ya más de un año seco.

Extrajo un par de cantimploras de su mochila y las puso en la mesa. Por suerte, siempre podía traer nieve del monte Ishtar. Aunque tardaba en derretirse, una vez fuera de los límites de la montaña, terminaba por convertirse en agua.

—Bien, mi querido principito —dijo Jarah al concluir su rezo—. ¿Qué tal si le cuentas a tu vieja abuela tus aventuras de hoy?

—Aventuras —repitió Cyal con un resoplido. Cogió el pan y partió un trozo. La piel de sus dedos estaba tan curtida que no le afectó que estuviera ardiendo—. Una buena forma de describirlo.

—¿Quién es esa mujer, entonces?

Cyal bajó la vista. Se mordió el labio inferior, nervioso.

—No lo sé —admitió—. Me ha salvado la vida. No sé si lo ha hecho conscientemente, pero... —Tomó aire. Miró a su abuela de nuevo—. Harkan y sus matones me siguieron hasta el monte. Al intentar huir de ellos, acabé yendo por una cueva desconocida. Llegué hasta una sala con un muro de hielo al fondo y, al tocarlo... —Cyal giró la cabeza hacia su habitación, donde la desconocida dormía—, ella apareció.

Jarah se llevó las manos a la boca.

—¡Por Hereshia! Cyal, ¿qué has hecho?

—¿Cómo que qué he hecho? —replicó él, indignado—. ¡Solo intentaba sobrevivir!

Jarah negó con la cabeza.

—Y me alegro de que estés bien, principito, pero... ¡Oh, por todos los dioses! Temo que has despertado al espíritu del monte Ishtar. —

Ella también miró hacia la habitación y torció el gesto—. Esa joven muchacha...

—No es una xieri —dijo Cyal con rapidez—. Eso no existe. Los xieri no existen —repitió, tratando de convencerse también a sí mismo.

Pero lo que había visto no había sido natural. Esa mirada roja, su velocidad. Sombras. Nieve. Sacudió la cabeza, intentando zafarse de la idea.

—Los xieri fueron muy reales, Cyal —insistió Jarah—. *Son* muy reales. De no ser por la intervención de Hereshia, habrían masacrado a todos los humanos en la guerra del Alzamiento.

La guerra del Alzamiento. Cyal había oído esa misma historia miles de veces. De pequeño le había gustado escucharla, porque su abuela contaba cómo los dragones aparecieron en el último instante para salvarlos. Pero ya habían pasado trescientos años desde aquella guerra; la guerra que lo había cambiado todo, una en la que los humanos se habían enfrentado a sus opresores, los draconianos, y habían salido ganando.

Según contaban, los humanos decidieron declarar la guerra a los draconianos tras encontrar su punto débil: la drialita. El mineral inhibía sus poderes y les impedía transformarse en dragón. Por desgracia, subestimaron su número. A pesar de la drialita, la rebelión humana habría sucumbido de no ser porque descubrieron algo prohibido: cómo revivir a los draconianos muertos, borrarles la memoria y ponerlos a su servicio.

Los humanos habían creado a los xieri como su último recurso. Un xieri era un draconiano renacido con el poder de controlar la oscuridad a su antojo. Eran mucho más fuertes que el resto de draconianos, con sentidos y habilidades amplificadas.

Nadie sabía cómo los humanos habían averiguado que el punto débil de los draconianos era la drialita. Mucho menos se sabía cuál había sido el proceso para crear a los xieri o cómo habían llegado a descubrirlo. Las historias contaban que, de hecho, la creación de los xieri requirió llevar a cabo una multitud de experimentos con presos de guerra; que casi todos murieron, salvo cinco.

Esos cinco xieri, liderados por aquel conocido como el General, consiguieron la victoria para los humanos, aniquilando sin piedad a sus enemigos, los draconianos. Arremetieron contra sus antiguos compañeros como si nada. Tampoco fue una sorpresa, pues, que acabaran rebelándose contra sus propios creadores.

De no haber sido por Hereshia, la dragona de la luz, no habrían cesado en su empeño por borrar a los humanos de la faz de la tierra. La dragona había descendido de los cielos en el último momento y, junto con los demás dragones, había derrotado a los xieri, sellándolos por toda la eternidad.

Los humanos se postraron ante sus salvadores, los dragones. Desde entonces, los veneraban como a dioses. Y los draconianos, los perdedores de la guerra, habían acabado sometidos a los humanos.

«Un tanto irónico —pensó Cyal—. Y vengativo».

—Pero no puede ser una xieri —dijo. Le tembló ligeramente la voz —. Parece humana.

—Los xieri son como los draconianos, Cyal —explicó Jarah. Se llevó un trozo de pan a la boca. Masticó con lentitud antes de continuar—: Tienen forma humana, claro. Pero también tienen forma de dragón. Como humanos, pueden camuflarse entre nosotros. Pero, a diferencia de los draconianos, hay una cosa que siempre delatará a los xieri: sus ojos.

Cyal tuvo un escalofrío. Esa mirada de sangre...

—Pero no parece mucho mayor que yo —protestó—. No tendría sentido. La guerra terminó hace tres siglos y duró casi cien años.

—Los xieri son inmortales, o eso se dice. No envejecen.

Cyal apretó la mano y aplastó el pan entre sus dedos.

—No digas tonterías, abuela. Será una draconiana que por cualquier razón estaba atrapada en el hielo, y ya. Me ha salvado la vida cuando podría haberme matado, no es una xieri.

Según las leyendas, solo existían cinco xieri y Hereshia se había deshecho de ellos. Era imposible que uno de ellos le hubiera salvado la vida.

Jarah frunció el ceño, pero enseguida relajó su expresión y sonrió.

—Está bien, Cyal. Lo más seguro es que tengas razón; no hay por qué sospechar de la pobre muchacha. Esperaremos a ver qué nos cuenta cuando despierte. Tendré que darle las gracias por salvar la vida de mi principito...

Dicho eso, Jarah retomó su cena. Cyal respiró más tranquilo, en silencio. Al menos, se había disipado la tensión en el ambiente.

Miró de nuevo hacia su habitación y gruñó para sus adentros.

No podía dejarse llevar por el miedo de aquellas ridículas historias. Los xieri no existían. Nunca habían existido. Los humanos derrotaron a los draconianos en la guerra a su manera. Sin xieri ni dragones, en los que tampoco creía. Hereshia, como todos los dragones, era un cuento. Si hubieran sido reales, ¿por qué nadie había visto un dragón desde entonces?

Cyal estaba seguro de que la extraña del monte Ishtar era solo una desafortunada draconiana. Igualmente, no le quedaba otra que tener cuidado para que nadie más se enterara de que estaba ahí.

Muchos en Drethol hubieran hecho cualquier cosa para vincularla a ellos y usar su poder.

Fuera lo que fuera, ya solo podía esperar a que despertara y ella misma le contara quién era. Cyal hubiera mentido si dijera que no sentía curiosidad.

Capítulo 3

Una nueva realidad



«Estás bien. Tranquila, estás bien. Has sobrevivido al proceso».

Esas palabras lejanas retumbaron en su mente al levantar los párpados y toparse con un par de cálidos ojos dorados. Su corazón se aceleró.

«¿Khait?», pensó esperanzada.

Pero los ojos no pertenecían al veterano hombre al que esperaba, sino a un chico cualquiera. Sus facciones no estaban tan endurecidas por el paso del tiempo. Eran suaves, salvo por su mandíbula más definida. Apenas rozaría la veintena. La piel del chico era morena, mucho más oscura que la de Khait, y su pelo no era del tono gris que recordaba, sino rubio claro.

La joven ocultó su decepción y analizó la situación: el chico de ojos dorados se había inclinado sobre ella, como si quisiera comprobar que estaba viva, pero se acababa de volver hacia el umbral de lo que pudiera ser una puerta.

—Abuela, se ha despertado.

Una anciana apareció en su campo de visión. Desconocía dónde se encontraba. Tan solo sabía que estaba tumbada sobre algo mullido en una habitación muy pequeña. La luz pálida del amanecer se filtraba por un hueco arriba en la pared del fondo.

La mujer ahogó una exclamación al ver sus atormentados ojos rojos. Sin embargo, su mirada cálida le inspiró confianza suficiente a la extraña para incorporarse y hablar:

—¿Dónde estoy?

El chico parpadeó al escucharla. Se irguió y se apartó de ella. Se aclaró la garganta antes de responder:

—Te encuentras en Drethol. En nuestra casa.

—¿Drethol? ¿Dónde...?

El muchacho la miró como si tuviera un mal presentimiento.

—Drethol —repitió—. El reino del desierto.

—¿Desierto...? —murmuró ella. Se sentó y se llevó una mano a la cabeza, apartando los pálidos mechones que habían caído en su frente—. Pero...

—¿Qué es lo último que recuerdas, querida? —le preguntó la anciana con amabilidad. Se apoyaba en su bastón de madera.

¿Qué era lo último que recordaba? Una mueca se dibujó en su rostro. Su memoria no era más que un lienzo en blanco.

—¿Cómo te llamas? —insistió el joven.

Había recibido muchos nombres a lo largo de su vida, estaba segura de ello. Pero había uno que resonaba en su mente por encima de los demás, sencillo y elegante.

Optó por ese.

—Eira.

—Eira... —repitió la anciana. Se llevó una mano a la barbilla—. Nieve.

—¿Nieve? —El muchacho ladeó la cabeza para mirar a su abuela, confuso.

—Es lo que significa Eira.

Ella ignoró su conversación. Clavó los ojos en su regazo. Su memoria estaba anegada por lagunas oscuras. Intentó sumergirse en ella y un recuerdo cruzó su mente como un fogonazo. Una sensación de urgencia se apoderó de ella, casi hasta el punto de asfixiarla. Se puso en pie de golpe.

La brusquedad de sus movimientos hizo que tanto la anciana como el joven retrocedieran un paso, intimidados por su fuerza.

—Tengo que regresar.

—¿A dónde? —El joven se puso delante de su abuela, protector.

La anciana, sin embargo, se recuperó de su sorpresa inicial y se situó de nuevo junto a su nieto. Este frunció el ceño con desaprobación, manteniendo un brazo a su alrededor.

—La guerra ya ha terminado, querida.

Eira permaneció con expresión neutra pese a la incredulidad.

—¿Ha terminado?

—Así es. ¿Acaso deseas seguir luchando?

Eira bajó la vista. Miró las palmas de sus manos.

—No, yo...

¿Había deseado jamás luchar?

—¿Quién eres? —preguntó con dureza el joven.

Eira clavó en él sus ojos rojos. El chico tensó la espalda, pero no se movió de su sitio.

—¿Acaso no lo sabes, humano?

—¿Y por qué debería saberlo? —replicó él, irritado—. Mi nombre es Cyal, por cierto.

—Eres Granizo, ¿no es así? —dijo Jarah—. La Muerte Escarlata.

A Cyal se le cortó la respiración. La Muerte Escarlata. Ese era el nombre que los humanos dieron a la comandante más temible del General, a la xieri que más masacres había provocado en el campo de batalla.

—¿Qué tonterías dices, abuela?

Pero Eira asintió lentamente con la cabeza y dio un pequeño paso hacia Jarah.

—Me gustaría saber qué hago aquí.

Pese al gesto hostil de Cyal, su abuela mantuvo una sonrisa cálida.

—Será una larga conversación. ¿Qué tal si nos sentamos todos en la cocina?



Eira miraba de un lado a otro mientras hablaban, analizando su entorno. Tan pobre, tan cálido. Tan distinto.

—Lo último que recuerdo es estar dirigiéndome al monte Ishtar —dijo.

—Sí, ahí es donde te encontré —asintió Cyal. Se había sentado entre ella y su abuela, por si acaso.

Era consciente de que, si Eira decidía atacar, no habría mucho que él pudiera hacer, pero eso no significaba que no fuera a intentarlo.

—¿Y no recuerdas cómo acabaste atrapada en el hielo, querida? —preguntó Jarah con suavidad.

Cyal no comprendía la actitud de su abuela con aquella mujer. Si era cierto que era una xieri, ¿por qué no mostraba ni un atisbo de terror? Si era la Muerte Escarlata, ¿por qué le permitía seguir en su casa? ¿Por qué la trataba con esa amabilidad?

Era una asesina.

«Como tú», se mofó el oscuro susurro en su mente.

Cyal se clavó las uñas en las palmas de las manos.

«Jamás he matado a nadie», replicó con vehemencia, antes de darse cuenta de que se estaba respondiendo a sí mismo. ¿Acaso el monte Ishtar había lanzado una maldición sobre él y se estaba volviendo loco por haberse atrevido a profanar su paisaje helado?

—No, no lo recuerdo —contestó Eira. Frunció el ceño de manera casi imperceptible—. ¿Cuánto...? ¿Cuánto tiempo ha pasado desde...?

—La guerra acabó hará trescientos años, querida.

Eira giró el cuello con tanta rapidez que Cyal se irguió en su asiento, intimidado por su mirada roja.

—No es posible. ¿Quién frenó al General?

—El General fue derrotado por la diosa Hereshia —explicó Jarah con lentitud. Apoyó las manos en la mesa y entrelazó los dedos—. ¿Por qué hablas de frenarlo, querida? ¿No estabas a su servicio?

Eira entornó los ojos.

—Estáis de su parte, ¿verdad? —Se levantó de la silla—. Esto no es más que un truco del General para desenmascararme.

—Pero ¿qué...? —balbuceó Cyal perplejo. Tardó en reaccionar y se incorporó cuando ella ya estaba apartando la cortina de la entrada —. ¡Espera!

La agarró del brazo. Ella lo miró por encima del hombro. A Cyal se le heló la sangre.

—No me toques, humano —siseó ella, con un tono glacial.

Cyal la soltó con la misma rapidez que si se hubiera quemado. Eira se asomó al exterior. El sol le dio de lleno y tuvo que poner la mano encima de los ojos para ser capaz de distinguir algo.

—Sería mejor que no te viera nadie... —dijo Cyal con una mueca —. Llamas demasiado la atención.

En Drethol, la tierra del desierto, todos tenían la piel morena y oscura. Alguien con la tez tan blanca como Eira enseguida destacaría, incluso antes de que pudiera hacerlo su mirada de sangre. Era una escultura de hielo en medio del reino de la arena más ardiente del mundo.

—Querida, ¿por qué no regresas aquí con nosotros y te explicamos todo? —habló Jarah desde el interior. Ella había permanecido en la silla—. Creo que hay algunas cuestiones que debemos aclarar.

Eira tensó la mandíbula. Al ser incapaz de reconocer las calles de tierra y piedra gris a las que había salido, acabó por dar media vuelta y entrar de nuevo en la casa. Cyal respiró un poco más tranquilo.

—El General lleva trescientos años sellado —explicó Jarah con suavidad una vez Eira se hubo sentado. Esta se negaba a mirarlos—. No puede hacerte daño. Dime, querida, ¿por qué lo temes? ¿No estabas a sus órdenes?

La indignación chispeó en los ojos de Eira.

—Jamás. Jamás lo obedecería por voluntad propia.

Por voluntad propia. Cyal arqueó las cejas. Esa era la clave.

—¿El General os controlaba?

No quería creer en la existencia de los xieri. Seguía pareciéndole algo demasiado terrorífico. Extraño. Incluso cruel. Sin embargo, ahí estaba Eira: muy real. Ese iris rojo era del mismo tono que la drialita.

—Tardé en darme cuenta —admitió Eira por lo bajo—. Para entonces, la sangre de muchos manchaba mis manos. Fue solo gracias a Khait... —Eira sacudió la cabeza. No quería entrar en detalles—. Fui utilizada. Primero por los humanos, y luego por el General. No se lo iba a perdonar. Quise detenerlo...

—Pero acabaste atrapada en el hielo —adivinó Cyal, mientras se sentaba también. Eira asintió—. ¿Por qué?

—No lo recuerdo —repitió ella. Se filtró un hilo de frustración en su voz—. Sé que hubo un combate. Supongo que me vencieron y ese fue el resultado. Desconozco quién me atacó.

—¿El General, quizá? —propuso Cyal.

Eira negó con la cabeza.

—El General me habría matado tan pronto como se hubiera enterado de mis intenciones.

—Es cierto que las historias cuentan que todos los xieri fueron sellados —dijo Jarah con la mano en la barbilla, pensativa—. Todos, menos dos, cuyo paradero era desconocido. Mas no se supo nunca más de ellos... Muchos creyeron que simplemente habían muerto.

—¿No sabes qué otro xieri estaba en paradero desconocido? —preguntó Eira mirándola al fin.

—Me temo que no, querida. Todo lo que sabemos de la guerra del Alzamiento es lo que nuestros antepasados han ido transmitiéndonos de forma oral. Apenas hay escritos al respecto. —

Jarah sonrió—. Ya ves, jamás habría sospechado que los xieri no actuaban por voluntad propia.

—¿Por qué no querías seguir las órdenes del General? —cuestionó Cyal. Se cruzó de brazos y entrecerró los ojos—. El General se volvió contra los humanos que lo crearon, al igual que los demás xieri. Querían venganza. ¿Por qué ibas a ser tú diferente?

Aunque no se sabía mucho al respecto, no cabía duda de que el proceso para dar vida a los xieri había tenido que ser largo, tortuoso y cruel. Si Eira era una xieri, los humanos habían sido los responsables de su destino.

Algo extraño se reflejó en la mirada de sangre de Eira. Nostalgia. ¿Tristeza, quizá?

—Porque no todos los humanos son como los que me crearon —dijo en tono bajo. Agachó la cabeza y sus largos mechones pálidos ensombrecieron su rostro—. Khait. Él me lo demostró.

—¿Quién era Khait, querida? —inquirió Jarah.

Eira, sin embargo, no respondió. Ya había hablado demasiado y no tenía deseo alguno de compartir todos los aspectos de su vida con aquel par de desconocidos.

—¿El General fue derrotado, entonces? —preguntó, levantando de nuevo la vista.

—Derrotado y sellado por Hereshia —confirmó Jarah—. Estás a salvo.

Cyal no estaba tan convencido como su abuela. Era difícil creer a Eira sabiendo que era una asesina y la causante de la muerte de miles y miles de hombres. Por mucho que ella dijera que fue en contra de su voluntad, ¿cómo podía fiarse?

Eira se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Clavó la mirada en el suelo de tierra.

—¿Realmente han pasado trescientos años? —murmuró.

—Siento decirte que sí, querida.

Se le hundieron los hombros. Cerró los ojos, abatida. Cyal se sorprendió al verla de aquella manera. Parecía derrotada, cargando con un peso que amenazaba con sepultarla bajo sus escombros. ¿Por qué?

—Ahora tienes la oportunidad de empezar una nueva vida —dijo Jarah en un intento de animarla—. La venerable y piadosa Hereshia te ha concedido una segunda oportunidad, Eira.

Eira frunció el ceño. Hereshia. ¿De qué le sonaba ese nombre?

Era demasiado extraño. Se sentía como si estuviera en un sueño. O una pesadilla. ¿Cómo habían podido pasar trescientos años? Ella recordaba su marcha hacia el monte Ishtar como si no hubiera transcurrido más de una semana.

«Khait, os fallé a ti y a tu familia... —pensó tragándose a duras penas las lágrimas—. Lo siento».

Capítulo 4

El palacete Verde



Thaydra abrió las cortinas para que entrara la luz a través de los cristales de las ventanas. No comprendía por qué las criadas insistían en mantener la habitación de su madre a oscuras. Por mucho que estuviera durmiendo casi todo el tiempo, era importante que su piel recibiera los rayos del sol. Al final, aquel espacio se parecía más a una triste y fría cueva que a los aposentos de una reina.

—¿Thaydra?

La débil voz de su madre la llevó a girarse. Respiró hondo para obligarse a mantener la compostura. Siempre era difícil ver a su madre tan marchita, con ese brillo en sus ojos azules ya casi apagado por completo.

La reina Mystral, tercera esposa del rey, llevaba cinco años enferma. Ningún sanador había sido capaz de curarla. Se desconocía qué enfermedad la aquejaba exactamente, pero Thaydra escuchaba los susurros de las criadas.

«Miezha...».

«Mi madre siempre dijo que la miezha se llevó a mi padre...».

«No quieren decírselo, pero es obvio».

Thaydra sacudió la cabeza. Si su madre realmente tenía la miezha, significaría que no había cura alguna y que estaba condenada a morir. Thaydra se negaba a creerlo, aunque había evidencias suficientes.

—¿Cómo os encontráis hoy, madre? —le preguntó con suavidad. Se acomodó en el taburete dispuesto junto a su cama.

Mystral tosió. Thaydra la ayudó a incorporarse, tratando de no pensar en su aspecto. Su madre siempre había sido una rareza en el palacio, con su piel clara frente a la tez morena de todos. Ahora, sin embargo, estaba tan pálida que era exagerado incluso para ella. Las venas afloraban en sus enfermizas mejillas.

—Como siempre, Thaydra —contestó ella, intentando esbozar una sonrisa. Sus ojos vivían enmarcados perpetuamente por unas profundas ojeras—. ¿Serías tan amable de ir a pedirme la comida?

—Por supuesto, madre.

Thaydra se levantó y abrió la puerta para salir al pasillo. El Palacete Verde pertenecía a la tercera esposa del rey. Acorde a su nombre, sus paredes y suelos eran de un verde pálido que a Thaydra le resultaba muy relajante. La decoración, en tonos dorados para las cortinas y rosas para las alfombras, creaba un bonito y armónico equilibrio cromático.

Como el resto de los palacetes de las esposas, pertenecía al Palacio de Turmalina.

—¿Mystral todavía aguanta? —Una voz burlona hizo que Thaydra apretara los dientes para no rechistar. Giró la cabeza en esa dirección, topándose con una mujer de la edad de su madre—. Eso sí que es un milagro de los dioses.

Se trataba de Karima, la segunda esposa del rey.

—¿Qué os trae por aquí, reina consorte Karima? —dijo Thaydra. Ignoró el comentario mientras alisaba las faldas de su vestido verde —. ¿No deberíais estar en el Palacete Rosa?

Al fin y al cabo, era el de la segunda esposa.

Una sonrisa altanera bailó en los labios rojos de Karima.

—Puedo desplazarme a donde me plazca, princesa Thaydra.

Karima y Mystral no podían ser más distintas. Donde su madre tenía la piel clara, la de Karima era morena. El pelo de su madre era rubio, mientras que el de Karima era castaño. Su madre tenía los ojos azules; Karima, verdes.

Pero su mayor diferencia estaba en la actitud.

—Ya. Si me disculpas, Karima —dijo Thaydra, abandonando el uso de formalidades—, tengo asuntos que atender.

Pasó junto a ella, con la barbilla erguida, sujetando las faldas del vestido.

—Siempre fui de la opinión de que traer una reina extranjera a Drethol era mala idea —comentó la segunda esposa—. Resulta que he tenido razón. Mystral es débil, como toda la gente de Erom.

Thaydra apretó la tela verde en sus puños. Se forzó a caminar. Dejó atrás a Karima, aunque sintió su venenosa mirada taladrándole la nuca hasta que llegó al final del pasillo.

Dobló la esquina. Dio un respingo al encontrarse cara a cara con una chica solo algo mayor que ella.

—¡Azra! —exclamó Thaydra mientras se llevaba una mano al pecho. No habían chocado por poco—. Menudo susto me has dado.

Azra rio con suavidad.

—Mis disculpas, Thay. Venía a ver cómo estabas.

Thaydra frunció el ceño. La agarró del brazo y reanudó la marcha, casi huyendo de Karima. Azra no dudó en dar media vuelta y seguirla.

—Adivina a quién me he encontrado —refunfuñó.

Azra entendió su actitud al instante.

—¿Qué te parece si salimos a los jardines para que te despejes un poco?

—Una excelente idea —aceptó Thaydra—. Solo permíteme que vaya a pedir la comida para mi madre primero.

—Te acompaño.

No mucho después, las dos jóvenes paseaban por los vastos jardines del Palacete Verde. Eran, con diferencia, los más bonitos de los jardines del Palacio de Turmalina. La reina Mystral siempre había insistido en que se dedicara todo el mimo posible a las flores blancas y rosas que poblaban el lugar. Los árboles, de troncos finos pero frondosas copas, crecían a un lado y a otro de los pasillos de tierra. Sus ramas se entrelazaban por encima y ofrecían una sombra más que bienvenida en el asfixiante calor de Drethol.

—Últimamente tengo la sensación de que me encuentro a Karima por todas partes —masculló Thaydra—. ¿Acaso no se está quieta?

Azra hizo una mueca.

—Es normal. No tiene hijos, por lo que nunca ha tenido tantas responsabilidades como nuestras madres.

Azra era hija de Thora, la primera esposa del rey. Era la más pequeña de sus hermanos y la única chica. Solo era cuatro años mayor que Thaydra y las dos se llevaban de maravilla. Thaydra, en cambio, era la única hija de Mystral y debía soportar el desdén con el que la trataba la mayoría de su familia.

Los otros dos hijos de Thora, también sus medio hermanos, nunca habían mostrado hacia ella el mismo cariño que Azra.

No era difícil adivinar el porqué de ese trato hacia ella. No era por su aspecto, pues Thaydra había heredado la piel oscura, el pelo negro y los ojos verdes de su padre. No era por su actitud; Thaydra cumplía a rajatabla con todos sus deberes.

La familia real de Drethol era afín al agua. Todos sus miembros, sin excepción, debían ser afines al agua, pues era lo que definía su responsabilidad con la tierra. En un reino situado en medio del desierto, ser afín al agua y haber desarrollado y perfeccionado esos poderes era una clara muestra de superioridad que el pueblo admiraba.

El rey Adair era afín al agua. Su primera esposa, la reina Thora, había nacido sin afinidad. Eso se remedió al ofrecerle un vínculo con un draconiano de agua, lo que le permitió adquirir dichos poderes. Azra y sus hermanos eran afines al agua. Karima, la segunda esposa, también era afín al agua. Hasta la madre de Thaydra, Mystral, era afín al agua.

Pero Thaydra era afín al fuego.

Era muy extraño, pues la afinidad solía heredarse directamente de los padres. Sin embargo, también podía darse el raro caso de que la afinidad se heredara de algún antepasado más lejano. Eso era lo que le había sucedido a Thaydra. La familia real de Drethol llevaba siendo afín al agua durante generaciones, por lo que lo más probable era que hubiera heredado el fuego por parte de su madre. Y, por desgracia, no tenía remedio.

De haber nacido sin afinidad alguna, como la reina Thora, habría tenido fácil solución: se le habría vinculado un draconiano de agua y

Thaydra habría pasado a ser también afín a este elemento. Siendo afín al fuego, sin embargo...

Un draconiano de agua no habría sido compatible con sus poderes nativos.

La joven princesa Thaydra era la vergüenza de la familia. No se le había permitido entrenar sus poderes, pues los ocultaron al momento. Nadie podía saber que era afín al fuego. De cara al mundo exterior, Thaydra había nacido sin afinidad y, a ese paso, moriría sin ella.

Azra intentó ayudarla cuando eran más pequeñas, haciendo escapadas a la biblioteca para leer todo lo que hubiera respecto al fuego. Pero no habían tardado en descubrirlas cuando Thaydra quemó sin querer la mano de Azra en uno de sus entrenamientos. El fuego era un elemento volátil y muy difícil de manejar sin alguien que la guiara en sus comienzos.

La culpa atormentaba a Thaydra cada vez que veía la cicatriz que Azra tenía en la mano, pero su hermana siempre le había quitado importancia.

Azra era el único consuelo de Thaydra en su vida en el palacio. Su madre llevaba años enferma y apenas podía contar con ella. Y aunque el rey Adair, su padre, siempre le había mostrado gran cariño a pesar de todo, estaba ausente con frecuencia, atendiendo sus muchas obligaciones.

—Entiendo que no tenga hijos y sea duro para ella —dijo Thaydra, irritada—, pero ¿es necesario que descargue su frustración constantemente con los demás?

Azra se encogió de hombros, aprovechando que no había nadie que pudiera regañarla por aquel gesto tan simple.

—Karima ha sido así desde que tengo memoria.

Thaydra abrió la boca para replicar, pero la cerró al instante, optando por observar alrededor extrañada.

—Azra, ¿dónde está Devika?

Devika era la draconiana de Azra, una mujer diez años mayor que ella. Como la mayoría de draconianos de la familia real, era afín al agua. Con el tiempo, eso le permitiría a Azra controlar también el hielo.

Thaydra, a sus diecisiete años, tendría que haber recibido ya un draconiano. Sin embargo, el rey y sus más leales consejeros no habían decidido todavía qué hacer con su afinidad al fuego. No estaban seguros de qué clase de draconiano sería mejor para ella. Por un lado, podían asignarle uno de fuego para potenciar su afinidad nativa y que también dominara el magma. Eso supondría admitir su flaqueza. Por otro lado, podían darle uno de agua, aunque fuera a entrar en conflicto con el fuego, y que ambas afinidades se cancelaran entre sí.

Thaydra se había negado a lo último.

También pesaba en ella el hecho de no tener una opinión clara respecto a los draconianos. Devika, la draconiana de Azra, era igual a cualquier otra mujer humana en apariencia. ¿Qué los hacía distintos? ¿Solo el hecho de que podían transformarse en dragones? ¿Qué derecho tenían ellos a esclavizarlos?

Vincularse a un draconiano era algo que no convencía a Thaydra.

—Oh, no te preocupes por Devika —contestó Azra, sacudiendo la mano—. Le he pedido que me dejara unos momentos a solas para charlar contigo.

Los draconianos rara vez se separaban de la persona a la que estaban vinculados. El ritual de vinculación se realizaba de tal forma que, si el humano moría, su draconiano vinculado sufriría el mismo destino. Esa era la principal razón por la que los draconianos permanecían junto a los humanos.

Antaño, los draconianos habían sido mucho más poderosos que los humanos. Tenían acceso a más afinidades, podían transformarse en dragones y eran más resistentes. Pero la drialita y los xieri los habían llevado a su sumisión y ahora servían a los humanos en su día a día.

—Thaydra, pronto me marcharé —dijo Azra devolviéndola a la realidad.

—¿Qué? ¿Por qué? —quiso saber Thaydra, girando la cabeza para mirarla con angustia.

Azra torció el gesto. Un rayo de sol se filtró a través del techo de ramas e incidió en su cabello negro, recogido en una larga trenza.

—Lo he retrasado todo lo que he podido, pero ya tengo veintiún años, Thay. Padre desea que me case. Y hoy me ha comunicado que ha aceptado la propuesta de uno de mis pretendientes.

Thaydra bajó la vista. Sabía que era inevitable y que ella misma también acabaría casándose en los próximos años. De hecho, esa era una de las razones por las que debían decidir qué hacer con su afinidad cuanto antes. ¿Quién habría querido casarse con una joven afín al fuego? ¿Y para qué servía una princesa si no?

La idea de casarse no le entusiasmaba en lo más mínimo. Ella quería explorar el mundo y vivir muchas experiencias. No deseaba quedarse recluida en algún palacio perdido, cuidando de hijos que

no deseaba tener, atendiendo a un marido al que jamás hubiera sido capaz de amar.

Azra, en cambio, hablaba con alegría.

—Pero no temas, Thay. Voy a casarme con el duque de Arébalo. —Dio una palmada y sonrió—. ¡Y he oído que tiene un hermano pequeño! Seguro que podemos organizarlo para que tú te cases con él, y así seguiremos juntas.

—No es lo que deseo, Azra —la interrumpió Thaydra, con una mueca en el rostro.

Azra calló. Sus ojos, del mismo tono verde pálido que los de Thaydra, se abrieron con sorpresa.

—¿Por qué? ¿No quieres que sigamos juntas?

—¡No es eso! —se apresuró a aclarar Thaydra, alarmada ante la nota de dolor que se había colado en la voz de su hermana. Se detuvo y la cogió de las manos—. Azra, eres la única que me comprende. Eres mi única amiga. Claro que quiero seguir contigo. Tan solo... —La tristeza la oprimía—. Tan solo me gustaría casarme con alguien a quien ame. No por acuerdos políticos. Me gustaría poder decidir cuál es mi lugar en el mundo.

Azra deslizó los pulgares por las manos de su hermana.

—Thay, esas eran nuestras fantasías de pequeñas. Pero hemos crecido y es hora de afrontar el mundo adulto. Tenemos que cumplir con nuestro deber.

Thaydra no dijo nada. Se escuchó el cántico de algún pájaro refugiado del calor en la sombra de los jardines. La joven princesa alzó la vista cuando su hermana Azra le acarició la mejilla con candor. Tenía una pequeña sonrisa plasmada en sus labios.

—No temas, Thay. Yo siempre estaré para ayudarte con todo.

—¿Lo prometes?

Azra asintió con decisión.

—Lo prometo.

Y Thaydra acabó por sonreír también.

—De acuerdo. Sabiendo que tú estarás a mi lado, supongo que el futuro no resulta tan aterrador.

Thaydra no había querido asumirlo al principio, pero su madre había sufrido un constante declive en su estado de salud a lo largo de aquellos últimos años. Ya apenas podía comunicarse con ella. No les quedaba mucho tiempo juntas. Por mucho dolor que eso le causara, debía hacerse a la idea. Sin embargo, mientras tuviera a Azra, sería capaz de seguir adelante.

Azra era su último bastión.

Las dos hermanas continuaron andando por los jardines sin ser conscientes de que, ocultos entre las copas de los árboles, un par de ojos plateados las vigilaban.

Capítulo 5

Drethol



Cyal observaba a Eira de reojo, nervioso. Un pañuelo le tapaba la cabeza y otro ocultaba la mitad inferior de su rostro. Encajaba a la perfección con muchas otras mujeres, pero él estaba inquieto.

Si alguien se fijaba en sus ojos rojos, se desataría la locura.

La plaza Venturina, el punto focal de Drethol, estaba, como de costumbre, abarrotada. Era inmensa y circular, y la única sombra la proporcionaban los soportales de los edificios y las palmeras. Había una gran fuente de piedra naranja en el centro, coronada por la estatua de una dragona en representación de la diosa Hereshia.

Los guardias patrullaban la zona con frecuencia para asegurarse de que nadie robaba agua de la fuente. Se la consideraba sagrada. Ese era otro de los aspectos de la vida en Drethol que irritaba a Cyal. Con la cantidad de personas en los suburbios que apenas podían conseguir agua, esa fuente no era más que un derroche innecesario. Era un insulto al sufrimiento de los más humildes.

A juzgar por el espectáculo de la plaza, el mundo de los humanos era bullicioso e injusto.

—Esta ciudad no existía —murmuró Eira para sí.

Ninguna de las ciudades-reino se había fundado aún la última vez que Eira había caminado por aquel continente. Intentó evocar algo de aquel tiempo, pero adentrarse en sus recuerdos era demasiado doloroso.

Cyal agradeció que, al menos, hablara en un tono muy bajo. En medio del ruido y de las conversaciones de los que caminaban a su alrededor, pasaba desapercibida. Tanto mejor, pues su acento era extraño.

—Los reinos se establecieron después de la guerra —explicó Cyal. Se llevó una mano al cuello, incómodo—. Es normal que no conozcas ninguno...

No lograba acostumbrarse a tener junto a él a alguien que había estado centenares de años encerrado en el hielo y cuya memoria presentaba lagunas del tamaño del mismo desierto. Por si fuera poco, la extraña también había resultado ser uno de los temidos xieri. De hecho, el más letal de todos ellos: la Muerte Escarlata.

Pero parecía que lo que había sobrevivido en la tradición oral, las historias que se habían transmitido de generación en generación, habían omitido también información muy importante. Ninguna recogía el hecho de que no todos los xieri actuaron por voluntad propia cuando se volvieron contra los humanos.

El General la había forzado a ello.

Cyal no había podido averiguar mucho más sobre la vida de Eira. Ella se negaba a hablar de su pasado, a pesar de la curiosidad que asaltaba al muchacho.

Jarah había considerado adecuado que Cyal llevara a Eira a recorrer la ciudad para que se familiarizara con su nuevo entorno.

Eira había aceptado cambiarse de ropa, pues hubiera llamado mucho la atención con su traje ajustado. Además de unos pañuelos que le había regalado la propia Jarah, había tomado prestados una camisa y unos pantalones de Cyal. Si bien le quedaban algo anchos, le iban bien de altura. A lo que Eira se había negado rotundamente había sido a abandonar sus cimitarras. Por suerte para Cyal, eran muchas las personas que paseaban armadas por Drethol.

Eira alzó la vista. Desde la plaza, el inmenso palacio que se erguía al fondo de la ciudad dominaba el horizonte.

—Es el Palacio de Turmalina —le comunicó Cyal, siguiendo la dirección de su mirada—. La residencia del rey. No es difícil adivinar el porqué de su nombre, supongo.

La majestuosa construcción brillaba con una mezcla de tonos verdes y rosas bajo el sol de mediodía. Sus múltiples cúpulas de oro relucían incluso en la distancia. Se trataba de una auténtica obra de arte arquitectónica reservada solo para la privilegiada familia real.

Unas finas líneas se marcaron entre las cejas de Eira. Sin embargo, no dijo nada. Cyal creyó que le gustaría saber más:

—Mi abuela me contó que el palacio se hizo con esos colores a imagen de Veshier.

—¿Veshier?

—Sí —asintió Cyal—. La madre Veshier. La diosa de las cosechas y la fertilidad. Supongo que es de color verde y rosa, o algo así... —Resopló—. Si es que existe de verdad.

Cyal echó a andar con las manos en los bolsillos de sus pantalones de tela marrón. Eira, tras dedicar un último vistazo al palacio, lo siguió.

Más allá de los suburbios, Drethol era una ciudad cuya arquitectura era rica y variada. Asombraba por los elaborados arcos que adornaban las puertas y las ventanas de las casas. La mayoría eran de tejado plano, pues apenas llovía. Muchos edificios tenían dos o tres plantas. Todo estaba hecho con piedra amarilla o blanca, y los suelos de las calles, a diferencia de la tierra de los suburbios, estaban cubiertos de losas amarillas y naranjas.

Cyal y Eira se adentraron en la zona del mercadillo. Una multitud de puestos de madera se situaban a un lado y a otro de la ancha avenida. Los productos ofrecidos eran variados, desde pasteles típicos de la región a frutas y verduras o a lujosas telas importadas del lejano reino de Erom. Los toldos verdes, colocados por encima de las calles, ofrecían algo de la ansiada sombra. El ambiente, aun así, resultaba agobiante debido a la gran cantidad de gente.

Eira observaba todo con los ojos entornados. Cyal le lanzaba miradas de soslayo. Le resultaba imposible leer sus reacciones. No era muy expresiva, ni con palabras ni con el lenguaje corporal. ¿Le disgustaba lo que había a su alrededor? ¿O le producía curiosidad?

—¿Qué es eso? —quiso saber Eira.

No señaló con la mano, pero su mirada se había clavado en un punto en concreto. Cyal echó un vistazo. Y se quedó rígido. La respuesta no le iba a gustar.

—Es... Ah, bueno. Es una subasta de draconianos —admitió.

Eira frunció el ceño. Al final de la avenida había un escenario de madera con varios bancos de piedra tallados frente a él. Todos los asientos estaban ocupados. La gente gritaba los precios que ofrecían por los draconianos que se iban mostrando en el escenario, mientras ellos eran arrastrados a escena con cadenas.

Cyal era incapaz de comprender el trato a los draconianos. No eran diferentes en aspecto a los humanos. No eran como Eira, cuyos ojos rojos la delataban de inmediato.

—¿Por qué los tratan así?

Cyal recordó al instante las leyendas: un xieri era un draconiano revivido con el poder de la oscuridad. Por lo tanto, incluso si no lo recordaba, Eira debía ser consciente de que esa era su gente. Aunque ¿lo seguía siendo tras lo sucedido siglos atrás?

—Los draconianos perdieron la guerra —explicó—. Los humanos los sometieron y ahora los tratan como esclavos.

Muchos de esos draconianos subastados acabarían vinculados de forma ilegal a una persona gracias a la drialita que se vendía en el mercado negro. Mercado con el que Cyal colaboraba.

Era difícil no experimentar culpa por ello. Sin embargo, había sido la única manera de conseguir dinero para él y su abuela.

—Supongo que, en cierta medida, es la venganza de los humanos —dijo Eira en voz baja. Cyal arqueó las cejas—. Antes de la guerra, los draconianos tenían esclavizados a los humanos. Ojalá ambas razas aprendieran a convivir en paz.

Aquella fue la primera vez que Cyal escuchó tantas palabras seguidas por parte de Eira. Se llevó las manos a las caderas y exhaló aire cargado de pena, pero también de derrota.

—Este sistema lleva existiendo trescientos años —soltó—. No creo que sea posible cambiarlo.

Eira entornó los ojos y no dijo nada más. Dejaron atrás el escenario y la subasta.

—¿No recuerdas nada de tu vida como draconiana? —inquirió Cyal.

—Lo único que recuerdo es a partir de mi despertar como xieri —respondió ella con sequedad. No deseaba hablar sobre ello.

Cyal apretó los labios en una fina línea. Tenía que ser duro no poder recordar una parte de su vida.

—Entonces, ¿los xieri no envejecéis?

—Es uno de los tantos efectos secundarios de la exposición a la drialita —masculló Eira.

—¿Y es cierto que también os dio el poder de controlar la oscuridad?

—Haces demasiadas preguntas, humano —replicó ella con frialdad.

Cyal tensó los hombros. Mantuvo su vista al frente.

—Mi nombre es Cyal —insistió, irritado—. ¿Tanto te cuesta pronunciarlo?

—Si quieres que use tu nombre, deberás ganarte mi respeto primero.

A Cyal le rechinaron los dientes. Giró el cuello para mirarla.

—¿Y por qué me salvaste, entonces?

Eira se detuvo. Cyal, extrañado, se paró junto a ella. Inspiró aire con fuerza cuando ella clavó sus ojos rojos en él.

—Me recordaste a alguien.

—¿Eso es todo?

Eira siguió andando, sin darle la respuesta. Cyal fue tras ella, resignado. Era inútil; sabía que no obtendría más información.

Jarah sonrió al verlos regresar.

—No habéis tardado mucho —comentó—. ¿Qué tal el recorrido por Drethol?

Eira se quitó el pañuelo de la cabeza y bajó el que le tapaba la mitad inferior del rostro.

—Es todo muy diferente a lo que yo conocí.

Jarah rio por lo bajo.

—Me lo imagino, querida. —Se puso en pie y se dirigió al pequeño horno de piedra—. La comida estará lista en breve. Seguro que traéis hambre.

—¡Claro que sí! Con este calor infernal... —masculló Cyal desabrochándose un botón de la camisa.

—¿Has ido a hacer la ofrenda al dios Aridam, Cyal? —preguntó Jarah mirándolo por encima del hombro.

Cyal se irguió y se llevó una mano a la cara.

—Mierda, se me ha olvidado.

—¡Niño, esa lengua! —lo regañó su abuela mientras se giraba con los brazos en jarras.

Cyal puso los ojos en blanco.

—Iré ahora. —Miró a Eira, que observaba su conversación sin expresión alguna—. ¿Te vienes?

A modo de respuesta, Eira dio un paso hacia él.

Al salir de nuevo al sol, se encontraron con una visión desagradable frente a ellos: apoyado en la podrida pared de la casa de enfrente se hallaba un joven de pelo oscuro, robusto y con cara de pocos amigos. Aguardaba con los brazos cruzados y aparente despreocupación.

—Harkan —gruñó Cyal, situándose delante de Eira. Por desgracia, su eterno rival ya la había visto; prueba de ello fue la forma en la

que tensó los hombros. No esperaba que la xieri saliera de sus dominios en el monte.

—Cyal. —Le devolvió el seco saludo con un asentimiento de cabeza. Se enderezó—. Me sorprende verte acompañado.

—A mí, en cambio, me sorprende encontrarte sin tu manada de perritos falderos —replicó Cyal, sin inmutarse. El árido viento del desierto revolvió sus mechones rubios—. ¿Se te han olvidado en casa?

Un músculo se crispó bajo el ojo de Harkan, que apretó los dientes. Eira avanzó para quedar junto a Cyal. Alzó la barbilla, destilando desdén.

—¿Has venido a probar la hoja de mi cimitarra, humano?

—Solo quería darle un pequeño recordatorio a Cyal —dijo Harkan irritado. La xieri lo contemplaba con clara superioridad. Y lo peor de todo era que él no podía demostrar lo contrario.

Eira ladeó la cabeza.

—¿Oh? ¿Sobre qué?

Cyal endureció la mirada.

—Mantente fuera de mis asuntos, Harkan —advirtió, tensando los dedos.

Harkan soltó una carcajada seca. Se apartó de la pared y guardó las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Sabes que no tardarás en volver a verme, Cyal. Estamos condenados a encontrarnos una y otra vez en este estercolero —dijo sin mirarlo, mientras se alejaba—. Disfruta mientras puedas.

Cyal apretó los labios en una fina línea.

—Desde que tengo memoria, Harkan ronda a mi alrededor —explicó una vez este hubo desaparecido tras una esquina. La

amargura se filtró en cada palabra—. No se le escapa nada. Controla todo en los suburbios. —Chasqueó la lengua, dio media vuelta y echó a andar por la calle—. Drethol sería un lugar mejor sin él.

Eira no dijo nada, pero frunció el ceño.



La princesa Thaydra paseaba por el mercadillo con una sonrisa. Había cambiado su elaborado vestido por una túnica más sencilla y un pañuelo verde ocultaba su pelo.

—¿Por qué encuentras tan fascinante lo que hace la plebe? —quiso saber Azra con una mueca. Su atuendo era casi idéntico al de su hermana.

—¿Acaso tenemos algo mejor que hacer en palacio una vez finalizadas nuestras lecciones del día? —replicó Thaydra.

—Supongo que no.

Una conmoción proveniente del escenario de las subastas les llamó la atención.

—¿Qué ocurre? —inquirió Thaydra, extrañada.

Era difícil ver con toda la multitud.

—No lo sé, pero será mejor que nos vayamos... —empezó a decir Azra. Suspiró con resignación cuando Thaydra comenzó a abrirse paso entre la gente—. ¡Por supuesto que la princesa no opina lo mismo...!

Consiguieron llegar a la primera fila del círculo que se había formado alrededor del escenario. Thaydra abrió los ojos como platos ante lo que encontró.

Un hombre se movía a gran velocidad en la plataforma. Desgarraba como si los cuerpos de los guardias que subían para intentar detenerlo fueran solo sus juguetes. Su arma no era más que una mancha borrosa entre sus ágiles maniobras, imposible de identificar.

—¿Es esto lo mejor que tiene vuestro rey? —se burló el hombre. No se había esforzado en ocultar su identidad: su piel oscura estaba a la vista de todos y su larga coleta de pelo negro se agitaba de un lado a otro—. ¡Qué lamentable! ¿Y vosotros pretendéis vender como esclavos a esta pobre gente?

La sangre lo cubría, pero Thaydra era incapaz de desviar su atención de él. Incluso cuando el misterioso hombre cortó la garganta de otro guardia, aun con el estómago revuelto, mantuvo la mirada clavada en sus movimientos. ¿Cómo se desplazaba a esa velocidad?

Era sobrehumano.

El hombre le asestó una patada en el pecho a su siguiente contrincante, que acababa de subir por las escaleras al escenario. Sin detenerse, se dio la vuelta y descendió sobre la fila de draconianos. Resonaron múltiples golpes metálicos en las cadenas. Hubo una exclamación colectiva del público.

Con su último golpe, los esclavos quedaron libres y estos no dudaron ni un instante en emplear sus poderes.

—¡Al suelo! —gritó Azra, tirando del brazo de Thaydra y arrastrándola hacia abajo.

El griterío de la aterrorizada marabunta las envolvió. La gente intentaba esquivar la ola de fuego, agua, viento y rayos. Una explosión sacudió el lugar y todo se cubrió de humo.

—¡Azra! —Thaydra la llamó asustada.

Azra abrazó a Thaydra, que se había ovillado en el suelo.

—¡Tranquila, estoy contigo! ¡No te muevas!

El humo se despejó poco a poco. Solo cuando el silencio empezó a gobernar en la plaza, Thaydra tosió y se atrevió a levantar los párpados.

El escenario había quedado destruido.

No había rastro de los draconianos, ni de aquel misterioso hombre.



Arash se posó en el tejado de uno de los edificios que bordeaban la avenida del mercadillo. Clavó los ojos en una de las figuras agachadas en el suelo y la reconoció con facilidad. Se trataba de la pequeña princesa, acompañada de su hermana mayor.

«¿Qué hace aquí?», pensó enarcando una ceja.

Le había parecido percibir su presencia mientras se enfrentaba a los guardias sobre el escenario, pero había creído que eran solo imaginaciones suyas.

Era cierto que no solía vigilarla tanto como hubiera debido. Pero era una princesa, y no imaginaba que hiciera otra cosa que permanecer recluida en su palacio, donde todos los criados la atenderían y los guardias la protegerían. No era heredera al trono, por lo que no se vería afectada por las intrigas políticas. Jamás había sospechado que corriera peligro alguno.

Pero ahí estaba: vestía como una plebeya, oculta a ojos de los demás. ¿Era algo frecuente? ¿Realizaba escapadas del palacio y él

no se había enterado?

«He sido un descuidado», se dijo chasqueando la lengua.

Pero eso ya daba igual. Thaydra estaba intacta. Desde su rincón, la vio ponerse en pie con ayuda de su hermana y las dos se marcharon corriendo, en dirección al palacio.

En cualquier caso, había conseguido su objetivo: los draconianos estaban libres. Aunque sabía que habría más al día siguiente, no importaba.

Él volvería.

Alzó la vista al cielo despejado. No podía permanecer mucho más tiempo en Drethol; debía moverse para continuar con su búsqueda. Solo le preocupaba lo que le pudiera pasar a Thaydra. La necesitaba viva.

«Estará a salvo en el palacio».

Se marcharía al día siguiente al anochecer.



Cyal frunció el ceño al escuchar una explosión en la distancia.

—¿Qué ha sido eso?

Eira entornó los ojos al ver la nube de humo proveniente del centro de la ciudad.

—Tormenta —musitó.

Cyal ladeó la cabeza para mirarla.

—¿Qué has dicho?

Pero Eira no respondió, tan solo continuó la marcha. Cyal resopló, exasperado, y la siguió de cerca. La gente señalaba hacia algún

lugar. Pero si Eira no consideraba que hubiera peligro, Cyal supuso que podía ignorar la explosión. Habría sido algún accidente.

Se adentraron en el templo de roca dorada. Eira recorrió el lugar con los ojos, analizándolo. Por fuera era una bonita estructura con arcos de piedra verde y blanca, con cúpulas doradas idénticas a las del Palacio de Turmalina y estatuillas de dragones en los picos de la fachada. Por dentro era amplio y luminoso, pues la inmensa cantidad de vanos en las paredes permitía que se filtraran sin problema los rayos de sol. A pesar de eso, el ambiente era, con diferencia, más fresco que en las calles de la ciudad.

Eira caminó detrás de Cyal por la alfombra esmeralda que llevaba al altar. Destacaban los dragones pintados en tablas de madera. Delante de estas había mesas con arena negra iluminada por las ascuas que ardían debajo.

Aquel templo había sido erigido en honor a Aridam, para darle las gracias por la estación de lluvias en Drethol. Pero, al igual que en el resto de los templos del continente, aparecían representados los cinco dioses mayores: Aridam, dios de las tormentas; Hereshia, diosa de la luz y el sol; Veshier, diosa de las cosechas y la fertilidad; Ira, dios del fuego; y Eyvel, diosa de la noche y la luna.

Cyal subió el par de escalones y extrajo de su bolsillo algo envuelto en una tela. Lo destapó. Una pequeña bola de masa blanca quedó al descubierto.

—Venerable Aridam de las Tormentas —dijo Cyal alzando la bola hacia el cuadro de un dragón negro y plateado. Al estar el templo consagrado a aquel dios en específico, su retrato era mucho más grande que el de los demás—, Drethol se ha visto asolada por una terrible sequía desde hace ya un año. Os ruego que bendigáis

nuestras tierras con lluvia y que aceptéis esta humilde ofrenda a cambio.

Cyal situó la bola en la arena negra, donde empezó a tostarse encima de las ascuas. Un olor dulzón se elevó en el ambiente.

—Aridam —musitó Eira a su lado. Fijó los ojos rojos en el cuadro del dragón.

—Es el dios de las tormentas —explicó Cyal. Se encogió de hombros—. O eso dicen. Por más que hago esto todos los días, nunca pasa nada. Las tierras siguen igual de secas que siempre. Pero haría cualquier cosa por mi abuela.

En el semblante de Eira se reflejó cierta inquietud.

—Es extraño.

—¿El qué?

—Aridam. Ese nombre. Me resulta familiar.

—Pero los dragones nunca se habían mostrado ante los humanos antes de la guerra, ¿no? ¿Por qué ibas a saber tú ese nombre?

Eira no contestó. Cyal espiró con brusquedad y alzó la mirada al techo del templo. Debería haber supuesto que ella no respondería antes siquiera de preguntar.

Xieri o no, Eira era exasperante.

Capítulo 6

Advertencia



El regreso al Palacete Verde les deparó un encuentro con quien menos deseaban. Azra y Thaydra habían ido directas a la habitación de Mystral, pero alguien bloqueaba la entrada.

—Vaya, vaya, jóvenes princesitas, ¿de dónde regresáis? —cuestionó la reina consorte Karima, cruzada de brazos.

Thaydra gruñó. Era estar en presencia de Karima y ya se notaba mucho más irritable de lo normal.

—¿Acaso es de vuestra incumbencia, Karima?

—Solo estábamos dando un paseo por los jardines —contestó Azra, haciendo el esfuerzo de ser más amable.

—¿Vestidas como simples plebeyas? —replicó Karima. Esbozó una sonrisa burlona. Irguió la barbilla—. Os sientan bien los harapos.

—Siempre sois tan generosa con vuestros halagos... —ironizó Thaydra. ¿Qué hacía Karima todavía ahí?

La mujer al fin se apartó.

—¡Faltaría más! —respondió y echó a andar—. Que tengáis buena tarde...

Thaydra soltó un suspiro de alivio. Azra, sin embargo, le dio un codazo con disimulo. Con los años, había olvidado mantener los modales frente a Karima.

—Ah, se me olvidaba —dijo la reina Karima. Se detuvo a mitad del pasillo y las miró por encima del hombro—. Sería recomendable que mañana no salierais de vuestras habitaciones... Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

A Thaydra se le erizó el vello.

Karima se marchó, riendo por lo bajo. Azra no dudó en empujar a Thaydra hacia la habitación de Mystral, para huir de ella de una vez por todas.

—De verdad, me pone de los nervios —masculló Thaydra, quitándose el pañuelo de la cabeza. Comprobó que su madre estaba dormida, por lo que siguió hablando en un tono bajo—: ¿Qué ha querido decir con eso?

¿Pretendía amedrentarlas? ¿Vigilaba su rutina para un propósito desafortunado o simplemente se aburría? Con Karima era imposible acertar.

—No tengo la más mínima idea —dijo Azra—. Pero no me ha dado muy buena espina.



Eira yacía tumbada boca arriba en la cama. Su respiración lenta y pausada parecía ser suficiente indicio de que estaba dormida.

Cyal la contemplaba desde el suelo, tirado sobre una manta. Su abuela le había obligado a cederle la cama a Eira, pero reposar en la

dura tierra distaba mucho de ser agradable. Al menos esperaba que Eira estuviera cómoda.

Seguía sin comprender a esa extraña mujer. Le agradecía que lo hubiera salvado en el monte Ishtar, pero no estaba tranquilo conociendo su verdadera identidad.

Ahogó una exclamación cuando ella abrió los ojos de golpe y se encogió en su rincón. ¿Se habría dado cuenta de que la estaba observando? Para su sorpresa, Eira no lo miró a él. Permaneció así durante unos segundos, escuchando. Extrajo las cimitarras de debajo de la almohada mientras se sentaba con cuidado.

Cyal se tensó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó en un susurro.

Y ella, para variar, no contestó. Se levantó de la cama, en silencio, y se asomó al salón. Entornó los ojos.

Cyal se incorporó, cauteloso. Eira se fue de la habitación y él se preparó para seguirla sin hacer ruido.

Pero su abuela gritó. Aquello fue suficiente para que Cyal saliera disparado, con el corazón latiendo a mil por hora.

Irrumpió en el dormitorio, jadeando. Localizó primero a su abuela, sentada en la cama con los brazos cruzados delante de su rostro y encogida. Parecía intacta.

Delante de ella se alzaba Eira, con sus cimitarras rodeando el cuello de cierto chico robusto de pelo oscuro.

Harkan, la sombra que insistía en atormentar a Cyal desde que tenía memoria.

—¿Qué haces tú aquí? —dijo Harkan. Hablaba de Eira. Su puño temblaba, y Cyal se fijó en que sostenía un puñal.

Se le heló la sangre.

—¡Ibas a matar a mi abuela! —vociferó Cyal. La ira burbujeaba en su interior y se le marcaron las venas en las sienes—. ¡¿Cómo puedes ser tan miserable, maldito hijo de...?!

—¿Creías que te iba a perdonar la humillación del monte? —ladró Harkan sin permitirle acabar—. Te advertí, ¿no? Necesitabas un pequeño recordatorio.

Los intercambios de Harkan y Cyal solían acabar de la misma manera: Harkan se salía con la suya y Cyal terminaba machacado en el suelo. Como mucho, Cyal lograba a veces dar esquinazo a Harkan y sus lacayos. Lo que nunca había sucedido era que Harkan sufriera una derrota tan estrepitosa como la acontecida en aquel paisaje de rocas y nieve. Había sido un duro golpe para su ego. Uno que jamás olvidaría.

El desierto castigaba a Cyal cada día. El monte Ishtar, en cambio, se había posicionado a su favor, con Eira como su paladín.

—Silencio —ordenó Eira con voz glacial. Presionó una de las cuchillas contra el cuello de Harkan y un hilo de sangre brotó de él. Este calló de inmediato, rígido—. Dame una sola razón por la que no deba matarte aquí mismo.

—Yo... —Harkan miró a un lado y a otro, desesperado. No estaba acostumbrado a suplicar por su vida, pero se forzó a tragarse su orgullo. La amenaza era demasiado real—. Me marcharé y no volveré a esta casa —dijo atropelladamente.

El sudor le perlaba la frente. Tenía los ojos desorbitados. Era muy consciente de que a aquella mujer le habría bastado con un giro de muñeca para acabar con su vida.

—Te marcharás de la ciudad —corrigió Eira—. Y no volverás.

Harkan apretó los dientes. ¿Cómo iba a abandonar sin más el imperio que había erigido en los suburbios, donde todos bailaban a su antojo?

—¿Queda claro? —siseó Eira en su oído—. Según he entendido, no haces más que causarles problemas a este chico y a su abuela.

Cyal arqueó las cejas. ¿Eira le había hecho caso cuando le había hablado de sus encuentros pasados con Harkan? Habría jurado que no había prestado atención a ninguna de sus palabras.

—De acuerdo —dijo Harkan, apenas con un hilo de voz.

Hacía años desde la última vez que alguien había logrado arrancarle una sola gota de sangre en un combate. Prefirió marcharse, por el momento, y tener la oportunidad de cobrarse su venganza algún día. Porque, aunque debiera mostrarse derrotado y sumiso contra su propia voluntad para salir con vida, él nunca perdía.

—Si no te vas, lo sabré —advirtió ella—. Te encontraré. Y te mataré.

Harkan cruzó una mirada con Cyal. El chico gruñó cuando una sonrisa burlona asomó en sus labios. Quería dejarle claro que no había sido él quien lo había vencido en aquella ocasión, sino Eira.

—Me marcharé y no regresaré. Lo juro bajo la luna de la venerable Eyvel.

Eira frunció el ceño. Eyvel. Ese nombre también le sonaba. ¿Sería otra de las diosas?

Apartó las cimitarras y lo soltó. Harkan no dudó en desaparecer en un parpadeo, consciente de que no era adversario para ella. Cyal se apartó para evitar ser arrollado.

Tardó un par de segundos en reaccionar.

—¡Abuela! —Se lanzó hacia ella tras asimilar lo ocurrido.

Puso las manos en sus hombros y buscó en su rostro, en su cuello, en sus manos. Se aseguró de que no tenía ningún rasguño.

—Tranquilo, Cyal...

Su abuela se llevó el puño cerrado al pecho. Su corazón seguía acelerado, pero iba recuperándose del susto.

—¿Estás bien, Jarah?

Cyal miró por encima del hombro, sorprendido, y tragó saliva. Recortada por la pálida luz de la luna que se colaba por la ventana, la silueta de Eira se erguía como una sombra viva.

Jarah alzó la vista y sonrió.

—Estoy bien gracias a ti. Te debo la vida.

Cyal apretó los dedos, arrugando la tela del camisón de su abuela. Si no hubiera ido al monte Ishtar, nada de aquello habría pasado. Había puesto a su abuela en peligro por un trozo de drialita.

—Gracias, Eira —susurró, derrotado.

Él no había oído nada. Si Harkan había actuado por su cuenta, era porque tenía habilidades para ello. Habría entrado y salido de su casa sin que nadie se percatara de lo sucedido.

Harkan no contó con la presencia de Eira, con que ella dormiría en la misma casa. Cyal se alegraba más que nunca de haber decidido traerla consigo. Su abuela estaba viva solo gracias a los agudizados sentidos de la xieri.

—¿Por qué no lo has matado? —rezongó Cyal, incapaz de contenerse.

Notó las cálidas manos de su abuela sobre las suyas.

—No hay que segar vidas innecesariamente, Cyal —lo regañó ella con suavidad. Miró de nuevo a Eira—. Estoy impresionada con tu

habilidad y capacidad de autocontrol, joven.

Cyal entendió a qué se refería. Siendo una xieri, era de esperar que Eira matara libremente y sin reparo alguno. Pero no lo había hecho.

—Supuse que no os resultaría agradable tener que deshaceros de un cadáver y enfrentaros a las represalias —dijo Eira en tono seco.

Cyal agachó la cabeza. Tan solo esperaba que Harkan cumpliera de verdad con su promesa.

Eira desvió la vista hacia la ventana, sumida en sus pensamientos. Cyal al fin se atrevió a apartarse de su abuela y se irguió.

—Vigilaré esta noche junto a la puerta —decidió Eira—. No me fío de que ese humano no vaya a intentar algo más.

—Ya. Yo tampoco —masculló Cyal.

—No tienes por qué hacerlo, Eira —dijo Jarah apenada—. Será mejor que todos intentemos descansar...

—Vigilaré —declaró Eira, tajante.

Acto seguido, salió de la habitación y se apoyó en la pared, junto al marco de la entrada. Cyal la observó con el ceño fruncido. Primero le había salvado la vida a él. Ahora, también le había salvado la vida a su abuela.

Tras ayudar a su abuela a tumbarse y darle las buenas noches, Cyal salió del dormitorio cerrando la cortina. Se acercó a Eira.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Eira, con los brazos cruzados, clavó sus ojos rojos en él, quieta como una estatua.

—Vas a hacerla de todos modos, humano. Adelante.

Cyal espiró aire con brusquedad, indignado. ¿Por qué a su abuela sí la llamaba por su nombre, pero a él no?

—¿No tienes poderes? ¿Por qué usas solo las espadas?

Eira alzó una ceja de forma casi imperceptible.

—Cimitarras —lo corrigió—. A veces, las armas son más eficientes. Pero sí, tengo poderes.

—¿Cuáles?

—Soy afín al agua. Sobre todo, al hielo. Y... —Eira apartó la vista. Calló.

«Y a la oscuridad», adivinó Cyal, pero optó por no decirlo en voz alta. Era evidente que aquel aspecto de sus poderes disgustaba a Eira.

—¿Eres afín al agua?

—¿He de repetirme, humano? —gruñó ella mirándolo de nuevo.

—¿Podrías enseñarme? —le pidió, esperanzado.

Aunque Eira fuera una xieri, ya había demostrado ser diferente a lo que se temía. Cyal jamás había podido entrenar su afinidad. En Drethol, nacer afín al agua era lo mismo que nacer sin afinidad alguna. A menos que esa persona fuera un miembro de la familia real o de la nobleza, no existía ningún cuerpo de agua con el que practicar en Drethol. Tampoco había maestros afines a ese elemento que estuvieran dispuestos a educar a los demás.

Eira lo contempló durante unos segundos que se le hicieron eternos.

—No.

Cyal parpadeó. Y tensó la mandíbula. Tuvo que sofocar las ascuas de la indignación que brotaron ante su respuesta.

—¿Por qué?

Pero ella permaneció en silencio.

Una vez más, Eira desvió su atención y dio la conversación por concluida. Cyal se marchó a su habitación, decepcionado y malhumorado.

Capítulo 7

Un trato



Eira estudiaba a Cyal desde la entrada de la vivienda. La pálida luz del amanecer se filtraba por las ventanas y a través de la cortina.

Él estaba sentado en la mesa, donde tenía un cuenco de arcilla con agua. Era nieve derretida del monte Ishtar. Llevaba ya media hora frente a él. Por más que mantenía la mano encima, no sucedía nada.

Había sido así toda su vida. Sin el tirón de un maestro que lo ayudara a iniciarse, no lo conseguiría jamás. El único motivo por el que sabía que era afín al agua procedía de un incidente cuando era pequeño, en una de las escasas tormentas que habían caído en Drethol. Cyal había salido a jugar bajo la lluvia entusiasmado y, en uno de sus giros, las gotas siguieron el movimiento de sus dedos.

Desde entonces, no había vuelto a ocurrir nada.

Cyal había llegado a pensar que aquello solo había sido producto de su imaginación. Pero al acudir al templo, los sacerdotes habían confirmado su afinidad al agua con una simple prueba.

—No tienes ni idea de cómo funciona, humano.

Cyal apretó los dientes ante la observación innecesaria de Eira.

—¿No me digas? —soltó, sarcástico. Apartó la vista del cuenco para mirarla, irritado—. ¿Tanto te costaría ayudarme, aunque fuera solo para empezar?

Eira se mantuvo en silencio. Cyal tampoco dijo nada, pero su expresión hablaba por él.

—¿Qué pasa aquí, muchachos?

Jarah apartó la cortina de su habitación y se mostró ante ellos. Se acercó apoyándose en su bastón.

—Nada, abuela. Solo estaba intentando manejar el agua —masculló Cyal. «Sin éxito», añadió en su mente.

—Paciencia, principito —dijo Jarah, poniendo una mano en su revuelto pelo rubio—. Estoy segura de que terminarás por conseguirlo.

«Llevo años intentándolo...», pensó Cyal; la paciencia no era el problema. Para evitar descargar su frustración en ella, optó por permanecer callado.

Siempre que tenía encuentros con Harkan y su banda, se valía de su agilidad para huir. No todas las veces conseguía salir ileso. Pero Harkan y sus matones jugaban con ventaja: Harkan era afín a la tierra y había contado con alguien que le había enseñado a usar sus poderes. Sus compañeros eran expertos en el uso de cuchillos.

De llegar a controlar el agua, Cyal hubiera podido defenderse mejor.

Resignado, el joven se levantó mientras su abuela se dirigía al horno. Se acercó a Eira, que lo observó expectante.

—¿No estás cansada? Has estado vigilando toda la noche.

Seguía molesto con ella por negarse a enseñarle, pero, a la vez, le estaba agradecido por haber salvado la vida de su abuela. Lo mínimo que podía hacer era interesarse un poco por su estado, por mucho que lo mirara con esa indiferencia, como si él fuera inferior a ella.

Había sido una sorpresa despertar y encontrarse a Eira todavía en su puesto junto a la entrada. Había pensado que pasadas unas horas se retiraría a dormir, pero llevaba en la misma postura desde la noche anterior.

—No —contestó ella con sencillez—. Los xieri somos mucho más resistentes que los humanos o los draconianos.

—Agradezco mucho tu ayuda, Eira —dijo Jarah girándose hacia ellos con una bandeja de pan caliente en las manos—. Pero ya puedes descansar. ¿Qué tal si desayunas con nosotros?

Cyal arqueó una ceja cuando divisó el atisbo de una sonrisa en los pálidos labios de Eira. Desapareció en un parpadeo. ¿Lo habría imaginado?

—Está bien —cedió ella.

Se sentaron los tres en la mesa. Jarah repartió los trozos de pan.

—¿Qué piensas hacer ahora, Eira? —le preguntó. Su tono era cálido, como de costumbre.

El semblante de Eira se ensombreció.

—No lo sé.

—La benevolente Hereshia te ha dado una segunda oportunidad en la vida —le recordó Jarah. Partió un trozo de pan—. Lo que hagas con ella es decisión tuya, pero deberías aprovecharla. Y, si así lo deseas, podrías quedarte con nosotros.

Cyal se atragantó y se golpeó el pecho con el puño, tosiendo. Jarah se limitó a sonreír y a masticar. Eira abrió la boca, estupefacta.

Cyal se fijó en que los ojos rojos de Eira brillaron con un extraño reflejo de nostalgia. ¿Qué estaría recordando? ¿Echaría de menos algo? Le habría gustado preguntarle, pero sabía que no respondería.

—Os agradezco vuestra hospitalidad —dijo Eira al fin. Todavía no había tocado su desayuno—. Sin embargo, creo que no tardaré en marcharme.

—¿Qué? —soltó Cyal sin darse cuenta. Frunció el ceño—. ¿Por qué?

El desconcierto ante sus propios sentimientos lo envolvía. Quería que Eira se fuera; era una mujer extraña, además de una xieri. A saber a cuántas personas habría matado en el pasado. Lo trataba con frialdad y era tan reservada que resultaba imposible adivinar lo que estaba pensando.

Pero también quería que Eira se quedara. Le había salvado la vida en el monte Ishtar y había salvado la de su abuela la noche anterior. Le suscitaba una gran curiosidad y deseaba averiguar más sobre ella. Además, albergaba la pequeña esperanza de que, si se quedaba, terminara por cambiar de opinión y finalmente le enseñara a controlar el agua.

—Hay ciertos asuntos que debo atender —contestó ella con sequedad.

Había despertado sola en ese mundo trescientos años más tarde de lo que recordaba. No pretendía volver a ver a ninguno de sus antiguos compañeros xieri, pues sus opiniones respecto a los humanos eran distintas. Sin embargo, había una excepción.

—¿Como qué? —Cyal ladeó la cabeza. ¿Qué podía tener que hacer Eira en un mundo que no conocía?

—He de encontrar a alguien.

Cyal entornó los ojos y cruzó los brazos.

—Espero que no sea al General.

—¡Cyal! —Su abuela le llamó la atención con claro tono de reprobación.

—¿Qué? ¡Solo quiero asegurarme! —se defendió.

Si la presencia de Eira demostraba que las historias de los xieri eran ciertas, también confirmaba que el General existía. Las leyendas contaban que era tan poderoso que ni siquiera Hereshia y sus compañeros dragones habían sido capaces de matarlo. De ahí que acabaran por sellarlo a distancia, junto con el resto de los xieri, para obtener la victoria.

—Si me encontrara al General, lo único que haría sería matarlo con mis propias manos —espetó Eira. Un escalofrío serpenteó por la piel de Cyal ante la intensidad del brillo asesino en sus ojos rojos—. Busco a otra persona.

—¿A quién?

—No es asunto tuyo, humano —zanjó Eira con frialdad.

Cyal gruñó y giró la cabeza, optando por centrar la atención de nuevo en su desayuno.

—Por supuesto —dijo entre dientes, molesto—. ¡Nunca lo es...!

Eira suavizó la mirada, aunque Cyal no se percató. La joven mujer los observó a él y a Jarah con una profunda nostalgia, sintiendo verdadera tentación de quedarse con ellos.

Pero no. No debía confundirse. Echaba tanto de menos a Khait y a su familia que era normal que la oferta de Jarah la atrajera. La forma

en que la anciana la trataba le recordaba mucho a la amabilidad de Khait. No la había juzgado; a pesar de ser una xieri, la había aceptado. Y luego estaba Cyal, con los mismos ojos dorados que Khait, tan bonitos, cálidos y únicos.

La tristeza se coló en su suspiro.

Debía encontrar a Tuila. Ella había sido su única verdadera compañera. Si estaba sellada en alguna parte del mundo, tenía que localizarla.

Tenía que asegurarse de estar allí para ella, para cuando despertara.



La segunda esposa paseaba de un lado a otro en sus aposentos del Palacete Rosa, impacientándose. Ya iba a ser mediodía y todavía no había aparecido nadie. ¿A qué esperaban? Justo cuando estaba a punto de abandonar, captó movimiento por el rabillo del ojo y se giró para descubrir de qué se trataba.

Frente a la chimenea se había materializado una diminuta bola de oscuras tinieblas. Esta se estiró y aumentó de tamaño hasta dar forma a una alta y esbelta mujer.

—Por fin —dijo Karima deteniéndose y cruzando los brazos—. Llegas tarde.

—Cuidado con la forma de dirigirte a mí, humana —siseó la recién llegada. Irguió la barbilla y echó su cascada de largo y liso pelo azul por encima del hombro—. O tendré que recordarte cuál es tu sitio.

Karima bufó.

—No olvides que tenemos un trato.

—Eso no quiere decir que no debas tratarme con el debido respeto, mortal —replicó la otra mujer. Sonrió con altanería. Sus carnosos labios estaban pintados de rojo.

La segunda esposa se cruzó de brazos.

—Ni siquiera te has molestado en decirme tu nombre en todo este tiempo.

—Si tanto necesitas un nombre, humana, puedes llamarme Lluvia. Y ahora, dime, ¿está todo preparado?

—Podemos poner el plan en marcha esta misma noche —contestó Karima. Entrecerró los ojos—. ¿Cómo sé que no me traicionaréis?

—La duda ofende —dijo Lluvia, llevándose una mano al pecho y fingiendo estar dolida—. Nosotros siempre cumplimos nuestra palabra.

—Eso espero.

—Me has ayudado a mantener oculto mi ejército en el palacio mientras lo hacía crecer. Lo mínimo que puedo ofrecerte a cambio es el control de este decadente reino humano, ¿no?

Karima frunció los labios. La atmósfera siempre se tornaba pesada con la presencia de esa extraña mujer. Lluvia le provocaba una constante tensión. Sus nervios estaban a flor de piel, como si tuviera que estar preparada para huir en cualquier momento.

—¿Qué hay de Aerendel? —quiso saber Karima.

Lluvia esbozó media sonrisa. Se paseó por la sala, deslizando su mano por la superficie de piedra encima de la chimenea.

—No temas por ella, humana. Tu draconiana te será devuelta sana y salva en cuanto haya terminado el proceso. Será más fuerte que nunca. Y ahora, si me disculpas...

Karima se petrificó. Lluvia había dirigido hacia ella sus afilados ojos, de aquel color y profundidad tan intimidantes. A pesar de haber tratado con Lluvia en distintas ocasiones a lo largo de aquellos meses, Karima todavía temía que se abalanzara sobre ella en el momento menos esperado.

—He de marcharme para perfilar un último detalle —concluyó Lluvia.

Después, se disolvió en sombras.



Sentada en un taburete junto a la cama de la reina consorte Mystral, Thaydra vigilaba la respiración de su madre con tristeza. Mystral dormía, ajena a todo cuanto sucedía a su alrededor. Azra, que trenzaba el largo cabello negro de la joven princesa, la ayudaba a aliviar ese horrible peso sobre los hombros.

—Ojalá pudiera tener el pelo como el tuyo, Thay —comentó Azra, deslizando sus dedos por los suaves mechones.

—¿Qué quieres decir? Tu pelo también es largo.

Thaydra se volvió a tiempo para cazar una sonrisa en el rostro de Azra. Sus ojos verdes resplandecían con la luz naranja del atardecer.

—Sí, pero el mío no crece tanto como el tuyo. No es tan abundante. Tampoco tiene el mismo brillo, ni es tan suave.

—Está bien, está bien. —Thaydra la interrumpió con una carcajada —. Sí que tienes una extraña fijación por mi pelo. A mí me resulta un tanto engorroso tener que llevarlo tan largo.

—No puedes cortarlo —dijo Azra, muy seria—. Si lo hicieras, te confundirían con una plebeya. Y recuerda que debes conseguir

atraer la atención del hermano del duque de Arébalo para que sigamos juntas.

Thaydra torció el gesto.

—Ya lo sé, Azra, tranquila. Sabiendo lo mucho que adoras mi pelo, jamás se me pasaría por la cabeza la idea de cortarlo —dijo divertida. Cambió su expresión antes de continuar—: ¿Cuándo te marcharás?

Azra suspiró.

—La semana que viene a más tardar. Pero te escribiré con frecuencia, no temas, y te invitaré a mi nuevo palacio siempre que pueda.

Thaydra no dijo nada. Se sumió en sus pensamientos mientras Azra seguía trenzando su pelo. Fijó su atención en el rostro durmiente de su madre.

Cuando Azra partiera, Mystral sería la única presencia amable que le quedaría en el palacio.



Arash terminó de tapar la entrada al pasadizo con la última de las rocas y se irguió, sacudiendo las manos. Alzó la vista al cielo, satisfecho tras otro día cumpliendo su objetivo. En lo alto, el azul claro cedía paso a los tonos lilas y morados que acompañarían a la luna, hasta que esta flotara en un lecho de oscuridad. Ya se intuía alguna que otra estrella.

Acababa de guiar fuera de la ciudad al grupo de draconianos que había rescatado la mañana anterior. Les había dado indicaciones del

camino a seguir. No deberían tener problemas para llegar a la aldea en cuestión, oculta en la cordillera.

Drethol quedaba ya bien lejos, visible desde la plataforma rocosa en la que se encontraba.

Posó los ojos en la pálida luna en cuarto creciente. Había decidido marcharse esa noche de Drethol. Tenía que proseguir su búsqueda; ya la había retrasado durante suficiente tiempo. Cada vez percibía con mayor claridad la inestabilidad en el equilibrio del mundo. Si no hacía nada al respecto, los desastres naturales aumentarían en intensidad y frecuencia hasta acabar con todo. Por no hablar de los nephrores, las temibles criaturas que brotaban de las profundas grietas en la tierra.

Sin embargo, había algo que lo retenía en Drethol. Desde hacía días, notaba una anomalía persistente en el aire, un elemento que no terminaba de encajar en el ambiente. No conseguía concretar de qué se trataba.

Le extrañaba que los habitantes de Drethol no sospecharan de la sequía que hacía más de un año que asolaba el reino. Estaban en el desierto, sí, pero siempre habían recibido una pequeña estación de lluvias. Daba pena pasearse por las afueras de la ciudad, donde las personas mendigaban agua, desesperadas. Mientras tanto, la familia real disfrutaba de un inmenso palacio con fuentes abundantes.

Arash era el único que sabía que si la situación seguía así, si él no encontraba lo que necesitaba para restaurar el equilibrio en el mundo, la sequía solo sería el comienzo de una cadena de desastres incluso peores. La temperatura no haría más que subir y subir hasta que incluso la nobleza se viera privada de agua.

«Se lo tendrían merecido», pensó irritado. ¿Cómo podían ignorar el sufrimiento de la mayoría de los habitantes de Drethol? Parecía que los suburbios no existieran para ellos.

Una explosión en la lejanía desgarró el silencio del anochecer. Tensó los músculos y giró sobre los talones. Una columna de humo negro ascendía desde el palacio.

Su pulso se aceleró. Porque, por mucho desprecio que sintiera hacia la familia real, había alguien a quien él sí necesitaba con vida, que también vivía en aquel palacio.

Otra explosión, esta vez en el extremo opuesto de la ciudad.

Los gritos resonaron hasta en el desierto. Arash entornó los ojos al distinguir extrañas sombras sobrevolando Drethol como voraces espectros.

«No puede ser. ¿Han regresado?».

Pero no había tiempo para especular. Arash saltó a la arena, desplazándose a tal velocidad que las dunas no registraron ni una huella.

Tenía que sacar de ahí a la princesa Thaydra.

Si moría, todos sus esfuerzos serían en vano.

Capítulo 8

Noche de fuego



Thaydra gritó y se llevó las manos a la cabeza cuando otro temblor sacudió todo el palacio. Hilos de polvo cayeron a su alrededor desde el techo. Sus oídos todavía pitaban a causa del ruido de la explosión ocurrida unos segundos antes.

—¿Qué está pasando? —chilló aterrada.

Mystral había abierto los ojos. En cuanto el suelo dejó de moverse, Thaydra fue junto a ella para ayudarla a incorporarse en la cama.

Se escucharon gritos en el pasillo. Los criados se alejaban corriendo.

—No tengo ni idea —respondió Azra, irguiéndose con el miedo aferrado a la garganta—. Pero está claro que no es nada bueno.

Azra se desplazó con rapidez y abrió la puerta de la habitación. Se asomó al exterior y palideció.

—¡Fuego!

—¿Qué? —exclamó Thaydra, girándose hacia ella de golpe.

No tardó en llegarle el olor a humo. El corazón le martilleó en el pecho.

—¡Tenemos que irnos de aquí!

Y con las palabras de Azra, Thaydra reaccionó.

—¡Madre, arriba!

Azra la ayudó a poner a Mystral en pie. Pero la respiración de la mujer enseguida se volvió pesada y laboriosa, y sus rodillas temblaron.

—Thay, Azra... No voy a poder... —murmuró Mystral. Su frente brillaba por el sudor.

—Claro que vas a poder, nosotras te sujetamos —empezó a decir Azra.

—¿Ibais a alguna parte?

«No. Ahora, no», pensó Thaydra al escuchar esa odiosa voz.

Alzó la vista. Karima bloqueaba la puerta, ataviada con un majestuoso vestido rojo, como si la ocasión mereciera sus mejores galas. Las observaba con una sonrisa altanera.

—He decidido que lo mejor será que yo misma me asegure de que no sobrevivís a esta noche —les comunicó Karima, dando un paso hacia ellas.

—¿Qué estás diciendo? —gritó Azra—. ¡Tenemos que irnos de aquí!

El color huyó del rostro de Thaydra. Karima había extraído un cuchillo de la manga de su vestido.

—Vuestra presencia ha sido una fuente de inconvenientes constante —prosiguió Karima ignorando a Azra. Fijó los ojos en Mystral—. Sobre todo tú, acaparando toda la atención de nuestro querido rey Adair desde que pusiste un pie en estas tierras...

El humo empezaba a filtrarse por el suelo de la habitación. Thaydra parpadeó con ahínco al notar que le ardían los ojos. Su madre tosió.

—Karima, no sé a qué estás jugando, ¡pero nos vamos de aquí! —afirmó Azra con fiereza. Soltó a Mystral, que tuvo que apoyarse completamente en Thaydra, y materializó una bola de agua en las manos.

—Alto ahí, princesa.

Al escuchar la voz a sus espaldas, las tres se giraron tan rápido como pudieron, pero no fue suficiente. Una estaca de hielo se hundió limpiamente en el pecho de Mystral.

Thaydra estalló en un grito de horror. Mystral abrió los ojos como platos y las fuerzas abandonaron su cuerpo. Se desplomó, sin nadie para sostenerla.

—¡Madre! ¡Madre, levanta!

La joven se agachó junto a ella. No podía creer lo que estaba sucediendo. Giró el cuerpo de Mystral y la visión la dejó paralizada.

La mirada de su madre estaba perdida y carecía de brillo alguno.

—¡Aerendel! —bramó Azra—. ¡¿Cómo te atreves a atacar a un miembro de la familia real?!

Thaydra alzó la vista, ahora borrosa por las lágrimas. Efectivamente, la asesina de su madre había sido Aerendel, la draconiana de Karima.

—Solo sigo órdenes, princesa —rezongó Aerendel.

Thaydra jadeó. ¿De dónde había salido? ¡Era como si hubiera aparecido de la nada, como si hubiera brotado de las sombras...!

Ahogó una exclamación al reparar en sus ojos.

Rojos. Rojo sangre. Un color prohibido, un color del que solo se hablaba en las leyendas del pasado, en la historia de la guerra.

—¿Qué te ha ocurrido? —balbuceó Thaydra, aterrada. Los ojos de Aerendel nunca habían sido de ese tono maldito.

La temperatura en la habitación no hacía más que subir, anunciando la proximidad del fuego. Azra miró a un lado y a otro frenéticamente. Estaban atrapadas entre Karima y Aerendel y Azra sabía que su propia draconiana no aparecería para salvarla, pues ni siquiera conocía su paradero.

Aerendel soltó un quejido y se llevó una mano al pecho. Cayó de rodillas al suelo, agonizando. Thaydra habría jurado que una fina neblina negra brotó de su cuerpo.

Azra no tenía ni idea de qué le estaba sucediendo. Pero le dio igual. Era su oportunidad.

Extendió los brazos hacia Karima, lanzando al fin la esfera de agua que había creado. Karima, que había desviado por un instante su atención hacia Aerendel, no la vio venir. Gritó al salir disparada hacia atrás y estamparse contra la pared.

—¡Vamos! —exclamó Azra con los ojos muy abiertos.

Agarró a Thaydra de la muñeca y tiró de ella para escapar.

—¡Espera...! —Thaydra trató de protestar, pero no tenía fuerzas para resistirse al tirón de Azra—. ¡Mi madre...!

Cruzaron la puerta.

—¡Está muerta! ¡Y, si no salimos de aquí, seremos las siguientes!

Thaydra ahogó un sollozo. Sabía que tenía razón. Lo había comprobado ella misma. Pero todo había sucedido de forma tan repentina que era incapaz de procesarlo.

El fuego devoraba el pasillo. Azra profirió una maldición. Tomó otra dirección y Thaydra se dejó llevar, con la visión todavía nublada por las lágrimas.

—¡Dime si nos sigue!

Thaydra miró por encima del hombro, sin detenerse. Lo único que había detrás de ellas eran las llamas, avanzando con la misma rapidez que una jauría de feroces lobos hambrientos.

—¡No!

A pesar de su respuesta, Azra no se relajó. Era cuestión de tiempo que Karima se recuperara y las persiguiera.

Ella tampoco terminaba de comprender lo sucedido. Karima nunca había ocultado su odio hacia el resto de la familia real, excepto a ojos del rey. Pero Azra jamás habría imaginado que fuera capaz de ir tan lejos. ¿Habría sido obra suya la explosión también? ¿Y cómo podía haberlo hecho todo ella sola?

Temía, además, por su madre. ¿Y si Thora, la primera esposa del rey, hubiera sufrido el mismo destino que Mystral? No tenía forma de saber si estaba bien. Lo único que podía hacer en esos momentos era huir del Palacete Verde con Thaydra.

Thaydra tropezó. Se habría ido contra el suelo de no ser porque Azra apretó los dedos en torno a su muñeca y la ayudó a recuperar el equilibrio.

—¡No te detengas!

Descendieron por las escaleras. No había rastro de nadie. Los criados habían huido.

Gritaron cuando un candelabro cayó delante de ellas, al vencer una de las vigas. No las alcanzó por cuestión de centímetros y se

detuvieron para cubrirse el rostro con los brazos. Los trozos de cristal que salieron disparados rasgaron la tela de sus vestidos.

—¡Azra! —la llamó Thaydra, con los ojos vidriosos. Le ardían no solo por las lágrimas, sino también por el humo que iba extendiéndose por todas partes, amenazando con anegar sus pulmones.

Azra tosió y la agarró de nuevo de la mano.

—¡Estoy contigo!

Rodearon el candelabro y siguieron corriendo por el ancho y alto pasillo. Una nueva sacudida las tiró al suelo. Thaydra sollozó. El calor era sofocante y le impedía respirar bien.

—Arriba, Thay —la animó Azra. Pasó un brazo por su cintura y la ayudó a ponerse en pie. Su rostro brillaba por el sudor.

—¿Estás...? ¿Estás bien? —le preguntó Thaydra jadeando.

Azra abrió la boca para contestar, pero alguien habló antes que ella:

—Se acabó, princesas.

Un escalofrío subió por la nuca de Thaydra. Se giró de golpe y sus rodillas temblaron al descubrir a Karima delante del candelabro caído. Las llamas crepitaban detrás de ella, recortando su silueta en un violento naranja, pero la mujer no se mostraba preocupada por la voracidad del fuego. Aerendel, su draconiana, estaba junto a ella. Una fina capa de bruma negra revoloteaba alrededor de sus pies.

Azra reprimió el llanto. Estaban tan cerca de la salida...

—¿Por qué no nos dejas marchar en paz? ¡No somos ninguna amenaza para ti!

—Pero podríais serlo en el futuro —replicó Karima. Cruzó los brazos e irguió la barbilla. Su mirada rezumaba veneno—. Por no

decir que siempre habéis sido una molestia. —Sacudió la mano hacia ellas—. Aerendel, haz que desaparezcan.

La draconiana inclinó la cabeza, aceptando las órdenes. Sus ojos rojos relucieron mientras materializaba una larga y fina estaca de hielo en la mano.

Thaydra cogió aire con brusquedad, asustada, pero acabó tosiendo por el humo que ya también le dificultaba la visión.

—¡No puedes matarnos! ¡Padre te ejecutará! —se desesperó Azra.

Karima echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Su risa puso los pelos de punta a Thaydra.

—El rey Adair ya está muerto, querida. Al igual que el resto de la familia real. Solo quedáis vosotras.

Azra se petrificó. Sus peores temores se confirmaban: su madre, sus hermanos y su padre.

Todos asesinados también.

—¡¿Por qué...?! —chilló Azra apretando los puños.

Karima se limitó a sonreír ante su arrebato de ira.

—Aerendel.

La draconiana no necesitó que le repitieran la orden. Se desplazó con rapidez hacia ellas, dispuesta a cumplir con su cometido. Sin embargo, Azra se situó delante de Thaydra y la apartó de un empujón. Thaydra gritó. Aerendel había atravesado el abdomen de su hermana con la estaca de hielo. La sangre salpicó la alfombra.

—¡Azra! ¡No!

Thaydra se desgarró la garganta en un alarido. Cayó de rodillas, aplastada por la desesperación y la angustia.

«No puede ser real, no puede ser real...», se dijo una y otra vez.

Pero Azra esbozó una sonrisa, mostrando sus dientes apretados y rojos. Su futuro ya había sido destrozado y no tenía nada que perder. Aerendel abrió los ojos como platos y se desplomó también, con un carámbano de hielo clavado en el corazón.

—¡No! —chilló Karima, estampando un pie en el suelo. Su grito no fue por afecto hacia su draconiana, sino por la rabia de perder a su sirviente y mano ejecutora—. ¡¿Cómo te atreves...?! ¡Maldita niña insolente!

Azra no la miraba a ella. Estaba doblada, con una mano en el abdomen. Logró girar la cabeza hacia Thaydra. Su hermana pequeña observaba todo con una mueca de horror congelada en el rostro.

—Huye, Thay... —trató de decir Azra. Tosió, manchando sus labios de sangre. Se tambaleó. Cayó al suelo.

Y no se movió.

—Azra, no... —balbuceó Thaydra y las lágrimas fluyeron con libertad por sus mejillas. Se arrastró hasta su hermana y la cogió de la mano—. No puedes dejarme... ¡Por favor, por favor, por favor...!

Pero los ojos verdes de Azra ya miraban al vacío, de la misma manera que lo habían hecho los de su madre momentos atrás. Thaydra gritó y escondió el rostro en el pecho inmóvil de Azra.

—Un sacrificio muy noble —dijo Karima, avanzando hacia ella—. Mas no servirá de nada. Ah, Thaydra... Eres tan inútil que no has sido capaz ni de aprovechar el intento de Azra de protegerte. Pero siempre supimos que Azra era la única competente de las dos princesas, ¿no es así?

Thaydra se quedó helada. No fue capaz de responder, pues, en el fondo, era consciente de que tenía razón. Azra era la que la apoyaba y guiaba; era quien siempre sabía qué hacer. De no ser por ella,

Thaydra no se habría movido de la habitación de su madre, incapaz de reaccionar. Tampoco había sido capaz de moverse cuando Aerendel las había atacado. Y no era capaz de moverse tras el sacrificio de Azra, a pesar de que ella misma le había pedido que huyera.

Estaba destrozada. El fuego, la razón por la que había sido marginada por su familia, la había despojado de todas sus fuerzas. Ella no podía apagarlo, pues nunca le habían permitido adiestrarse en su elemento. Su madre había muerto, indefensa y aterrada, sin que Thaydra hubiera podido hacer nada al respecto. Y Azra, la persona más importante para ella, había dado su vida en vano.

Era inútil.

Aunque tratara de huir, Karima la alcanzaría.

Un estruendo de cristales rotos llamó su atención. Thaydra alzó la vista y observó, con la mandíbula desencajada, a un hombre atravesar la ventana. El extraño aterrizó con agilidad en el suelo, interponiéndose entre ella y Karima.

—¡Tú...! —exclamó Thaydra, pero fue interrumpida por su propia tos.

Alto y atlético, con la piel oscura y una larga coleta de pelo negro. Estaba de espaldas a ella, pero lo reconoció de inmediato: era el hombre que había visto luchando con los guardias en la plaza el día anterior.

Capítulo 9

El retorno



Arash se sacudió un trozo de cristal del hombro, sin excesiva prisa. Karima no podía disimular su incredulidad.

Se recuperó lo suficiente de su sorpresa como para preguntar, indignada:

—¿Y tú quién eres?

Arash miró a su alrededor, ignorándola por completo. Estudió la situación con curiosidad, más que con cautela. Divisó a Thaydra agachada en el suelo junto al cuerpo de otra chica. No mucho más lejos estaba el cadáver de una draconiana.

—Me descuido un momento y se desata el caos —dijo Arash, con los brazos en jarras y negando con la cabeza. Se giró hacia Karima —. ¿No tendrás tú algo que ver con todo este desastre?

Karima iba a responder, pero cerró la boca. Aquel desconocido poseía un aura inquietante. A juzgar por la forma en la que había irrumpido en el palacio, alguna habilidad debía tener. No convenía arriesgarse. Flexionó las piernas, lista para retroceder.

Arash se encogió de hombros ante su silencio. Se dirigió hacia Thaydra. Ella lo miraba con los ojos anegados por las lágrimas y el humo, recelosa. No sabía cuáles serían sus intenciones y ya le había visto luchar el día anterior en la plaza. Si quisiera, ese hombre podría matarla en un parpadeo.

Se sentía en una pesadilla. ¿Por qué no podía despertar y comprobar que todo había sido un horrible sueño?

—Por favor —se atrevió a suplicar, bajando la vista hacia la inerte Azra. Un pequeño charco de sangre se había formado bajo su cuerpo—. Ayuda a mi hermana...

Arash frunció el ceño. Escuchó los pasos de Karima alejándose, pero no le dio importancia. Esa mujer no era asunto suyo; la princesa, sí.

Se agachó y puso un par de dedos en el cuello de Azra, confirmando lo evidente.

—Está muerta, princesa. No hay nada que yo pueda hacer por ella.

El labio inferior de Thaydra tembló. Más lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Apretó los puños, arrugando la tela del vestido de su hermana, arrodillada junto a ella.

—¡Mientes...! —El ataque de tos la interrumpió de nuevo. Su visión se llenaba de puntos negros. El humo le bloqueaba los pulmones.

Las gotas de sudor se deslizaron por las sienes de Arash. El calor comenzaba a ser infernal. Las llamas los estaban rodeando.

—Nos vamos de aquí —dijo, ignorando sus protestas. No tenía ni tiempo ni paciencia para tranquilizarla.

Agarró a Thaydra, a quien no le quedaba energía para oponerse, y se la echó al hombro. Se puso en pie y entornó los ojos, pensando en si sería capaz de saltar por la ventana cargando con ella. No había otra forma de escapar.

—¡No! —Thaydra pataleó al aire y golpeó su espalda con los puños —. ¡Mi hermana...!

—Yo reservaría las fuerzas, princesa.

Arash se aseguró de tenerla bien sujeta y se lanzó a correr. Thaydra chilló.

Salió por donde había entrado, clavando una hoz en la pared y utilizándola para deslizarse hasta el suelo. Le extrañó el silencio de Thaydra y comprobó que había perdido el conocimiento.

No importaba. Eso haría más sencilla la huida; no tendría que soportar sus protestas.

Los jardines, y aparentemente el palacio entero, estaban envueltos en llamas. El fuego arrasaba con todo a su paso. Escuchó más explosiones que provenían de la ciudad y apretó los dientes.

¿Qué estaba pasando? No era capaz de deducir quiénes eran los responsables de ese ataque tan repentino. Aunque los días anteriores había detectado una extraña energía en el ambiente, jamás habría sospechado que ocurriría algo de esa magnitud. ¿Quién podría querer atacar a la familia real?

Los alaridos de las personas atrapadas en el palacio no le afectaban en absoluto. No eran asunto suyo. Pero un rugido le hizo alzar la vista. Dos dragones sobrevolaron el edificio.

No eran dragones normales. La oscuridad impregnaba su esencia. No comprendía cómo lo que estaba viendo era posible, pero no había duda.

Eran xieri.



La casa entera tembló con la sacudida de la explosión y Cyal se despertó con el corazón en la garganta.

—¿Qué ha sido...?

No completó la pregunta. Había girado la cabeza a su derecha, esperando ver a Eira en la cama, pero no había ni rastro de la joven mujer. Un mal presentimiento lo invadió.

—¡Abuela!

Fue corriendo a la habitación de Jarah. Ella ya se había puesto en pie, ayudada por su bastón.

—Cyal, ¿qué ha sido eso?

—No lo sé. Espera aquí.

Salió al exterior. Los habitantes de las casas vecinas también estaban en la calle y todos miraban a un lado y a otro, tratando de ubicar el peligro. Otra explosión, mucho más cercana, los hizo agacharse y cubrirse la cabeza con los brazos. Trozos de roca llovieron a su alrededor como granizo.

Cyal, con los ojos muy abiertos, se puso en pie a duras penas. El pitido en sus oídos le impedía escuchar con claridad los gritos de los demás. Varias personas pasaron corriendo y lo golpearon en el hombro, haciéndolo trastabillar hacia atrás. Divisó una columna de espeso humo negro alzándose de unas calles próximas.

Sacudió la cabeza y regresó al interior de su hogar.

—Creo que están atacando la ciudad. ¡Tenemos que irnos! —exclamó Cyal, aunque apenas fue capaz de oír su propia voz. El

suelo tembló y se apresuró a ir junto a su abuela para asegurarse de que no se caía.

Jarah dijo algo, pero Cyal no la escuchó. Sacudió de nuevo la cabeza. El pitido iba cediendo.

—¿Dónde está Eira? —repitió Jarah.

—No lo sé —contestó él con una mueca. Ignoró la desagradable presión que sentía en el pecho al añadir—: Supongo que se habrá marchado.

¿Por qué había tenido que elegir justo esa noche? Les habría venido bien su ayuda. Cyal tensó la mandíbula. ¿Y si Eira se había anticipado a lo que iba a pasar y los había abandonado?

Fuera cual fuera la respuesta, no ganaría nada pensando en ello.

Salió a la calle, ahora acompañado por Jarah, que se aferró a su brazo. Todos corrían de un lado a otro gritando.

—¿Qué...? —empezó a decir Cyal. Ahogó una exclamación y apenas logró echarse hacia atrás con su abuela cuando una sombra pasó como un relámpago frente a ellos—. ¿Qué es eso?

—¡Las leyendas son ciertas! —exclamó Jarah horrorizada—. ¡Es un nephror!

—¿Un qué?

—¡Que Hereshia nos proteja!

La sombra se detuvo y se giró, como si los hubiera oído. Era una criatura insólita y casi amorfa que flotaba en el aire, hecha de bruma, salvo por las afiladas garras en las manos. En la oscuridad de la noche, sus ojos rojos brillaban igual que antorchas.

El nephror abrió la boca, mostrando una hilera de puntiagudos colmillos, y emitió un chirrido tan desagradable que les taladró los oídos.

Cyal y Jarah cayeron de rodillas al suelo.

Él apretó los dientes, obligándose a mantener los ojos abiertos a pesar del dolor de cabeza. El nephror descendió sobre ellos y solo tuvo un segundo para reaccionar. Abrazó a su abuela, protegiéndola con su cuerpo, y las consecuencias fueron instantáneas: la criatura de sombras le desgarró la espalda.

Un alarido brotó de su garganta.

—¡Cyal!

Apenas escuchó a Jarah llamándolo, desesperada, mas no había salvación posible. Cyal no tenía la más mínima idea de cómo enfrentarse a aquel monstruo, y su cuerpo no serviría como escudo durante mucho más tiempo.

Esperó y esperó a su agonizante fin. Sin embargo, no recibió más ataques. Confuso, Cyal se irguió con dificultad por el ardor en la espalda y un extraño cansancio que se había apoderado de él. Miró por encima del hombro. El nephror se alejaba, persiguiendo a sus siguientes víctimas.

Contuvo un suspiro de alivio.

«Los hijos de Gaia jamás habrían podido conmigo», se mofó aquella voz.

Cyal, con un escalofrío, la ignoró. No había tiempo de lidiar con alucinaciones provocadas por las sombras, por la extenuación o por lo que fuera.

En las calles reinaba el caos. Divisó a un par de nephrores más en la distancia, segando los cuerpos de una familia que tuvo la mala suerte de cruzarse en su camino. Las personas se tambaleaban de un lado a otro, desorientadas. Una cacofonía de gritos llenaba el

ambiente, acompañada del humo de las explosiones y el estruendo de edificios enteros cayéndose a pedazos.

Cyal se puso en pie. Prefirió no saber el estado de su espalda. Los pinchazos de dolor lo atosigaban sin cesar. La sangre caliente se deslizaba por su piel, manchando la tela de la camisa.

—¡Oh, por todos los dioses, Cyal! —Jarah se llevó las manos a la boca. Su bastón yacía abandonado en el suelo—. ¡Mi pequeño...!

—¡No hay tiempo para eso, abuela! —gruñó él con fiereza.

La agarró de la mano y tiró de ella. No podía correr, pues Jarah no sería capaz de seguirle el ritmo, pero debían moverse. Ya habían tenido algo de suerte con el nephror, que había decidido perseguir otra presa. Si se quedaban allí parados, no tardaría en aparecer algún otro.

Se desplazaron por los callejones, en tensión constante. El cielo estrellado pronto fue cubierto por la espesa capa de humo y polvo que se levantaba de la tierra. Cyal tosió, agitando la mano delante de su rostro en un intento por despejar el aire y que las partículas no se le metieran en los ojos ya ardorosos. Jarah, aunque con dificultades para respirar, no se detenía, manteniéndose en todo momento pegada a él.

Salieron a una avenida más ancha y hubo otra sacudida. Cyal extendió un brazo para mantener el equilibrio y con el otro estabilizó a su abuela. Un rugido de la misma intensidad que un huracán hizo vibrar el suelo.

Se le heló la sangre. ¿Qué aullaba así? Cyal supo que no le iba a gustar lo que encontraría, pero se dio la vuelta.

—Hereshia, protégenos... —murmuró Jarah.

El joven se topó con una enorme criatura cuadrúpeda de escamas marrones, con un largo y grueso cuello y una cabeza triangular rematada por un par de cuernos. Alas membranosas se extendían desde su espalda. En sus fauces, que escupían ascuas cada vez que espiraba aire, asomaban afilados colmillos.

Un dragón. O un draconiano transformado en dragón, probablemente.

Su abuela siempre le había dicho que cuando estuviera en presencia de un dragón, y no de un draconiano transformado, lo sabría. Su aura y su esencia eran majestuosas e inspiraban profunda admiración.

Lo único que Cyal sintió al mirar a esa criatura fue auténtico pavor.

El dragón clavó sus ojos en ellos. Cyal se quedó congelado.

Ni siquiera se trataba de un draconiano, pues sus ojos eran rojos.

¡Un xieri! ¿Cómo era posible, si solo existían los cinco de la leyenda? ¡Se suponía que no había más! ¿Habría tenido algo que ver Eira con su aparición?

«Se acabó», pensó Cyal, desolado. No eran más que hormigas frente a él.

El xieri se movió con gran rapidez para su enorme tamaño. Cyal gritó al ser golpeado por su afilada cola. Salió disparado hacia atrás y se estrelló contra la pared medio derruida de una vivienda.

Tosió en el suelo. Varios pinchazos lo acribillaron al respirar y gimió, llevándose una mano al costado. Clavó los codos en la tierra y trató de apoyarse en ellos para incorporarse, pero sus brazos no obedecieron. Todo daba vueltas a su alrededor. ¿Lo había atrapado una tormenta de arena del desierto? Apenas fue consciente del líquido caliente que se deslizaba entre sus ojos.

—Cyal...

La débil voz llamándolo a su derecha hizo que su corazón se acelerara.

«No. Por favor, no».

Giró la cabeza con dificultad. Su abuela yacía junto a él, inmóvil. Lo miraba con sangre brotando de sus labios.

—A-Abuela... —murmuró con voz rota.

Se arrastró hacia ella. Las pequeñas piedras en el suelo temblaron, advirtiendo de que el xieri, esa criatura cuya existencia debería ser imposible, se movía hacia ellos. ¿Se trataría de una macabra pesadilla? Eso hubiera explicado la presencia de aquel monstruo de las leyendas.

Por desgracia, los pinchazos de dolor eran demasiado reales.

No podía perder a su abuela. Era quien lo había criado, quien había cuidado siempre de él. Era la única familia que le quedaba.

Llegó hasta ella. Y la temperatura descendió con brusquedad.

Cyal tiritó. Con una mano en la espalda de su abuela, buscó el origen de ese invierno repentino. Una esbelta figura se interponía ahora entre ellos y el xieri. Su larga melena ondeaba al viento como una nevada.

Cyal jadeó con una mezcla de esperanza e incredulidad. ¿Le estaría jugando su mente una mala pasada?

La mujer alzó la mano. Una pared de agua surgió del suelo en tal cantidad que ocultó por completo al xieri situado al otro lado. Se transformó en hielo, convirtiéndose en un grueso muro de defensa.

—¿Ei... ra...? —Cyal trató de llamarla, pero acabó tosiendo. ¿Cómo había podido dudar de ella?

Eira se giró hacia ellos. Se recuperó del estupor que le produjo ver a otro xieri y se acercó con rapidez. Llevaba de nuevo el ajustado traje blanco con el que la había encontrado en el monte Ishtar.

—¿Estáis bien?

—Mi abuela... —dijo Cyal, devolviendo su atención a Jarah, que luchaba por respirar. Con cada bocanada de aire que tomaba, se escuchaba un extraño silbido.

Eira se agachó junto a Jarah y pasó una mano por su espalda, ayudándola a sentarse y dejando que se recostara en ella. Reposó su otra mano en el pecho de la mujer y apretó la mandíbula.

Se había marchado apenas un par de horas antes, envuelta en dudas y tentada por la idea de permanecer con esa familia que había dado claras muestras de aceptarla como era. Sin embargo, en cuanto se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo, se había dado la vuelta.

Por desgracia, había llegado tarde.

—Las costillas rotas han perforado los pulmones.

A Cyal se le heló la sangre al escucharlo. Ni se paró a pensar cómo era posible que Eira lo supiera.

—Cyal... —Jarah extendió un brazo hacia él y Cyal cogió su mano. Parpadeó repetidamente—. Tienes... que saber...

—Abuela, no hables —le pidió Cyal, consternado.

—Hay algo... que debo contarte.

—Te vas a poner bien. ¡Podrás contármelo entonces!

Eira apartó la vista. Cyal se negaba a aceptar lo evidente.

—T-tus padres. La verdad sobre ellos...

Cyal frunció el ceño. ¿La verdad? De pequeño, siempre que preguntaba por ellos, Jarah le contaba que enfermaron y murieron

cuando él no era más que un bebé.

—Abuela, no...

—Tu padre... es el rey de Auria —dijo Jarah con dificultad. Tomó una bocanada de aire que silbó en sus pulmones. Resolló—. Cyal... Mi principito... Eres... el príncipe de Auria. ¿Entiendes?

Cyal se quedó de piedra, asimilando la información. Sonó otra explosión en la distancia.

—¿Qué...?

Auria era un reino ubicado al sur del continente, rico y próspero, verde por la abundante lluvia que recibía. Era el paraíso de la agricultura, nada que ver con las yermas y áridas tierras del desierto de Drethol.

Eira, viendo que Jarah necesitaba contar esa historia al chico, trató de ralentizar su pérdida de sangre bajándole la temperatura corporal. Aunque solo fueran unos instantes más, intentó conseguírselos.

—Tu padre se enamoró de tu madre cuando todavía era un príncipe —susurró Jarah. Sus párpados se estaban cerrando. Tenía que aguantar; Cyal merecía saber la verdad, aunque fuera en sus últimos momentos—. Los reyes de Auria se opusieron. Tu madre no era más que una plebeya y... —La interrumpió un ataque de tos. Cyal escuchaba con atención, con ojos vidriosos—. La exiliaron, embarazada de ti. Y poco después de que tú nacieras... Él... Él... —Luchaba por respirar—. Mandó asesinos... para... matarla.

—No. Abuela, ¿qué...? —Cyal no era capaz de articular las palabras, aturdido. Sacudió la cabeza, ahogado por el dolor. Su cuerpo sufría por las múltiples heridas que había recibido, pero la agonía más fuerte provenía de su corazón.

—Sé fuerte, Cyal. Mi principito...

Jarah exhaló su último suspiro. Sus pulmones fallaron y su pecho quedó inmóvil.

Eira clavó los dedos en la piel arrugada de la mujer y apretó los dientes. Jarah le había ofrecido un hogar. ¿Por qué se había marchado antes de que atacaran la ciudad? Si hubiera permanecido con ellos, no hubieran tenido que huir solos.

Podría haber evitado esa tragedia.

—No. No... Abuela, no... —sollozó Cyal. Su respiración era errática, fruto de la angustia—. ¡Despierta! ¡Por favor!

El crujido del hielo alarmó a Eira. El extraño xieri no se había marchado a por un objetivo más fácil. Iba a por ellos. Eira no comprendía de dónde había salido. ¿Quién se había atrevido? ¿Quién había sido *capaz* de crear nuevos xieri después de la guerra?

Cyal lloraba en el suelo, desolado. Eira dejó con suavidad a Jarah en la tierra, bajando sus párpados con los dedos en señal de respeto.

—Espérame aquí —le dijo Eira a Cyal, pero él la ignoró. No era capaz de apartar la atención de su abuela.

Eira se puso en pie y endureció la mirada. El hielo terminó de resquebrajarse y sus pedazos cayeron a la tierra con un sonido atronador. El xieri rugió.

—¿Acaso no has hecho daño suficiente? —siseó Eira, pero el xieri la escuchó a la perfección.

El dragón irguió el cuello y ladeó la cabeza.

«Tú...», dijo. Su grave voz resonó en las mentes de Eira y Cyal.

Eira se envolvió en un brillo blanco. Cyal la observó con la boca abierta. Un par de alas de pájaro brotaron de su espalda y aumentó

de tamaño con rapidez.

La luz se apagó, mostrando a una elegante dragona blanca, con patas, garras y cuernos marrones. Su rostro era más alargado y afilado que el del otro xieri, y su cuerpo estaba cubierto en gran parte por plumas, en vez de escamas. Se estiró y sus ojos rojos, ahora de pupila rasgada, taladraron a su oponente.

Eira gruñó, enseñando los colmillos. El corazón de Cyal latía a mil por hora, atemorizado por la presencia de dos xieri tan cerca de él.

La temperatura seguía descendiendo. Cyal tembló, helado. Abrazó el cuerpo de su abuela en un intento inútil de proporcionarle calor.

«Deberías estar sellada», espetó el xieri enemigo dirigiéndose a Eira.

Ella irguió la barbilla y entornó los ojos.

«Desconozco quién eres», respondió. Solo conocía a otros cuatro xieri, los únicos que habían sobrevivido, junto a ella, al duro proceso de creación.

«Eso es porque acabo de renacer —dijo su contrincante. Inclinó la cabeza, incapaz de ocultar del todo su intimidación—. Pero cualquiera te reconocería a ti, Muerte Escarlata».

¿Acababa de renacer? ¿Cómo?

«¿Quién te ha creado? —quiso saber Eira. Las plumas en su cabeza se erizaron como una cresta—. ¿Quién ha osado crear más xieri?».

El xieri rio por lo bajo. Se enderezó.

«Nuestra salvadora. La que ha venido a liberarnos a nosotros, los draconianos, de las cadenas de los humanos. Al someternos voluntariamente al proceso de convertirnos en xieri, mantenemos

nuestros recuerdos. Reviviremos al General y obtendremos nuestra venganza».

Cyal, que también podía escucharlo en su mente, abrió los ojos como platos. ¿Revivir al General? Si lo que decía era cierto, y lo conseguían, estarían perdidos. ¿Cómo iban los humanos a enfrentarse a semejante criatura asesina?

Eira experimentó una alarma similar ante la información, aunque no lo demostró. Habría querido hacerle muchas más preguntas, pero el xieri no le dio la oportunidad: rugió y se abalanzó sobre ella, envolviendo sus colmillos en fuego.

Cyal jadeó al ver cómo la dragona blanca se disolvía en sombras. Reapareció a la espalda del xieri y abrió la boca, disparando un certero rayo de hielo entre sus alas. El xieri aulló y se retorció, girándose y retrocediendo con cautela.

«No soy oponente para ti, Muerte Escarlata —refunfuñó el xieri, frustrado. Subió la temperatura de su cuerpo y disolvió los carámbanos que habían empezado a emerger de la escarcha en sus alas—. Y considero más importante la tarea de comunicarle a nuestra salvadora tu regreso...».

Eira rugió y se desplazó hacia él. No iba a dejarle huir, necesitaba averiguar más información y vengar la muerte de Jarah. Pero el xieri expulsó una bola de fuego hacia donde Cyal yacía en el suelo. El chico palideció, alumbrado por la luz naranja de las llamas que se acercaban voraces.

Eira se materializó delante de él con las alas de plumas extendidas y creó un escudo de hielo en el que se estampó la llamarada. El lugar entero se cubrió de vapor. Cyal tosió.

La xieri batió las alas, despejando el humo. El otro dragón se alejaba volando. Podría haber intentado darle alcance, pero eso hubiera supuesto abandonar a Cyal.

Maldijo entre dientes. Lo que ese xieri había dicho era muy preocupante.

Miró al chico por encima del hombro. Cyal temblaba, no sabía si por el frío o por el miedo que le infundía su presencia, su mirada de sangre o su porte gélido.

Temía que Eira se volviera en su contra.

La dragona se giró hacia él. Cyal ya no oía el griterío y las explosiones a su alrededor. Ignoró el humo del fuego que irritaba sus ojos y sus pulmones. Se olvidó, incluso, del dolor que le provocaban las múltiples heridas que había sufrido su cuerpo.

Lo único en lo que podía pensar era en esos ojos rojos que lo observaban, dos rubíes sombríos y misteriosos, a medio camino entre lo sublime y lo monstruoso. Su corazón latía desbocado, gritándole que huyera del peligro reflejado en ellos.

«No huyas. Enfréntate a ella. Sométela a tu poder», bramó el oscuro susurro.

Cyal era incapaz de moverse.

«Vámonos de aquí, humano». La voz de Eira, poderosa y gélida, retumbó en su agotada mente.

El frío se deslizó por su interior como una sombra. Todo se volvió negro.

Capítulo 10

Duro despertar



El sol interrumpió sus atormentados sueños. Thaydra frunció el ceño, molesta. ¿Acaso las criadas no habían cerrado las cortinas la noche anterior? Una suave brisa le acarició el rostro, arrastrando partículas de arena consigo.

¿Arena?

Thaydra abrió los ojos. Se le cortó la respiración al ver el cielo azul. ¿Había dormido fuera del palacio? ¿Había caminado dormida?

—Buenos días, princesa.

La sarcástica voz no hizo sino aumentar su desasosiego. Thaydra se incorporó de golpe, llevándose una mano al pecho y notando los acelerados latidos de su corazón.

Frente a ella había un hombre desconocido.

—Nunca os entenderé cuando hacéis eso —dijo este, poniendo los ojos en blanco—. ¿De verdad crees que una mano ahí va a servir como defensa?

Thaydra miró alrededor. Estaba en un suelo de tierra con algún que otro matojo asomando. La rodeaban extraños árboles, dispersos

por la zona, de troncos finos y oscuros, con ramas que se extendían de forma horizontal. Sus hojas eran ovaladas y lisas, tapando en parte el cielo.

Acacias. Se encontraba en el bosque de Arébalo, la única zona verde en el reino de Drethol. ¿Cómo había acabado tan lejos de su habitación?

—¿Quién...? ¿Quién sois? —cuestionó Thaydra con un hilo de voz. Se arrastró por el suelo, sin importarle manchar su vestido, hasta que su espalda chocó con el tronco de un árbol.

Los restos de una hoguera se interponían entre ella y el misterioso hombre. Vestía con una camisa y pantalones blancos, lo que hacía destacar su piel y pelo oscuros. Y sus ojos...

Incluso a esa distancia, brillaban con un extraño tono plateado. Thaydra se quedó rígida.

—¿Sois un draconiano?

—¿Qué más da lo que sea? —replicó él, sentado con la espalda contra una roca. Tenía una pierna doblada y apoyaba el brazo sobre la rodilla. Preocuparse no parecía entrar en sus planes—. Además, ¿para qué me preguntas quién soy si ni siquiera te vas a molestar en esperar mi respuesta antes de lanzarte a hacer suposiciones?

Thaydra agachó la cabeza. Ese hombre era el que la había sacado del palacio.

Del palacio ardiendo. Donde las había atacado Karima. Donde su madre y Azra habían muerto.

Se le escapó un sollozo. No había sido una pesadilla. Todo había sido real. Nunca más volvería a verlas, a abrazarlas o a reír con ellas. Y, si lo que había dicho Karima era cierto, a su padre tampoco.

¿Por qué? ¿Cómo había podido Karima cometer un acto así de cruel y desalmado?

La joven se abrazó las rodillas y escondió el rostro en las piernas, dejando que las lágrimas fluyeran con libertad. En ese momento le dio igual estar en presencia de un desconocido potencialmente peligroso. Lo había perdido todo.

Él gruñó.

—Llorando no conseguirás nada, princesa.

Thaydra apretó los dientes. La llamaba «princesa» con un tono claramente despectivo.

—¿Y q-qué... qué voy a conseguir aunque no llore? —replicó ella. Su voz temblaba por los sollozos.

El extraño se encogió de hombros.

—Haz lo que te plazca. Yo voy a buscar nuestro desayuno.

Se puso en pie. Thaydra escuchó sus pasos alejándose. Sumergida en el llanto, perdió la noción del tiempo y se hundió en la angustia. Lloró sin cesar, tanto que acabaron por dolerle los ojos y la cabeza. Solo alzó la vista cuando algo cayó junto a ella.

Chilló y se echó a un lado al ver la liebre muerta.

—Nuestro desayuno —anunció el hombre, del que todavía no sabía el nombre, provocador.

Thaydra lo miró con una mueca.

—¿Quién eres? —preguntó de nuevo, esta vez dejando que la irritación se filtrara en su voz y abandonando las formalidades.

La había salvado la noche anterior, sí, pero eso no significaba que ese hombre no fuera un peligro para ella. Se incorporó en un intento de estar a su altura, recelosa, pero él le sacaba por lo menos una cabeza.

—¿Acaso crees que podrías hacer algo contra mí e intentar huir? —se mofó él. Cruzó los brazos y la miró con desdén—. No temas, princesa, conmigo estás a salvo. Tu padre me contrató hace tiempo para que cuidara de ti.

Thaydra no estaba convencida.

—Padre nunca me contó nada semejante.

—Porque es algo que debía hacer a escondidas. Hasta ahora que, por alguna razón que todavía estoy intentando averiguar, Drethol entera ha sido arrasada.

Thaydra retrocedió un paso. Él se lo permitió, divertido. Las manos de la chica temblaban.

—¿Cómo...? ¿Cómo sé que puedo fiarme de ti?

—¿Acaso tienes otra opción?

—¿Por qué iba mi padre a contratar a alguien que el otro día mató a varios de sus guardias liberando a esos draconianos? —replicó Thaydra.

Él chasqueó la lengua. Se le había olvidado ese pequeño detalle. Thaydra lo había visto.

—Si tu padre me contrató es porque sabe que soy el mejor. Posiblemente el único competente en el mar de inútiles que hay en Drethol.

—Pero...

—Mira, princesa, ¿te crees que estaría aquí contigo si no fuera por obligación? Tengo mejores cosas que hacer que cuidar de una niña asustadiza e incapaz, ¿sabes?

Thaydra se quedó con la boca abierta y el rostro rojo de vergüenza.

—¿Cómo te atreves?

Él esbozó una sonrisa altanera.

—¿Acaso me equivoco, princesa? ¿Qué va a saber del mundo una chica como tú, que ha vivido toda su vida protegida entre muros, con todas sus necesidades cubiertas, ajena al sufrimiento de su propia gente por la sequía?

Thaydra agachó la cabeza. Clavó la vista en el suelo. Evitó mirar el cuerpo ensangrentado de la liebre.

—Yo... También he tenido problemas en mi vida... —murmuró en un triste intento de defenderse.

El extraño resopló.

—Sí, estoy seguro de que han sido terribles —dijo sarcástico—. Y ahora, si me disculpas, *princesa*, voy a preparar nuestro desayuno. Porque supongo que no sabrás despellejar una liebre, ¿no?

Thaydra optó por no contestar. Le dio la espalda y se abrazó a sí misma. Las lágrimas eran persistentes.

¿Qué se suponía que iba a hacer ella ahora? ¿Cómo iba a seguir adelante sin Azra a su lado?

El hombre gruñó al escuchar su sollozo. Decidió ignorarla. Se sentó con las piernas cruzadas y empezó a preparar la liebre con un cuchillo.

Thaydra respiró hondo, tratando de calmarse, pero era complicado. Se encontraba, además, en el bosque de Arébalo, las tierras del duque con el que iba a casarse Azra. Si tan solo se hubiera marchado antes, habría estado a salvo...

Sin embargo, en ese caso Thaydra habría muerto. No habría sido capaz de huir de Karima de no ser por Azra.

Y luego estaba aquel extraño hombre que la había sacado del palacio. Lo observó de reojo. Contuvo una náusea de asco al ver las

entrañas de la liebre.

—No me has dicho cómo te llamas —musitó Thaydra.

—Vas a tener que hablar más alto si no quieres que te confundan con un ratón —se burló él. La cara de Thaydra se encendió por la vergüenza una vez más—. Mi nombre es Arash.

—Arash... ¿y ya?

—No todos pertenecemos a una prestigiosa dinastía real, princesa —ironizó—. De todos modos, si tuviera apellido, tampoco sería asunto tuyo.

—Pero vas a acompañarme, ¿no?

—Así es. Eso no significa que seamos amigos, princesa —añadió con sorna.

Thaydra hizo un mohín.

—¿Puedes dejar de llamarme así?

—¿Princesa? ¿No es lo que eres?

—Sí, pero lo dices con desprecio. —Thaydra calló. No tenía sentido explicarse; a ese hombre le daba igual. Suspiró con tristeza—. Con todo lo que ha pasado, ¿acaso sigo siendo una?

Devolvió la vista a la tierra. Una hilera de hormigas se abría paso hacia su hogar, cargando con semillas. ¿A dónde iba a regresar ella?

—Naciste como tal, por lo que me temo que sí.

Thaydra no dijo nada más. Permanecieron en silencio hasta que Arash encendió la hoguera. La chica se giró al escuchar el lento crepitar de las llamas.

—¿Eres afín al fuego?

—No —contestó Arash, lanzando por encima del hombro las ramas que había utilizado para prender la yesca.

Thaydra ocultó su decepción. Se sentó frente a él, al otro lado de la hoguera, y se abrazó las rodillas. Arash clavó varios palos con trozos de carne en la tierra cerca del fuego.

—Y... ¿a dónde vamos?

—Al sureste, al reino de Erom.

Thaydra arqueó las cejas.

—¿Erom?

El reino de la nieve, el más recluido de todos. Se perdía más allá del río Din, en las frías montañas que bordeaban el continente. ¿Por qué precisamente allí?

—Según he sido informado, tu madre procedía de Erom, ¿no es así? —dijo Arash. Echó una ramita al fuego—. Allí te acogerán y estarás a salvo.

—Supongo... —murmuró ella, arrugando la frente.

Lo único que quería era regresar al palacio en Drethol y retomar su vida. Pero eso no iba a ser posible. Tendría que abandonar el calor de Drethol y adaptarse al frío de Erom.

La presión en sus ojos crecía. Los frotó con los puños, cansada de llorar.

¿Por qué había tenido que sobrevivir ella? No sabía qué hacer. No podía valerse por sí misma. Estaba segura de que Azra habría logrado adaptarse, incluso sin la ayuda de ese desconocido.

Lo estudió por debajo de las pestañas. Arash estaba centrado en dar la vuelta a la carne de los palos para que se cocinara también por el otro lado.

Se fijó en que tenía una cicatriz que surcaba su ojo izquierdo. Era blanca, indicando que era antigua, en contraste con su rostro de piel oscura. ¿Afectaría a su visión?

Tenía las facciones duras, unos labios ásperos y la mandíbula afilada. Sus hombros eran anchos y se notaba a través de su camisa que tenía cierto músculo, aunque no en exceso, lo cual era normal. Thaydra lo había visto moverse con gran agilidad, algo que no habría sido posible de ser más robusto.

¿Qué edad tendría? Era difícil estimarlo. Solo podía deducir que era unos años mayor que ella.

Arash levantó la vista y sus miradas se cruzaron. Thaydra, con el corazón acelerado, apartó la suya, nerviosa. ¿Se molestaría por haberla pillado observándolo?

Pero Arash había fruncido el ceño. Más de cerca, él también había podido fijarse en los ojos de la chica, de un tono verde pálido que recordaba al jade.

Él había visto antes esos ojos. O, al menos, ojos de ese mismo color. Los de Thaydra eran grandes y almendrados, mientras que los que él recordaba eran salvajes y afilados.

Se trataba de una coincidencia, pero lo dejó descolocado.

Y le hizo pensar en su búsqueda.

Llevar a la chica a Erom también le serviría de algo a él. En Erom había un oráculo, el único en el continente. Quizá pudiera encontrar la respuesta a algunas de sus preguntas.

—Si mi padre te contrató... —Thaydra hablaba de nuevo, aunque mantenía la vista clavada en algún punto a su derecha—. ¿Cuánto te pagó por adelantado? Porque yo ahora ya no tengo nada...

Arash contuvo la risa a duras penas.

—Muy amable por tu parte preocuparte por el sueldo de un mercenario, princesa.

—No es eso —replicó ella, molesta.

Por muy irritante que fuera Arash, era mejor que estar sola. Si decidía abandonarla, no tendría a nadie para guiarla. Además, si ya había recibido el pago por adelantado, ¿qué le impedía marcharse de todos modos? El rey estaba muerto.

—Recibiré el resto de mi recompensa al llegar a Erom; espero —contestó Arash y se encogió de hombros—. El rey de Erom se alegrará de que su nieta haya sobrevivido al ataque en Drethol.

Thaydra apretó los dientes. Su respiración se aceleró. Volvía esa sensación de agobio, de angustia, de desesperación. Su familia ya no estaba. Ella no conocía de nada a su abuelo. Su madre ni siquiera había mantenido el contacto a través de cartas. ¿Por qué iban a quererla? ¿Qué iba a ser de ella?

Escondió el rostro en las piernas, con la cabeza agachada, y sus hombros temblaron por los sollozos.

«Azra... Madre... Padre...».

Podía llamarlos todo lo que quisiera, pero jamás volverían.

Capítulo 11

Futuro incierto



Se estrelló con violencia contra la pared de la casa destartalada, una de las tantas que poblaba los podridos arrabales de Drethol. Tosió y escupió sangre. Doblado y con un brazo cruzado en el abdomen, clavó su mirada de ardiente odio en el chico que se alzaba frente a él.

—Oh, Cyal, no me mires así —se lamentó Harkan con falsa tristeza. Cinco jóvenes más lo respaldaban, aguardando órdenes—. ¿Por qué siempre insistes en pelear? Si no te resistes y me das eso que llevas, será más sencillo para los dos.

Cyal parpadeó, en un intento de despejar los puntos negros en su visión. Logró erguirse, ignorando los múltiples pinchazos de sus costillas. Llevaba días sin comer nada.

—Piérdete, Harkan —replicó con fiereza a pesar de las escasas fuerzas que le quedaban—. No todos tenemos a una horda de patéticos chuchos desesperados por un poquito de atención.

Su comentario tuvo la virtud de irritarlos a todos. Los lacayos del autoproclamado rey de los suburbios dieron un paso hacia delante, dispuestos a defenderse, pero Harkan los frenó con un gesto.

Caminó hacia Cyal, que no se amedrentó y le sostuvo la mirada.

—Tú y yo podríamos haber hecho grandes cosas juntos, Cyal —dijo Harkan con parsimonia. Cruzó las manos detrás de la espalda y lo observó con ojo crítico—. Insisto en dejarte con vida porque me gusta la chispa que tienes, esa perseverancia a pesar de enfrentarte a lo peor, tu fuerza para seguir adelante en este estercolero... —Alzó el puño y una estaca de tierra brotó delante de Cyal. Este retrocedió un paso, con el corazón acelerado—. Pero no pongas a prueba mi paciencia. Algún día me cansaré de jugar contigo. Y estarás jodido.

Harkan hizo gala del control de su elemento. A Cyal siempre le pesaría no haber tenido la fortuna de contar con un maestro. Cruzó los brazos y trató de protegerse, en vano, de la lluvia de rocas.

Minutos más tarde, caía derrotado al suelo, cubierto de arañazos y magulladuras que tardarían días en sanar. Días en los que él, como era habitual, no se podría permitir descansar, por lo que se tragaría el sabor metálico de la sangre, se levantaría y se enfrentaría al infernal desierto una jornada más.

Harkan y los suyos lo despojaron de todo lo que llevaba consigo. Solo logró ocultar un pedazo de pan duro en el bolsillo. Se lo ofrecería a su abuela, alegando que él ya había comido por el camino para que ella no lo rechazara. Le daba pánico que, si se debilitaba demasiado, sucumbiera a alguna de las enfermedades que infestaban los suburbios.

Resignado al sufrimiento, Cyal se tambaleó de vuelta a casa.

El helado viento del amanecer en el desierto esparcía partículas de arena como si de semillas se tratara. La ondulación que la brisa provocaba en las dunas era casi hipnótica, bailando sobre ellas, todavía de fríos tonos azules y violetas. No tardarían en volverse doradas con la luz del sol.

Cyal las observaba desde la entrada de la cueva. Llevaba despierto un par de horas, pero no era capaz de hacer nada.

Se encontraban ocultos en una zona rocosa no muy lejos de Drethol. Habían pasado la noche en esa cueva. Eira había ido y vuelto de la ciudad en varias ocasiones, trayendo provisiones que iban a necesitar.

Le había curado también las heridas. Cyal apenas se había enterado; había sido mientras dormía un sueño pesado e inquieto. Se había despertado con el torso vendado por los cortes en su espalda, que ya dolían menos. Eira incluso le había puesto una camisa nueva, pues la anterior había quedado desgarrada la noche anterior. Cyal había preferido no preguntar de dónde la había sacado.

No era capaz de darle las gracias. No era capaz de hablar. Rememoraba lo sucedido la noche anterior una y otra vez. Su abuela, por quien siempre lo había dado todo, su razón para enfrentarse a Harkan y soportar el sufrimiento de los suburbios, ya no estaba a su lado.

Cyal lloró en abundancia, desolado, en una de las ocasiones en las que Eira fue a la ciudad. En cuanto ella había regresado, sin embargo, se había sumido en el silencio.

Le atormentaban las últimas palabras de Jarah. ¿Por qué le había ocultado su origen toda la vida? Se lo había contado justo antes de morir, así que tenía la intención de compartirlo con él en algún momento. Pero ¿por qué no antes? ¿Qué se lo había impedido?

La rabia lo consumía. Su padre era el responsable de la muerte de su madre. ¿No se había conformado con el exilio? ¿Por qué tuvo que ordenar que la mataran también? ¿Acaso no la había amado?

Las preguntas fluían sin cesar y no hallaría ninguna respuesta. Su abuela ya no estaba.

Llenó sus pulmones con el aire fresco de la mañana. No pasaría más de una hora antes de que comenzara a hacer un calor infernal en el desierto.

Eira permanecía de pie a su lado, con los brazos cruzados. Él estaba sentado, encorvado.

Ladeó la cabeza y estudió los detalles de su extraño traje ajustado. Parecía hecho de finas escamas blancas. ¿Qué textura tendría? ¿Y por qué se lo había vuelto a poner, cuando él le había dado ropa con la que encajaría mejor?

—¿Por qué te fuiste?

Aunque Cyal no tenía intención alguna de hablar, la pregunta se le había escapado. Su voz sonaba derrotada, pero también acusadora.

Eira frunció el ceño.

—Tengo asuntos que atender.

Era lo mismo que le había dicho un par de días antes. Cyal tensó la mandíbula.

—Si no te hubieras ido, mi abuela... —Calló. «Seguiría viva», añadió en su mente. Se le quebró la voz, incapaz de continuar.

Eira ni se inmutó. Cyal cerró los ojos, se pellizcó el puente de la nariz y respiró hondo. Se negaba a dejarse llevar por sus emociones y pagar con ella la ira y la desolación que lo envolvían como una espesa capa. No había sobrevivido tantos años en ese desierto y la maldita ciudad erigida en su centro a base de cometer estupideces.

No quería enfadar a la Muerte Escarlata.

—Lo siento, Eira. No... No es tu culpa. —La miró de nuevo, angustiado. Pero ella mantenía su vista fija al frente—. A pesar de

todo, volviste a por nosotros.

Ella también había sufrido consecuencias por exponerse. Cyal recordaba que aquel xieri había dicho que informaría de la presencia de Eira a su «salvadora». ¿A quién se refería? ¿Perseguirían a Eira?

Le había salvado la vida por segunda vez. Cyal no sabía cómo agradecérselo. No le salían las palabras, pues se hallaba arrasado también por el dolor de la pérdida de su abuela. Era incapaz de experimentar alegría alguna. Lo único que había en su interior era un vasto páramo de amargura y desconsuelo.

Se había asomado poco antes del amanecer al exterior. Drethol se veía en la distancia. El cielo encima de la ciudad estaba oscurecido por todas las columnas de humo negro que se alzaban desde su interior.

Había sido reducida a ruinas.

Le angustiaba que el cuerpo de su abuela se hubiera quedado atrapado en las calles de los suburbios. ¿Qué harían con ella?

—He enterrado a Jarah detrás de esta cueva —dijo Eira, como si le hubiera leído el pensamiento.

A Cyal le escocieron los ojos. Lo habría hecho en una de sus idas y venidas, mientras él se recuperaba y lloraba en la cueva.

—Gracias.

Eira no dijo nada más. Ni siquiera lo miró.

Cyal devolvió la atención a las dunas. El sol seguía ascendiendo, acariciándolas con su luz dorada.

—¿Cuáles son los asuntos que tienes que atender?

—He de encontrar a una persona.

Cyal, que no había esperado que ella contestara, probó a insistir:

—¿Quién?

Líneas casi imperceptibles se formaron entre las cejas de Eira.

—Se llama Tuila. Es una xieri, como yo. Luchó conmigo en la guerra.

—Es... ¿peligrosa? —inquirió Cyal, inquieto.

Eira se había ganado el apodo de la Muerte Escarlata, pero todos los xieri habían sembrado el terror en el campo de batalla.

—Era mi única compañera real. Si está sellada, quiero despertarla. Además, me ayudará a detener el resurgimiento del General.

El pulso de Cyal se aceleró. Cierto. Aquel xieri había hablado de que su «salvadora» pretendía traer de vuelta al General.

El General. El xieri más poderoso de todos. Aquel que era capaz de matar solo con la mirada. No cabía duda de que, si despertaba, desataría su furia sobre los humanos. Los aniquilaría.

Un frío súbito se deslizó por la piel de Cyal. El mundo entero... destruido. Y, de sus cenizas, se alzarían los draconianos, invirtiendo una vez más la jerarquía y sometiendo ellos a los humanos que sobrevivieran. No podía decir que estuviera contento con el sistema actual. Entendía que los draconianos quisieran venganza por haber sido esclavizados durante tres siglos. Pero tampoco quería acabar él torturado por ellos.

¿Acaso nunca se alcanzaría un equilibrio entre ambas razas?

—El General... ¿Es tan peligroso como cuentan?

—Desconozco qué es lo que cuentan sobre él —dijo Eira. Entornó los ojos—. Pero su corazón quedó permanentemente dañado por la oscuridad. Su mera presencia resultaba asfixiante. Era capaz de aniquilar ejércitos enteros solo con su pensamiento.

—¿Y los draconianos pretenden traerlo de vuelta? —murmuró Cyal, incrédulo.

—Los draconianos se equivocan —gruñó Eira—. El General no se preocupa por nadie, solo de sí mismo. Ansía la destrucción. Sufre por dentro y quiere que los demás sufran con él.

—¿Por qué... sufre?

—El proceso para convertirnos en xieri fue doloroso. La drialita tiene muchos efectos secundarios —explicó ella, aunque no entró en detalles—. El General fue el más afectado por ello, y por eso es el más poderoso. —Apretó los dientes—. Sea quien sea la «salvadora» de la que hablaba aquel xieri, es una necia. El General arrasará primero con los humanos, y luego con todo lo demás. Draconianos incluidos.

Cyal frunció el ceño. Drethol solo era el comienzo. Los xieri lo habían destruido con facilidad. Irían a por los otros reinos, tarde o temprano.

La historia decía que los dragones habían sellado a los comandantes y a su General por ser la única manera de detenerlos. Pero ¿por qué fueron incapaces? ¿Por qué tuvieron que sellar al General a distancia? ¿Porque acercarse para matarlo habría implicado acabar asesinado por él gracias a sus muchos poderes? O, peor, ¿sería inmortal?

Dudaba encontrar algún día a quien pudiera darle una respuesta; Eira no había llegado a ver el fin de la guerra. Por el momento, debía centrarse en lo que podía hacer.

—Entonces, no conocías a ese xieri que nos atacó —quiso confirmar.

—No.

—¿Cómo es posible que alguien haya creado más?

Eira tensó las comisuras de los labios. Esa incógnita era igual de desconcertante para ella.

—Es posible que la forma de crearlos se recogiera en algún lugar. O que quien reveló el secreto a los humanos en la guerra lo haya vuelto a hacer ahora.

Cyal enmudeció. Si los xieri eran inmortales y se decía que los dragones también, podía haber más criaturas así.

Miró a Eira con decisión.

—Tenemos que avisar a los demás reinos de lo que ha ocurrido.

—¿Crees acaso que se fiarán de una xieri?

Cyal torció el gesto.

—Yo podría...

—No me importa lo que le suceda al resto de los humanos, mortal —siseó Eira—. Ya no.

En otras circunstancias, Cyal se habría enfadado con ella. Sin embargo, la pérdida de su abuela lo había vaciado. Hundió los hombros.

—Entonces, ¿irás a buscar a Tuila? —preguntó, sin saber si había memorizado bien el nombre.

Ella no contestó. La respuesta era evidente. Cyal se mordió el labio inferior, nervioso.

—¿A dónde irás?

—Lo desconozco. No tengo ninguna pista sobre su paradero. Recorreré el mundo hasta dar con ella.

Cyal respiró hondo. Se levantó y se giró hacia ella. El rostro de Eira empezaba a iluminarse también por los rayos del sol, que ya se alzaba por encima de las dunas. Su piel de alabastro resplandecía y sus ojos rojos habían cobrado una tonalidad casi rosa.

—¿Puedo ir contigo?

Su abuela ya no estaba. Su hogar en Drethol había sido reducido a cenizas. No le quedaba nada.

Eira lo observó de reojo.

—No serías más que un estorbo —espetó, sin molestarse en buscar una forma más amable de decirlo.

—Eso no lo puedes saber —replicó Cyal, irritado—. ¿Cómo te vas a guiar en un mundo que ha avanzado tres siglos sin ti? Yo podría ayudarte.

Eira gruñó.

—¿Y a dónde propones que nos dirijamos entonces, humano?

—Auria tiene la fama de ser el reino que más se preocupa por preservar su cultura. Dicen que tiene una biblioteca inmensa que rebosa información —explicó Cyal. Cruzó los brazos, imitando la postura de Eira—. Quizá podrías encontrar algo sobre dónde sellaron a los demás xieri, sobre Tuila. Y yo... —Se clavó las uñas en la piel del brazo—. Tengo una conversación pendiente con el rey de Auria.

Eira estuvo un par de segundos en silencio antes de contestar:

—Bien.

Cyal no se sorprendió ante su escueta respuesta. Su estómago escogió ese momento para hacerse oír. Se llevó una mano a la tripa, avergonzado.

Eira se adentró en la cueva. Salió de nuevo y le tendió una manzana un tanto arrugada, traída a los mercadillos desde fuera del desierto, pero Cyal ya estaba acostumbrado a ese tipo de alimentos. La aceptó agradecido.

Eira lo contempló mientras comía, sumida en sus pensamientos. A pesar de sus palabras anteriores, no había tenido intención de

abandonar al chico a su suerte.

Maldijo para sus adentros y le dio la espalda. Sus ojos dorados no hacían más que recordarle lo que había perdido.

«Khait, ¿es esta tu forma de torturarme por no haber sido capaz de salvar a tu familia?», pensó con amargura.

Llevaría al chico hasta Auria. Con un poco de suerte, Cyal decidiría quedarse allí, donde estaría a salvo. Pero ¿lo estaría realmente? Los xieri no se iban a conformar solo con haber tomado Drethol. Los draconianos buscarían liberar a sus compañeros en el resto de las ciudades y vengarse de todos los humanos.

—¿Por qué llevas ese traje?

La pregunta de Cyal la devolvió a la realidad.

—Es un traje especial confeccionado para los xieri con la esencia de la drialita —respondió—. Se adapta a nuestra forma de dragón sin romperse.

Cyal arqueó las cejas. Tenía sentido.

—Si llevaras ropa cualquiera, ¿se rompería?

Lo miró por encima del hombro.

—Naturalmente. Nuestra transformación no es magia, humano. Nuestros mismos músculos y huesos se expanden.

—Y... ¿no duele? —inquirió él con una mueca.

Eira no contestó y Cyal asumió que la conversación había terminado.

—Desconozco cómo era la transformación antes de ser xieri —explicó Eira, sorprendiéndolo—. Pero desde que tengo esta nueva vida, la transformación es muy dolorosa.

La drialita amplificaba todos sus sentidos. Eso hacía que también sufriera de una forma más intensa el cambio en su cuerpo para

transformarse en dragón.

—Lo siento —murmuró Cyal.

La culpa lo asaltó. Eira había tenido que transformarse en Drethol para salvarlo.

—No importa. Estoy acostumbrada. Pero... —Dudó antes de continuar. No le gustaba admitir ningún tipo de debilidad—. Ahora tendremos que caminar a pie. Supongo que es consecuencia de haber estado trescientos años atrapada en el hielo, pero esta última transformación ha mermado mi energía de forma considerable. No podré volver a transformarme hasta dentro de un tiempo.

Cyal frunció el ceño. Eso sería un problema si los atacaban de nuevo.

Terminó la manzana en silencio. Había demasiados aspectos de los xieri que desconocía. Por mucho que Eira se mostrara algo más abierta y compartiera un poco más de información con él, una nube de misterio los envolvía.

Se mentalizó para afrontar el primer día sin su abuela. Miró hacia las dunas, angustiado. Eira se interpuso en su campo de visión.

Cyal parpadeó.

—¿Qué pasa?

—Si vamos a viajar juntos, humano, te voy a enseñar a defenderte —advirtió ella. Latidos apresurados se adueñaron del pecho de Cyal al verla materializar una bola de agua en la mano izquierda—. Es hora de que aprendas a controlar tu afinidad.

Capítulo 12

Enseñanzas



Cyal frunció el ceño. Eira esperaba pacientemente, sin moverse lo más mínimo, a pesar de que ya llevaba media hora en la misma postura.

—No debes precipitarte —lo regañó al escucharle maldecir—. El agua es un elemento de calma y tranquilidad. En el comienzo del aprendizaje, dependerás por completo del control de tus emociones si quieres manejar el agua.

—Ya lo sé —masculló Cyal—. Es solo que... ¿por qué no se mueve?

Por más que intentaba tirar de la inocente esfera de agua que flotaba en la palma de la mano de Eira, esta no obedecía.

—Porque te precipitas —contestó Eira con sequedad—. Los primeros ejercicios de control del agua son, precisamente, ejercicios de paciencia. No esperes llegar a controlar grandes cantidades de agua si no eres capaz de doblegar tu propia mente y forzarla a mantener la calma.

Cyal se obligó a respirar hondo y cerró los ojos.

Estuvo así durante varios segundos. El sol del desierto ya abrasaba su piel. La temperatura iba subiendo. En breve tendrían que buscar refugio en la sombra de la cueva.

Abrió los ojos, sorprendido, al notar la gélida mano de Eira sobre la suya. El corazón de Cyal latió con fuerza inesperada.

—Observa, humano —dijo ella con tranquilidad.

Un escalofrío recorrió a Cyal cuando una extraña energía fluyó a través de sus dedos. Eira movió la mano, arrastrando consigo la de él. Y el agua flotó detrás, ansiosa por no perderlos.

Eira desplazó la mano un par de veces más antes de soltar la suya. Pero, como por arte de magia, el líquido no dejó de seguir la trayectoria de los dedos de Cyal.

Se le escapó una sonrisa.

—¡Lo he conseguido!

—Eso parece —dijo Eira, sin expresión alguna en su rostro—. Continúa practicando.

—¿Y no podrías haber hecho esto desde el principio? —protestó Cyal.

Tenía lo que había estado buscando durante años: la guía de un maestro del agua que ayudara a su cuerpo a memorizar el patrón a seguir para manejar aquel elemento. Aunque aquellos que lo dominaban no lo necesitaban, en los inicios era fundamental realizar los movimientos adecuados.

—Debías aprender la lección.

Cyal gruñó y, en consecuencia, el agua se precipitó al suelo, donde se estampó y salpicó la tierra. El chico maldijo entre dientes.

—Has perdido la concentración —señaló Eira sin inmutarse. Se limitó a alzar la palma de la mano, con una nueva esfera de agua ya

preparada en ella—. Otra vez.



Eira lo tuvo practicando con las pequeñas bolas de agua hasta que el sol alcanzó su punto más alto en el cielo. Se adentraron en la profundidad de la cueva, donde la temperatura era solo algo más soportable.

Eira no parecía muy afectada por el excesivo calor. Sin embargo, Cyal sudaba. Cuando ella le permitió tomarse un descanso, el joven supuso que debía ser por el esfuerzo que estaba realizando, pese a ser él quien más acostumbrado estaba al desierto.

Se abanicó con la mano, cerrando los ojos por un instante. Tras varias horas de máxima concentración, su mente había acabado exhausta.

Aun así, rebosaba entusiasmo. Por fin estaba aprendiendo a controlar el agua, algo que había deseado hacer toda su vida. La alegría del momento, sin embargo, se veía empañada por el hecho de no poder compartir esos avances con su abuela.

Le habría hecho tanta ilusión que ella pudiera contemplarlo manejando su elemento...

—¿Cuál es la ruta más rápida a través del desierto?

La pregunta de Eira lo devolvió a la realidad y abrió los ojos. Ella sostenía un arrugado mapa en las manos, otra de las cosas que habría traído de la ciudad en una de sus incursiones de la noche.

Cyal se situó a su lado, echando un vistazo al papel, ya marrón por el paso del tiempo. En él estaba dibujada la silueta del continente, además de las principales montañas, bosques, ríos y

lagos. Los reinos estaban marcados con cruces y sus nombres escritos.

Sin embargo, frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, humano? —preguntó ella cuando pasaron los segundos y él se mantuvo en silencio.

—Yo... —Cyal desvió la vista en la dirección contraria, notando que le ardían las orejas. Se llevó una mano al cuello—. No sé leer. No entiendo lo que pone.

No le gustaba admitirlo en voz alta, pero era la verdad. Solo la nobleza, los sacerdotes y los más ricos tenían el privilegio de aprender a leer en Drethol.

Eira suavizó la mirada.

—Puedo enseñarte si lo deseas.

Cyal giró la cabeza hacia ella de nuevo; su rostro se había iluminado.

—¿De verdad?

Eira asintió.

—Pero, primero, veamos qué ruta seguiremos. —Le mostró el mapa y puso su dedo índice, pálido, en un punto concreto de la superficie, en el extremo norte del continente—. Nosotros nos encontramos aquí, en Drethol. —Deslizó su dedo a un punto cercano a la izquierda—. Este es el monte Ishtar. —Lo movió ahora a la derecha—. Aquí pone que hay un bosque llamado Arébalo. —Cyal iba asintiendo con la cabeza, reconociendo los lugares—. Toda esta zona es el desierto de Gihash... Y aquí, al borde, está la cordillera de Gihash, que lo separa del resto del continente. Nosotros queremos ir aquí. —Posó el dedo en un punto bastante más abajo, hacia el sur del continente—. Esto es Auria.

—De acuerdo... —Cyal examinó el mapa, recordando todo lo que sabía de geografía. Quizá no fuera un joven noble, pero de algo tenían que servir los años espiando a hurtadillas conversaciones en el mercado—. Para salir del desierto, hay un tren que va desde Drethol a la estación de Anteha, junto al bosque. —Eira apretó los labios y asintió, con ciertas reservas—. La estación de Anteha está aquí. Como ves, es donde acaba Drethol.

Cyal señaló el mapa con cuidado. Por el momento, el tren solo contaba con esas dos estaciones. Estaban pensadas para transportar mercancía al desierto que, de otra forma, no habría aguantado el duro trayecto a través de las ardientes dunas. El joven había escuchado alguna que otra anécdota sobre el ruido que hacía. Algunos de los muchachos de Drethol habían tenido la suerte de viajar en él y volver a casa para contar la aventura.

Él siempre había creído que, de haber tenido un billete para salir de aquel desierto, jamás hubiera comprado uno de vuelta.

—Si lográramos subir al tren, nos dejaría bastante cerca de Auria —explicó—. Nos ahorraríamos unos cuantos días de viaje. Auria se supone que está al otro lado de este río.

—El río Thíbano —asintió Eira. Entornó los ojos—. Y ahora dime, humano, ¿qué es un tren?

Cyal contuvo la risa.

—Cierto. Has estado tres siglos dormida. Pues... —¿Cómo podría explicarlo?—. Es... como un carruaje gigante de metal que va sobre unas vías, propulsado por un motor... —Calló, asumiendo que tampoco sabría lo que era esto último—. El motor es como el corazón. O el estómago.

Cyal no parecía muy seguro de su comparación. Eira frunció el ceño, intentando imaginar la envergadura y las características de un tren, aunque fue un esfuerzo vano.

—Entonces, es una especie de vehículo que se mueve solo —confirmó, tras analizar su respuesta—. Y las vías son el camino; pero ¿cómo avanza?

—Se mueve por su cuenta, con vapor, creo. He oído que solo contratan a gente afín al agua. La cuestión es que es mucho más rápido que ir a pie.

—Curioso —fue todo lo que comentó Eira—. ¿Cómo llegamos hasta ese tren?

Cyal puso los brazos en jarras.

—Buena pregunta. No sé si la estación se habrá visto afectada por el ataque a Drethol. Ni si el tren seguirá operativo...

El tren había sido financiado por el gremio de comerciantes, precisamente para mejorar la ruta comercial. La llegada de nuevos productos y de otros en mayores cantidades había contribuido al desarrollo de Drethol. Sin embargo, el rey exigía una parte de sus beneficios a cambio de apostar guardias en el tren para defenderlo en caso de emboscada o sabotaje.

Tras el ataque, ¿habría alguien a quien traer esas mercancías?

Todo cuanto el joven sabía sobre el tren, lo había aprendido traficando con drialita, pero no quiso contarle eso a Eira.

—La única forma de averiguarlo será ir a comprobarlo —dijo Eira.

—Supongo que sí.

—Bien. Esperaremos hasta que el sol esté más bajo para ponernos en marcha. Mientras tanto, continúa practicando con el agua —ordenó Eira y materializó otra esfera.

Cyal asintió con energía. Había esperado toda la vida a que se le presentara la oportunidad de aprender. Ahora que esta había aparecido, desde luego que estaba impaciente por avanzar.



Thaydra arrastraba desganada los pies detrás de Arash. El sol brillaba con fuerza encima de sus cabezas. Al menos, los árboles ofrecían algo de cobijo.

Tenía el estómago revuelto. Apenas había sido capaz de desayunar. Lo vivido la noche anterior le había quitado el apetito.

Seguía sin saber qué pensar de Arash. Él caminaba con decisión por delante de ella. ¿Cómo conseguía mantener tan limpia su ropa blanca? ¿Realmente le había contratado su padre? ¿O estaba mintiendo? Y en ese caso, ¿qué hubiera ganado con engañarla?

—Si continúas pensando tanto, acabarás echando humo por la cabeza.

Alzó la vista. Arash la miraba por encima del hombro. Thaydra suspiró pesadamente y aceleró el paso para alcanzarlo.

—¿Queda mucho?

—¿Para qué? ¿Para parar?

Thaydra asintió. Arash esbozó una sonrisa burlona.

—Siento decirte que sí, princesa. Mi intención es caminar hasta el anochecer.

Thaydra palideció.

—¿Qué?

Ella ya estaba agotada después de un par de horas. Se le pegaba el pelo al cuello por el sudor, sus pulmones protestaban haciéndola

respirar con más rapidez y sus músculos ya ardían por el esfuerzo. Arash, en cambio, andaba como si nada, tan fresco como al despertar.

—¿No...? ¿No podemos hacer un descanso? —pidió casi en un susurro, avergonzada.

Arash la observó de reojo.

—Vaya, ¿le estoy pidiendo demasiado a la pobre princesa? Tonto de mí por esperar más...

Thaydra apretó los dientes. Arash tenía una habilidad única para hacer comentarios hirientes.

—Pero está bien —prosiguió él. Se detuvo con las manos en las caderas—. Hagamos un descanso.

El rostro de Thaydra se iluminó.

Tomaron asiento en unas rocas a la sombra de las acacias. Thaydra se abanicó con la mano tratando de recuperar el aliento. Pasó los dedos por su pelo negro, bastante enredado, e hizo una mueca cuando se topó con varios nudos.

—Deberías cortarte el pelo, princesa —dijo Arash divertido—. No va a ser más que un estorbo.

Thaydra torció el gesto, disgustada. ¿Cortarse el pelo? Con lo que Azra había disfrutado siempre trenzando su largo cabello, haciendo elaborados recogidos, ¿cómo iba a hacer tal cosa?

«No puedes cortarlo. Si lo hicieras, te confundirían con una plebeya». Las palabras de Azra retumbaron en su mente y cobraron ahora un especial significado. Con él entre los dedos, sintió que su pelo era el último vínculo que la unía a su tranquila vida de princesa.

Echaba de menos el palacio, a pesar de los susurros despectivos de las criadas. A pesar del trato condescendiente de sus hermanos

mayores. A pesar de los crueles comentarios de Karima. A pesar de todas las veces que la primera esposa, Thora, le echaba la bronca, aunque ella no hubiera hecho nada. A pesar de que la menospreciaran por el simple hecho de haber nacido afín al fuego en una familia que se enorgullecía de ser afín al agua.

Agachó la cabeza y dejó que su largo pelo le ocultara el rostro. No podía contener las lágrimas. Estaba tan cansada... Solo quería despertar y darse cuenta de que todo eso no había sido más que una pesadilla.

Arash chasqueó la lengua al ver que lloraba otra vez.

Podía entenderlo. La chica había perdido a sus seres queridos y su forma de vida había sido borrada de un plumazo, destruida y cambiada por completo. Todo en una sola noche. Pero él no tenía tiempo para sus lamentos. Debía centrarse en su búsqueda. El equilibrio del mundo dependía de ello. La desgracia de esa princesa no era nada en comparación con el peligro que se abatía sobre el planeta entero.

—Arash...

—¿Hmm?

—¿Tú sabes por qué Karima nos atacó? —sollozó—. ¿Qué ha pasado exactamente en Drethol?

Arash había visto desde la distancia el humo que salía de la ciudad. El palacio no había sido la única zona afectada.

—¿Karima? —repitió él, confuso. Tenía que admitir que nunca se había molestado en aprenderse los nombres de todos los miembros de la familia real.

—La segunda esposa del rey. La que... —Thaydra apretó los puños. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. La que

mató a mi madre y a Azra.

En realidad, la asesina había sido la draconiana de Karima. Pero también había sido Karima quien dio esas órdenes.

—Ah. —La mirada de Arash se iluminó al ubicarla al fin en su mente—. ¿Fue ella?

Se llevó una mano a la barbilla y se sumió en sus pensamientos. Thaydra ladeó la cabeza. ¿Por qué se quedaba callado?

—Es extraño —prosiguió él, al cabo de unos segundos—. No es más que una humana. Pero esa noche vi xieri paseándose por Drethol. ¿Cómo han acabado siendo aliados? ¿Y con qué propósito? Sobre todo, ¿quién narices ha conseguido crear xieri nuevos?

Thaydra palideció.

—¿Xieri...?

Recordó los ojos rojos de la draconiana de Karima. Un frío repentino se filtró en sus huesos.

Había oído muchas historias sobre ellos, todas relacionadas con la guerra del Alzamiento. Muchos dudaban de su existencia, incapaces de concebir algo tan horrible. ¿Draconianos devueltos a la vida con el poder de la oscuridad, con la memoria borrada y convertidos en soldados al servicio de los humanos? ¿Cómo podía algo así ser posible?

Pero Thaydra recordaba a la perfección que la draconiana de Karima había aparecido de las sombras. Y esa bruma negra que la envolvía...

No había duda alguna de que los xieri eran reales. Por alguna razón, habían vuelto. Ya fueran los de la guerra o, como decía Arash, otros nuevos.

—¿Por qué...? ¿Por qué tenían que destruir el palacio? —sollozó Thaydra, encogiéndose—. ¿Qué ha ganado Karima con todo esto?

—Después de tanto tiempo, sigo sin comprender los motivos estúpidos que llevan a los humanos a cometer tales actos —dijo Arash con sequedad—. Pero imagino que los xieri le habrán prometido a Karima el control de Drethol a cambio de su ayuda.

Thaydra frunció el ceño. Arash había hablado de los humanos como un grupo aparte. ¿Podía confirmar, entonces, sus sospechas de que era draconiano? No tenía los ojos rojos, como los xieri. Aunque tampoco lo había visto emplear una afinidad distinta a la que podría tener un humano.

Los draconianos se diferenciaban de los humanos no solo por su forma dragón, sino también por sus poderes. Mientras que los humanos solo tenían acceso a las cuatro afinidades básicas elementales (fuego, agua, tierra y viento), los draconianos también podían nacer afines a la electricidad, el metal o la psiquis, entre otros. Además, mientras muchos humanos nacían sin afinidad alguna, los draconianos eran siempre afines a algo.

Los draconianos que eran afines a los cuatro elementos básicos llegaban mucho más lejos que los humanos con esas afinidades, controlando también el magma, el hielo, las plantas y el sonido. Si un humano quería acceder a ese tipo de poder, debía vincularse a un draconiano de su misma afinidad para utilizarlo.

—Karima... —A Thaydra le temblaron los hombros de la rabia—. ¿Mató a mi familia solo por tener el control de Drethol?

—Así funcionan las mentes de muchos humanos —respondió Arash—. Y de muchos draconianos. Al final, no son tan diferentes.

—Pero ¿tú qué eres, entonces?

Arash no daba señales de ser afín a nada. Thaydra recordó el combate en el escenario de la avenida del mercadillo: se había movido con una velocidad que no era natural, desgarrando los cuerpos de los guardias sin detenerse. ¿Estaría eso relacionado con alguna afinidad? Pero ¿con cuál? ¿Y en qué lo convertía eso?

Él esbozó media sonrisa.

—¿Tú qué crees, princesa?

—Me inclino a pensar que eres un draconiano. Pero no he visto que tengas ningún poder de los suyos.

—Hmm, lástima —dijo él, sarcástico, y se levantó—. Tendrás que quedarte con la duda.

—¿Qué? ¿Por qué? —protestó ella.

—¿Qué sería la vida sin algo de misterio? Y ahora, en marcha. Ya hemos descansado suficiente.

Thaydra, resignada, se puso en pie. Echó su largo pelo por encima del hombro y lo siguió de cerca.

Capítulo 13

Al acecho



Cyal siempre había adorado las arenas del desierto. Muchas veces, antes de decidirse a explorar el monte Ishtar, se adentraba por las zonas que rodeaban Drethol y se había familiarizado con ellas.

Eso no quería decir que le gustara caminar tantas horas seguidas por las dunas doradas bajo el despiadado y ardiente sol. Pero Eira no mostraba señal alguna de cansancio, así que siguieron andando.

Cyal tampoco se quejaba, acostumbrado a esfuerzos de ese tipo. Si algo no le faltaba era la resistencia, por muy desagradable que fuera apartarse constantemente los mechones de pelo que se le pegaban a la frente por el sudor.

Al menos, se suponía que en esa zona no debían preocuparse por criaturas como las irugias, temibles serpientes gigantescas, que se ocultaban en las dunas y devoraban a su desafortunada presa en un simple parpadeo. Habitaban los alrededores del bosque de Arébalo.

—Cuéntame más sobre los vínculos.

Eira habló cuando ya atardecía. Habían dado un amplio rodeo a la ciudad. Por esa razón estaban tardando tanto en alcanzar la

estación.

—¿Los vínculos? ¿De humanos y draconianos? —preguntó Cyal. Eira se limitó a mirarlo, esperando a que continuara—. Es un asunto complejo. Como habrás deducido, estos vínculos se establecen en contra de la voluntad de los draconianos. Son un lazo espiritual que hace que el humano gane los poderes del draconiano y, si el humano lo deseara, el draconiano también podría ganar los del humano. —Frunció el ceño—. La parte más importante de este vínculo es que fuerza al draconiano a convertirse en un guardaespaldas para el humano. Si muere el humano, el draconiano también.

Eira entornó los ojos.

—Y si muere el draconiano, ¿no le pasa nada al humano?

—No. Desconozco el proceso exacto de la creación de este vínculo, pero lo hacen de tal forma que solo afecta así al draconiano.

—¿Y cómo lo hacen?

—Tiene algo que ver con la drialita.

Eira gruñó.

—Espero que nunca se te ocurra hacer un vínculo conmigo, humano.

Cyal giró la cabeza con rapidez hacia ella, alarmado, y alzó las palmas de las manos.

—¡Claro que no! Jamás querría algo así. —Los vínculos siempre le habían parecido un acto cruel—. Pero, para que te quedes tranquila, no es algo que pueda realizar cualquiera. El ritual del vínculo solo saben llevarlo a cabo los sacerdotes de Hereshia. Tiene que ver con la luz, pero no estoy seguro...

—La luz... —repitió Eira para sí—. La drialita tiene muchos usos. Imbuida de oscuridad, permite la creación de un xieri. Con la luz, se utiliza para crear este vínculo...

—¿Tú sabes cómo descubrieron los humanos la drialita?

El conocimiento que había sobrevivido a lo sucedido durante la guerra del Alzamiento era escaso; todo se había ido perdiendo a lo largo de los siglos. Por ende, Eira, que lo había vivido, sabía más del asunto de lo que Cyal jamás podría saber.

Ella alzó la vista al cielo.

—Puede que lo supiera antes de renacer como xieri. Lo único que sé es lo que me contó Khait: que alguien se lo reveló. Al igual que alguien les contó cómo utilizar con precisión la drialita para crear un xieri.

—Eso es extraño —dijo Cyal—. Para que alguien les revelara esas cosas a los humanos, debía tenerles especial odio a los draconianos. ¿Sería un draconiano?

—Lo dudo. Siempre fueron conscientes de su vulnerabilidad ante la drialita, es cierto. Pero no creo que ninguno de ellos tuviera conocimiento sobre cómo crear a los xieri.

Cyal se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—Entonces, solo queda que fuera... ¿un dragón?

—Es posible.

—Los draconianos y los dragones no se llevan bien, ¿no?

El viento levantó la arena. Cyal entrecerró los ojos para evitar que entrara en ellos, pero la arena le arañó las mejillas.

—Desconozco la opinión de los dragones sobre los draconianos —dijo Eira. La miró de nuevo—. Pero los draconianos no deben de tener muy buena opinión de los dragones si lo que cuentas sobre la

dragona llamada Hereshia es cierto. Al fin y al cabo, no intervino en ningún momento antes, cuando podría haber ayudado a los draconianos.

Cyal arqueó las cejas.

—Es verdad. ¿Por qué los dragones ayudaron a los humanos y no a los draconianos?

—Sospecho que no fue tanto para ayudar a los humanos como para detener al General. Si no hubieran hecho nada, habría terminado por destruir el mundo.

—Entonces, se podría considerar a los dragones una fuerza neutral, ¿no?

—Algo así. Sin embargo, me temo que los draconianos se lo tomarían como una ofensa. Del mismo modo que me cuentas que los humanos veneran a los dragones por considerar que los defendieron a ellos, los draconianos deben de estar muy resentidos por considerar que ayudaron a sus enemigos.

—Cierto.

Cyal nunca se había parado a pensar en ello. Tenía que admitir que sabía relativamente poco sobre los draconianos, pues nunca antes se había relacionado con ninguno. No eran muchos los que se veían y siempre estaban atados a algún humano. Era lógico que su religión fuera distinta, de igual manera que debían serlo sus costumbres.

—¿Por qué hay tan pocos draconianos? —preguntó Cyal—. Aunque la guerra mermara su número, eran muchos más que los humanos. O eso dicen.

Eira se detuvo. Bajó la vista. Cyal se paró a su lado y ladeó la cabeza para mirarla, confuso.

Estuvieron así durante varios segundos. Cyal soportó el sol abrasando su costado izquierdo, esperando a que ella reaccionara.

Al fin, Eira clavó sus ojos rojos en el horizonte y habló:

—Los efectos secundarios de la drialita son muchos. Uno de ellos es que nos deja estériles.

La incredulidad de Cyal apenas duró un instante antes de transformarse en rabia.

—Lo siento. —Tuvo la necesidad de decirlo, pues esa reacción tan evidente era muy poco usual en ella, siempre inexpresiva y distante. Estaba claro que le afectaba y se contuvo para no poner una mano en su hombro. Sospechaba que a ella no le agradaría ese contacto —. Supongo, entonces, que establecer un vínculo con un humano a través de la drialita también deja estériles a los draconianos...

Entendió por qué nunca veía draconianos paseándose con sus hijos. Todos los draconianos que había en Drethol llegaban capturados de otras regiones.

Siguieron caminando. Poco a poco, el sol iba bajando. La temperatura descendió hasta el punto de ser tolerable. El viento no ardía, sino que era relajante, acariciando la piel.

Cyal divisó la estación de tren en la distancia. Se alzaba como una sencilla estructura en la duna, apenas una pared construida con piedra naranja. La remataba un enorme techado de madera para proporcionar sombra a los que esperaban en la plataforma de roca gris. Estaba abierta al despiadado desierto, ni siquiera tenía bancos para sentarse. A su lado, se erguía una pequeña torre desde donde se controlaba todo.

—Eira, ¿nunca llegaste a ver un dragón? Desde lo que recuerdas como xieri, quiero decir.

Eira no varió su expresión al contestar:

—No siempre es sencillo distinguir un draconiano transformado de un dragón. O a un draconiano de un dragón cuando está en forma humana, pues los dragones también pueden transformarse. —Cyal se fijó en que tensó los hombros antes de continuar—: Sin embargo, sospecho que el General era un dragón. Cómo lograron capturarlo... Eso ya lo desconozco.

—Mi abuela —Cyal se tragó su angustia al mencionarla. Sus ojos ardieron y parpadeó varias veces para despejar las lágrimas— me hablaba de pequeño de Namhad, la tierra legendaria de los dragones.

Le embargó la nostalgia. Se dio cuenta, de golpe, de lo mucho que echaba de menos esos momentos antes de dormir, cuando era un niño. Su abuela iba a arroparlo y a darle las buenas noches, y siempre tenía algún cuento o historia que contarle.

No lo había apreciado lo suficiente. Habría dado cualquier cosa por volver a vivirlo.

—Sí, existe —asintió Eira—. Pero no creo que aparezca en ningún mapa. No lo hacía entonces y no lo haría ahora, porque es imposible acceder a Namhad.

Cyal arqueó una ceja.

—¿Y eso?

—Es una isla al oeste del continente. Está rodeada por tormentas eléctricas impenetrables —explicó ella—. Solo los dragones conocen la ruta que permite atravesarlas.

—¿Y cómo sabes tú eso? —cuestionó Cyal extrañado.

Eira frunció el ceño.

—Simplemente..., lo sé.

Cyal se encogió de hombros.

—Bueno, en cualquier caso, tampoco es como si fuera a servir de algo ir a Namhad.

¿Regresaría Hereshia si el General despertaba? ¿Sería capaz de sellarlo una vez más? ¿Eran realmente inmortales los dragones o era algo que se habían inventado los humanos? ¿Seguiría viva Hereshia?

Eira se detuvo. Cyal abrió la boca para preguntar, pero ella alzó la mano, indicándole con ese gesto que estuviera quieto y en silencio. Cyal, con una mueca en su rostro, esperó.

El viento sopló, arrastrando, como siempre, arena. Eira escuchó algo más porque se giró hacia él con urgencia.

—A cubierto. ¡Ya!

Cyal dio un respingo, pero no iba a discutir con ella. Miró a un lado y a otro, ubicándose, y echó a correr, en busca de un refugio. Eira fue tras él.

Descendieron juntos por la duna de arena. Era difícil reconocer los caminos en el desierto, pues el viento modificaba constantemente las dunas, erosionándolas y erigiéndolas en otra parte a cada momento. Pero estando lo suficientemente cerca de Drethol, Cyal sabía guiarse.

Acabaron en otra zona más rocosa. Eira lo empujó. Cyal la notaba nerviosa y aquello, aunque no quiso mostrarlo, lo asustó.

—Escóndete. Rápido.

Y Cyal obedeció. Se agazapó tras las rocas con el sonido de su propio corazón retumbando en los oídos. Eira se mantuvo de pie unos metros más allá, observando con ojos entornados algo que él no era capaz de divisar.

«Jamás pensé que llegaría el día en el que viera a la Muerte Escarlata huir».

Una nueva voz se abrió paso con fuerza en su mente. Cyal se estremeció. Alguien los había encontrado, pero ¿quién? Eira no contestó, pero parecía haberla oído también.

Un enorme dragón apareció por encima de la duna con sus alas membranosas, de gran envergadura, extendidas. Era de escamas gris oscuro, con algunos detalles amarillos, y múltiples cuernos en la cabeza. Sus ojos, de pupila rasgada, eran rojos.

Un xieri.

A juzgar por la mueca en el rostro de Eira, uno al que ella conocía.

El pulso de Cyal se descontroló. Espiaba asombrado desde las rocas.

El dragón aterrizó frente a Eira, levantando una fuerte corriente que mandó arena en todas las direcciones. Los pálidos mechones del cabello de Eira se agitaron de un lado a otro. Pero ella no se inmutó, manteniendo su mirada fija en el xieri.

—Graialan —dijo con voz gélida—. Esperaba no verte nunca más.

«El sentimiento es mutuo, Muerte Escarlata —siseó él—. Nuestra querida Granizo, que nos dio la espalda».

—¿A qué has venido?

Cyal aguardaba con todos los músculos en tensión. Recordó a Eira diciéndole que no podría transformarse en dragón hasta que hubiera recuperado fuerzas. Estaba en seria desventaja. ¿Lo sabría aquel xieri?

Ante esa respuesta, el tal Graialan rugió, extendió las alas y mostró sus colmillos.

Eira saltó hacia atrás y desenvainó las cimitarras, blandiéndolas sin temor. Cyal ahogó una exclamación.

¿Cómo iban a salir de esa?

Capítulo 14

Una advertencia



Graialan se alzaba sobre ella como una torre inmensa, amenazante. A pesar de estar en seria desventaja, Eira no se amedrentó. Extendió las cimitarras en gesto de desafío.

Pero Graialan rio por lo bajo, burlón, y plegó las alas. Irguió su largo cuello.

«No he venido a luchar, Eira —dijo—. Al menos, no esta vez».

Eira, aun así, no bajó las espadas.

—¿A qué has venido, pues?

«Tengo un mensaje para ti. De parte de nuestra salvadora».

Eira gruñó.

—¿Quién es? —exigió saber dando un paso hacia él.

Graialan flexionó las patas, preparado por si atacaba. Ese gesto de cautela le indicó a Cyal que el xieri desconocía que Eira no podía transformarse en dragón en ese momento. Parecía estar esperando que ella se envolviera en el brillo blanco para abalanzarse sobre él.

Mejor.

«No es asunto tuyo, Muerte Escarlata —respondió Graialan, enseñando los colmillos en señal de advertencia—. Puedes referirte a ella como Emperatriz si lo deseas. Tiene una oferta para ti».

«¿Emperatriz? —pensó Cyal desde su puesto en las rocas—. Sí que se lo tiene creído».

—Habla —dijo Eira. Su tono se mantenía frío.

«No me des órdenes —ladró Graialan ofendido—. Su propuesta es sencilla: únete a nosotros y se te perdonará tu traición en el pasado. Ayúdanos a traer de vuelta al General y serás una de los nuestros».

Eira entornó los ojos. Cyal se tensó, temiendo que dijera que sí.

—¿Y si me niego?

Cyal contuvo un suspiro de alivio. ¿Por qué había temido siquiera que existiera la posibilidad de que Eira se fuera con ellos? Había expresado en muchas ocasiones su odio hacia el General. No iba a cambiar de opinión ahora.

Graialan ladeó la cabeza y la miró con una sonrisa cargada de sorna.

«¿Qué crees que sucederá, Eira? Mi apuesta es que la Emperatriz ordenará que seas ejecutada».

Eira irguió la barbilla. Una sombra de soberbia curvó sus labios a pesar de ser mucho más pequeña en su forma humana que el inmenso dragón.

—Que lo intente, si quiere.

Graialan clavó las garras en la arena. Sus escamas brillaban con la cálida luz de la puesta de sol, arrancándole reflejos dorados.

«¿Esa es tu respuesta? ¿Te niegas a unirte a nosotros?».

—Mi respuesta ya la sabías desde antes de hablar conmigo —replicó Eira desafiante—. Largo de aquí, Rayo —añadió pronunciando

su apodo con desprecio.

«Sí, lo suponía —admitió él. Su risa profunda retumbó en el lugar. Se enderezó y extendió las alas—. Muy bien, Granizo. —Empleó el mismo tono despectivo que ella—. Has sido advertida. La próxima vez que nos veamos será para que te atraviese con mis garras».

Eira no dijo nada. Se limitó a seguir observándolo.

«Siempre me irritó tu silencio —rezongó Graialan. Dio media vuelta y la miró por encima del hombro—. Te arrepentirás, Eira. Te arrepentirás».

Alzó el vuelo.

Pasaron los minutos y Graialan se perdió en la distancia. El sol iba desapareciendo por la línea del horizonte. Los tonos dorados de las dunas se transformaban en violeta. La brisa que soplaba ya era fresca.

Eira se mantuvo de pie, sin moverse. Cyal al fin se atrevió a salir de su escondite y fue corriendo hacia ella.

—¡Eira! ¿Quién era ese? —preguntó de inmediato, deteniéndose a su lado.

Eira envainó sus cimitarras y se giró hacia él.

—Graialan. O Rayo, como lo apodaron nuestros creadores. Uno de los comandantes del General. Mi antiguo compañero.

Fue una descripción bastante completa para lo que solía ofrecer Eira. Con todo, Cyal tenía más preguntas:

—¿Por qué no te ha atacado?

—Lo has oído: solo venía a traerme una propuesta y a advertirme en el caso de que la rechazara.

—Pero... ¿por qué no te ha atacado luego?

Se alegraba de que no lo hubiera hecho. Sin embargo, no terminaba de entenderlo. Eira desvió la vista hacia el horizonte.

—Graialan cumple las órdenes al pie de la letra. Si esa Emperatriz le ordenó que viniera a hablar conmigo y nada más, así lo ha hecho. La próxima vez que lo veamos, en cambio...

—Ya. Atacará —completó Cyal con semblante serio—. Entonces..., ¿es cierto? ¿Erais cuatro comandantes del General? Mi abuela me contó que os conocían como la Tormenta.

Eira asintió.

—Rayo, Viento, Lluvia y yo, Granizo. Son los nombres que nos dieron los humanos al despertar como xieri.

—¿Y tu nombre, Eira, de dónde viene? A él lo has llamado Graialan...

Eira expulsó el aire con resignación.

—Haces demasiadas preguntas, humano. Va a anochecer. Busquemos refugio y reanudemos tu entrenamiento.

Cyal chasqueó la lengua, pero no protestó. No conseguiría que hablara más si ella no quería. Además, estaba impaciente por seguir practicando con el agua. Le vendría bien para olvidar aquel encuentro.

Thaydra se dejó caer sobre la tierra. Notaba su cuerpo pegajoso de sudor. Deseó poder bañarse, aunque, en esas circunstancias, era imposible. La tela del vestido, con las faldas bien sucias, se adhería de forma desagradable a su piel. Su largo pelo era una maraña de nudos. Se centró en intentar peinarlo con los dedos.

Arash estaba encendiendo la hoguera. Seguían en el bosque de Arébalo. Thaydra no sabía cómo de grande era. Bastante, probablemente. Después de todo, se trataba de las tierras de un gran noble.

Habían escuchado explosiones en la lejanía a lo largo de todo el día. Algunas sonaban cerca, y Thaydra se preguntó si los xieri habrían atacado el palacio del duque.

La luna en cuarto creciente brillaba sobre ellos en medio de un oscuro cielo despejado y poblado de estrellas. Thaydra alzó la vista para admirarlo. Acabó por parpadear y morderse el labio para contener las lágrimas que ya afloraban en sus ojos.

A veces, la poseía la tentación de dar media vuelta y salir corriendo hacia Drethol, hacia su antiguo hogar. Pero hubiera sido inútil. Si regresaba, lo único que encontraría sería la muerte a manos de Karima.

¿Cómo había tramado su alianza con los xieri sin que nadie se enterara? Era cierto que tenía el Palacete Rosa para ella, pero el rey también lo visitaba de vez en cuando. Y estaban todos sus criados.

¿Cómo habían podido crearse más xieri? ¿No se suponía que los comandantes de la leyenda eran únicos?

Una sombra se interpuso entre ella y la luz naranja de la hoguera. Thaydra giró la cabeza y se topó con Arash. Le ofrecía una cantimplora con agua.

Thaydra la aceptó en silencio, acercándola a sus labios agrietados. Dudaba todavía sobre si fiarse de Arash, pero no podía negar que estaba bien preparado. Contaba con provisiones de todo tipo y sabía cómo encontrar lo que no llevara consigo.

—¿Qué tal tu experiencia como viajera este primer día? —inquirió él con una sonrisa burlona.

Thaydra agachó la cabeza. Hundió los hombros. Había terminado de beber y, al menos, su garganta ya no estaba seca. Le devolvió la cantimplora.

—No sé cuál es mi propósito en la vida ahora —murmuró.

Arash arqueó una ceja. Tomó la cantimplora, pero no se marchó.

—Ah, vaya. Tenías toda tu vida planeada como princesa y ahora esa realidad se ha hecho pedazos, ¿no?

Por la condescendencia de sus palabras, no la compadecía en lo más mínimo.

—No. Incluso como princesa, tampoco sabía qué iba a hacer —admitió por lo bajo—. No tenía deseo alguno de casarme solo por política.

—Míralo por el lado positivo. Ahora ya no tendrás que hacerlo —ironizó Arash. Dio media vuelta.

—Habría hecho cualquier cosa con tal de que mi madre y Azra siguieran vivas —dijo ella, endureciendo su tono.

Lo habría hecho incluso por los hermanos de Azra y por Thora, aunque la hubieran rechazado desde pequeña, solo por lo mucho que Azra los quería.

Arash la miró de lado, sorprendido.

—Pero lo cierto es que ni siquiera tengo suficiente valor —prosiguió Thaydra—. Ni poder. Solo soy una princesa. —Sacudió la cabeza en un intento de desprenderse del desprecio a sí misma—. Y ahora ya ni siquiera tengo un futuro impuesto por delante. ¿Qué puedo hacer?

Arash se encogió de hombros.

—No esperes que me convierta en tu consejero, princesa. Yo solo estoy aquí por el dinero.

Se fue a la hoguera. Se agachó junto a su bolso para guardar la cantimplora.

—Podrías disimular un poco, ¿no? —protestó Thaydra.

Él la ignoró. Thaydra resopló.

Apoyó el codo en la pierna y reposó la barbilla en la mano. ¿Qué clase de vida le esperaría en Erom, el reino de las nieves? ¿Sería capaz ella de empezar una nueva vida como si nada dejando atrás todo su pasado en Drethol? ¿Y cómo?

¿Cómo iba a olvidar lo sucedido? ¿Cómo podría arrancar de su corazón el odio hacia Karima y el imperioso deseo de clavarle un puñal ardiente que le devolviera una parte del terrible dolor que había provocado?

Su madre, Mystral, la había educado con esmero en la religión de los dragones cuando ella era pequeña. Después, cuando ella había enfermado, nadie más se había preocupado de enseñarle nada. Excepto Azra, claro. Pero su hermana también había sido una niña.

—¿Es malo querer venganza?

—¿Por qué lo dices? —preguntó Arash, decidiendo charlar con ella solo porque estaba aburrido. Se recostó en una roca y dobló una pierna para apoyar el brazo izquierdo en la rodilla.

—La venerable madre Veshier nos enseñó que hay que perdonar.

Arash bufó.

—¿De la misma manera que los humanos perdonasteis a los draconianos por cómo os trataron en el pasado? ¿Acaso no aprovechasteis vuestra victoria en la guerra para darle la vuelta a la situación? Menudos hipócritas.

Thaydra agachó la cabeza en un intento de ocultar su sonrojo.

—La madre Veshier nos enseñó que hay que perdonar —repitió más bajo—. Al menos, entre los humanos.

—Ya. ¿Y qué? Dudo que Veshier realmente os enseñara eso. ¿No se te ha pasado por la cabeza que eso se lo inventó alguien para mantener sumisa a la gente?

Thaydra lo miró por debajo de las pestañas.

—¿Qué quieres decir?

¿Y por qué había hablado de Veshier como si la conociera?

—Es una estrategia para mantener a los más ricos en el poder. Alguien te hace daño, te pisotea, pero tú tienes que perdonarlo porque, ¡vaya!, la venerable madre Veshier os lo enseñó. —Las palabras de Arash rezumaban ironía, pero también amargura—. ¡Qué práctico! ¿Por qué no iba a ser buena la venganza? ¿Acaso es mejor que el que te ha hecho daño se vaya de rositas?

Thaydra apretó la tela de su vestido con los puños.

—Quiero que Karima pague por lo que ha hecho. Pero si ahora tiene el control de Drethol, si mi padre realmente ha muerto, no habrá nadie para castigarla.

—¿Y qué pretendes hacer tú, princesa? —se mofó Arash.

—¿No decías que la venganza era buena? —replicó ella, confusa.

Arash rio por lo bajo.

—Por supuesto. Siempre y cuando tengas la capacidad y habilidad para ejecutarla. —Arash fijó sus ojos plateados en ella—. Y déjame decirte, princesa, que tú no tienes ninguna de las dos.

Thaydra hundió los hombros. Sabía que tenía razón.

—¿Tú no me ayudarías?

—Te recuerdo que estoy aquí solo por el dinero. Tengo mejores cosas que hacer. ¿A mí qué me importa lo que haya hecho esa mujer?

—Pero ha matado a tus reyes.

—¿Mis reyes? —repitió Arash, divertido. Se le escapó una carcajada—. Nadie es mi rey. Y mucho menos un humano. Vuestra política no me interesa en lo más mínimo. Me importa bien poco quién gobierne en Drethol, princesa.

—Pero no todo te da igual —señaló Thaydra—. Te vi cuando liberaste a esos draconianos. ¿También te pagaron para ello?

Arash frunció el ceño.

—No. No me pagaron.

Pero no dijo nada más.

Thaydra suspiró con tristeza. Se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla en ellas. La soledad la envolvía por mucho que tuviera a Arash junto a ella. Él lo había dejado claro: no eran amigos. La acompañaba solo por las circunstancias. Aun así, ¿era necesario que se comportara de aquella manera?

«Azra, ojalá estuvieras aquí conmigo».

Su rostro reflejó la zozobra que invadía su interior. Se sentía culpable, pero echaba más de menos a Azra que a su propia madre. Mystral había pasado sus últimos cinco años prácticamente ausente, deteriorándose cada vez más por su enfermedad. Era Azra quien había cuidado de Thaydra.

—¿No podrías enseñarme?

Arash arqueó una ceja y echó una rama al fuego.

—¿A qué?

—A defenderme. A atacar.

—¿Y qué ganaría yo con eso, princesa?

Thaydra no se iba a rendir tan fácilmente.

—Que yo pudiera defenderme haría más fácil tu trabajo de protegerme, ¿no?

—Hacer más fácil mi trabajo... —Arash sonrió con picardía—. Ahora ya estás hablando mi idioma.

La mirada de Thaydra se iluminó esperanzada.

—¿Lo harás?

—Haremos un intento, a ver cómo te desenvuelves —dijo él, y Thaydra sonrió—. Pero empezaremos mañana. —Se puso en pie, sacudiéndose los pantalones—. Hoy ya es tarde. Voy a por nuestra cena.

—¿Más liebres? —preguntó Thaydra, no sin cierta aversión.

—Correcto. A no ser que prefieras que intente cazar una de esas irugias que se esconden por los alrededores del bosque...

—¿Irugias?

—Serpientes temibles que te devorarían de un bocado. ¿Te suenan?

Thaydra reprimió un escalofrío.

—Creo que prefiero las liebres.

Capítulo 15

Cacería



Cyal estaba tumbado boca arriba con las manos cruzadas sobre el abdomen. Trataba de controlar su respiración y parpadeaba con frecuencia para que Eira no lo viera llorar.

No podía asumirlo.

Quería abrazar a su abuela.

Tenía la vista fija en el mar de estrellas en el cielo. Eira había decidido desplazarse a otro lugar para pasar la noche, por lo que se habían alejado de la estación hasta encontrar un hueco entre varias rocas altas que los protegían. Se habían colocado de manera que nadie pudiera verlos desde la torre, pero seguían a la intemperie.

Cyal se había acomodado en la arena, pues encontraba su textura agradable en la noche. La temperatura había descendido, pero podía soportarla gracias a una manta que Eira le había proporcionado.

—¿Cómo se supera la muerte de alguien? —murmuró con la voz apagada.

Eira desvió la mirada hacia él. Estaba sentada apoyada en una roca.

—No se supera. Pero se sigue adelante. La vida tiene muchas cosas que ofrecernos.

Cyal frunció el ceño. No había esperado que le respondiera.

—¿Como cuáles?

—Todavía estoy buscando la respuesta. Si la averiguas, cuéntamela.

A Cyal se le escapó una pequeña carcajada teñida de tristeza. Eira se mantuvo tan inexpresiva como de costumbre.

—Eira... —Cyal recuperó la seriedad antes de continuar—. Esa Emperatriz... Ahora te va a perseguir.

—Así es —dijo ella sin inmutarse—. Quizá deberías replantearte lo de acompañarme, humano.

—No. No te abandonaría, y menos cuando es culpa mía que sepan que has despertado —replicó él de inmediato. Las cejas de Eira se alzaron de forma casi imperceptible—. Aunque tampoco te seré de mucha ayuda, debo admitir.

Eira esbozó media sonrisa.

—Puede que sí merezcas mi respeto después de todo, humano.

El corazón de Cyal se aceleró. Se incorporó, dejando que la manta cayera arrugada en su regazo.

—Has... ¡Has sonreído! —exclamó, aunque ahora el rostro de Eira volvía a ser de piedra.

—Supongo. No soy de hielo.

—A veces lo pareces.

Durante su tiempo juntos, las emociones que había compartido Eira habían sido contadas. Por más que intentara hablar con ella o averiguar más sobre su pasado, ella siempre se mostraba reacia, incluso huraña.

Al menos, habían seguido entrenando. Eira le iba enseñando los entresijos de su afinidad al agua. No era mala maestra y era relativamente paciente.

Esa misma tarde, nada más detenerse, Eira lo había obligado a demostrar su puntería lanzando esferas de agua. Cyal se había sentido satisfecho con el resultado de sus primeras lecciones. De algo tenía que servir su práctica tirando piedras, en ocasiones su única forma de defenderse. Sin embargo, ella no había reflejado ninguna emoción. ¿Se sentiría orgullosa? ¿Se sentiría defraudada?

Cyal no tenía ni idea.

Pero cuando lo vio acertar los tiros, lo obligó a sentarse y le mostró cómo crear esferas de agua a través de las partículas residuales de humedad en el ambiente. La tarea se le había antojado imposible, y más en el desierto, el terreno más árido que existía. Tras un buen rato, Eira había acabado por ofrecerle una cantimplora con agua que tendría que llevar hasta aprender a crear la suya propia.

Cyal pensó que no era mucho, aunque le permitiría defenderse. Practicarían más ese aspecto cuando estuvieran fuera del desierto.

Bajo las estrellas, el joven se tumbó de nuevo, cruzando los brazos detrás de la cabeza para usarlos de almohada.

—Eira —la llamó otra vez. Ella no había apartado su mirada de él —. ¿Por qué despertaste justo cuando yo toqué el hielo?

—Casualidad. Nadie pasaría por allí en estos trescientos años. Al tocarlo tú, y estando en una situación de peligro, es posible que tu afinidad al agua reaccionara ante el hielo —explicó ella—. Eso me permitió despertar.

—¿Sigues sin recordar cómo acabaste así?

Ella negó con la cabeza.

—Quizá Tuila lo sepa.

—¿Tuila era miembro de la Tormenta?

Eira había dicho que era su compañera, que estaría sellada. El General y sus comandantes habían sido los únicos xieri durante la guerra.

Y ahora, por alguna razón, había más.

—Así es.

Pero Eira no le ofreció más detalles sobre Tuila. Cyal suspiró, resignado. No le quedaba otra que irse a dormir. Sospechaba que las pesadillas poblarían sus sueños. No tenía ganas de enfrentarse a ello, pero necesitaba descansar.

—Creciste sin tus padres.

La voz de Eira lo pilló por sorpresa. Volvió la cabeza para mirarla. Ella tenía su atención puesta en el cielo.

—Sí. Mi abuela es... Fue quien cuidó de mí —contestó él con dificultad—. ¿Y tú, Eira? ¿Tenías familia?

—Desconozco si tuve una antes de renacer como xieri —dijo ella, en tono bajo. Cyal se esforzó para escucharla—. Si la tuve, es probable que los matara con mis propias manos, incapaz de reconocerlos.

Cyal torció el gesto.

—Estoy seguro de que no fue así.

Hubiera sido demasiado cruel. Pero ¿acaso no era así la vida? Cyal empezó a entender por qué a Eira no le gustaba hablar de su pasado.

Arash arrugó la frente mientras paseaba con sigilo entre las acacias en busca de liebres. El ululato de un búho en las ramas encima de él le indicó que tendría que alejarse algo más para cogerlas desprevenidas.

No sabía qué pensar de la chica. Le fastidiaba desplazarse más despacio por su culpa. Quería llegar cuanto antes al oráculo y hacer la consulta que necesitaba antes de proseguir con su búsqueda. Pero no podía abandonarla. Dependía de ella, por mucho que no le gustara.

«¿Por qué tenía que ser una princesa?», pensó frustrado.

Le había venido bien para que estuviera aislada del resto del mundo, pero con la toma de Drethol, y obligada a marcharse de su hogar, no podía ser más insoportable. Si había algo que sacara a Arash de sus casillas era tener que estar todo el tiempo pendiente de alguien.

Suspiró. Tampoco era culpa de la joven princesa que el mundo la hubiera dejado convertirse en un peón. Quizá le vendría bien hacer lo que ella quería por una vez y se beneficiaría de aprender a defenderse. Al menos, hasta que pudiera dejarla en Erom, el recluido reino de las nieves.

Los xieri tardarían en encontrarla, lo que le daría margen para seguir buscando.

Una vez encontrara a Zheitszoh y ambos cumplieran con su deber, lo que le pasara a esa chica ya no sería de su incumbencia. Su único objetivo era devolver el equilibrio a Gaia, el mundo en el que vivían. No le importaba nada más que cumplir con su deber. Aunque era cierto que le preocupaba que los xieri continuaran expandiéndose. O que siguieran creándolos.

Sin embargo, sin Zheitszoh, Arash estaba condenado a seguir vagando.

«¿A dónde te fuiste, Zheit? —se preguntó, molesto. ¿Cómo se había atrevido a dejarlo solo frente al deber?—. ¿Por qué no me dijiste nada?».



Thaydra se había sentado junto a la hoguera. El relajante sonido del crepitar de las llamas la distraía. Sola en mitad del bosque, cualquier mínimo ruido hacía que se le pusieran los pelos de punta, pero siempre que se giraba, con el corazón en la garganta, acababa descubriendo que se trataba o bien de un ratón correteando entre los matojos o de una polilla revoloteando entre las ramas.

Estar en el exterior, en un laberinto desconocido y amenazador como los bosques de Arébalo, era de lo más inquietante para ella. Y la oscuridad de la noche no ayudaba.

Le pareció escuchar pasos en la distancia. Irguió la cabeza y entornó los ojos, alerta, pero el bosque permaneció en silencio.

Demasiado en silencio, quizá.

Thaydra frunció los labios. Serían imaginaciones suyas. Pero no se quedaría tranquila hasta que Arash regresara. ¿Por qué estaba tardando tanto?

Extendió una mano hacia el fuego, deseando ser capaz de controlarlo. Recordaba con claridad la sensación de asfixia por el humo durante el incendio en el palacio. Las llamas la habían acorralado, dejándola sin escapatoria. Si tan solo le hubieran

permitido aprender a manejarlo, el fuego habría sido su aliado. La historia hubiera sido muy distinta.

En vez de eso, su elemento se había convertido en su enemigo.

¿Podría enseñarle Arash a gobernarlo? Le había dicho que no era afín al fuego, pero quizá supiera de alguien que pudiera ayudarla. Thaydra albergaba esperanza. En Erom, una afinidad al fuego era mucho más útil de lo que jamás lo habría sido en Drethol.

Algo se movió con rapidez a su derecha. Thaydra gritó, asustada.

Sin pensarlo, la joven barrió las manos en el aire y las llamas de la hoguera salieron disparadas en esa dirección, hacia su atacante, que aulló mientras rodaba por la tierra. Thaydra se levantó de un salto y retrocedió con los ojos como platos y la mano en el pecho. Sintió el alocado latido de su corazón contra los dedos.

¿Qué acababa de pasar?

—¡Zorra asquerosa! —ladró el hombre. Consiguió apagar el fuego y se puso en pie, con su ropa chamuscada—. ¡Me dijeron que no tenías poderes!

—¿Q-quién...? ¿Quién eres? —preguntó Thaydra, tratando de controlar el temblor de sus rodillas. ¿Dónde estaba Arash?

El hombre no respondió. Se envolvió en un extraño brillo blanco. Thaydra presenció su transformación, ojiplática. El color huyó de sus mejillas. La luz se apagó poco a poco, revelando un terrorífico y gigante dragón rojo. La bestia clavó sus ojos amarillos en ella y lanzó un rugido.

Thaydra jadeó.

«Si te mato me convertirán en un xieri —dijo el draconiano, avanzando hacia ella—. Así que haz el favor de estarte quieta, ¿sí? A

pesar de que me has atacado, todavía estoy dispuesto a darte una muerte rápida...».

—¿Por qué...?

Un rayo se estrelló a escasos milímetros de ella y Thaydra gritó de nuevo. Las esquirlas que salieron disparadas rasgaron sus brazos y mejillas.

No lo pensó más y echó a correr.

«¡Huye todo lo que quieras! No eres más que una pobre humana. Karima la Liberadora te quiere muerta y me aseguraré de cumplir sus órdenes».

¿Aquel draconiano obedecía a Karima? ¿Por qué? Thaydra seguía sin comprender la razón por la que Karima había establecido una alianza con los xieri y los draconianos. ¿Cómo había sido, siquiera, posible? ¿Acaso había contactado con Karima uno de los comandantes xieri?

Se le puso la piel de gallina. Thaydra hizo caso a su intuición y se desplazó en el último momento a su derecha. El rayo impactó en un árbol y el tronco estalló en mil pedazos. Ella cayó rodando por una cuesta ahogando una exclamación.

El dragón se abalanzó sobre ella, pero Thaydra logró agarrarse a una raíz que sobresalía de la tierra y frenó su descenso en el último momento. Se incorporó y saltó. Las garras del dragón solo cercenaron la falda del vestido.

Corrió tragándose el llanto y el miedo. No conocía el lugar. Lo único que importaba era alejarse de su perseguidor antes de que la matara. Por suerte, el dragón se veía entorpecido por su enorme tamaño entre los árboles. Eso le dio algo de ventaja.

El problema era su afinidad eléctrica. Los rayos. Thaydra miró por encima del hombro; abrió los ojos como platos al ver el relámpago que se dirigía a ella a una velocidad vertiginosa.

«¡Hereshia, protégeme!», pensó, aterrada.

El rayo cambió de dirección con brusquedad. Thaydra se detuvo, resollando. El draconiano lo hizo también. Ambos giraron la cabeza para mirar al responsable: un hombre había alzado su puño en el aire, con una sonrisa arrogante y unos ojos plateados cuyo brillo amenazante los paralizó. El rayo había ido a parar a su mano, como si lo hubiera cazado, y se extinguió en ella.

Arash había llegado.

Capítulo 16

Doblegar la mente



«Tú...», dijo el draconiano, clavando las garras en la tierra.

—Sí. Yo —ironizó Arash encogiéndose de hombros—. ¿Quién te envía?

El draconiano se había quedado quieto, observando a Arash con cautela. Thaydra, respirando entrecortadamente, trataba de entender la situación. ¿Por qué mostraba un draconiano ese miedo ante Arash? ¿Quién era? ¿De qué lo conocía?

«Estoy al servicio de Karima la Liberadora y los comandantes. Y cuando despertemos al General, te arrepentirás de haber ayudado a...».

Hubo un fogonazo de luz, acompañado de un chasquido. Thaydra parpadeó y vio a Arash al otro lado del draconiano. Una extraña hoz de metal sobresalía en su puño derecho y de la punta de acero goteaba sangre. Las ramas de los árboles temblaron y se desprendieron algunas hojas.

Thaydra ahogó una exclamación cuando la cabeza del draconiano se separó de su cuerpo y cayó a la tierra.

—No era necesario seguir hablando con él —anunció Arash, impasible. Se irguió y limpió la cuchilla en unos matojos—. Ya tengo la información que necesitaba.

La princesa frunció el ceño. Lo había decapitado. ¿Qué iba a decir el draconiano antes de que Arash lo matara? ¿Que se iba a arrepentir de haber ayudado a quién? ¿A quién estaba ayudando Arash? ¿A su abuelo en Erom?

Thaydra sacudió la cabeza y lo dejó pasar, tratando de dominar el latido frenético en su pecho. Luchaba por respirar, alterada por el esfuerzo físico y, sobre todo, el inesperado desenlace. Le temblaban las manos y notaba un extraño cosquilleo en los dedos. Los árboles daban vueltas a su alrededor. Se descubrió a sí misma de rodillas en el suelo.

—Tranquilízate, princesa. —Las palabras de Arash sonaron en la lejanía—. El peligro ya ha pasado.

Thaydra ahogó un sollozo. Había estado a punto de morir. De nuevo. Se miró las manos, asustada.

Arash se agachó frente a ella.

—¿Qué ocurre? Estás bien, ¿no?

El olor metálico de la sangre se esparcía por el ambiente y Thaydra no podía respirar sin ahogarse.

—No... Yo...

Arash le puso las manos en los hombros y la sacudió con suavidad.

—Tranquilízate —repitió, esta vez con más firmeza—. Respira hondo.

Thaydra obedeció. Se le escapó el sollozo que había estado conteniendo.

—Arash, yo...

Él la ignoró.

—Otra vez. Respira hondo.

Thaydra tomó otra bocanada de aire. Poco a poco, recuperó la calma. Sentía de nuevo los dedos; el extraño cosquilleo había desaparecido. Veía con claridad.

—Estás a salvo. Así que relájate de una vez —dijo Arash apartando las manos.

—No quiero... —murmuró Thaydra agachando la cabeza.

—¿No quieres qué? —preguntó él, confuso.

—No quiero volver a sentirme así de indefensa jamás. Estaba a merced de cualquiera que quisiera atacarme. Y volverá a ocurrir —sentenció ella. Apretó los puños—. Por favor, Arash. Te lo suplico. Enséñame a luchar.

Arash chasqueó la lengua.

—No eres consciente de lo que me estás pidiendo, princesa.

—Karima no va a parar hasta deshacerse de mí —insistió Thaydra —. Ya me ha quedado claro. —Alzó la vista para mirarlo a la cara. Arash se sorprendió ante la intensidad reflejada en sus ojos verdes —. Y yo quiero mi venganza. No pararé hasta verla muerta. Enséñame a luchar. Por favor.

Arash suspiró con pesadez. Se pasó una mano por la frente, peinándose hacia atrás los mechones de pelo negro que enmarcaban su rostro.

—Está bien, princesa. Te enseñaré. —Se levantó observándola desde arriba—. Pero te advierto que no voy a ser suave. Si quieres que te entrene, vas a tener que demostrarme que eres capaz de soportarlo.

Thaydra asintió con decisión.

—Haré lo que haga falta.



Movieron su campamento. Aunque Thaydra estaba más cansada que nunca tras la carrera para salvar su vida, no protestó. Ella también se sentía más segura cambiando de lugar.

Se acomodaron en otro claro. Esta vez, Arash no encendió una hoguera. No sabían si habría más enemigos buscándolos.

Thaydra se había sentado en el suelo y se abrazaba las rodillas. Arash afilaba la cuchilla de su hoz con una piedra.

—Deberías dormir —le dijo, sin apartar la mirada del arma.

Thaydra hizo una mueca.

—Lo sé, pero no puedo parar de pensar.

—Me preocuparía que dejaras de hacerlo —dijo, no sin cierta ironía.

Thaydra gruñó. Ladeó la cabeza hacia él.

—Arash.

—¿Hm?

—Eres afín a la electricidad.

—Muy observadora, princesa. ¿Qué te ha dado esa idea? —respondió él con sarcasmo. Al fin dejó su hoz a un lado para mirarla.

—Eres draconiano —prosiguió ella ignorando su comentario.

—Quizá.

—¿Por qué no te transformas en dragón? —inquirió Thaydra, curiosa.

—¿Y estropear esta bonita ropa? Además, llamaría demasiado la atención.

Thaydra no estaba muy convencida.

—Espero que no seas un humano que obtuvo su poder de la electricidad a través de un vínculo con un draconiano.

—¿Y qué pasaría si lo fuera? —replicó él, divertido.

—Me parecería despreciable.

—Ah, vaya. ¿Y crees que eso me importaría?

Thaydra apretó los dientes.

—Solo quería saberlo.

—Si te quedas más tranquila, princesa: no, no estoy, ni he estado, vinculado a un draconiano —dijo y se encogió de hombros—. Aunque me parece un poco hipócrita por tu parte. ¿No os vinculáis los miembros de la familia real a un draconiano?

Thaydra bajó la vista.

—Así es. Pero yo, por suerte, no llegué a tener uno. A Azra la obligaron. Su draconiana, Devika, siempre se veía tan infeliz...

Se sintió peor al reparar en el hecho de que, si Azra había muerto, eso significaba que Devika habría sufrido el mismo destino. Daba igual lo lejos que hubiera estado de Azra en el momento. Su cuerpo habría caído inerte en algún rincón de Drethol, sin aviso ni explicación.

Arash la observó, entornando los ojos. No le gustaba, pero tenía que admitir que era una chica curiosa. No abundaban los humanos que se apiadaban de los draconianos.

—Ese draconiano... —Thaydra siguió hablando—. Mencionó algo de que obedecía a los comandantes y de despertar al General. Se refiere a los xieri, ¿verdad?

—¿A quiénes si no?

—Pero... —Thaydra se encogió. Su miedo de que Karima contara con la ayuda de un comandante se había confirmado—. Si eso es así…, ¿quién va a hacerles frente? Hace siglos que nadie ve un dragón.

—Relájate, princesa. Es imposible que encuentren al General —dijo Arash, despreocupado por completo.

—Pero algunos de los comandantes sí que han despertado —señaló ella con el ceño fruncido.

El semblante de Arash se endureció.

—Así es. Y como me cruce con ellos, desearán no haberlo hecho.

El aire se volvió más frío ante el tono peligroso que había cobrado su voz. Thaydra, perpleja, pestañeó. Hablaba como si los conociera personalmente.

—¿Por qué? —preguntó intuyendo que había algo más.

—Son xieri —siseó Arash. Apretó la empuñadura de su hoz—. No merecen vivir después de lo que hicieron. Su mera existencia es una aberración.

—Bueno... —murmuró Thaydra, muda ante aquella inesperada descarga de odio—. Espero que no nos encontremos con ninguno de ellos.

Si lo que decían las leyendas era cierto, resultarían extremadamente peligrosos.

Se sumieron en el silencio. Arash retomó el trabajo de afilar su arma. El sonido de la roca deslizándose por el metal llenaba el ambiente. Era relativamente agradable, rítmico.

Thaydra se aclaró la garganta, intentando llamar su atención. Arash se detuvo y la miró, como dándole permiso para hablar.

—¿Podrías cortarme el pelo?

Arash esbozó media sonrisa.

—Vaya. Veo que la princesita empieza a salir de su cascarón.

Thaydra agachó la cabeza al notar que le ardía el rostro, avergonzada. Lo escuchó acercarse. Arash se detuvo a su espalda y ella se tensó cuando le agarró el pelo.

—Sí que lo tienes hecho un desastre —comentó. Sin más dilación, pasó la cuchilla de su hoz en un corte limpio.

Thaydra se quedó rígida. Ni siquiera había tenido tiempo de mentalizarse.

Arash retrocedió. Thaydra sacudió la cabeza, mucho más ligera. El cabello apenas le rozaba los hombros.

Su corazón se aceleró y miró a Arash por encima del hombro con una sonrisa cuando este pasó por su lado. La súbita chispa de ilusión en sus ojos desarmó a Arash. Ni el más versado hubiera encontrado la forma de mentir: tenía una cara hermosa, y el rubor en sus mejillas solo lo acentuó aún más.

—Gracias, Arash.

Él apartó la vista y tosió para disimular su sorpresa.

—Ya, eh, bueno. No me des las gracias por eso. Tampoco soy un experto en cortar pelo, ¿sabes? A lo mejor chillas cuando veas tu reflejo.

Thaydra emitió una carcajada.

—Eso no importa.

Thaydra sostuvo las puntas recién cortadas entre los dedos manteniendo la sonrisa, ante la atenta y curiosa mirada del extraño mercenario. No recordaba haberlo tenido así jamás. Era diferente. Era una sensación nueva.

Era una decisión muy pequeña, pero era la primera que había tomado en mucho tiempo. Pensó en Azra y en cómo, con el pelo corto, ya no era una princesa.

Capítulo 17

Ascuas



—Arriba.

Thaydra frunció el ceño y se ovilló para huir de la voz. Escuchó un suspiro de exasperación a modo de respuesta.

—¿No querías que te enseñara a luchar, princesa? —La voz insistió —. Arriba.

Thaydra abrió los ojos y fue recibida por la oscuridad de la noche. Se sentó y disimuló un bostezo. Ni siquiera había amanecido. Sin embargo, optó por no quejarse. Se levantó y sacudió su vestido. La falda rasgada ayudaba a que fuera mucho más ligero.

—¿No vas a protestar? —dijo Arash en tono burlón. Estaba de pie a su lado, con los brazos cruzados—. Vaya.

Le tendió un trozo de pan. Thaydra tampoco replicó ante el pobre desayuno. Al menos, tenía la suerte de poder llevarse algo al estómago. Se lo comió, parpadeando repetidas veces en un intento de despejar su mente.

Mientras tanto, Arash encendió una pequeña hoguera.

—¿Eso para qué es? —inquirió Thaydra, ladeando la cabeza, confusa.

Todavía no se acostumbraba a tener el pelo tan corto. Podía girar el cuello con más rapidez. La sensación era extraña, pero agradable.

Había dormido poco. De hecho, hacía días que descansaba solo lo que las pesadillas le permitían. Le molestaban los ojos de llorar. Los tenía hinchados. Aun así, quería seguir adelante. Aunque solo fuera para demostrarle a Arash que no era una niña incompetente como él había dicho. Pero, sobre todo, quería hacerlo para que el sacrificio de Azra no fuera en vano.

—¿Para qué va a ser? —contestó Arash mirándola de soslayo—. ¿Eres o no eres afín al fuego?

Thaydra se quedó con la boca abierta.

—¿Vas a enseñarme?

—¿A ti qué te parece? —La ironía bailaba en su voz.

—¿Cómo sabes que soy afín al fuego?

Arash se congeló un instante, observando el movimiento de las llamas.

—Me lo dijo tu padre —respondió al fin. La miró de nuevo, con una sonrisa pícara—. Además, abrasaste a ese capullo, ¿no?

Thaydra arqueó las cejas.

—¿Cómo...?

—No había ni rastro del fuego de la hoguera y el cuerpo del draconiano tenía algunas quemaduras en el pecho. Cuestión de deducción, princesa. —Arash le hizo un gesto con la mano—. Y ahora, ven aquí y presta atención.

Thaydra, aún un tanto recelosa, obedeció. Arash estaba agachado frente a las llamas, por lo que ella lo imitó y se acuclilló a su lado.

—El fuego y la electricidad son elementos similares y peligrosos de aprender —empezó Arash. Thaydra le dedicó toda su atención—. Son considerados demasiado volátiles. Un pequeño descuido y uno mismo acaba abrasado o electrocutado.

Thaydra recordó cuando en su intento de manejar el fuego de pequeña quemó sin querer la mano de Azra. Su hermana nunca se lo había recriminado, pero había supuesto un antes y un después.

—Por eso siempre me ha dado miedo intentar aprender por mi cuenta —murmuró.

—Tienes un manejo instintivo del fuego, princesa. De lo contrario, no habrías podido comandar el fuego de la hoguera.

—¿No tienen todos un manejo instintivo de su afinidad? —preguntó Thaydra ladeando la cabeza. Los mechones de su pelo le hicieron cosquillas en la mejilla.

Arash soltó una pequeña carcajada.

—Los humanos no suelen tenerlo, no —dijo, con cierta condescendencia—. De ahí que hayáis desarrollado esas pruebas de sangre para saber si sois afines a algún elemento. Si no fuera por ellas, muchos nunca llegarían a saber que tienen poderes.

—Ya veo —musitó.

Escudriñó las llamas. El fuego iluminaba su rostro de tonos dorados.

Siempre había sentido una fascinación especial por su elemento. De pequeña, muchas veces se había quedado sentada frente a alguna de las antorchas en el palacio, atrapada en la luz y reconfortada por su calidez.

Desde el incendio causado por Karima, sin embargo, experimentaba cierto recelo hacia el fuego. Resentimiento, incluso.

Trató de no pensar en ello. Después de todo, el fuego también le había salvado la vida tan solo unas horas atrás. De no haber sido por el fuego y su afinidad, el draconiano habría ejecutado su ataque sorpresa contra ella.

Las llamas le habían dado la oportunidad de escapar.

Arash también había participado en su rescate. Era ya la segunda vez. Thaydra lo observó de reojo. Veía su perfil izquierdo, donde portaba la cicatriz en el ojo. Si Arash hubiera querido, podría haberla dejado morir. Pero no lo había hecho. Supuso que podía fiarse de él.

—¿Vas a seguir admirándome o vamos a empezar a trabajar? —la provocó Arash. Una sonrisa altanera bailó en sus labios.

Thaydra, con el rostro rojo como un tomate, se atragantó. Tosió, centrando su atención de nuevo en el fuego.

—C-comencemos.

—Bien. —Arash se puso serio—. Lo primero, antes de aprender a controlar las llamas a tu antojo, es convencer a tu mente de que el fuego es tu amigo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Pon la mano en el fuego.

Thaydra giró la cabeza de golpe para mirarlo con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Pon la mano en el fuego, princesa —repitió Arash divertido—. ¿O es que tienes miedo?

—Pero... —Thaydra apretó los puños—. El fuego me quemará.

—No. El fuego es tu aliado. No esperes controlar las llamas con habilidad si tu piel no es inmune al calor que producen.

Thaydra palideció. Respiró hondo y extendió el brazo derecho, posando la mano en el fuego. La hizo descender fingiendo confianza y soltó una exclamación. Apartó la mano de inmediato: las puntas de los dedos se le habían enrojecido. La agitó en el aire con una mueca de dolor, casi traicionada por la orden de su nuevo maestro.

Miró a Arash parpadeando repetidamente para contener las lágrimas. Este, sin embargo, estalló en una carcajada.

—¿P-por qué te hace gracia? —balbuceó ella. Presionó la mano quemada contra el pecho.

—Nada, princesa, es que los comienzos son siempre tan patéticos... —Arash se aclaró la garganta y recuperó la seriedad—. Otra vez.

—¿Otra vez? —repitió Thaydra incrédula—. Me voy a quemar.

—Si te quemas es porque tú crees que te vas a quemar —señaló él. Se sentó en el suelo con las piernas y los brazos cruzados—. Adelante.

Thaydra frunció el ceño. Ella prefirió seguir agachada.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Creer que el fuego no la iba a quemar sonaba imposible. Era la advertencia que le habían grabado en la mente desde pequeña: si uno tocaba el fuego, se quemaría. ¿Cómo podía negarlo?

Pero ella era afín al fuego, y ese solo era el primer paso en su adiestramiento. Estaba decidida a aprender a luchar para regresar algún día y enfrentarse a Karima. Si nadie más había sobrevivido al asedio, sería ella quien le hiciera pagar el precio de su traición.

Respiró hondo y posó la mano en el fuego con esa determinación.

Fue capaz de contener la exclamación. Solo retiró la mano de entre las llamas cuando empezó a sentir las quemaduras. Apretó los

dientes.

—Así no, princesa —la regañó Arash, frustrado—. Sigues teniendo miedo. Convéncete de que el fuego no te va a quemar. Deja tu mente en blanco.

—Está bien.

Parpadeó para despejar las lágrimas. Respiró hondo otra vez. No quería llorar. No iba a llorar. Iba a tocar el fuego y se iba a vengar de Karima, por Azra.

«El fuego es mi aliado —se dijo en un intento de convencerse—. Siempre lo ha sido. No puede hacerme daño. No quiere hacerme daño».

De repente, Arash cerró la mano en torno a su brazo. Tiró de él con brusquedad y Thaydra abrió los ojos de golpe.

—¡¿Qué estás...?!

Su grito quedó incompleto. Thaydra jadeó al ver que tenía la mano en las llamas. Estas danzaban inocentemente a su alrededor acariciándole la piel, como si solo fueran hierba alta en un prado en primavera.

—¿Ves? No era tan complicado —dijo Arash, divertido ante la expresión perpleja de la chica.

Thaydra sacudió la cabeza. Movió maravillada la mano dentro del fuego y la hizo volar entre las alas rojizas y amarillas de las llamas.

—¡No me hace daño! —exclamó, con una sonrisa enorme.

—Solo tenías que creértelo. Y ahora, continuemos.

Thaydra asintió con decisión. Lo miró expectante, manteniendo su mano en la hoguera.

—El siguiente paso es que obligues al fuego a obedecer tus movimientos. Ya no deberías tener problema: sois amigos.

Thaydra juntó las cejas. Movió el brazo y algunas llamas lo siguieron, despegándose del resto del fuego hacia sus dedos.

—Si tus movimientos son tan tímidos como tu actitud, princesa, no vas a lograr gran cosa.

Thaydra se sonrojó. Gruñó y desplazó la mano en la dirección contraria con brusquedad. Esta vez todo el fuego se separó de la hoguera para ir tras ella. Las ramas permanecieron en el suelo echando humo.

—Mejor. Con la práctica, serás capaz de comandar el fuego con un ligero movimiento de tus dedos. Al principio, sin embargo, vas a tener que ponerle toda la pasión que puedas. ¿Queda claro?

Thaydra asintió.

—Cristalino.



Cyal se despertó de golpe, conteniendo un grito a duras penas. Se sentó con los ojos muy abiertos, la respiración entrecortada y bañado en sudor frío.

—¿Pesadillas?

Giró la cabeza y alzó la vista. Eira estaba de pie a su lado. Sus pálidos mechones parecían completamente blancos bajo la luz de los primeros rayos del amanecer.

Cyal no contestó; aún estaba demasiado alterado. Volvió el rostro y se escondió. Se le escapó una lágrima y se apresuró a limpiarla con el dorso de la mano.

¿Sería capaz de dormir de nuevo sin el tormento de sus pesadillas? Por más que intentaba conciliar el sueño, su mente lo

torturaba con la imagen de su abuela en el suelo y aquel xieri alzándose sobre ellos una y otra vez. Y Cyal no podía hacer nada para salvarla, para evitar que la vida que él había conocido hasta entonces fuera destruida sin piedad.

Se pasó la mano por el rostro, tragándose el sollozo. El agotamiento tiraba de él hacia abajo, pero resistió la tentación de tumbarse.

—Deberías descansar un poco más —dijo Eira, con sorprendente suavidad para ella, al fijarse en las marcadas ojeras del chico.

Cyal negó con la cabeza. Respiró hondo y se levantó.

—Ya está amaneciendo —objetó—. No hay tiempo de dormir más.

Eira no insistió.

—Muy bien. Entrenemos.



El progreso en su manejo del agua espoleó el ánimo de Cyal. Podía hacer que la esfera se desplazara a más velocidad. De hecho, hasta había conseguido comprimirla de tal manera que, al estrellarla contra las rocas, horadaba un pequeño boquete por la presión.

Eira continuaba mostrándole la forma de crear agua de la nada. Pero mientras que ella hacía un giro con el brazo y formaba una bola tan grande como su cabeza, Cyal, haciendo lo mismo, solo obtenía pequeñas gotas.

Tras aquel terrible despertar de Cyal estuvieron entrenando un par de horas antes de emprender la marcha. Su desayuno fueron las últimas manzanas que les quedaban de las que había rescatado Eira del mercadillo. Cyal no se quejó, pues, aunque echaba de menos

tener algo más sustancioso en el estómago, estaba acostumbrado a pasar hambre. Su constitución física lo evidenciaba, bastante delgado a pesar de todo el ejercicio que hacía.

Era duro caminar bajo el sol de mediodía en el desierto. La arena ardía, incluso a través de las botas. Cuando soplaba el viento, abrasaba la piel. Eira protegía la mitad inferior de su rostro con el pañuelo verde que le había dado Jarah. Cyal se había sorprendido de que lo conservara. Se alegró, aunque no le dijo nada.

Se acercaron a la estación. Cyal caminó por delante de Eira analizando el terreno. Se distinguía ya con claridad el edificio en lo alto de la duna. El tren, un vehículo compuesto por cinco vagones de metal, se alzaba imponente sobre los raíles.

El joven entrecerró los ojos.

—Los xieri lo controlan —dijo Eira, cuya visión llegaba mucho más lejos.

Cyal maldijo entre dientes.

—¿Y qué hacemos?

—Atravesar el desierto a pie nos llevaría por lo menos dos semanas —calculó Eira—. Es un tiempo que no podemos permitirnos sabiendo que nos persiguen. Hemos de alejarnos cuanto antes.

—¿Sigues sin poder transformarte en dragón?

El silencio de Eira fue respuesta suficiente. Cyal suspiró con pesadez y agachó la cabeza poniendo los brazos en jarras. Aunque su pelo rubio, algo crecido, le protegía en cierta medida el cuello, notaba de igual manera los infernales rayos del sol en la piel.

—¿Existe la posibilidad de colarnos en el tren? —inquirió Cyal observando a Eira de reojo.

Eira frunció el ceño.

—Puede.

Fue interrumpida por el estridente sonido que emitió el tren. Una gran columna de humo brotó de su parte delantera. Poco a poco, empezó a moverse.

—Mierda —masculló Cyal—. ¿Lo intentamos cuando vuelva? Aunque puede que se quede en Anteha. Si hay suerte y regresa, nos podríamos colar mañana por la noche y...

—No. Los xieri se desempeñan mejor en la oscuridad —lo interrumpió ella. Cyal chasqueó la lengua—. Cierra los ojos.

—¿Qué...?

El tren salió de la estación y ganó velocidad.

—Cierra los ojos —repitió ella con frialdad, y Cyal, intimidado, ya no dudó en obedecer la orden.

La gélida mano de Eira se cerró en torno a su muñeca. Él se tambaleó al notar que la arena a sus pies desaparecía.

El viento ahora revolvía su cabello rubio. Abrió los ojos y se agarró, mareado, a lo más cercano que encontró. En aquel caso, una barra de metal. Jadeó, tratando de recuperar el aliento. Agachado, se volvió para mirar a Eira, de pie junto a él. Una fina capa de bruma oscura se desvaneció en el aire.

La arena del desierto se movía bajo ellos. Cyal se ubicó al reconocer la placa de metal en la que estaban sus pies y los raíles que iban dejando atrás cada vez más rápido.

Eira, de alguna manera, los había transportado al final del tren, a la pequeña plataforma descubierta del último vagón.

Capítulo 18

A través del desierto



Cyal echó un vistazo por encima del hombro y comprobó que la puerta de metal estaba cerrada. La ventanilla de cristal que tenía era tan opaca que no permitía comprobar lo que había en el interior del vagón.

Desde la plataforma exterior en la que estaban, una pequeña escalera junto a la puerta ascendía hacia el techo.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Cyal, fascinado.

Unas finas líneas se marcaron entre las cejas de Eira.

—Con la oscuridad. Nos hemos movido con las sombras.

Cyal guardaba un recuerdo borroso de Eira, en su forma de dragón, desvaneciéndose para reaparecer a la espalda del xieri en Drethol. Eso confirmaba que no se lo había imaginado.

—¿Y por qué no nos transportas directamente al borde del desierto?

—Mi poder tiene un límite. No puedo cubrir distancias muy largas. —Alzó la vista al cielo. Estaba despejado por completo—. Ni tampoco encadenar demasiados movimientos así.

—Ah, vaya —murmuró Cyal. Frunció el ceño—. ¿No nos habrán detectado?

—Por ahora parece que no. Estaré atenta.

La estación era poco más que un punto en la distancia. De Drethol ya apenas se divisaban columnas de humo. ¿Qué habría sido de la ciudad? ¿Quedarían edificios en pie? ¿Qué harían los xieri con los que hubieran sobrevivido?

A Cyal le hubiera gustado tener la respuesta a todas esas preguntas, pero las más que presentes heridas en su espalda eran un permanente recordatorio del lugar al que no podría regresar jamás. Lo bueno era que Eira ya había retirado las vendas, que le daban bastante calor.

El monte Ishtar también se alzaba en el horizonte. Cyal ladeó la cabeza, confuso. Tenía zonas oscuras. Él lo recordaba permanentemente blanco a causa de la nieve. ¿Se estaba derritiendo?

—¿Era tu presencia lo que hacía que el monte Ishtar estuviera helado incluso en medio de un desierto? —inquirió Cyal mirando a Eira.

—Quizá. El monte Ishtar no era más que una montaña de roca cálida la última vez que yo lo vi, antes de quedar atrapada en el hielo.

«Tiene sentido», pensó Cyal. Por fin había encontrado la explicación.

Estuvieron un rato en silencio. El vagón proyectaba algo de sombra y el viento no arrastraba un calor extremo. Era agradable, aunque a Cyal le resultaba extraño ver pasar el paisaje a su alrededor desde el tren, sin ser él quien caminara por las dunas.

El sonido del traqueteo del vagón sobre los raíles provocaba una melodía relajante e hipnótica, más intensa aún en esa plataforma. Cyal cruzó los brazos sobre la barra de metal de la barandilla e inclinó la cabeza entornando los párpados. De ser otras las circunstancias, quizá hubiera disfrutado más de aquella nueva experiencia, pues siempre había visto el tren desde lejos. Pero no era momento para deleitarse con nada.

Eira lo observaba de reojo. El viento movía el pelo rubio del chico de un lado a otro. El tono claro de su cabello contrastaba con su piel, tan bronceada por el sol. Era algo que también hacía brillar sus ojos dorados de una forma como nunca lo habían hecho los de Khait.

¿Estarían Khait y Cyal relacionados? Durante los muchos años que había durado la guerra, Eira no había encontrado a nadie más con ojos de ese color. ¿Sería Khait antepasado de Cyal? Uno muy lejano, pues habían pasado trescientos años. Pero ¿cómo?

Apoyó las manos en la barandilla. El metal estaba caliente, pero era tolerable. Apretó los dedos alrededor de la barra.

No. Cyal no podía descender de Khait. El General se había asegurado de ello. Sin embargo, cuanto más lo miraba, más convencida estaba. Cyal respiraba con suavidad y parecía medio dormido, ignorando todo cuanto ella veía en él.

Contra las propias expectativas de Eira, la compañía hacía el viaje casi agradable. Aunque esto solo se debía a la actitud de Cyal. Estaba segura de que cualquier otro humano le habría resultado insoportable.

Al principio le había sorprendido que quisiera ir con ella. Después, que no se hubiera arrepentido tras el encuentro con Graialan. O bien

Cyal era muy valiente, o era muy necio.

Solo el tiempo daría la respuesta.

—Eira... —Cyal levantó ligeramente la mirada—. ¿Tienes alguna idea de quién es la tal Emperatriz?

Líneas casi imperceptibles cruzaron la frente de Eira.

—Un par. La lealtad de Graialan no es fácil de conseguir, así que solo puede ser una xieri. Pero me cuesta creer que se trate de ninguna de las otras dos comandantes.

—¿Por qué no tendría eso sentido? —A él le parecía que sí.

—Graialan y las otras dos comandantes estaban al mismo nivel de poder y autoridad. ¿Por qué iba a obedecer ahora a alguna de ellas? Su orgullo se lo impediría.

Cyal inclinó la cabeza hacia Eira, intrigado.

—¿Tú estabas por encima?

Eira tensó la mandíbula.

—Yo era la mano derecha del General —admitió, dejando que la rabia acompañara la frialdad de su tono.

Cyal observó a Eira. Aunque su aspecto era el de una joven mujer solo unos años mayor que él, sus ojos rojos revelaban el cansancio de toda una vida dedicada a la lucha. Perdido en ellos, sintió un repentino pinchazo en las sienes. Gruñó, llevándose una mano a la frente. El espacio a su alrededor giró y se oscureció.

Por un instante, fue transportado a unas tenebrosas montañas. Allí, Eira estaba arrodillada frente a él. Ella levantó la vista y le dedicó una mirada cargada de venenoso resentimiento.

Cyal parpadeó. Tan pronto como la imagen había llegado, desapareció y se restauró el paisaje del desierto frente a él; sus pies

regresaron a la plataforma de metal en el tren. Sacudió la cabeza y apretó los dientes.

Aquella imagen había cruzado su mente como un fogonazo. ¿Qué narices había sido? ¿Había sobreestimado su capacidad de aguantar tanto tiempo bajo el crudo sol del desierto y pagaba las consecuencias con alucinaciones?

—¿Cuándo decidiste darle la espalda al General? —preguntó con cautela.

Decidió que lo mejor sería no darle más vueltas a lo que acababa de experimentar.

—Cuando desperté como xieri, no recordaba nada. Absolutamente nada. Los humanos pudieron moldearme hasta convertirme en un arma perfecta que solo seguía órdenes. —A Cyal lo pilló desprevenido que respondiera—. Khait estuvo conmigo desde el principio. Se esforzó en educarme y en hacerme abrir los ojos. Era el único que me veía como una persona. Pronto empecé a sospechar de lo que nos obligaban a hacer. Notaba el resentimiento de mis compañeros hacia los humanos. El General hablaba de venganza. Yo, sin embargo, no deseaba luchar más. —Eira cerró los ojos—. Y entonces...

—Y entonces, ¿qué? —Cyal la instó a continuar.

Eira levantó la vista. Cyal se quedó rígido ante la intensidad de su iris escarlata.

—¿Qué...?

—Vienen.

Eira lo agarró del brazo y Cyal se tambaleó cuando todo dio vueltas a su alrededor.

Fue repentino. Pasó de estar apoyado en la barandilla a, en un parpadeo, aparecer sobre el techo del tren. Se habría caído de no ser porque Eira lo sujetó. El viento ahí arriba soplaba con mucha más fuerza. Se agacharon para evitar las ráfagas.

El corazón de Cyal ahora latía a mil por hora. ¿Qué había detectado Eira? Frunció el ceño al escuchar su respiración pesada. La miró de reojo. Su mandíbula estaba tensa. Era la primera vez que mostraba algo de cansancio... ¿A qué se debía?

La puerta del vagón se abrió.

—¿Ves algo? —dijo un hombre.

—No —respondió quien lo acompañaba—. Pero...

Cyal se mantuvo alerta.

Ahogó una exclamación cuando los susodichos aparecieron a un lado y a otro de ellos en el techo del vagón. Eira, no obstante, reaccionó de inmediato: desenvainó una de sus cimitarras y rasgó con ella el cuello del hombre junto a Cyal. Este se llevó las manos al lugar del corte, donde la sangre manaba ahora en abundancia. Intentó incorporarse y el viento lo lanzó contra la arena del desierto como si solo fuera un trapo.

Eira no se detuvo. Extendió el brazo izquierdo hacia su otro enemigo y disparó un rayo de hielo. El hombre se agachó y lo esquivó.

Se irguió de nuevo. En apariencia era un hombre más de Drethol, de piel curtida por el sol. Pero cuando clavó en ellos sus ojos rojos, estos lo delataron.

Un xieri. En concreto, otro xieri desconocido para Eira.

Cyal maldijo entre dientes. Los habían descubierto.

Eira generó un escudo de hielo para frenar una bola de fuego. Se impulsó con agua en los pies para saltar por encima del hombre. Se dio la vuelta en el aire y le cortó el cuello también. La sangre salpicó la superficie de metal.

El xieri cayó, pero Cyal no respiró tranquilo.

—¡Detrás! —exclamó, con los ojos muy abiertos.

Eira giró sobre los talones. Alzó su cimitarra haciendo que un cuchillo que había salido volando en dirección a su cabeza chocara con el arma. El sonido del golpe metálico fue arrastrado por el viento.

Otros cuatro xieri acababan de materializarse de su propia nube de sombras. Eira dibujó un círculo con el brazo y creó una serie de carámbanos de hielo. Los disparó uno tras otro contra sus enemigos, obligándolos a retroceder, dividirse o caer.

Cyal observó, con la boca abierta, cómo Eira se deshizo de todos ellos. Daba igual el número de xieri que aparecieran, Eira los mataba a todos con rapidez, sin vacilar. Cyal no se explicaba de dónde salían tantos. No podía haber sucedido de la noche a la mañana. Era evidente que el ataque a Drethol se había fraguado durante mucho tiempo.

Él había desenroscado su cantimplora, queriendo ayudar, pero Eira tenía la situación bajo control y él fue incapaz de extraer una sola gota de agua.

Perdió la noción del tiempo, hipnotizado por los elegantes movimientos de Eira en esa danza mortal. La sangre no le afectaba; ya había visto mucha en su vida. Era raro no encontrar cadáveres por los suburbios cada poco tiempo. Sin embargo, la eficiencia de Eira no podía compararse con algo así.

—¡Cuidado! —gritó Cyal.

Eira, centrada en frenar la espada de una xieri con sus cimitarras, no había advertido a otro que se materializó silenciosamente a su espalda. Cyal arrojó agua al aire y trató de afilarla con un gesto. Logró concentrarla en un proyectil y disparárselo al segundo xieri en cuestión. Este aulló cuando la esfera de agua a presión le perforó el pulmón.

Eira hundió sus cimitarras en el cuerpo de la mujer con la que había estado intercambiando golpes y se giró. Deslizó la cuchilla de una de sus armas en diagonal cortando al hombre al que había atacado Cyal desde el cuello hasta la cadera. Le dio una patada en el pecho y también lo arrojó fuera del techo del tren.

Eira miró a Cyal por encima del hombro. Su pelo revoloteaba salvajemente alrededor de su cabeza por el viento, pero Cyal distinguió el destello de sorpresa en sus ojos.

Dejaron de aparecer enemigos.

—Buen trabajo, humano.

Eira se acercó a él con decisión. Cyal se sonrojó y apartó la mirada, llevándose una mano al cuello.

—Pero si apenas he hecho nada...

—Has sabido actuar en el momento que lo necesitaba —señaló ella—. Eso es lo importante.

Cyal se atrevió a ponerse en pie para estar a su altura. Extendió los brazos para mantener el equilibrio.

—Deberíamos ir a comprobar qué hace el conductor.

—¿Qué es el conductor? —vaciló Eira.

—Es quien maneja el tren. Vamos.

Se desplazaron por el techo del tren hacia delante. Una vez recuperado del mareo, Cyal se movió sin apenas dificultad. Era similar a cuando sorteaba los precipicios que rodeaban la cumbre del monte Ishtar. Solo el viento y el sol en sus ojos complicaban la tarea.

No hubo más xieri para interponerse en su camino. Cyal perdió la cuenta, pero habían sido bastantes.

—Esos xieri estaban muy verdes —comentó Eira. El viento arrastró su voz hacia él—. Me sorprende que fueran tantos. Pero se notaba que acababan de renacer.

«Pues a mí, aun así, me parecían bastante peligrosos», pensó Cyal, recordando sus rápidos movimientos con un escalofrío. Eira simplemente había sido más veloz, una segadora de vidas sin piedad.

En cualquier caso, fuera quien fuera la Emperatriz, resultaba cada vez más amenazante por el número de xieri con el que contaba.

Llegaron al primer vagón. Se asomaron y vieron el remolque con madera enganchado a la cabina. Un hombre estaba de espaldas a ellos mirando al cristal que tenía enfrente.

Eira saltó. El hombre gritó, girándose de golpe y alzando las manos. Sus ojos eran marrones. Ella bajó las cimitarras, a modo de bandera blanca. Cyal se atrevió a saltar también y aterrizó junto a ella, aunque se tambaleó un poco.

—¡No me hagáis daño, por favor! —suplicó el hombre, temblando al reparar en la mirada de sangre de Eira.

Cyal dio un paso hacia él con las palmas de las manos por delante.

—Tranquilo, no estamos de su parte. Ya no volverán a molestarte. ¿Te han obligado a conducir el tren?

El hombre, algo más confiado al ver que Cyal parecía un humano normal, asintió con rigidez.

—Q-querían... Esos monstruos querían que los llevara a la estación de Anteha. Si no hacía lo que ellos me pedían, iban a matarme. Iban a...

Cyal puso una mano en su hombro y sonrió.

—En ese caso, no te preocupes. Ya estás a salvo.

O estaba a salvo por el momento, pero no lo asustaría más comentándole sus preocupaciones sobre el número de xieri que estaban apareciendo.

Eira envainó sus cimitarras y corrigió su postura.

—Será mejor que te bajes con nosotros cuando lleguemos a Anteha y huyas —le aconsejó Cyal al conductor. Echó un vistazo por encima del hombro y dibujó una mueca en su rostro—. Los xieri no estarán contentos con lo ocurrido.

Capítulo 19

Estrellas



El sol se estaba poniendo cuando el tren llegó a la cordillera de Gihash, la frontera natural entre el desierto y el resto del continente.

Cyal, maravillado, disfrutaba de la escena; nunca había llegado tan lejos. Las montañas a través de las cuales se había abierto camino para los raíles, gracias a afines a la tierra, eran fascinantes e imponentes, de roca naranja que brillaba con reflejos dorados por la luz del atardecer.

Habían hecho el trayecto sentados en el techo del tren. Eira lo prefería así, para vigilar mejor y detectar antes si se acercaba algún enemigo. Y Cyal no se había quejado.

A pesar del duro sol, era agradable viajar contemplando el paisaje a su alrededor, recibiendo el viento en la cara y dejando que jugara caprichosamente con su pelo. Por primera vez en mucho tiempo, tenía verdadera sensación de libertad, aunque esta solo fuera un espejismo momentáneo.

Eira aprovechó para hacerle practicar más. En ese caso, para que mantuviera una bola de agua estable en sus manos incluso con las

fuertes corrientes de aire intentando deshacerla.

La noche empezaba a caer cuando el tren se adentró en la estación de Anteha, donde concluía el recorrido. Cerca había una diminuta aldea, considerada parte de Drethol y fin de su territorio.

Cyal alucinó ante la abundante vegetación que la cubría. Ya apenas se apreciaban los tonos verdes por la falta de luz, pero le impresionó igualmente. Nunca había visto tantas plantas juntas.

Los árboles crecían hasta límites insospechados. Sus ramas subían en vertical y, aunque no proporcionarían mucha sombra, Cyal tenía la esperanza de que fuera del desierto la temperatura se mantuviera más baja. No había ni rastro del suelo. Era la primera vez que se encontraba en un lugar como ese. Lo primero que hizo al bajar del tren fue agacharse para tocar la hierba. Bajo las plantas, la tierra estaba fresca, húmeda al tacto.

Eira lo observó, divertida.

—Hay una posada aquí cerca —los informó el conductor del tren —. Por si queréis pasar la noche.

Cyal y Eira se miraron entre sí. No tenían dinero de ningún tipo, aunque habría sido útil. Podrían haber usado monedas de Drethol más adelante en Auria, pues su valor era el mismo en función del material: oro, plata o cobre. Lo único que cambiaba era el nombre: el drauco para Drethol y la aulira en Auria.

—Gracias, pero buscaremos un lugar para acampar —dijo Cyal.

Se despidieron y el conductor se marchó en dirección a la posada, donde notificaría de lo sucedido en Drethol. A él le había pillado por sorpresa al llegar a la ciudad del desierto con la mercancía, y estaba claro que, con la ciudad infestada de xieri, el tren no regresaría a la otra estación.

Era una pena que no hubiera tren entre Drethol y Auria, ya que habría contribuido enormemente al transporte y al comercio. Pero era muy costoso y no resultaba imprescindible para los comerciantes de Auria. El tren era mucho más útil en Drethol, cuyo desierto era vasto y tortuoso. Evitaba que la mercancía se deteriorara por el calor. El origen del tren, sin embargo, era Adruste. Allí se usaban versiones un poco más rudimentarias para trabajar en las minas bajo tierra. El gremio de comerciantes de Drethol había incorporado nuevos sistemas y defensas para sacar el tren a cielo abierto.

De hecho, llevaban mucho tiempo hablando de cómo, gracias al tren, podrían expandirse a lo largo del desierto.

Eira echó a andar y Cyal fue tras ella.

La luna ya brillaba, bien alta en el cielo. Se escuchaba el canto de los grillos, que a Cyal le pareció una sinfonía armónica y relajante. La brisa mecía las copas de los árboles haciendo sonar las hojas. Un par de ardillas corretearon sobre ellos y Cyal las contempló con la boca abierta, como un niño.

—No sé quién de los dos sabe menos de este mundo —ironizó Eira.

Cyal giró la cabeza con rapidez para mirarla, incrédulo.

—Espera, espera.

Ella entornó los ojos.

—¿Qué ocurre?

—¿Has hecho un comentario sarcástico? —dijo Cyal—. ¿Tú?

Eira enarcó una ceja. A Cyal se le escapó una carcajada.

Sin embargo, se puso serio de inmediato. Desde que había perdido a su abuela, cada alegría le generaba culpa.

Eira quería alejarse de la estación, por lo que caminaron todavía durante un par de horas más, en silencio, antes de detenerse. Cyal no comprendía cómo era capaz de ubicarse.

Al final, acabó por preguntarle:

—¿Cómo sabes a dónde vamos? No se ve nada...

Aunque la luna esa noche era llena, ni su pálida luz era suficiente en aquellos caminos densamente poblados por ramas y hojas. Los árboles crecían muy juntos y sus copas se cerraban en una espesa techumbre sobre ellos. Aun así, se atisbaban las estrellas.

Eira las señaló. Cyal siguió la dirección de su dedo índice.

—¿En serio? ¿Te basta con eso?

Se adentraban ya en el bosque de Anteha, a medio camino de Auria. Se habían ahorrado dos semanas de viaje a través del desierto con el tren, pero ahora les quedaban otras dos, casi tres, hasta llegar a Auria. Al menos no tendrían que soportar temperaturas infernales.

—La estrella más grande de la constelación del Rayo siempre indica dónde está el sur —explicó Eira. Cyal alcanzó a ver una serie de estrellas que formaban una línea en zigzag—. Nosotros nos dirigimos al sur. Por tanto, de noche, es cuestión de caminar en esa dirección.

—¿Cómo sabrías dónde está el norte? —inquirió Cyal curioso.

—La estrella Radiante. Es la que más brilla en el cielo.

Cyal trató de localizarla mientras andaban. Estuvo a punto de tropezar un par de veces con las raíces que sobresalían de la tierra.

Se acomodaron en un claro minúsculo, donde Eira encendió una pequeña hoguera. Cyal la ayudó a reunir las hojas que prendería con la yesca. Después se sentó a observar cómo el fuego ahuyentaba la

oscuridad de la noche. El método de Eira para generar las llamas era el mismo que había utilizado él cuando necesitaba entrar en calor en el monte Ishtar o para preparar la comida. Había ciertas cosas que no cambiaban con el paso de los siglos.

—Eira, cuando estábamos en el tren, ibas a contarme algo sobre tu pasado. ¿Puedo...? —empezó Cyal una vez se hubieron acomodado en torno a la hoguera.

Eira había cazado un par de conejos utilizando sus carámbanos de hielo como arma. Cyal se había centrado en despellejarlos, mientras Eira comprobaba cómo tenía los cortes en la espalda. Cyal no lo hubiera admitido en voz alta, pero el tacto de sus fríos dedos era agradable. Calmaba el ligero ardor que persistía.

—Ya casi se han cerrado —dijo ella, ignorándolo sin vergüenza alguna.

Cyal dejó el conejo y el cuchillo en el suelo durante un instante para ponerse la camisa. En el bosque también refrescaba por la noche, aunque al menos tenían el calor de la hoguera.

Probó de nuevo:

—En el tren me estabas contando que decidiste oponerte al General.

Eira suspiró con pesadez, pero se sentó a su lado.

—Puede que en la realidad hayan pasado trescientos años —dijo ella en tono bajo—, pero, para mí, es como si no hubieran transcurrido más de unas semanas, ¿sabes?

—¿De qué?

—Del día en el que el General mató a la familia de Khait.

—Khait. —Cyal frunció el ceño—. Lo has mencionado en muchas ocasiones. ¿Quién era exactamente?

—Estaba junto a mí cuando desperté como xieri.

«Estás bien. Tranquila, estás bien. Has sobrevivido al proceso». Eira tensó la mandíbula al escuchar de nuevo su cálida voz en su mente. Jamás volvería a oírla. Khait se había quedado trescientos años atrás, y ella era poco más que una sombra; un fantasma de otro tiempo.

—Mientras que todos los demás me trataban como un objeto o como un experimento —prosiguió, asegurándose de mantener el rostro inexpresivo—, Khait me hablaba a menudo. Nos fuimos acercando a lo largo de los meses. Me presentó a su mujer y a sus hijos... —Eira respiró hondo—. Me incluyó en su familia. Cuando volvía con ellos, recuperaba la parte de mi alma que dejaba fuera en el campo de batalla.

Cyal la miró, apenado.

—¿Por qué los mató el General? —preguntó con suavidad.

—Cuando derrotamos a los draconianos, el General quiso que nos volviéramos contra los humanos para vengarnos por lo que nos habían hecho. —Eira apretó ligeramente los labios antes de continuar—: Yo me negué. Al principio.

El final de la historia era obvio. Cyal no sabía cuánto poder había tenido el General, pero no importaba demasiado. Sus actos eran prueba suficiente de lo despreciable y despiadado que había sido. Se alegraba de que Hereshia lo hubiera encerrado para toda la eternidad.

Con cuidado, extendió una mano con la intención de ponerla en la espalda de Eira. En el último segundo, se lo pensó mejor y la retrajo.

—Tu abuela se equivocaba, humano.

Él sintió un pinchazo en el corazón ante la mención de Jarah. Se obligó a seguir hablando para preguntar:

—¿En qué?

—No merezco una segunda oportunidad en la vida. Soy un monstruo, una asesina. —Clavó en él sus ojos rojos. Cyal tensó la espalda—. Sé que Khait no habría querido que antepusiera su vida a la de miles y miles de personas. Podría haber vuelto a negarme, podría...

El semblante de Cyal se ensombreció. Había sido una situación complicada.

—No creo que seas un monstruo, Eira —dijo—. No con lo que me has demostrado a lo largo de esta semana. Lo que hizo el General fue cruel. Te manipuló, te atrapó. Y tú actuaste bajo la presión del momento. Entiendo que usó a Khait en tu contra, pero tú solo querías proteger a un ser querido. Él se aprovechó. Debe ser duro saber que mataste a tantos, pero... —Hizo una mueca—. Era una guerra. No fue tu voluntad. Lo hiciste para salvar a alguien, no por capricho.

Eira, sin embargo, no estaba de acuerdo. Negó con la cabeza.

—Pero Khait era como un padre para mí —confesó—. Y yo le fallé.

Sonaba derrotada. Cyal no sabía qué podía hacer o decir para animarla. Era extraño verla así, tan... vulnerable.

—¿Qué fue de Khait?

—Lo desconozco —suspiró—. Sigo sin recordar cómo acabé en esa prisión de hielo.

Se quedaron en silencio. Cyal había cesado en su empeño de fingir cocinar. En su lugar, observaba a Eira afligido. Ella desplazó su mirada al fuego de la hoguera y se sumió en sus pensamientos.

—Gracias por contármelo —murmuró Cyal.

A medida que Eira se abría, la soledad se retiraba poco a poco.

Ella lo contempló de reojo.

—Me es más fácil confiar en ti ahora, humano.

Cyal esperó que con la escasa luz de la noche no se viera el sonrojo en sus mejillas.

—Me alegro —musitó, avergonzado. ¿Por qué se tenía que volver así de tímido de repente?

—Creo que es porque me recuerdas a Khait.

—¿En qué sentido?

—Al principio solo eran los ojos. Tienes los mismos ojos que él: dorados.

Cyal esbozó una pequeña sonrisa.

—Mi abuela solía decirme que mis ojos eran un regalo de Hereshia —comentó bajando la vista a su regazo—. Yo no creo en los dragones, pero me hacía gracia la convicción con la que lo decía.

Borró la sonrisa de la cara al recordar las últimas palabras de Jarah. ¿Habría heredado los ojos de su padre? Todavía no sabía muy bien qué decirle si llegaba a verlo. Procuraría que la rabia no le nublara el juicio cuando llegara el momento.

—También me recuerdas a él por tu forma de ser —dijo Eira.

Tras eso, el silencio los envolvió. A Cyal no le extrañó, pues ya había hablado más que suficiente para su costumbre. Lo respetó. En el poco tiempo que llevaban viajando juntos, Cyal había descubierto que, por inusual que fuera, estaba cómodo en su compañía silenciosa.

Retomó la tarea de despellejar el conejo sin decir nada más.



Una esbelta mujer de largo pelo azul oteaba la ciudad de Drethol desde uno de los balcones del Palacete Dorado, el que había pertenecido a la primera esposa del rey. Tenía los brazos cruzados y la espalda perfectamente recta.

Su porte era aristocrático.

—Lluvia.

Miró por encima del hombro al escuchar su nombre. Un hombre joven caminaba hacia ella. Su corto pelo negro dejaba al descubierto unos rasgados ojos rojos, que relucían en medio de la oscuridad de la noche como los de un lobo.

—Rayo —asintió la mujer—. Confío en que traes buenas noticias. Sería desafortunado que vinieras solo a pavonearte.

—Me temo que no. Granizo ha matado a todos los xieri que asignaste a Anteha.

Lluvia apretó los dientes. Se giró hacia él, apoyando la cintura en la barandilla de oro del balcón.

—¿Por qué se empeña en complicarse la vida? —masculló.

Rayo gruñó.

—Y en complicárnosla a nosotros. ¿De veras sigues confiando en que cambie de opinión? Los dos sabemos que no lo hará. Nunca estuvo a favor del General, ¿por qué iba a cambiar de parecer ahora?

Lluvia entornó los ojos. Rojos, como los de su compañero, y enmarcados por largas pestañas azules. Algo en su ceño fruncido escondió un deje de esperanza.

—Lo sé. —Sacudió la cabeza—. Ha atrasado todos nuestros planes.

—Debemos eliminarla.

Lluvia se volvió hacia el escenario. Una suave brisa nocturna, que arrastraba el olor de la arena del desierto, echó su largo cabello hacia atrás. Bajo sus pies, la destruida Drethol.

—De acuerdo —decidió, como si nada—. Permitiré que vayas tras ella, pero estarás tú solo. No puedo dividir ya más nuestras tropas. Es importante que sigamos buscando al General y... —Torció el gesto —. Que encontremos a Viento antes que ella. Para así poder avanzar hacia otros reinos y someter a los humanos cuanto antes.

Rayo esbozó una sonrisa maliciosa, excitado ante la idea de un enfrentamiento con Eira cuando la encontrara.

—Oh, no te preocupes, Lluvia. Yo me encargo de nuestra querida Granizo.

Giró sobre los talones y se marchó.

Abandonada en su nuevo enorme balcón, Lluvia suspiró con pesadez.

«¿Por qué, Eira? ¿Por qué no regresas con nosotros? —pensó frustrada—. No me has dejado otra alternativa. Todo esto es culpa tuya. Si solo fueras menos...».

Endureció la mirada. No serviría de nada darle vueltas.

«Has hecho bien, mi pequeña —habló otra voz en su mente—. Eira no sería más que un estorbo. Ni siquiera encerrarla sirvió. Es hora de eliminarla para siempre».

Capítulo 20

Culpa



Eira se había sentado al borde del precipicio. Observaba la línea del horizonte donde, tal y como lo hacía su fuerza de voluntad, el sol se ocultaba y apagaba poco a poco. El reflejo naranja coloreaba el mar azul, cuyas olas rompían con suavidad en el risco.

La brisa marina mantenía su rostro despejado y su pelo ondeaba a sus espaldas. Se abrazaba las rodillas, tratando de contener las lágrimas.

Kohara.

Aris.

Otar.

Repetía los nombres en su mente una y otra vez. Kohara, Aris y Otar. La mujer de Khait, su hija y su bebé recién nacido. Aris, Otar y Kohara. Todos muertos. Tres advertencias muy claras por parte de su general. Tres nombres y tres puñales.

Sus vidas habían sido segadas para transformarse en un mensaje injusto y repugnante.

Estaba harta de aquella guerra, del General y de los humanos.

No. De los humanos, no. Khait le había enseñado a apreciarlos a pesar de lo que le habían hecho. No todos eran tan despreciables como lo habían sido sus creadores.

El General quería aniquilarlos a todos por igual. ¿Por qué?

Eira se había visto forzada a tragarse sus emociones, a ocultarlas en un vano intento de hacerse insensible. Era duro ejecutar día tras día a cientos y cientos de draconianos con nombres. Cada mañana, una nueva grieta se abría en su corazón.

Esa era su finalidad, para lo que había sido devuelta a la vida.

Los xieri como ella no eran más que máquinas de matar.

Y pese a que Eira había cumplido con su deber durante años, cuando parecía que tras la derrota de los draconianos todo terminaría, el General no estaba dispuesto a dejarla marchar, ni a permitir que la guerra acabara. Se había vuelto contra los humanos y, ahora, él pretendía que ella lo obedeciera también masacrándolos.

Apretó los ojos. Las imágenes de los cuerpos ensangrentados de Kohara y Aris asaltaron su mente, tirados en el suelo de madera de la cabaña. No había ni rastro de Otar, pero el cuarto del bebé estaba chamuscado por completo. No habían quedado ni los huesos. Todo por negarse a matar a humanos.

Escuchó pasos detrás de ella.

—Por fin te encuentro. Sabía que estarías aquí.

Era la voz de Khait, y estaba bañada de un profundo dolor. Esperaba rabia, odio. Sin embargo, el hombre parecía derrotado.

—Khait —murmuró Eira. No se atrevió a mirarlo.

Él se acercó hasta quedar de pie a su lado. Eira, cabizbaja, observó de reojo sus botas de piel. Habían pasado casi dos semanas de sus muertes, y ahí estaban ellos, al borde de aquel acantilado.

Había huido de él, pero sabía que Khait la buscaría aunque solo fuera para culparla por lo sucedido. Pensó que la insultaría, que la rechazaría como hacían todos los que no eran xieri, que la mataría de una vez por todas.

El cariño de Khait y su familia era lo único que le había dado a Eira las fuerzas necesarias para seguir adelante, a pesar de lo que los humanos la habían obligado a hacer en el campo de batalla. Habían sido la razón por la que se había negado a

obedecer las órdenes del General cuando este se había vuelto contra sus creadores. En vano, porque la familia de Khait había muerto igualmente para castigarla a ella.

Notó la cálida mano de Khait en su cabeza.

Y Eira, confusa, casi con temor, alzó la vista para mirarlo al fin.

—Sé que te sientes culpable —dijo él.

Tenía esos ojos dorados, aquellos que siempre la habían reconfortado con su luminosidad, fijos en el horizonte. Su barba gris había crecido más en esas semanas que llevaba sin verlo. Unas profundas ojeras y bolsas ensombrecían ahora su rostro.

—¿Sentirme culpable? —repitió ella en tono bajo—. Sé que soy culpable, Khait. Si no me hubieras conocido... Si tú y tu familia no me hubierais aceptado... El General nunca habría...

—No sigas, Eira. —Khait la interrumpió con una suavidad sorprendente. ¿Cómo era capaz de mantener la calma? Eira continuaba esperando un estallido de ira contra ella—. Kohara y los niños te adoraban. Te querían tanto como te quiero yo.

«Como te quiero yo». Khait lo había dicho en presente. ¿Acaso no había dejado de quererla después de lo ocurrido?

—Ya. Y, por eso, ahora están muertos —espetó Eira con frialdad. Se arrepintió de sus palabras tan pronto como las dijo.

La mano de Khait se tensó en su cabeza. Pero él no la apartó. Respiró hondo.

—No están muertos por eso, Eira. Lo que ha pasado no es tu culpa. El General es el único responsable de esto, no tú.

—De no ser por mí, el General...

—¡No! El General es el que lo ha hecho. Es necesario que lo entiendas. —Khait bajó la vista para mirarla a los ojos—. No cargues con la culpa, Eira. No es lo que Kohara habría querido.

—Pero...

—Te quería como a una hija. Llevábamos años considerándote parte de la familia. Y eso no va a cambiar ahora.

Los ojos de Eira brillaron con lágrimas. Parpadeó repetidamente. Khait se sentó a su lado. Un nudo en la garganta impedía hablar a Eira.

Pasaron los segundos. Las gaviotas graznaban en la distancia y el sol seguía ocultándose poco a poco. Sus rostros se iban tiñendo de naranja frente a la luz del atardecer.

—¿No me odias? —balbuceó Eira con temor.

Khait esbozó una sonrisa cansada. Negó con la cabeza.

—Nunca podría odiarte, Eira. Te quiero demasiado.

—No me merezco tu cariño, Khait.

—Por suerte para ti, eso lo decido yo —dijo él de buena gana. Eira se frotó los ojos con los puños y él extendió una mano hacia ella—. Ven aquí.

Eira no dudó en refugiarse en sus brazos. Khait la abrazó, acariciando su pelo con lentitud, y ella hundió el rostro en su pecho, liberando al fin todas las lágrimas contenidas durante esas semanas.

El General se equivocaba cuando decía que todos los humanos eran despreciables. Khait era la prueba de ello. Pero Eira se iba a ver obligada a colaborar con el General igualmente.

El sol se ocultó.

Las gaviotas iban desapareciendo del cielo, ahora entre el morado y el azul oscuro, cobijándose en los riscos de la costa. Las estrellas, tímidas, asomaban a lo lejos.

Eira inspiró lentamente. Se apartó de Khait con los ojos rojos e hinchados. Él la observó consternado.

«¿Cómo puede preocuparse tanto por mí cuando él debe estar destrozado por dentro?», pensó Eira afligida.

—Khait... —Se aclaró la garganta cuando su voz sonó áspera—. Hay algo que tienes que saber.

—El General también vendrá a por mí. ¿No es así?

Crearlo había sido un error. Sobreestimaron la capacidad que tenían para controlarlo. El General había roto sus cadenas y ahora era demasiado poderoso.

—Sí, pero puedo evitarlo —respondió Eira endureciendo la mirada—. Y lo voy a hacer. No te matará si accedo a seguir sus órdenes una vez más.

Khait hizo una mueca.

—Eira. Si obedeces al General, él habrá conseguido lo que quiere.

Las muertes de su familia habrían sido en vano, pues Eira entregaría su libertad igualmente.

—No puedo perderte a ti también, Khait —replicó ella. Recuperó la frialdad bajo la que se ocultaba—. No lo permitiré.

Khait frunció el ceño, pero no dijo nada. La presión en el pecho de Eira aumentó. Nunca había visto a Khait tan cansado, tan derrotado.

—¿Me odiarás esta vez? —le preguntó temiendo su respuesta.

Una sonrisa cargada de amargura tembló en los labios del hombre.

—Podré sentirme decepcionado, Eira, podré rechazar tus actos, pero te seguiré queriendo igualmente.



Aquella había sido su última conversación con Khait. Después, ella se había marchado a cumplir las órdenes del General, portando su máscara de hielo y sembrando el terror entre los humanos.

Eira se transformó en la Muerte Escarlata. Al presentarse en el campo de batalla, todos los soldados, sin excepción, clamaban por sus vidas.

Por primera vez tras aquellos trescientos años, Eira era capaz de entender a qué se refería Khait. Se arrepentía de no haberle hecho

caso. Él había sufrido, sintiéndose responsable de la muerte de miles de humanos. Pero Eira lo había dado todo por protegerlo.

Ya nunca más hablaría con él. Desconocía qué le había sucedido después de su encierro en el desierto. Cabía la posibilidad de que hubiera sobrevivido. Quizá el General hubiera ido tras él para matarlo antes de que lo sellaran.

En cualquier caso, ya no podría disculparse.

Cyal notó la extraña distancia que apareció entre Eira y él tras aquella conversación sobre Khait. Parecía haberle afectado especialmente, y con razón. Le frustraba no saber qué hacer o qué decir. Quería hablar con ella, pero Eira cortaba cualquier intento por su parte. Había vuelto a mostrarse tan fría y tan distante como al principio.

Su viaje continuó. Ya casi habían salido del bosque de Anteha. Afortunadamente, no tuvieron ningún contratiempo. Considerando que los xieri les habían perdido la pista, Eira decidió que podían bajar el ritmo.

Estuvieron casi una semana entera entrenando en un lago en medio del bosque. Practicando desde el amanecer al anochecer, Cyal aprendió a crear su propia agua. Le entusiasmaba ver que su manejo del elemento iba mejorando según avanzaba su entrenamiento.

Las noches todavía lo atormentaban, pero, poco a poco, la tortura de las pesadillas se reducía. Lloraba en silencio antes de dormirse, a espaldas de Eira.

¿Lo estaría observando su abuela? Cyal albergaba la esperanza de que sí. ¿Habría encontrado a su madre? También pensaba en ella. Durante toda su vida había sido una figura difusa, alguien a quien su

abuela mencionaba de vez en cuando. Sentía cierta curiosidad, pues lo único que había sabido de ella era que había muerto por una enfermedad poco después de nacer él. Eso había resultado ser falso.

Jarah había hecho un gran sacrificio callando la historia de su hija, a la que debía haber amado por encima de todo para seguirla al exilio en otro reino. Para que Cyal no hiciera preguntas antes de tiempo, había inventado una tranquilizadora historia, en vez de compartir con su nieto la terrible realidad. Estaba seguro de que no había sido fácil ocultar el carácter asesino de su padre o la frustración y el dolor de las consecuencias de su poder como parte de la corona de Auria.

¿Cómo habría sido su madre? ¿Qué clase de vida habría llevado hasta entonces? ¿Habría sido feliz en algún momento? Esperaba que sí, al menos mientras estuviera con Jarah.

Les quedaba otra semana para llegar a Auria, pero a Cyal se le revolvía el estómago de los nervios. No sabía cómo iba a hablar con su padre si este era el rey, pero lo haría. Aunque no hubiera decidido qué decirle exactamente; los reproches y los temores se agolpaban en su cabeza.

—Hay un poblado allí abajo.

La inexpresiva voz de Eira lo devolvió a la realidad. Los árboles se espaciaban cada vez más, anunciando un pequeño valle. Por encima de las copas, las nubes de tormenta oscurecían el cielo. A Cyal le resultaba extraña la ausencia del sol, el tono gris que flotaba a su alrededor. Los pájaros, aun así, entonaban su cántico de cada mañana.

—¿Estás segura? Yo no veo nada.

Eira lo ignoró. La vista de un xieri era mucho más aguda que la de un humano. Extrajo el mapa de su bolso.

—Aquí no aparece —comentó por lo bajo—. Será pequeño.

Cyal se encogió de hombros.

—Ni idea. ¿Lo rodeamos?

—No. Quiero ver si puedo conseguir una cosa.

Como de costumbre, Eira no dio más detalles. Y Cyal, conociéndola, no insistió. En su lugar, le pidió el mapa con un gesto y ella accedió. En sus entrenamientos, había estado enseñándole a leer. Para su sorpresa, el muchacho había memorizado los distintos caracteres con rapidez y disfrutaba de intentar descifrar nombres en el mapa.

Poco después, Cyal distinguió la aldea en la distancia. Andaban por un camino trabajado en la tierra, despejado de rocas y hierba. Varias encinas crecían a un lado y a otro, pero era el olor a tomillo lo que llenaba el ambiente. La aromática planta se extendía en vastos campos a la derecha.

Eira se detuvo y se agachó. Cyal arqueó una ceja cuando la vio arrancando las pequeñas hojas blanquecinas de los leñosos tallos.

—¿Qué haces?

—El tomillo tiene propiedades medicinales —explicó ella—. Lo puedo utilizar como desinfectante si lo necesitamos.

A Cyal le fascinaba la cantidad de conocimientos que almacenaba Eira, fruto de su larga y dura experiencia. Al menos él, a cambio, podía ofrecerle información sobre el momento actual.

—¿Creciste en una zona con muchas plantas? —preguntó. Eira lo fulminó con la mirada—. No te acuerdas. Es verdad. Perdón —dijo, azorado.

Eira se irguió, envolvió las hojas recolectadas en un trozo de tela y lo guardó en el bolso. Lo molería más tarde.

Cuando finalmente llegaron a la aldea, descubrieron un montón de casas de madera y tejados de paja, todas apiñadas sin un orden concreto. Había un pozo de piedra en la entrada, donde también se encontraba en ese momento un pastor junto a un rebaño de ovejas. Los animales entonaban una incesante sinfonía de balidos que a Cyal le resultó curiosa. Arrugó la nariz, sin embargo, ante el ligero olor a estiércol que flotaba en el ambiente.

Prefería el tomillo.

Caminaron a través de las extrañas calles, atrayendo las miradas de aquellos curiosos que estaban fuera, barriendo con escobas de paja la entrada de sus casas o en pequeños puestos de madera donde tenían colocadas las frutas y verduras de sus huertos.

El pelo rubio no era común por esa zona, más típico de las gélidas tierras de Erom, al este del continente. El traje de Eira, blanco y ajustado a su cuerpo, también llamaba la atención. Pero los susurros de la gente a su alrededor, aunque incómodos, eran tolerables.

Al menos hasta que una niña, corriendo tras una pelota de tela, tropezó y cayó delante de ellos. Cyal hizo amago de agacharse para ayudarla, pero la madre se le adelantó. La mujer, sujetando sus faldas marrones, se apresuró a ir a por su hija al verla tan cerca de los desconocidos. La niña se echó a llorar, con las rodillas raspadas. La mujer se agachó para levantarla. Eira observaba la escena, impasible.

Pero, al erguirse de nuevo, la madre se topó con la mirada de sangre de Eira.

—¡Sus ojos! —chilló agarrando de la mano a su hija y tirando de ella hacia atrás. En su rostro se había formado una mueca de horror —. ¡Sus ojos! ¡Por Hereshia, son rojos! ¡Ya están aquí!

La mujer dio media vuelta y salió corriendo con la niña. Eira frunció el ceño, pero el caos se desató a su alrededor. Los mensajeros a caballo habían viajado más rápido que ellos.

—¡Los xieri han llegado hasta aquí!

—¡Lo que decían era cierto!

—¡Que Hereshia nos proteja!

—¡Matadla!

Los gritos se superponían unos sobre otros, resultando ensordecedores. Cyal palideció al ver que la gente de la aldea recogía rocas del suelo para lanzárselas. De repente, eran el blanco de todo su miedo, su rabia, su odio. Cyal alzó los brazos para defenderse de las pedradas, pero, antes de que ninguna pudiera tocarlos, Eira se limitó a mover la mano. Una ola de agua sucia, de los charcos de aquella aldea recóndita, recogió todas las piedras al vuelo y las devolvió al suelo.

Cyal torció el gesto ante el nuevo silencio de la aldea.

—Será mejor que nos vayamos de aquí —sentenció Eira, sin más.

El corazón de Cyal se encogió al reconocer la triste resignación en los ojos de Eira. La siguió, dejando atrás a los aldeanos y sus piedras; sus calles nuevas y sus viejos miedos.

Capítulo 21

Resignación



Los nervios carcomían a Thaydra. Arash le había comunicado que, tras dos semanas recorriendo el bosque de Arébalo y tras bordear los límites del desierto de Gihash, esa noche llegarían a la cordillera, cuyas montañas naranjas se recortaban nítidas contra el horizonte. Salir más allá de los límites de la ciudad de Drethol había sido ya una experiencia inaudita. Pero saber que iba a abandonar los confines del que había sido el reino de su padre hizo que la princesa sintiera vértigo.

Al alba, Arash la había dejado sola para buscar algo que les sirviera de desayuno. Thaydra se había acostumbrado. Después de todos esos días con él, ya no le resultaba tan desagradable como había esperado al principio. El hombre era cínico y bruto, pero había demostrado ser fuerte y ágil combatiendo. También sabía orientarse y contaba con un vasto conocimiento de la naturaleza. Además, le estaba enseñando a controlar el fuego.

Dedicaban al menos un par de horas cada noche a que Thaydra practicara. La chica estaba encantada de que el fuego ya no le

hiciera daño. Antes de dormir, con frecuencia jugaba con una llama entre los dedos, disfrutando de su cálida luz. Ya era capaz de crear su propio fuego y se avergonzaba de la dificultad que había tenido en el pasado para hacerlo.

Solo había necesitado un guía que la condujera durante sus primeras experiencias con su elemento para sentirse cómoda por primera vez.

También le sorprendía que Arash tuviera ese conocimiento sobre el fuego, cuando él era afín a la electricidad. En ocasiones, a Thaydra le daba la sensación de que Arash sabía demasiado sobre muchas cosas para lo joven que parecía.

Lo que sí había probado con creces era que, de ser cierto lo que había dicho Arash de que el rey lo había contratado para protegerla, no había nadie mejor preparado.

Thaydra estaba sentada en el suelo sobre sus piernas dobladas. Juntó las manos en el pecho, cerró los ojos e inclinó la cabeza.

—Poderoso Aridam —murmuró—. Si me escuchas, te ruego que ayudes a Drethol a resurgir de sus cenizas. Ahora, más que nunca, necesitamos que bendigas de nuevo estas tierras con tus tormentas.

—Estoy seguro de que Aridam te escucha. —Una familiar voz cargada de ironía se oyó a sus espaldas—. Pero me temo que no podrá hacer nada para responder a tus plegarias.

Thaydra abrió los ojos de golpe y se quedó rígida. Su rostro entero se coloreó de rojo. Hacía esa pequeña oración todas las mañanas mientras Arash no estaba precisamente para evitar sus burlas. Ese día había vuelto antes de lo esperado.

Respiró hondo. Se aseguró de que su sonrojo había desaparecido antes de levantarse y girarse para mirar a Arash.

Una liebre inerte colgaba de su mano.

—¿Por qué dices eso? —Se cruzó de brazos, algo ofendida.

—Porque no depende de él. Esta sequía es consecuencia del desequilibrio que está afectando a Gaia entera —dijo, muy serio.

Thaydra ladeó la cabeza, confusa. Había esperado que se burlara de nuevo, no que respondiera de verdad a su pregunta.

—¿A qué te refieres?

—La noche del ataque a Drethol vi nephrores paseándose por las calles. ¿Sabes lo que son?

—Los nephrores son criaturas de leyenda, no son reales —contestó. Había leído alguna que otra cosa sobre ellos en los libros —. Pero nacen de las tinieblas, ¿cierto? Atormentan a aquellos que se atreven a poner el pie en lugares malditos y hunden sus frías garras en el corazón de los que...

—Muy poético. —Arash la interrumpió sarcástico. Dejó caer la liebre al suelo y se llevó una mano a la cintura, alzando la otra—. Los nephrores son muy reales, princesa. Y solo se muestran cuando el equilibrio de nuestro mundo peligra, emergiendo de las grietas en las que duermen. Los nephrores y los desastres naturales son las señales más evidentes de ello.

—¿Y cómo sabes tú eso? —cuestionó Thaydra, inquieta. No quería ser escéptica, pero era la primera vez que escuchaba algo así.

Arash esbozó una sonrisa irónica.

—Simplemente, lo sé.

—De acuerdo... —murmuró ella no muy convencida.

El equilibrio del mundo. ¿Qué significaba eso?

Desayunaron y reanudaron la marcha. Arash observaba a Thaydra de reojo, divertido. Estaba dándole vueltas a lo que le había dicho.

Thaydra se había dado cuenta de que ya no se burlaba tanto de ella. Quizá era porque su actitud había cambiado también. No había vuelto a quejarse del ritmo de la marcha y, aunque Arash a veces escuchaba su respiración acelerada, no se había detenido.

Aliviaba el dolor de sus pies, llenos de ampollas, metiéndolos en los riachuelos que encontraban por el camino. Realizaba los ejercicios de control del fuego que le indicaba sin rechistar. Ya no lloraba de forma tan abierta, sino que lo hacía a escondidas por las noches, y cada vez menos.

De igual manera, por muy aplicada que fuera, Arash sabía que no debía confiarse.

«Acabará siendo como todos los demás», pensaba con amargura.

Thaydra, por su parte, se esforzaba por caminar a su lado. Si quería volverse más fuerte, no iba a bastarle con aprender a controlar el fuego. Tenía que mejorar otros aspectos, como la velocidad o la resistencia. Le quedaba mucho por delante, pero la decisión de conseguirlo ardía con la intensidad de una hoguera en su interior.

Aunque había algo que sí echaba especialmente de menos: poder darse un buen baño. El mayor cuerpo de agua que habían encontrado en su viaje había sido un charco embarrado.

Los árboles que crecían en los límites del bosque de Arébalo mostraban una imagen muy triste. Antes de la sequía, habrían sido tan verdes como sus hermanos del interior. Sin embargo, tenían las ramas descubiertas y los troncos secos y desvaídos. Algunos incluso se habían partido o se habían caído al suelo.

Arash la obligaba a andar rápido, pues le preocupaba que alguno de sus perseguidores los alcanzara.

«¿Por qué tenías que ser una princesa?», se lamentaba a menudo, frustrado, cuando la observaba de reojo.

Era una complicación añadida. Si hubiera sido una chica cualquiera, una plebeya de Drethol, no los estaría rastreando nadie.

Y pensar que había tenido la oportunidad de matar a Karima aquella noche...

De haber sabido que estaba implicada en el ataque, hubiera hecho algo más. No le había dado importancia a su presencia. O al papel que jugaba en todo aquello. Al final, haber estado tan desconectado de la vida de Thaydra entre esas paredes palaciegas le había salido caro.

Pero no había sido capaz de involucrarse más.

«Thaydra puede parecerte responsable. Pero no será diferente».



El olor a aceite de linaza que desprendían los cuadros al óleo siempre le había resultado desagradable. Karima evitaba visitar la galería de retratos por esa razón. Sin embargo, desde su golpe en Drethol, pasaba en ella mucho más tiempo.

El cuadro que más contemplaba era el más grande de todos ellos; ocupaba casi un pasillo entero. En él aparecían representados todos los miembros de la familia real.

El rey Adair, por supuesto, estaba sentado en el centro, en su trono de oro, envuelto en un manto rojo y con una corona repleta de joyas. Su mano reposaba en el pomo de una espada apoyada en el suelo, aportando un símbolo de poder a su porte aristocrático. Pero, a pesar de su rostro serio y la barbilla orgullosamente erguida, se

atisbaba el reflejo de una sonrisa en las comisuras de sus labios. Llevaba un traje blanco que hacía destacar su piel oscura y su pelo negro, casi rapado. Sus ojos verdes, característicos de la realeza en Drethol, la miraban fijamente.

Karima apartó la vista, incómoda.

«Lo que ha sucedido es tu culpa, Adair», pensó, apretando los puños envueltos en guantes de encaje oscuro.

Desvió la atención hacia la mujer que aparecía representada a su derecha. Era de estatura media, pero la más baja de las tres esposas. El conjunto de su largo y rizado pelo rubio, su impoluta piel blanca, las mejillas rosadas y los ojos azules, tan característico en el reino de Erom, era toda una rareza en Drethol.

El gesto de Karima se volvió áspero.

«Si no te hubieras encaprichado de la patética Mystral, y si no nos hubieras ignorado a Thora y a mí, seguirías vivo».

Karima se había sentido afortunada cuando los consejeros de Adair la habían elegido para ser la segunda esposa, a pesar de que, aunque provenía de una familia noble, no era hija de un gran duque. Cumplía con el requisito de ser afín al agua, que era lo fundamental.

Por desgracia, esa dicha había durado poco. Había sido un matrimonio de conveniencia, en el que ella se había enamorado, pero él no.

Thora estaba retratada a la izquierda del rey, con las manos cruzadas delante de ella y la postura perfectamente erguida. Era de piel y ojos oscuros, y su pelo aparecía pintado en un estricto recogido, como de costumbre.

«Tú también te lo merecías —pensó Karima y arrugó la nariz—. Siempre te creíste superior por tener hijos».

Karima había dado a luz una vez, y solo había concebido a un par de gemelos muy enfermos. Ninguno superó la primera semana de vida. Fue un duro golpe para ella; sus lamentos habían sacudido el palacio entero. Había sido complicado de superar, si es que podía superarse. En especial cuando Thora se paseaba a menudo delante de ella con sus tres hijos, los dos príncipes y la princesa mayor, observándola con una sonrisa condescendiente.

La propia Karima quedaba relegada a un segundo plano en el cuadro. Estaba detrás del rey, asomando por encima del trono. Era curioso, pero se fijó en que el pintor había conseguido retratar a la perfección la amargura en sus labios, las pequeñas líneas entre las cejas y en la frente, y sus ojos entornados. Todo el mundo la veía así: fría, distante, dolida.

El rey Adair siempre le decía que era muy seria e intentaba animarla a que sonriera más. Pero Karima no era seria; se había cansado de ser ignorada en el palacio, de ser considerada la menos importante de las esposas por su falta de descendencia. En realidad, tener un bebé nunca había sido una de sus prioridades. Pero sí anhelaba la aceptación de Adair, y aquella era la única manera: vástagos, crías, linaje. ¿Era todo para cuanto serviría?

En un mundo en el que eso era lo único que podía esperarse de ella, Karima era peso muerto. Era menos que el polvo en las estanterías.

Los hijos de Thora aparecían sentados junto a su madre. Karima esbozó una sonrisa altanera al verlos. «¿Dónde están ahora tus queridos herederos, Thora? Con lo orgullosa que te sentías de ellos. Al final ninguno de los dos llegó a rozar el trono siquiera».

La princesa Azra se encontraba sentada en un cojín rojo delante de ellos. Karima entornó los ojos: «Mataste a Aerendel. Pero pagaste por ello con tu propia vida».

Había sido más hábil de lo esperado.

Giró la cabeza hacia la persona que le faltaba: la única superviviente de la masacre, la pequeña princesa Thaydra. En el cuadro tenía apenas dos años y estaba en brazos de su madre. Al igual que Azra, había heredado la piel, el pelo y los ojos del rey.

«Escapaste por un golpe de suerte», pensó, irritada. Se llevó la mano al colgante con un rubí que reposaba en su pecho.

¿De dónde había salido aquel extraño que había rescatado a Thaydra? Karima no lo había visto nunca antes en el palacio, a pesar de que había extendido considerablemente su red de espías. Desde que había entrado en contacto con Lluvia y había aceptado trabajar con ella, su vida se había puesto al servicio de una misión: destruir a la familia real y tomar posesión de Drethol. ¿Cómo era posible que se le hubiera escapado la existencia de una criatura como él?

Pero Karima no era infalible. Sus recursos eran limitados. Tampoco sabía cuál era la historia de la misteriosa mujer de cabello azul. Siempre le habían contado que los xieri estaban sellados, pero Lluvia había aparecido como si nada. Se había estado paseando libremente mucho antes de ir a proponerle aquel trato a Karima, al parecer. El suficiente tiempo para tener una estrategia bélica lo suficientemente elaborada como para tomar posesión de Drethol en una noche.

Desde entonces, en ocasiones, Karima se quedaba sentada en la cama, mirando a la nada, pensando en lo que había hecho. Había llegado a amar al rey en el pasado, pero se había convertido en su caída en desgracia, en su asesina.

Pero no era su culpa. Se lo repetía una y otra vez. La culpa era de Adair por pedirle que sonriera pese a la muerte de los gemelos. La culpa era de Thora por sonreírle con condescendencia y caminar con sus hijos. La culpa era de Mystral por robar toda la atención de Adair.

Si Karima no podía tener el amor del rey, no lo tendría nadie.

El Palacio de Turmalina estaba casi vacío, incluso con los espeluznantes xieri que se paseaban por sus salas.

Pero Karima al fin se sentía importante.

Ostentaba el control de aquella enorme y vacía jaula.

«Huye todo lo que quieras, Thaydra. Te encontraré».

Era la hija de Mystral. No iba a permitir que siguiera con vida. No iba a permitir que Mystral poblara la tierra ni un solo segundo más. Le daba rabia que el rey, a pesar del rechazo que todos habían mostrado hacia Thaydra por ser afín al fuego, la hubiera adorado de esa manera solo por ser hija de su amada Mystral, ciego ante la vergüenza que suponía Thaydra para su dinastía. La princesa era solo otra prueba de la preferencia del rey por una de sus esposas.

Una vez la matara a ella también, no quedaría nadie más de la familia real. No habría nadie que pudiera negarle el poder que había conseguido con su sudor y sangre.

Karima solo se daría por satisfecha cuando borrara todo rastro de la familia real de Drethol.

Capítulo 22

Responsabilidad



—¿No te sentiste culpable al matar a aquellos xieri en el tren?

«Porque son como tú», contuvo Cyal.

Habían acampado en la orilla del río Thíbano, en una zona en la que el cauce no era especialmente profundo y la corriente fluía más tranquila. Se habían detenido al atardecer, para tener tiempo de bañarse y lavar la ropa tras lo ocurrido en la aldea.

Con la caída del día, Eira había decidido ponerle a practicar. Cyal intentaba construir látigos de agua con escasos resultados. Ella lo examinaba desde la linde del bosque, apoyada en el tronco de un árbol.

—No —respondió, contundente y seca.

Cyal reprimió un suspiro exasperado. Había vuelto a sus respuestas lacónicas. Dejó caer los brazos, derrotado, y se volvió a mirarla.

—¿Por qué?

No se había movido ni un centímetro.

—Nadie que elija convertirse en xieri por voluntad propia merece mi respeto.

Cyal frunció el ceño. Él tampoco entendía por qué alguien querría morir y renacer; la experiencia parecía traumática. ¿Tan valiosos eran los sentidos agudizados, la resistencia aumentada y el poder de la oscuridad? ¿Para qué los querían? ¿Y cómo era posible que alguien estuviera transformándolos en xieri así, de la nada?

—Oye —puso los brazos en jarras—, ¿estás bien?

Después de lo de la aldea, Eira se había cerrado incluso más en sí misma. Era imposible no notarlo. Ella apartó la mirada y Cyal gruñó, incapaz de contener del todo su malestar.

—Vale. Como quieras, pues.

Era frustrante. Echó un vistazo al cielo, donde la luna había cambiado lo suficiente como para confirmar lo que ya sabía: llevaban casi un mes viajando juntos, pero no había conseguido salvar la distancia que Eira imponía entre ambos. Lo peor de todo era que, durante su tiempo en el desierto, Cyal había creído ver una pizca más de ella. Se había sentido como un intruso, mirando por una rendija. Eira se había dado cuenta y le había dado un portazo en las narices. Tras la conversación sobre Khait, había vuelto a levantar ese muro suyo.

Cyal también se reprochaba sus propios enfados, consciente de que a veces se irritaba demasiado rápido con ella. Intentaba no mostrarlo, pero no estaba seguro de si lo había conseguido. Seguía muy afectado por la pérdida de su abuela; por haber tenido que abandonar el que había sido su único hogar; por no saber qué le depararía un futuro cada vez más impredecible. ¿Dónde podría asentarse? ¿A qué se dedicaría? No dejaba de darle vueltas.

En cierto modo, ambos sufrían una aflicción similar. La propia Eira se lo había explicado: aunque para el resto del mundo hubieran transcurrido trescientos años, para ella era como si solo hubiera estado una noche dormida. Cargaba con la pérdida de Khait y su familia como si acabara de suceder. Porque para ella así era. Igual que para Cyal, su mundo había cambiado completamente de la noche a la mañana.

Eira tampoco sabía qué hacer consigo misma. Había decidido buscar a Tuila, aunque no había querido darle más información a Cyal sobre quién era aquella vieja amistad. Aun así, en su retorno había más arrepentimiento que alivio.

Todo aquello despertaba en Cyal una extraña conexión con ella. Tenía la sensación de que los dos se habían ayudado mutuamente con la compañía, sanando el tormento que provocaban los fantasmas de los ya ausentes. Cyal era observador y, a lo largo de aquellas semanas, había ido aprendiendo los sutiles gestos con los que Eira mostraba sus emociones. Pero su mente seguía siendo un libro imposible de abrir.

¿Qué pensaba Eira de él? A veces temía que ella solo lo viera como un estorbo, que no fuera más que un lastre. Que lo que hacía, lo hacía por pena.

Eira miró a Cyal cuando este le dio la espalda de nuevo, dispuesto a practicar con sus poderes. El chico había alzado la vista al cielo y le frunció el ceño a la luna. Aquello le resultó, en cierto modo, tierno, o gracioso. ¿Acaso le molestaba? ¿Qué veía en ella?

«No puedo encariñarme contigo», se dijo Eira y tensó los dedos de las manos.

Ya había sido demasiado descuidada. Sus ojos habían sido la primera grieta en sus barreras, dorados como los de Khait. Jarah, la abuela de Cyal, le había hecho bajar la guardia con su enorme generosidad, ofreciéndole mucho más de lo que un *monstruo* como ella merecía. Con ellos dos, la chispa de la esperanza se había prendido en su interior. No obstante, no podía permitírselo y lo ocurrido en la aldea era solo una prueba más de ello.

Los humanos eran cuchillos de doble filo. Los crueles hacían daño, como lo habían hecho los aterrados aldeanos. Los amables se transformaban en una herramienta de tortura. Se dijo a sí misma que no volvería a tener a nadie que pudiera ser utilizado en su contra. Nadie volvería a sufrir por haberle ofrecido su amor o su amistad.

Eira estaba decidida. Dejaría atrás al chico una vez llegaran a Auria y reanudaría la búsqueda sola. En honor a Jarah, pretendía encontrarle un buen hogar, un lugar en el que pudiera quedarse. No había espacio para seguir viajando en compañía, y mucho menos con la amenaza de los nuevos xieri.

Separarse iba a ser lo mejor para los dos.

—Humano. —Alzó la vista y entornó los ojos. El viento hizo sonar las hojas en las copas de los árboles.

Cyal la miró molesto por encima del hombro.

—¿Quieres llamarme por mi nombre...?

El aire cambió de golpe.

—A cubierto —ordenó con frialdad.

Cyal decidió obedecer, pese a sentirse algo contrariado. Se acercó hacia Eira, que le indicó que se ocultara entre los árboles. Se agachó

tras un arbusto, pero no pudo evitar sacar la cabeza para descubrir que una serie de nubes gigantescas ocultaron la luna y las estrellas.

La extraña tormenta devoró el cielo nocturno.

El viento huracanado arrastró hojas y tierra del suelo. Cyal se puso una mano delante de los ojos para protegerlos, pero no apartó la vista de Eira, por si acaso. Escuchó el rugido de un trueno en la distancia. El corazón se le desbocó. ¿Por qué había cambiado el tiempo de forma tan brusca? ¿Y cómo había sabido Eira que ocurriría?

Cyal divisó una sombra en el cielo y tuvo un mal presentimiento. Sus sospechas se confirmaron cuando un enorme dragón gris oscuro y amarillo aterrizó frente a Eira. Ella irguió la barbilla y lo miró a los ojos, sin dejarse intimidar.

Rojo contra rojo una vez más.

«¿Esta vez no huyes, Muerte Escarlata? —se burló Graialan—. Sabes a qué he venido».

—No me uniré a vosotros —espetó Eira, cortante.

Graialan negó con la cabeza.

«Una pena. Para la Emperatriz, claro. Ella estará decepcionada. —Estiró el cuello y enseñó los colmillos—. Yo, por mi parte, estaba deseando borrarte del mapa».

Graialan rugió.

Cyal ahogó una exclamación al ver que se abalanzaba sobre ella.

Eira se envolvió en un brillo blanco. Su columna se estiró, rompiéndose vértebra por vértebra. Los crujidos se extendieron al resto de sus huesos; las articulaciones se dislocaron con sonoros chasquidos. Sufrió un violento tirón en las entrañas a la vez que sus alas nacían de dos explosiones en la espalda. Solo un alto umbral de

dolor le permitió ahogar los gritos mientras cambiaba de forma con rapidez.

Los dos dragones se arrojaron uno contra otro en una tempestad de garras y dientes. Eira era un poco más pequeña que Graialan y mucho menos robusta. Pero no retrocedió.

«Nunca estuviste a mi altura, Rayo —siseó ella—. Retírate».

Graialan, sin embargo, no se amedrentó.

«Siempre me molestó tu arrogancia, Eira. Hoy haré que sea tu perdición».

Batieron las alas y se separaron. Eira aterrizó en sus garras, derrapando hacia atrás. Disparó un rayo de hielo. Graialan la imitó, liberando una descarga. Ambos ataques chocaron entre sí y hubo una pequeña explosión que cubrió todo de humo.

Cyal tosió, con los brazos cruzados delante del rostro para protegerse de los trozos de hielo que salieron disparados. Era incapaz de ver nada, pero escuchó a los dragones rugir, presagio de otro embate.

Eira divisó a Graialan sin problemas entre el humo, igual que él a ella. Eira movió la cabeza y varios chorros de agua emergieron del río a gran velocidad hacia su enemigo, convirtiéndose en afilados arpones de hielo. Graialan se envolvió en electricidad y salió despedido hacia ella, esquivándolos. Eira se disolvió en sombras en el último momento, antes de que Graialan pudiera atraparla, y reapareció unos metros más atrás.

Solo cuando el humo se despejó, Cyal al fin reconoció su forma blanca junto al río.

Quería ayudarla, pero no sabía cómo. ¿Qué iba a hacer él, apenas un iniciado en el manejo del agua, contra un dragón de semejante

tamaño? Si entraba en el combate, no sería más que un estorbo para Eira.

Graialan rio por lo bajo, y, acto seguido, él también se desvaneció.

Eira ya se había girado cuando reapareció a sus espaldas. Los dos dragones chocaron, llenando el aire con sus bramidos primitivos. Intentaron clavarse las garras y hundir los colmillos en el cuello del otro. Se desplazaron con violencia por la tierra, y un coletazo de Graialan derrumbó un árbol.

El tronco cayó con un pesado golpe al suelo. Cyal se encogió. Se sentía insignificante junto a ellos.

Graialan liberó otra descarga eléctrica. Pegada a él, Eira no pudo esquivarla. Contuvo un aullido de dolor y batió las alas, rígidas tras el golpe. Con las plumas crispadas, saltó hacia atrás. Se sacudió, intentando relajar los músculos agarrotados.

«¿Qué te pasa, Eira? —se mofó Graialan—. ¿Acaso te cuesta seguirme el ritmo?».

Eira apretó los dientes. Había experimentado un dolor superior al habitual al transformarse en dragón, atacada por una migraña horrorosa. Le costaba concentrarse en el combate.

Como xieri, el paso a su forma dragón siempre había sido agonizante. Había terminado por acostumbrarse e ignorarlo. ¿Qué había cambiado? ¿Había estado demasiado tiempo sin hacerlo? Fuera como fuera, no iba a admitirlo. Gruñó y varios carámbanos de hielo se materializaron a su alrededor. Los disparó como flechas hacia Graialan.

Su enemigo rio de nuevo. Los proyectiles atravesaron una nube de sombras, estrellándose contra los árboles y las rocas.

Eira miró a un lado y a otro. Erizó la cresta de plumas en su cabeza. Graialan se transportó a su derecha y ella desapareció, dejando que sus garras rasgaran las brumas negras residuales.

Se materializó no muy lejos, con la cabeza agachada. Trataba de controlar su respiración, pero expulsaba el aire en golpes entrecortados. Cyal se fijó con inquietud en que sus patas temblaban ligeramente. Graialan, en cambio, estaba en perfectas condiciones. ¿Qué le sucedía a Eira?

«¿No te notas con menos fuerzas desde que rompiste el hielo de tu prisión, Eira? —se burló Graialan—. La verdad es que no creí a la Emperatriz cuando me lo contó. ¿Cómo podría verse alguien como tú afectada por algo tan patético?».

«¿A qué te refieres?», quiso saber ella, observándolo con los ojos entornados y los músculos en tensión, preparada para cualquier movimiento por parte de su enemigo.

Graialan enarcó una ceja.

«¿No lo has averiguado todavía? —rio él—. Una pena. ¡Qué bajo has caído, Granizo! —Pronunció su apodo con sorna—. En el pasado, me habrías aplastado en los primeros dos segundos. ¡Pero tu reinado como mano derecha del General terminó hace mucho!».

Graialan rugió y se envolvió en electricidad. Se abalanzó sobre ella.

—¡Eira! —gritó Cyal sin poder evitarlo. Su voz fue ahogada por el chasquido de un rayo.

Otro trueno retumbó por encima de ellos, pero ella no se movió de su sitio. Giró la cabeza con brusquedad hacia Graialan. Cyal, que se había levantado impulsado por el temor, se quedó rígido ante el siniestro brillo de sus ojos rojos en la oscuridad.

La temperatura descendió de golpe. La escarcha brotó en las ramas de los árboles, en sus hojas, en las rocas. Una capa de agua salió expulsada del cuerpo de Eira a gran velocidad y se convirtió en hielo al instante, congelando también el río.

Graialan, que estaba a punto de caer sobre ella, abrió los ojos como platos. Eira lo observaba con un destello asesino. El viento aulló a su alrededor, arrastrando copos de nieve.

Enormes estacas de hielo emergieron del suelo invernal, apuntando hacia su enemigo.

Todo sucedió en un instante. Graialan no tuvo tiempo de reaccionar. Rugió de dolor cuando le atravesaron las patas, el abdomen y las alas a la vez. Solo salvó la cabeza al echarla hacia atrás en el último momento. Un hilo de sangre descendió por su barbilla.

Cyal jadeó. Se ocultó de nuevo con lentitud, estupefacto.

«Se te olvida, Graialan, que, a pesar de todo, sigo siendo la Muerte Escarlata —dijo Eira. Miró al encorvado Graialan con condescendencia—. Confiarte ha sido tu error».

Acto seguido, desintegró el hielo, permitiendo que la sangre fluyera en abundancia del cuerpo de su enemigo. Graialan tembló. El frío se había filtrado hasta sus huesos; sus escamas estaban cubiertas de escarcha.

«¿Cómo te atreves?», vociferó él. La ira burbujeaba en su interior.

Eira lo había humillado, y él iba a hacérselo pagar. Se arrepentiría de haberlo mirado y hablado de esa manera, como si él fuera inferior. Era cuestión de tiempo que ella siguiera deteriorándose. Cuestión de tiempo que él se alzara por encima.

Eira, imperturbable, elevó las garras.

Graialan se desvaneció antes del golpe de gracia.

Eira irguió el cuello y entornó los ojos, molesta. Ya no detectaba su presencia. Alzó la vista al cielo nocturno, comprobando que se iba despejando poco a poco, y supo que había perdido la oportunidad.

Se envolvió en un brillo blanco y regresó a su forma humana. Le faltaba el aire. Cayó de rodillas al suelo. Se miró las palmas de las manos, con el pecho subiendo y bajando demasiado rápido, asaltada por un extraño cosquilleo.

Cyal salió de su escondite y corrió hacia ella.

—¡Eira! ¿Estás...?

Ella giró la cabeza con gesto afilado. Cyal, que iba a agacharse a su lado, se congeló ante la frialdad reflejada en sus ojos rojos.

—No me toques, humano.

Intimidado, el joven se quedó de piedra.

—Solo quería comprobar si estabas bien —masculló, irritado y asustado a la vez.

¿Por qué tenía que comportarse así con él?

Eira lo ignoró. Se puso en pie y respiró hondo. Iba recuperando sus fuerzas.

El hielo en la superficie del río se resquebrajó. Los trozos empezaron a desplazarse arrastrados por la corriente del agua. El terreno a su alrededor mostraba señales claras de una pelea: el árbol caído, la tierra revuelta, la escarcha en las ramas, las hojas chamuscadas.

—Eira, ¿qué quería decir Graialan...?

—Nada —lo cortó ella con dureza. Se agachó para recuperar el bolso con las provisiones, tirado junto a unos arbustos. Afortunadamente, había sobrevivido al enfrentamiento.

—Pero antes has... —trató de insistir Cyal yendo tras ella.

Eira lo miró por encima del hombro.

—Solo estoy así por haber pasado trescientos años encerrada —espetó en un tono tan gélido que Cyal se estremeció—. Se me irá pasando.

Dicho eso, echó a andar. Cyal la imitó, algo receloso. El cabello pálido de Eira le caía por la espalda, mecido por la ocasional brisa de aire. Llevaba las cimitarras cruzadas en el cinto, listas para ser desenvainadas en cualquier momento. Sabía que tenían que acampar en otro sitio para protegerse, pero ella no le había dedicado ni un instante para asegurarse de que todo estaba bien.

Cyal bajó la vista. Tensó la mandíbula.

—Eira.

Eira se detuvo. Inclinó la cabeza.

—¿Acaso no somos amigos? —preguntó él.

Pensó en Khait. En su familia, masacrada por su culpa. Jarah, en el suelo de Drethol. Se forzó a escupir la peor respuesta:

—No.

Y siguió caminando.

Cyal se pasó la mano por la cara, crispado. ¿Por qué se sorprendía? Tendría que haberlo imaginado. De hecho, ya lo sabía. No importaba el tiempo que hubieran viajado juntos, o su esperanza de que ella pudiera apreciarlo a la larga.

«Da igual la conexión que sientas hacia ella —se dijo, endureciendo la mirada—. No deja de ser la Muerte Escarlata».

Pero entonces recordó que Eira había vuelto a por él y a por su abuela en el ataque a Drethol. Podría haberlos abandonado a su suerte y no lo había hecho. Se había expuesto a que sus enemigos

la persiguieran por intentar ayudarlos. También había enterrado a su abuela, le había dado manzanas para que no pasara hambre, lo estaba ayudando a entrenar...

Apretó los puños. No, no iba a rendirse con Eira, aunque se enfadara a veces con ella. No era tan mala como quería hacerle creer. Quizá fuera hosca y poco simpática, pero eso no significaba que no pudiera sentir. Había tenido una vida dura, como la suya, y por eso se prometió a sí mismo que trataría de ser más comprensivo con ella.

Podía hacerlo.

Era el principio de su elemento, ¿no? La calma y la paciencia eran las dos virtudes principales de una persona afín al agua. Y aunque Eira fuera afín al hielo, ¿no era el hielo un estado del agua? ¿Acaso no eran similares? Si seguían el mismo camino, como lo hacía el río que dejaban atrás, podían pasar dos cosas: o bien ella se derretiría al fin, o él se congelaría. Y si algo definía a Cyal, era su corazón del desierto; su amor por las dunas, el sol y el horno de su abuela.

Por Eira, se dijo, esperaría.

Capítulo 23

Preguntas



Sumergida en el agua hasta los hombros, Thaydra estaba contenta. Habían dejado atrás la cordillera de Gihash y, con ella, también el reino de Drethol. Se encontraban en las tierras que se extendían más allá de las montañas, de camino a Erom.

Era una zona un poco seca, a pesar de la presencia del río en el que se estaba bañando.

La princesa conocía la existencia del río Din, que descendía desde la cordillera y que, en el pasado, había sido vasto y ancho. En aquellos días, tras un año de sequía, apenas tenía profundidad. El agua estaba helada y las piedras y tierra del fondo le pinchaban constantemente los pies. Era muy diferente a los baños calientes en la tina de metal que las criadas le preparaban en su habitación del palacio, y experimentaba cierto nerviosismo desagradable, consciente de que el río la rodeaba.

Al fin había podido quitarse todo el sudor y la suciedad del desierto. Su pelo fue mucho más fácil de lavar tras el corte. El agua, aunque suficiente para su propósito, era escasa y no presentaba un

peligro; no existía el riesgo de tropezar y que una masa líquida la tragara. Se obligó a sí misma a respirar hondo y a controlar su miedo a ahogarse.

Era extraño. Seguía atormentada por lo sucedido; no asimilaba todavía el cambio tan brusco en su vida. Pero, a la vez, sentía cierta expectación y emoción por haber logrado salir del palacio, de Drethol. Estaba viendo lo que había más allá; ya no estaba atrapada entre las paredes verdes de su antiguo hogar.

Sin embargo, la ausencia de Azra era una espina que no se desprendía.

Salió del agua y frunció el ceño, abrazándose el pecho y cubriéndose el cuerpo con las manos. Sabía que Arash andaba cerca, pero le había prometido que no miraría mientras se bañaba. Aun así, no se fiaba del todo. ¿Y si hubiera otro espía de Karima oculto tras los matorrales?

Esperó unos minutos a que el sol de mediodía le secara la piel y se apresuró a ponerse las prendas de ropa que Arash le había conseguido. La tarde anterior habían atravesado una pequeña aldea. Él la había obligado a agazaparse en un callejón, pues no quería que nadie la viera. Así, si sus perseguidores pasaban por allí y preguntaban, no tendrían ninguna pista.

Cuando regresó, le dio nuevas ropas.

Todavía se sentía un poco rara con ellas. Nunca antes había llevado pantalones, pero eran cómodos. Sus piernas estaban más libres, sin la falda de un vestido interponiéndose en sus movimientos. Tendría que acostumbrarse, pero no tardaría demasiado.

Se abrochó la camisa y se asomó al río para ver su reflejo. Con su pelo corto y esa ropa, parecía una impostora. ¿Dónde estaba la princesa Thaydra?

«Te confundirán con una plebeya».

La voz de Azra resonó en su mente. Thaydra torció el gesto. Sacudió la cabeza.

«Bien. Es lo que necesito ahora», contestó, aunque Azra no pudiera oírla.

Tras su más que merecido baño, regresó al lugar donde Arash la esperaba. El hombre estaba sentado en una roca, escrutando la seca llanura que se extendía hacia el este.

La miró por encima del hombro al oír sus pasos y arqueó una ceja.

—Vaya, princesa, menudo cambio.

Thaydra agachó la cabeza en un intento de ocultar su sonrojo. Ya no podía usar su pelo largo para taparse el rostro. Arash se puso en pie de un salto y se quedó frente a ella contemplándola con los brazos en jarras.

—Bien. Has estado entrenando con el fuego ya durante más de dos semanas. —Esbozó una sonrisa burlona—. ¿Te atreves a ponerlo en práctica?

Thaydra retrocedió un paso.

—¿Ponerlo en práctica? —repitió, confusa.

—Así es.

Arash extendió su puño con tanta rapidez hacia ella que Thaydra chilló y trastabilló hacia atrás. Él estalló en carcajadas. Thaydra rechinó los dientes.

—¿A qué ha venido eso? —quiso saber, indignada.

—Pensaba que al menos intentarías bloquearlo... —dijo él calmando su risa. Negó con la cabeza—. Está claro que tenemos mucho trabajo por delante. Es hora de que también te enseñe algo de combate cuerpo a cuerpo. Y a incorporar el fuego en tus movimientos.

—Pero yo puedo dedicarme a atacar desde la distancia, ¿no? —murmuró ella.

—¿Y qué piensas hacer si tu enemigo se acerca a ti, princesa? ¿Chillar como ahora? —se mofó Arash cruzando los brazos.

Thaydra hundió los hombros.

—Está bien. Tienes razón.

—Me lo dicen a menudo —comentó Arash arrogante.

Thaydra puso los ojos en blanco.



La noche extendía su manto sobre ellos. Thaydra se acababa de acomodar en una zona de tierra despejada de hierba seca. Había probado antes a tumbarse sobre ella y se había pinchado.

Estaba boca arriba, observando el vasto y oscuro cielo poblado de estrellas. Alzó la palma de la mano y creó una pequeña llama en la punta de su dedo. La acercó a su rostro iluminándolo de naranja.

—Ten cuidado, no te quemes, princesa.

Arash estaba sentado con las piernas cruzadas, afilando la cuchilla de su hoz como cada noche. Se esforzaba en cuidar su arma.

Thaydra giró la cabeza hacia él. Apagó el fuego en su mano, pero quedó el de la hoguera entre ellos. Sus brillantes ascuas rojas

ascendían con lentitud en el aire hasta desvanecerse. Alguna que otra chispa saltaba a la tierra.

—¿Desde cuándo eres mercenario, Arash? —preguntó, curiosa.

—Desde que me apeteció serlo.

Thaydra frunció el ceño. Menuda respuesta.

Una polilla revoloteó cerca, atraída por la luz del fuego, y Thaydra la observó por el rabillo del ojo. Un murciélago descendió con rapidez y se la llevó en la boca.

Arash atrapó un destello de su mueca de disgusto y tuvo que esforzarse por no reír de nuevo.

—¿A qué te referías el otro día cuando hablabas del equilibrio del mundo?

—Las noches en las que te sientes habladora, princesa, son especialmente molestas.

Thaydra ignoró el ardor en las mejillas.

—Solo quería saber más sobre el tema.

—No es asunto tuyo, así que no le des tantas vueltas.

—¿Y sí es asunto tuyo? —replicó ella. Se sentó para mirarlo mejor —. Yo también vivo en el mundo, así que claro que me importa el equilibrio. ¿O es que acaso hay algo que tú puedas hacer al respecto que yo no?

Arash esbozó una enigmática sonrisa.

—Quizá.

Thaydra resopló.

—¿Y qué hay de tu vida? ¿Dónde vives?

—Los mercenarios no tenemos un hogar fijo, princesa.

—¿Y tu familia?

—¿Quién ha dicho que tenga familia?

Thaydra suspiró, exasperada.

—Tú pareces saber mucho sobre mí. ¿Por qué no puedo saber yo algo sobre ti?

—Sabes que soy afín a la electricidad. ¿No es eso suficiente? —ironizó él.

Thaydra cruzó los brazos.

—No.

—Una pena —dijo él, con sorna.

Ella sabía que no lo sentía en absoluto. Estuvieron unos segundos en silencio mientras Thaydra pensaba en su próxima pregunta. Se distrajo con el sonido chirriante de la roca deslizándose por el metal de su hoz mientras Arash la afilaba. ¿Para qué preguntar si no iba a contestar? Pero ¿por qué no?

—Si eres un draconiano, ¿por qué no te transformas en dragón para que lleguemos antes a Erom?

—¿Y llamar la atención de los humanos para que intenten capturarme? —Arash bufó—. Menudo engorro.

Thaydra trató de pensar en una pregunta más sencilla, una que él no pudiera evitar contestar con sinceridad. Su mirada se iluminó.

—¿Cuántos años tienes?

—Más que tú, princesa.

—Arash... —protestó.

—¿Qué? —Él se encogió de hombros—. ¿Acaso importa? —Pero pareció resultarle gracioso—. ¿Cuántos años me echas?

Thaydra se tumbó y le dio la espalda, fastidiada. Escuchó a Arash reír tras las llamas.

«¿Por qué tiene que ser así? ¿Tanto le cuesta compartir algo sobre él?», pensó ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas en contra de su voluntad. Intentó calmarse con profundas bocanadas de aire.

—Vamos, princesa, no te ofendas. Ya te advertí cuando nos conocimos que no sería tu amigo —le recordó él—. Estoy aquí por trabajo, ¿recuerdas?

—Pero me has estado enseñando a usar el fuego y a defenderme —balbuceó ella, negándose a mirarlo.

—¿Preferirías que no lo hiciera?

—No, pero... Eso tampoco es parte de tu trabajo, y... —Thaydra apretó los ojos—. Y echo de menos poder hablar con alguien. Me siento muy sola —admitió en un susurro.

Echaba de menos a Azra y a su madre.

Echaba de menos poder sentirse cercana a alguien de verdad.

Arash, a pesar de estar al otro lado de la hoguera, la escuchó. Dejó a un lado la hoz y la piedra y torció el gesto. Sin verlo, Thaydra aceptó el silencio y se dispuso a dormir.

—Vas a tener que adaptarte, princesa —dijo él, tras un instante de silencio—. No tardarás en aprender que en este mundo no te puedes fiar ni de tu propia sombra.

Thaydra levantó los párpados para contemplar las estrellas.

—Esa es una forma muy triste de ver la vida.

—Es la realidad —dijo Arash con dureza—. Cuanto antes lo asumas, mejor.

—Me niego a vivir así —murmuró ella. Se dio la vuelta y se sentó de nuevo para mirarlo a los ojos—. No sé qué te habrá pasado para que seas así, Arash, pero lo único que consigues es estar solo. Y estando solo, ¿cómo vas a apreciar lo bueno que tiene la vida?

Arash resopló.

—Créeme, estoy mejor solo. Al final, todos te abandonan.

«¿No es así, Zheitszoh?».

Ella había desaparecido sin dejar rastro. Había huido de su deber.

—Yo no abandonaría nunca a un amigo —musitó Thaydra apenada.

Arash apretó la mano alrededor del mango de la hoz.

—Eres todavía joven e ingenua, princesa —replicó él. El cansancio en su tono sorprendió a Thaydra—. El tiempo me dará la razón.

Capítulo 24

Tormenta



Thaydra intentó ignorar el dolor de sus piernas. Se había levantado con unas agujetas terribles por culpa del entrenamiento del combate cuerpo a cuerpo del día anterior. Cualquier cuestión física era mucho más dura que practicar con el fuego, y Arash no era precisamente un alma caritativa.

Habían recorrido casi la mitad del trayecto hasta el reino de Erom. En aquel momento, atravesaban un paso rocoso. Habían pasado ya más de tres semanas desde el ataque a Drethol, pero la risa cruel de Karima continuaba rondando los sueños de Thaydra. Era un recordatorio constante de que debía prepararse para poder enfrentarse algún día a ella, y una forma de ignorar el dolor físico.

Pese a que había huido de él, le habría gustado saber cuál era la situación en su hogar. ¿Qué estaba haciendo Karima con el reino? ¿Gobernaría ella o estaría todo controlado por los xieri? ¿Qué había sucedido con los humanos? ¿Habría logrado huir alguien más de Drethol? De ser así, ¿serían, acaso, aceptados en Auria o Adruste?

No tenía forma de saberlo. Pero sospechaba que los demás reinos recelarían de cualquiera que hubiera escapado de Drethol tras enterarse del ataque de los xieri. Su miedo a las sangrientas criaturas de leyenda les haría creer que cualquiera podía ser un aliado de los xieri en potencia y los rechazarían en el control de las murallas.

Iba por detrás de Arash. Seguía costándole mantener el ritmo, pues él andaba a grandes zancadas. Desde atrás, se detuvo un instante para comprobar si él se volvía, pendiente de ella. Supuso una pequeña decepción que no lo hiciera.

Cada día que pasaba, su curiosidad por él aumentaba. También las sospechas. ¿De dónde habría salido? ¿Cómo lo habría encontrado su padre? ¿Y por qué habría elegido a un draconiano, a los que los humanos tenían sometidos, para llevar a cabo la tarea de cuidar de ella? Si hubiera querido que la protegiera de verdad, lo lógico habría sido obligarlo a vincularse a ella, en vez de pagarle. Su padre jamás habría tenido ningún miramiento en ese caso. Algo no encajaba en esa historia.

No se había atrevido a insistir más. Temía que Arash acabara por enfadarse con ella. Y, por mucho que le chocara su actitud, cumplía con su supuesto deber de protegerla. De hecho, hasta se había convertido en una especie de maestro. Por tanto, Thaydra prefería enterrar su curiosidad a cal y canto y mantener a Arash a cierta distancia.

Era cuestión de supervivencia.

—Te veo muy callada, princesa —comentó Arash, mirándola por encima del hombro.

—Ya... —murmuró ella.

Arash frunció el ceño. Su desánimo era evidente. Acorde con ella, el día había amanecido nublado, dejando en la sombra muchos huecos en la roca gris de las paredes naturales que los rodeaban. De vez en cuando se escuchaba alguna piedra caer rodando y Thaydra alzaba la vista, asustada y en tensión. Siempre resultaba ser un ratón, o cualquier otro animalito, saltando entre los salientes rocosos. El lugar carecía de vegetación, contribuyendo a su imagen triste y desolada.

Sopló una fuerte brisa de viento que les revolvió el pelo a los dos. El día se oscureció.

Arash reaccionó con rapidez.

Thaydra ahogó una exclamación cuando Arash la agarró del brazo y la situó detrás de él. Lo hizo sin que ella pudiera siquiera responder. Siguió su mirada y todos sus músculos se tensaron al divisar a la mujer que se alzaba en el pasillo rocoso frente a ellos. ¿De dónde había salido? ¿Cómo había sabido Arash que iba a aparecer?

—Vaya. Casi consigo pillarte completamente desprevenido —rezongó la desconocida.

—No estoy tan viejo todavía —gruñó Arash.

—¿No? —La mujer echó la cabeza hacia atrás y soltó una risa—. Cualquiera lo diría, Arash. Así es como te haces llamar ahora, ¿no?

Thaydra frunció el ceño y miró a Arash, que le daba la espalda casi por completo. Alcanzó a ver su mandíbula rígida. La mano de él se afianzó sobre el costado de ella justo antes de romper el contacto.

—Arash, ¿quién es?

—Nadie importante —dijo él entre dientes—. Guarda silencio.

La mujer enarcó una ceja.

—¿En serio, Arash? ¿Qué le estás ocultando a la pobre chica?

Thaydra, cada vez más confusa, miró alternativamente a la desconocida y a Arash. Ambos permanecían quietos, limitándose a observarse. Parecería que solo conversaban, pero se palpaba una desconcertante tensión en el ambiente. Era como si fueran un par de lobos a punto de enzarzarse en una disputa territorial.

La esbelta mujer tenía el pelo largo y de un color muy llamativo, azul claro. No era humana. Su piel parecía de porcelana y portaba un largo vestido rojo que iba a juego tanto con su pintalabios como con sus ojos.

«Es una xieri —pensó Thaydra. Su corazón se aceleró—. ¿De qué la conoce Arash?».

—Si no quieres que te corte la cabeza, largo de aquí —siseó Arash.

La mujer se llevó una mano a la cintura en un gesto despreocupado y soltó otra risotada.

—Si estuvieras tan seguro de que puedes matarme tan fácilmente, ya lo habrías hecho. —Clavó sus ojos rojos en Thaydra, que se tensó —. Así que tú eres la desafortunada esta vez, ¿eh? Pobre desgraciada.

Thaydra arrugó la frente. Sí, se sentía bastante desafortunada con la desgracia que había golpeado el palacio de Drethol. Pero ¿«esta vez»? ¿Qué quería decir con eso?

Arash envolvió su puño en electricidad. El sonido de los chasquidos se amplificó entre las paredes de roca.

La mujer bufó.

—¿Intentas intimidarme, Arash? ¿Vas a invocar una de tus tormentas? —se mofó ella. Negó con la cabeza y miró de nuevo a Thaydra—. No importa, ya me presento yo misma. Soy Lluvia, comandante del General. He oído barbaridades sobre ti. Un placer —añadió con sarcasmo.

Thaydra se quedó con la boca abierta. No era solo una xieri, sino una de las xieri originales, de la guerra del Alzamiento. ¿Por qué conocía Arash a alguien que habían sellado trescientos años atrás? ¿Cómo?

Retrocedió, asustada. ¿Quién era Arash realmente?

—Thaydra. —Era la primera vez que Arash la llamaba por su nombre. Él no apartó los ojos de Lluvia, pendiente de cada uno de sus movimientos—. No te separes de mí.

Aunque vio el sutil gesto de su mano, Thaydra no le hizo caso.

—¿A qué se refiere? —Le tembló la voz—. No te contrató mi padre, ¿verdad?

—Thaydra —repitió él, en tono de advertencia.

La sospecha iba afilando sus nervios.

—¿Quién eres?

—¡Deja de apartarte de mí! —gritó él—. ¡Estás haciendo justo lo que ella quiere, maldita sea...!

Thaydra dio un último paso atrás, alejándose de Arash y su rabia. El iris escarlata de Lluvia brilló y su silueta desapareció. Una corriente de aire detrás de Thaydra hizo que su cabello revoloteara.

Se volvió, presa del pánico, y vió a Lluvia lanzándose sobre ella. La antigua comandante tenía el brazo alzado y un puñal en la mano.

Arash la empujó fuera de la trayectoria de la puñalada. Frenó la cuchilla con la de su propia hoz y el golpe metálico resonó en el

desfiladero. Saltaron chispas de electricidad. Como única respuesta, Lluvia sonrió maliciosamente. Blandía un puñal idéntico en la otra mano, con el que atravesó la piel de Arash desde la cadera derecha al hombro izquierdo con la velocidad del sonido.

Thaydra gritó cuando la sangre salpicó el suelo.

Arash no emitió ruido alguno al principio. Se quedó paralizado un instante, a pesar de que el corte no era tan profundo como parecía, asimilando lo ocurrido.

—Es un puñal de drialita —le comunicó Lluvia, con satisfacción—. Los dragones sois inmunes a la drialita, es cierto. Pero, siendo seres de luz, ¿sois inmunes cuando combinamos la drialita con la oscuridad?

Un agudo estallido recorrió a Arash. Cayó de rodillas al suelo, desgarrándose la garganta en un intento de contener su alarido. Soltó la hoz y se llevó las manos al corte. Su camisa blanca se coloreaba con rapidez.

Lluvia lo contempló con desdén y sonrió: su plan había funcionado.

—Eso pensaba yo.

Alzó el puñal de nuevo. Arash era incapaz de moverse. Su cuerpo estaba paralizado; la sangre le ardía. Para él solo existía un pitido intenso. La oscuridad lo quemaba por dentro, aturdiendo todos y cada uno de sus sentidos.

Thaydra reaccionó por él. Sin tiempo para pensarlo, embistió a Lluvia antes de su siguiente golpe y las dos rodaron por el suelo.

—Pero i¿qué...?!

Lluvia la apartó de un empujón y se puso en pie de un salto. Thaydra también se incorporó, con más lentitud y el corazón

latiendo a mil por hora.

Lluvia contrajo los labios en un rictus de ira.

—¡Tú! ¿Cómo te atreves? —ladró.

Elevó el puñal y la cuchilla roja emitió un destello. La había pillado desprevenida porque se había olvidado de ella, pero daba igual. Se libraría de la princesa en un solo movimiento.

Thaydra respiraba entrecortadamente; la sangre en sus venas transportaba una mezcla de furia y terror. Envolvió los puños en fuego, ladeó el cuerpo y flexionó las piernas, en una de las posturas defensivas que le había enseñado Arash.

Lluvia soltó una carcajada al fijarse en que sus rodillas temblaban.

—Haces bien en permitir que el miedo reine en tu interior, mortal —dijo, socarrona—. Mas no temas, seré rápida. Me es indiferente matar primero a uno o a otro, el resultado será el mismo. Siempre tendréis el mismo destino.

Thaydra no entendió qué quería decir. Sin embargo, por mucho que el pavor la atenazara, no se movió ni un centímetro. Se interpuso entre la xieri y Arash, que seguía doblado sobre sí mismo. Su determinación de impedir que lo tocara de nuevo era superior a su incertidumbre, incluso a su miedo.

Un estridente rugido retumbó en el desfiladero. Varias rocas se desprendieron de lo alto de las paredes, rodando hacia abajo. Lluvia alzó la vista con brusquedad. Y, por encima de Thaydra, apareció un enorme dragón negro.

Thaydra notó el cambio de la presión en el aire y observó a la criatura con la boca abierta, muda. Se sentía como una hormiga a su lado. El dragón era corpulento y robusto, todo él cubierto de escamas de obsidiana, salvo sus alas, formadas por plumas del

mismo color. Su espina dorsal y su cabeza también estaban decoradas por esas mismas plumas. Tenía un par de gruesos y afilados cuernos marrones, largas garras del mismo color y detalles plateados en su cuello y hombros.

Arash aterrizó entre ellas, levantando una capa de polvo.

Clavó sus ojos plateados en Lluvia, que había reaparecido unos metros más allá. La pupila de Arash se había reducido a una mera rendija. Respiraba con pesadez y la sangre goteaba de su pecho, pero eso no lo detuvo.

Lluvia chasqueó la lengua. No se iba a arriesgar a salir herida cuando había tanto en el aire. Su plan de un ataque por sorpresa había fallado.

«Ahora entiendo por qué Karima la odia tanto», pensó, con un bufido. Saltó, envuelta en sombras, y se desvaneció.

Arash expulsaba el aliento en ráfagas irregulares. Sacudió la cabeza. El dolor en su interior remitía; su sistema iba purificando la oscuridad con la que Lluvia lo había contaminado. El desfiladero retumbaba con el eco de su respiración, algo más iluminado tras la desaparición de la xieri y la extraña tormenta que había traído consigo.

El dragón se giró como un trueno inesperado hacia Thaydra, gruñendo. Ella retrocedió un paso, intimidada. Había extinguido el fuego en sus manos, pero tuvo la tentación de encenderlo de nuevo. Por si acaso.

«¿Se puede saber por qué no has huido?», vociferó él.

Thaydra se encogió ante la potencia de la grave voz en su mente. Balbuceó, confusa, una respuesta ininteligible. ¿Acaso le molestaba que hubiera intentado defenderlo?

La garganta de Arash vibró con otro gruñido, pero, cuando se dio cuenta de que la estaba asustando, respiró hondo. Ella no se merecía su enfado. Apartó la vista y trató de calmarse.

«Me has salvado la vida. Pero, si Lluvia te hubiera matado, todo hubiera sido en vano», dijo algo más tranquilo.

Thaydra no entendía nada. Sentía el latido de su corazón en la garganta. Arash era un dragón majestuoso, imponente. Sus garras estaban demasiado cerca... y él parecía molesto con ella.

—Y-yo... ¡No iba a abandonarte! —exclamó ella. Su voz tembló—. ¿Acaso querrías que lo hubiera hecho?

Sus palabras resonaron en la mente de Arash, que la contemplaba con los ojos muy abiertos.

«¿Qué has dicho?».

Thaydra tragó saliva.

—Q-que no iba... —Cerró los puños—. Que no iba a abandonarte.

«¿Por qué?».

—Porque tú me salvaste la vida. Y aunque no... no entiendo quién eres exactamente... —Thaydra paró para inspirar con lentitud. Se llevó un puño al pecho—. Has cuidado de mí estas semanas, Arash. Puede que yo a ti te dé igual, pero tú a mí no. Eres, a veces, descortés y podrías ser más paciente, ¡pero me importas!

Arash arrugó la frente. Desvió la vista. Thaydra se fijó en que ya no caía sangre de su corte en el pecho y suspiró, aliviada.

—Además —continuó—, esa herida que tienes... Me has protegido. Yo también quiero protegerte.

Intentó calmar su respiración y aguardó su respuesta. ¿Estaba siendo demasiado inocente? Era cierto. Aunque sonara extraño, quería seguir junto a Arash.

Él exhaló su aliento de ceniza.

«Eres diferente a lo que esperaba, princesa».

A Thaydra se le escapó una tímida sonrisa.

—Supongo que yo podría decir lo mismo de ti —señaló—. Resulta que eres un dragón.

Había estado convencida de que era un draconiano, pero la verdad tenía mucho más sentido. Su afinidad, su conocimiento, su edad.

Arash rio con suavidad.

«¿Comprendes por qué no quería responder a tu pregunta sobre cuántos años tengo?».

Thaydra se llevó el dedo índice a los labios, recordando aquella noche.

—¿Y cuántos años tienes, entonces? —preguntó, curiosa.

Arash la observó de reojo.

«Lo desconozco. Más de dos mil años. ¿Te basta con eso?».

Thaydra se quedó con la boca abierta.

—Así que es cierto que los dragones sois inmortales... —murmuró.

Un sonido cavernoso brotó del pecho de Arash. Thaydra alzó la vista para mirarlo.

«¿Sigues dispuesta a viajar conmigo?», inquirió. Thaydra se fijó en que había tensado los hombros.

—Yo... —Thaydra suspiró—. Supongo que sí. Pero con una condición.

«Vaya, así que es ahora la princesa la que pone condiciones —bromeó él—. Adelante».

—Vas a contarme exactamente quién eres, cuál es tu objetivo y de qué conocías a Lluvia.

Arash resopló, levantando el polvo del desfiladero.

«De acuerdo —dijo—. ¿Crees que puedo limpiarme la sangre primero?».

Capítulo 25

El peligro



Avanzaron hasta el final del desfiladero y se acomodaron en una grieta en la pared rocosa. Thaydra optó por sentarse en el suelo de tierra, con las piernas cruzadas, mientras que Arash prefirió permanecer de pie.

Vestía una camisa azul y unos pantalones negros. Su ropa anterior había quedado hecha trizas al transformarse en dragón. Thaydra le había dado la espalda, cohibida, cuando regresó a su forma humana. Se había limitado a tenderle la ropa de recambio que tenía en su bolso sin mirar. Eso solo le había conseguido una risa burlona por parte de Arash.

—De acuerdo, princesa —habló Arash—. ¿Qué quieres saber?

Se cruzó de brazos, inclinando la cabeza hacia ella.

—¿Eres un dragón?

—Eso parece.

Thaydra puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué me lo ocultaste?

Arash desvió la vista hacia el exterior de la grieta, incómodo.

—Para que no hicieras preguntas al respecto.

—¿Qué soy yo para ti, Arash? —preguntó ella con el ceño fruncido —. ¿Para qué me necesitas? Porque está claro que mi padre no te contrató para que me protegieras, pero aun así lo haces. ¿Por qué mentiste? ¿A qué se refería la xieri cuando ha dicho que teníamos el mismo destino?

Arash exhaló el aire con pesadez. La observó de reojo.

—Es difícil de explicar.

—Arash —dijo ella, en tono bajo—. Por favor.

—Prefiero que no lo sepas. Al menos, no hasta más adelante.

Su respuesta disgustó a Thaydra.

—¿Por qué no puedo saberlo?

—Tengo mis razones.

—¿Cómo voy a fiarme de ti si insistes en ocultarme cosas de vital importancia? —señaló ella, apenada.

—Oh, pues estaría bien que confiaras un poco más en mí porque sí, princesa —gruñó él.

—Pero ya lo he hecho.

—Si no te hubieras apartado de mi lado, no habría tenido que protegerte luego.

—No me habría apartado de ti si no me hubieras ocultado que eras un dragón —le reprochó ella.

Los dos se quedaron en silencio. La estrategia de Lluvia había sido exactamente esa: dividirlos. Crear una brecha entre ellos generando desconfianza. Si Arash no se había lanzado a atacarla había sido para no dejar expuesta a Thaydra; Lluvia se habría desvanecido en sombras en cuanto él hubiera llegado hasta ella y no le habría dado

tiempo a regresar para proteger a Thaydra. Pero Lluvia había acabado por conseguir alejar a la chica de él de otra manera.

Thaydra insistió:

—Si me hubieras contado la verdad, no habría sospechado de tus intenciones. No me habría alejado de ti y ella no habría podido herirte con la drialita.

Arash chasqueó la lengua.

—*Touché*.

—No puedo confiar en ti si te empeñas en mentirme.

—No eres más que una humana —espetó él. Le dio la espalda—. No tengo por qué darte explicaciones, no tengo que...

—Prometiste contestar a mis preguntas.

—No a todas. Pero si tanto te molesta, viaja por tu cuenta. A ver cuánto tiempo sobrevives, princesa —replicó él, irritado.

Las mejillas de Thaydra se incendiaron de la vergüenza.

—Sería mejor que seguir viajando con alguien cuyas intenciones desconozco. ¿Quién me asegura que no planeas sacrificarme luego?

Arash rio por lo bajo.

—Menuda imaginación tienes. ¿No te basta con saber que te necesito viva en todo momento y que, por tanto, te protegeré?

Thaydra torció el gesto.

—Supongo. —Suspiró con tristeza. No era muy distinto a ser una princesa—. Pero si no confías en mí, ¿cómo quieres que yo confíe en ti?

Arash la miró por encima del hombro.

—Puedo vivir sin tu confianza.

Thaydra ignoró el pinchazo en el corazón. ¿Por qué tenía que ser así?

—Está bien. Como desees. —Se puso en pie, molesta—. Entonces, ¿cuál es tu verdadero objetivo? ¿Para qué vamos realmente hasta el reino de Erom?

—No te mentí cuando te conté que el plan es ir a Erom para que tú te quedes allí —respondió Arash. Thaydra se fijó en que sus hombros estaban más relajados ahora que habían cambiado de tema —. En Erom estarás a salvo. Así, yo podré marcharme y retomar mi búsqueda.

Thaydra frunció el ceño.

—¿Qué búsqueda?

Arash apartó la mirada, ocultando su expresión.

—No es asunto tuyo.

—Sí que lo es —protestó ella—. Cumple tu palabra, Arash. O continuaré yo sola.

Arash resopló exasperado.

—Busco a una dragona llamada Zheitszoh.

—¿Quién es esa dragona? ¿Es una enemiga?

—Era mi compañera —admitió. Se sentó en una roca frente a ella —. Pero desapareció hace algo más de trescientos años. Poco después de que empezara lo que vosotros llamáis la guerra del Alzamiento.

Thaydra intentó no amedrentarse, pero ¿qué significaba «compañera»? A juzgar por su rostro, algo más grande de lo que ella pudiera concebir.

—¿Por qué la buscas ahora? —preguntó. Aunque quiso evitarlo, su tono se suavizó. Era obvio que era un tema delicado para él—. ¿Ha pasado algo?

—Llevo buscándola desde entonces.

Trescientos años.

Llevaba buscándola trescientos años.

Arash espiró aire con lentitud y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Entrelazó los dedos de las manos.

—Es una historia un poco larga, pero supongo que esto sí te lo puedo contar. Recuerdas cuando te hablé del equilibrio del mundo, ¿no?

—Claro.

Había intentado preguntarle más sobre ese tema, pero él la había ignorado. Parecía que por fin iba a obtener su respuesta.

—Bien. Zheit y yo nos hemos encargado casi desde que tengo memoria del equilibrio de nuestro mundo, de Gaia. Gaia tiene un exceso de energía en su interior. Si no se estabiliza cada cierto tiempo, se desata poco a poco hasta ser incontrolable —explicó él.

Thaydra arqueó las cejas.

—Jamás lo habría imaginado. ¿En el núcleo? ¿Y vosotros dos...?

Arash esbozó media sonrisa.

—Es una información que los dragones guardamos celosamente. Solo Zheit y yo poseemos el poder de estabilizar esta energía. Y debemos hacerlo una vez cada doscientos años. Teniendo en cuenta que ella desapareció hace trescientos...

La princesa se cubrió la boca con la mano, sorprendida.

—Es por eso que decías que peligraba el equilibrio del mundo —recordó Thaydra. Arash asintió—. Lleváis ya más de doscientos años sin estabilizar la energía. Eso es...

—Exacto.

—Estamos en peligro —entendió. Miró a un lado y a otro, como si el mundo se fuera a destruir de repente—. ¿Qué va a ocurrir ahora?

Arash disimuló una sonrisa ante su reacción. Intentó ponerse serio. Ella apenas alcanzaba la edad adulta, pero ya tenía miedo de ver el final de los tiempos. Él había vivido su propio fin del mundo cada amanecer desde que su compañera había desaparecido.

—El primer aviso son los desastres naturales —respondió—. Aparecen poco a poco, aumentando su frecuencia y gravedad hasta ser incontenibles.

Thaydra tensó la espalda.

—La sequía de Drethol.

—Efectivamente. Ese es su origen. De seguir así, llegará un momento en el que el planeta entero será inhabitable. Eso, si no estalla antes el núcleo.

—¿Y cuánto...? ¿Cuánto tiempo...? —trató de preguntar ella, nerviosa.

Arash endureció la mirada.

—Vamos con doscientos años de retraso. El deterioro ya ha comenzado. Ahora que los nephrores han despertado y han empezado a abandonar el subsuelo, no nos queda mucho tiempo.

Thaydra bajó la vista a su regazo.

—Pero si después de todo este tiempo no la has encontrado...

Arash hizo una mueca.

—La busqué sin descanso y en vano durante décadas cuando desapareció. Pero eso no es todo. Después..., me pudo la desesperanza —admitió entre dientes—. Me enfadé. Abandoné. Estuve ausente durante dos siglos.

—¿Y por qué volviste?

—Hace diecisiete años, decidí volver a empezar.

—¿Cuando yo nací?

—Sí.

Thaydra supo que no era una coincidencia, pero supuso que estaría relacionado con la razón por la que la necesitaba y evitó preguntarle sobre el tema. Advirtió, sin embargo, que Arash era un dios. Se le había escapado antes por no ser «Arash» uno de los nombres conocidos, pero era un dragón igualmente. Su presencia cobró una dimensión inesperada: debía tratarlo con el respeto que siempre había reservado para sus dioses.

No obstante, la nueva dignidad de su compañero no significaba que desaparecieran todas las incógnitas, todos los peligros.

—Ausentaros durante doscientos años es un poco irresponsable por vuestra parte cuando peligra el mundo entero, ¿no? —lo acusó, sin poder evitarlo.

Arash se llevó una mano al cuello.

—No lo niego, pero... La desaparición de Zheitszoh me afectó más de lo que me gustaría admitir. —Frunció el ceño—. No uses conmigo ese lenguaje protocolario.

—Eres... Sois un dragón.

—No lo has usado antes, y no me gusta.

—Pero...

Él le dedicó un pequeño gruñido y Thaydra calló.

Aunque fuera en contra de sus enseñanzas sobre el respeto a los dioses, era cierto que la formalidad levantaría barreras, justo las que ella se estaba esforzando en derribar.

Ladeó la cabeza, recuperando la familiaridad con él.

—¿Qué era ella para ti?

—Mi compañera —repitió él y, algo más inseguro, añadió—: Mi pareja. Yo amaba a Zheit.

—Lo siento mucho, Arash.

Aunque quiso estirar la mano para rozar la suya, no lo hizo. Arash hundió los hombros y apartó la mirada.

—No lo sientas, princesa. Zheitszoh me abandonó. Si no la he encontrado, es porque ella así lo ha querido. —Apretó los puños—. Si hubiera desaparecido por otra razón, ya habría dado con ella. He recorrido el mundo entero. Cada rincón.

Thaydra se mordió el labio inferior. Lo pensó durante unos segundos y, al final, preguntó:

—¿Es posible que muriera durante la guerra?

Arash negó con la cabeza.

—Nosotros no nacimos con este poder. Se nos otorgó, del mismo modo que podríamos traspasarlo a otro dragón de así quererlo. Si hubiera muerto, su poder se habría transferido a otro dragón al cabo de un tiempo. Es un poder vital para Gaia y, como tal, siempre existirá. Más allá de ella y más allá de mí.

Thaydra torció el gesto.

—Ya veo. Entonces, ¿qué crees que fue de ella?

Su desaparición era difícil de explicar.

—Si se cansó de mí y se cansó de su responsabilidad... —Arash tensó la mandíbula. Sus ojos plateados brillaron con furia contenida —. ¿Por qué no traspasó su poder antes de desaparecer? No le habría costado nada. Es una egoísta.

—Ya —murmuró ella, sin saber qué decir para consolarlo. Extendió una mano y la puso en el hombro de Arash—. No te preocupes. Seguro que la encontramos.

Arash rio con amargura.

—¿Ahora hablas en plural, princesa? ¿Qué podrías hacer tú para ayudarme?

Thaydra apartó la mano y se encogió, dolida. Tenía razón. ¿Qué podría aportar ella, una princesa inexperta que apenas estaba aprendiendo a luchar y no sabía nada del mundo más allá de Drethol?

Arash la observó. Experimentó una desagradable presión en el pecho al comprender que la había herido. Le sorprendió esa extraña sensación. Debería haberle dado igual, pero había dejado de ser así.

—Solo quería acompañarte —musitó Thaydra con la mirada clavada en el suelo—. Para que no estuvieras solo.

Arash frunció el ceño. No dijo nada. Thaydra suspiró con pesar. Los segundos pasaron y el silenció se apoderó de la escena.

—¿Qué otra razón tienes para ir a Erom, aparte de dejarme allí?

¿Sería capaz ella de quedarse en Erom y verlo marchar, sabiendo que el mundo entero estaba en peligro? No quería que cargara él solo con la responsabilidad de encontrar a Zheitszoh. Pero si él no la quería a su lado, poco podía hacer ella. ¿Realmente iba a atreverse a dejarla allí, si tan importante era? ¿Cuándo le iba a contar toda la historia?

—Según tengo entendido, hay un oráculo —explicó Arash más tranquilo—. Una draconiana que nació con el poder del tiempo. Mi intención es preguntarle sobre Zheitszoh. Quizá ella pueda darme una pista sobre dónde está, o ha estado, o estará.

—Ya veo —dijo Thaydra—. Tengo una pregunta más.

Aunque no sería la última. No se rendiría tan fácilmente. Arash había cumplido parte de su deber contándole todo lo demás, y

estaba dispuesta a ser paciente. Eso no significaba que estuviera dispuesta a dejarlo pasar.

—Sorpréndeme, princesa.

—La xieri, Lluvia —quiso saber ella, irguiéndose—, dijo algo de que Arash era como te hacías llamar ahora. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

Arash resopló. Se levantó y emprendió la marcha. Thaydra lo alcanzó con rapidez.

—¿Te he ofendido?

—Supongo que no.

—Entonces, ¿cuál es?

—He sido portador de muchos nombres a lo largo de la historia. Arash es el que más me gusta, y es el que suelo utilizar. Pero los humanos siempre me habéis llamado con uno que tú conoces.

Thaydra arqueó las cejas.

—¿Cuál?

Arash la miró de reojo, divertido.

—Te vas a sentir avergonzada cuando te lo diga.

—Claro que no.

—Te he avisado.

—Quiero saberlo.

Arash sonrió, socarrón.

—Aridam —confesó—. Vuestro dios de las tormentas.

Thaydra se detuvo en seco, ruborizándose de los pies a la cabeza.

Capítulo 26

El reino de la colina



Tras caminar un par de horas más, ella y Arash se habían instalado en un desnivel en la tierra de la árida llanura. Thaydra había querido echarle un vistazo al corte de Arash, pues seguía preocupada, pero él no se lo había permitido. Le aseguró que, con la oscuridad fuera de su sistema, el corte no era grave en absoluto.

Thaydra repasaba una y otra vez lo dicho por la comandante xieri.

«Me es indiferente matar primero a uno o a otro, el resultado será el mismo. Siempre tendréis el mismo destino».

Frunció el ceño. Estaba tumbada boca arriba, con las manos en el abdomen, sumida en sus pensamientos mientras observaba las estrellas. La idea le resultaba preocupante. Sonaba como un vínculo y esto hizo que el frío reptara por su espalda. Pero no podía serlo, ¿verdad?

—¿De qué conocías a Lluvia? —inquirió en voz baja. Sabía que Arash la oiría.

Esa noche no habían encendido una hoguera por si acaso. Thaydra echaba de menos el fuego.

Arash resopló. Estaba tumbado de espaldas a ella, utilizando un brazo doblado como almohada.

—Me enfrenté a ella en distintas ocasiones durante la guerra del Alzamiento.

—¿Y eso?

—Era una xieri. Una aberración —dijo Arash con dureza—. Quise eliminarlos entonces de la misma forma que lo deseo ahora.

«Es verdad —recordó Thaydra—. Los odia».

Era cierto que eran peligrosos. Y crueles.

—En cuanto me enteré de su existencia, quise borrarlos del mapa. Lo muerto debería quedarse muerto, y más si se lo revive utilizando el poder de la oscuridad. Sin embargo... —Apretó los dientes—. Eran demasiado poderosos, incluso para mí. Estuve cerca, pero nunca logré matar a Lluvia.

—¿Por qué los dragones no ayudasteis a los draconianos en la guerra? —cuestionó Thaydra, curiosa. Giró la cabeza hacia él, aunque no podía ver ninguna de sus expresiones—. Solo intervinisteis para ayudar a los humanos.

Arash bufó.

—No fue para ayudar a los humanos. Fue para detener al General. Amenazaba con destruir el mundo entero.

Thaydra apretó los labios.

—Ya veo.

—Los conflictos de los mortales no nos interesan lo más mínimo.

—Pero... ¿no son similares los draconianos a vosotros?

Arash soltó una carcajada.

—Cuidado con qué dragón te escucha decir eso, princesa. Muchos consideran a los draconianos una aberración, del mismo modo que

lo hago yo con los xieri. ¿Humanos que pueden tomar forma de dragón? Menuda ofensa.

—Entonces, los draconianos son humanos que pueden tomar forma de dragón. Y los dragones son... Bueno, ¿dragones que pueden tomar forma humana? ¿Qué diferencia hay?

Arash resopló.

—Es mucho más que eso, princesa. Los draconianos son vulnerables a la drialita. Los dragones, a la energía oscura. Por suerte, en su forma humana los xieri están más limitados, y solo a través de la drialita pueden infiltrar esa oscuridad en nuestro organismo. Los draconianos son mortales; los dragones, inmortales. Los draconianos solo tienen una afinidad y los dragones podemos tener dos.

Thaydra arqueó las cejas.

—¿Tú tienes dos afinidades?

—Así es.

Esperó a que continuara, pero no lo hizo. Ella suspiró, cansada.

—No me vas a decir cuál es la otra, ¿no?

—Enhorabuena, princesa. Has acertado.

Thaydra miró de nuevo al cielo, resignada. Las siluetas de un par de murciélagos pasaron por delante de la luna. Arash seguía envuelto en un aura de misterio, pese a todo. ¿Por qué se empeñaba en mantener las distancias? ¿Era por lo ocurrido con Zheitszoh? Intuía que había algo más, y ese algo era precisamente lo que Thaydra deseaba saber.

—Entonces, los dragones no sois dioses —murmuró casi sin darse cuenta.

El rubor en las mejillas regresó. Ella misma le había rezado a Aridam frente a él, que había resultado ser ese mismo dios de las tormentas. ¿Cuántas veces lo había hecho? ¿Cuántas veces la había oído? ¿Y cuántas la había ignorado?

Se sentía ridícula.

—Lamento decepcionarte —ironizó Arash—. Soy demasiado capullo para ser un dios, ¿no crees?

El comentario le hizo gracia a Thaydra. Se le escapó una pequeña carcajada porque estaba de acuerdo, aunque solo fuera en parte.

Arash frunció el ceño.

—Es la primera vez que te escucho reír.

Thaydra volvió la cabeza hacia él, sorprendida. Era cierto.

—¿Tengo permiso, Arash? —murmuró ella, abrazándose las piernas—. Siento que no merezco disfrutar de la vida cuando Azra ya no está. Ella nunca volverá a reír.

Parpadeó repetidamente para contener las ácidas lágrimas. Intentaba no pensar tanto en ella, pero era imposible. ¿Cómo olvidarla?

Arash se irguió para contemplarla por encima del hombro.

—Tu hermana se sacrificó por ti, ¿no es así?

—Sí.

Y Arash se tumbó de nuevo.

—Puedes reír —dijo con suavidad—. De hecho, debes. Debes luchar por disfrutar de la vida, princesa. Si no lo haces, el sacrificio de tu hermana habrá sido en vano.

Thaydra esbozó una sonrisa triste.

—Tenéis razón —suspiró—. Gracias.

Arash, sin embargo, torció el gesto. ¿Por qué se preocupaba ahora de que ella se sintiera bien? Debería haberla ignorado.

—Sin formalidades.

—Perdón.

Se esforzaba para que no se le escapara, pero le resultaba aún más complicado desde que Arash había resultado ser uno de sus dioses. Eran muy diferentes a cómo ella los había imaginado.

Pasaron los minutos. Arash pensó que Thaydra se había quedado dormida al fin. Sin embargo, su voz reapareció de la nada.

—¿Puede crearse un vínculo con un dragón?

—No. Los dragones son inmunes a la drialita —contestó él con sencillez.

—Excepto si está combinada con energía de la oscuridad.

—Exacto.

—¿Y si se combina con la luz?

—Es solo un pedrusco.

Hubo un pequeño silencio y Thaydra se recolocó en su improvisado lecho.

—¿Puede un dragón convertirse en un xieri? —preguntó, algo preocupada.

Arash entornó los ojos, considerando la respuesta adecuada.

—La oscuridad es nuestro mayor enemigo —confesó—. Un dragón convertido en xieri... Sería el peor de los destinos. O bien estaría en agonía constante, o bien se acabaría deteriorando con el tiempo.

Sería como estar condenado a vivir eternamente en el umbral entre la vida y la muerte.

Cyal paraba a menudo a admirar los tallos del trigo. Le parecían fascinantes, con sus hojas alargadas y sus hileras de granos. Allá donde miraba, el terreno estaba cubierto de amarillo y ocre. Los campos eran vastos, resplandeciendo bajo la luz del sol en medio de un cielo despejado.

Eira, sorprendentemente, se lo permitía. Lo observaba, conteniendo a duras penas la sonrisa. Cyal casi podía camuflarse entre el trigo, con su pelo rubio y sus ojos dorados.

Ya estaban en territorio de Auria. La ciudad que daba nombre al reino se alzaba en una colina inmensa al final de los campos. Estaba bordeada por una muralla de piedra blanca que les impedía ver el interior, pero era mucho más grande que Drethol.

En el centro se alzaba el castillo de Auria, de piedra azul oscuro. Ostentaba orgulloso cinco torres de tejado rojo en pico. Por lo alto que era, debía de tener al menos cuatro plantas. Las casas y edificios se extendían a su alrededor, como vasallos mostrando su respeto hacia la estructura.

Cyal estaba impaciente por explorar Auria. Por el momento, sin embargo, se conformaba con estudiar uno de los cereales más extendidos por todo el continente.

Uno de los aspectos que más le gustaba de haber salido de Drethol era que no dejaba de aprender cosas nuevas.

Eira se había pasado prácticamente toda la semana en silencio, a excepción de alguna que otra indicación durante sus entrenamientos. Se esforzaba en borrar su rastro cada mañana, para que nadie pudiera seguirles la pista. Graialan tardaría en reaparecer, pues lo había herido gravemente. Pero regresaría.

—¿No te llevabas bien con los demás comandantes? —inquirió Cyal, un par de pasos por detrás de ella.

Eira entornó los ojos, caminando entre los cultivos de trigo. Alzó la vista al cielo, como si temiera que Graialan fuera a descender sobre ellos.

—Graialan me odiaba por ser la mano derecha del General —explicó—; jamás le gustó que estuviera por encima de él.

—Sí, algo he podido ver... —masculló Cyal.

—Sucedía algo parecido con Biastria —continuó—. La única con la que me llevaba bien, y mi única amiga, era Tuila.

—Y por eso quieres encontrarla —concluyó Cyal.

Cada vez que la mencionaba, su curiosidad por la tal Tuila aumentaba. ¿Cómo había sido? ¿Por qué seguía Eira pensando en ella? Sabiendo que la habían obligado a matar a tantos, ¿le habría ocurrido algo similar a su amiga?

Eira asintió con convicción.

—Tan solo he de encontrarla antes de que Graialan y esa Emperatriz lo hagan.

—Espero que podamos hallar alguna pista en Auria.

Eira lo observó de reojo.

—¿Me ayudarás?

Cyal sonrió.

—Claro. Ahora que me has enseñado a leer, podré visitar la biblioteca contigo.

Eira no dijo nada más, pero Cyal vio que las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

No mucho después de eso, llegaron a la base de la colina. Divisaron a algún que otro campesino en la distancia, todos ellos

demasiado lejos para fijarse en la mirada de sangre de Eira.

En el interior de la ciudad, sin embargo, iba a ser distinto.

—Eira, lo único que se me ocurre para que la gente no vea tus ojos es que vayas con la cabeza agachada —dijo Cyal con una mueca—. Y que solo mires al suelo.

Eira gruñó, pero no se opuso. Sabía que tenía razón. No obstante, se les presentó un nuevo problema: el portón de la muralla estaba vigilado por guardias. Tras observar durante un rato, entendieron que siempre había al menos dos de ellos custodiando la entrada.

—Eh... ¿Cómo entramos? —preguntó Cyal pasándose una mano por el pelo. No se le ocurría nada.

Eira lo agarró de la muñeca. Cyal, con las mejillas rojas, giró la cabeza repentinamente hacia ella.

—Cierra los ojos si no quieres marearte, humano.

Y Cyal obedeció. Dedujo que Eira los transportaría con las sombras. Mejor, porque si se adelantaba ella y le dejaba entrar solo, los guardias tendrían preguntas. Las noticias sobre los xieri habrían llegado a través de los mensajeros y quien intentara entrar solo, sin causa justificada, levantaría sospechas en esas circunstancias.

Eira creó una esfera de agua comprimida. La lanzó al suelo al lado izquierdo de los guardias que estaban en el portón. Utilizó el segundo en el que desviaron la mirada para pasar por encima de sus cabezas, tomando la forma de una fina columna de bruma negra.

Dobló la esquina del primer callejón que vio y ambos se materializaron entre un montón de cajas de madera. Cyal sacudió la cabeza, aturdido. Eira se esforzó en que su respiración no variara en absoluto, a pesar del esfuerzo que supuso para ella esta acción.

Había sido más distancia de la habitual, sí, pero no tendría que haberle afectado tanto...

—Eh... Bueno, pues ya estamos dentro —celebró Cyal y puso los brazos en jarras—. Y ahora, ¿qué?

Eira se irguió.

—Ahora, humano, cumplimos el primer objetivo de nuestra visita.

Cyal ladeó la cabeza para mirarla con el ceño fruncido.

—¿Que es...? —La instó a continuar.

—Hablar con tu padre —espetó ella con frialdad—. ¿No era eso lo que querías de esta ciudad?

Cyal se quedó de piedra. Por mucho que lo deseara, también le hubiera encantado posponer de manera indefinida esa conversación. Después de todas esas noches de pesadilla, y pese al largo viaje, seguía sin saber qué decirle al rey de Auria.

Capítulo 27

Auria



Eira y Cyal caminaban por las calles de Auria. Arquitectónicamente, era un lugar muy distinto a Drethol. Cyal no paraba de mirar a un lado y a otro, fascinado.

Sus avenidas eran anchas y de suelo allanado, cubierto con losas de piedra gris. Había varios árboles de tronco marrón y frondosa copa verde plantados en línea recta a un lado y a otro, con bancos para que la gente se sentara a descansar si lo deseaba. Las casas y edificios, alguno de hasta tres plantas, también estaban perfectamente alineados. Las paredes eran de color azul oscuro rematadas por tejados planos en su mayoría, muy pocos de ellos eran a dos aguas.

En la plaza Triena, la principal de la ciudad, había un mercadillo. A diferencia del de la plaza Venturina, era ordenado y tenía puestos de madera sólida. Eira y él lo atravesaron con algo de dificultad, debido a la gran cantidad de personas concentradas, pero Cyal no pudo evitar pensar lo fácil que habría sido robar allí. La gente sostenía los bolsos a la vista y contaba las monedas en la palma de sus manos.

También vestían telas y trajes mucho más coloridos y muchísimo más cuidados que las gentes de Drethol.

La plaza era cuadrada, con soportales sostenidos por elaboradas columnas en espiral. Los edificios contaban con bonitos balcones, adornados con arcos y relieves. En cada esquina de la plaza se alzaba la estatua de un dragón, todas hechas de bronce. El brillo verdoso en algunas zonas del metal indicaba su antigüedad.

Al otro lado de la plaza, ya cerca del castillo, se encontraba el templo de la ciudad, consagrado a Hereshia. Su estructura adoptaba las mismas torres picudas del castillo, aunque todo era de piedra blanca, impoluta, con vidrieras de colores en la fachada y gárgolas con forma de dragón en la cubierta.

El traje de Eira, como era de esperar, llamó la atención de muchas de las personas con las que se cruzaron. La ropa de Cyal le consiguió un par de miradas furtivas. Afortunadamente, salvo por algún que otro susurro, nadie hizo nada al respecto.

A Cyal le sorprendió la diferencia en la forma en la que se paseaban las personas en comparación con Drethol. En Drethol, todos parecían ir siempre con prisa, empujándose. En Auria, la gente caminaba más tranquila y espaciada. El ambiente era también menos asfixiante; sus pulmones no se veían atosigados por el polvo que se levantaba de las calles de tierra, o por la arena que el viento arrastraba del desierto.

Aun así, no era todo perfecto. Los mendigos estaban presentes en muchas de las esquinas.

Del mismo modo que sucedía en Drethol, también había guardias patrullando las calles. Estos vestían un uniforme marrón, protegidos con una armadura ligera de tonos azules y plateados. Portaban

cascos, algo que habría sido imposible en el calor del desierto. En la placa del pecho tenían pintado el escudo de Auria: tres espirales enlazadas alrededor de un dragón.

Cyal y Eira se aproximaron al castillo, que era todavía más impresionante de cerca. Cyal se quedó parado, observándolo con la boca abierta. Eira se detuvo junto a él, analizando la estructura con el ceño fruncido.

Estaba rodeado por un foso de agua. Una rampa de madera y cadenas de metal ejercían de puente para acceder a la entrada, cuyas rejas en ese momento estaban subidas. Se vislumbraba el patio interior, amplio y circular.

Los guardias custodiaban el acceso, equipados con espadas y lanzas. Antes de que Eira pudiera detenerlo, Cyal se acercó a ellos.

—¿Qué quieres, chico? —preguntó uno, irritado. Al fin y al cabo, la vestimenta de Cyal estaba lejos de reflejar un alto cargo, como un noble o líder de gremio.

Cyal tragó saliva. Quizá tendría que haber pensado mejor qué diría antes de aproximarse. Comprobó por el rabillo del ojo que Eira se había quedado atrás y contuvo una maldición.

—He venido a pedir audiencia con el rey.

«Es así como se dice, ¿no?», pensó, nervioso. Era lo que había oído en ocasiones al merodear cerca del palacio real en Drethol.

Los dos guardias intercambiaron una mirada. El que había hablado soltó una carcajada seca.

—¿Tú? —dijo el otro, entre la sorna y la incredulidad—. ¿Qué asunto tan urgente podría tener un pobre muchacho como tú con su majestad el rey?

—Es importante —optó por responder Cyal. Si contaba la verdad, que era hijo del rey, se reirían en su cara, como acababan de hacer —. Se trata de un asunto personal.

—Personal —repitió el primer soldado con parsimonia.

—¿Crees que dejamos pasar a cualquiera que alegue que tiene un asunto personal con el rey? —se mofó su compañero.

Cyal apretó los puños, frustrado.

—¿Y cómo se supone que voy a hablar con él, si no?

La diversión había desaparecido de los rostros de los guardias. Asieron con más fuerza los astiles de las lanzas.

—Será mejor que vuelvas por donde has venido.

—El rey no recibe visitas sin cita. Y, desde luego, no va a recibir a alguien como tú.

Cyal se tragó su ristra de insultos. Regresó derrotado con Eira, que lo miraba con semblante de piedra.

—Pues... no ha funcionado —fue lo único que se le ocurrió decir.

—¿Acaso esperabas que lo hiciera, humano? —replicó ella y Cyal enrojeció.

—Vale, vale. ¿Cómo entramos, entonces?

Eira alzó la vista. Varios balcones sobresalían de las torres. Cyal siguió la dirección de su mirada. Hizo una mueca.

—¿Vamos a colarnos dentro?

—¿Sugieres otra cosa? —replicó ella con frialdad.

—Ya, pero... —Cyal se llevó una mano a la frente, echando hacia atrás los mechones de pelo rubio que caían sobre ella—. Haciéndolo así, ¿qué vamos a conseguir? Que intenten apresarnos en cuanto nos vean. Y si vamos directos al rey, se va a asustar.

Eira se mantuvo en silencio. Cyal resopló.

Era cierto que no se le ocurría otra manera; ya había intentado sin éxito alguno hablar con los guardias. Pero se veía pasando la noche en los calabozos.



El hastío del rey Riusel era evidente. Había apoyado la mejilla en la palma de su mano y se esforzaba por escuchar, pero era una tarea tediosa. Llevaba toda la mañana atendiendo peticiones de los nobles. Su consejero leía una carta tras otra, y aún quedaba un generoso montón de ellas en la mesa.

Estaba en la sala del trono, una amplia y luminosa estancia con su propio inmenso balcón ocupando casi toda la pared derecha. Un elaborado candelabro de oro colgaba del techo con las velas permanentemente encendidas. Sus aposentos tenían pocas ventanas, con el fin de dificultar el acceso de cualquiera que consiguiera superar las barreras de los guardias, posicionados en el exterior. Mirar hacia fuera era una experiencia limitada a momentos como aquel.

—¿Majestad?

Riusel parpadeó. Sin darse cuenta, había dejado de prestar atención a lo que su consejero, lord Marchiol, estaba leyendo.

—¿Sí, Marchiol?

El consejero se aclaró la garganta y repitió:

—El conde de Thiardel acepta vuestra invitación a la partida de caza, majestad.

—Excelente —asintió Riusel. Se irguió de nuevo en su asiento.

La reina estaba instalada en su propio trono, junto a él. La mujer, que mantenía la espalda perfectamente recta y una pierna cruzada sobre la otra durante horas, observó a su marido de reojo.

—El duque de Chasron solicita una reunión en privado para discutir el avance de los xieri, majestad —continuó lord Marchiol—. ¿Qué deseáis responder?

Riusel se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—Sí, el problema es grave. Informa al duque de que reuniré a todos los nobles a la mayor brevedad posible para tratar esa cuestión. Aunque por ahora parece que permanecen en Drethol.

—Mi señor —habló la reina antes de que el consejero, que ya había abierto la siguiente carta, continuara—, ¿no creéis que es buen momento para un descanso?

Riusel suspiró profundamente.

—Todavía tengo mucho trabajo por delante, querida.

—Precisamente por eso os vendrá bien un descanso, mi señor. Necesitáis despejar la mente.

—De acuerdo —cedió—. Que así sea, entonces.

Pero justo cuando lord Marchiol cerraba la carta, cuando el rey Riusel y su esposa se levantaban, una pequeña bola de brumas se materializó en la alfombra azul que llevaba hasta los pies del trono. Lord Marchiol abrió los ojos como platos y saltó hacia atrás. Las sombras crecieron en tamaño hasta convertirse en dos personas: un chico rubio de piel morena y una joven mujer de cabello pálido y tez de alabastro.

—¡Xieri! —gritó lord Marchiol.

Cyal sacudió la cabeza, aturdido, pero logró escucharlo.

—¿Qué? ¡No!

Riusel se inclinó hacia delante con urgencia, protegiendo a su esposa. Había enviado a su draconiano a entrenar con las tropas, pero no estaba indefenso. Aunque era cierto que aquel muchacho no parecía un xieri, no iba a arriesgarse.

—¡Guardias!

Cyal palideció al ver al instante diez lanzas apuntándolos, demasiado cerca de su cuello para su gusto. No tenían espacio para moverse. Eira, en cambio, no se inmutó. Mantuvo la vista clavada en el suelo, tal y como Cyal le había pedido.

—¡Intrusos! —vociferó la reina, poniéndose en pie—. ¿Cómo osáis?

El rey hizo lo propio.

—Guardias, lle...

—¡Esperad! —suplicó Cyal. Se encogió al darse cuenta de que había interrumpido al rey. Se forzó a seguir a pesar de lo rápido que latía su corazón—: Solo queremos hablar.

El rey Riusel levantó la voz, indignado, pero calló al fijarse en los ojos del chico. Dorados, como los suyos. La reina reparó en lo mismo. Se llevó las manos a la boca, abrumada.

—Mi señor, ¿estáis viendo lo mismo que yo?

—¿Qué clase de brujería es esta? —bramó Riusel, bajando los escalones. Su larga capa azul se deslizó detrás de él.

—Majestad —habló su consejero, que ya se había recompuesto—. El chico posee los ojos dorados del linaje de Otar.

Eira tensó la espalda al escuchar el nombre: Otar.

—Chico —dijo Riusel, justo detrás de los guardias—. ¿De dónde vienes?

Cyal se había quedado de piedra. El rey se detuvo frente a él, con un gesto casi de temor. Era extraño ver a alguien con sus ojos, si bien los de Riusel ya estaban enmarcados por alguna que otra arruga. Su pelo rubio era idéntico al suyo, acompañado por una barba perfectamente recortada. Era de su misma altura, aunque el rey tenía los hombros más anchos y era más robusto en general. Su nariz, igual de recta, sus labios finos y la mandíbula definida. Cyal lo reconoció como si se mirara en un espejo. La diferencia más evidente entre ambos radicaba en el tono de su piel: era la tez clara de alguien que se mantenía fuera del alcance del sol.

La nobleza en Auria tenía gustos contrarios a la de Drethol: allí se valoraba, sobre todo, una piel lo más blanca posible.

Eira también se percató de las similitudes entre él y Cyal, aunque decidió no intervenir. Se le encogió el corazón.

Cyal abrió y cerró las manos, nervioso. Las lanzas seguían en el aire, ante la atenta mirada de todos los presentes.

—Vengo desde Drethol, majestad. —Respiró hondo y miró a Riusel a los ojos—. Mi abuela... —Apenas consiguió contener el dolor del recuerdo—. Mi abuela me dijo que el rey de Auria es mi padre, y que mi madre fue exiliada a aquellas tierras antes de tenerme.

La reina, todavía en la plataforma del trono, soltó una exclamación. Riusel arqueó las cejas, y algo en su rostro pareció ablandarse.

—¿Cómo se llamaba tu madre, chico?

Cyal dudó. Su madre era una memoria tan distante que le costó recordarlo. Para él no era más que una vaga sombra, una más de las historias de su abuela.

—Constinthe, majestad.

El rey alzó una mano.

—Guardias. Apartaos.

Los guardias obedecieron al instante, retrocediendo un paso e irguiéndose. Pusieron rectos los astiles de las lanzas y regresaron a sus posiciones sin cuestionar la orden.

Riusel se acercó un poco más y Cyal contuvo la respiración.

Tenía frente a él al hombre responsable de la muerte de su madre, según su abuela. Riusel había seguido con su vida sin preocuparse por lo sucedido; había tomado a otra mujer como esposa y gobernaba Auria, impune. Mientras, él había crecido en la inmundicia, en un desierto. Había pasado hambre y sed, y había visto a su abuela encorvarse y necesitar un bastón.

—Mis padres me informaron de que Constinthe falleció —confesó Riusel—. Fui instado por ellos a ver su cadáver, pues me negaba a creer la versión oficial. —Bajó la voz—. Mas nunca se me dijo nada de un hijo. Cuando exiliaron a Constinthe, ella no mostraba señales de estar encinta.

Cyal jadeó.

—Mi abuela dijo que fuiste tú quien envió a asesinos tras mi madre —murmuró, olvidándose de emplear las formalidades necesarias.

El rey lo dejó pasar. Sin embargo, frunció el ceño.

—Parece que tenemos mucho de lo que hablar, chico. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Cyal.

—Cyal, pues. —Miró a la reina por encima del hombro—. Blanche, mi señora. Creo que los ojos son señal suficiente. No hay duda alguna: es mi hijo.

Cyal se tensó. La reina se mantuvo en silencio mientras descendía el par de escalones de mármol. La falda de su vestido azul, a juego con el traje del rey, se deslizó por la alfombra. Los rizos castaños que enmarcaban su rostro pálido, fuera de su elaborado recogido, temblaron con cada paso que dio.

Al contrario de lo que hubiera podido esperar, Blanche sonrió. Fue una sonrisa cálida que descolocó por completo a Cyal.

—Cyal —proclamó—, príncipe de Auria. Es un placer conoceros, alteza.

La mujer hizo una pequeña reverencia con la cabeza y Cyal se puso rojo como un tomate. Había esperado odio por parte de la reina. Había aparecido de la nada, resultando ser el hijo de su marido con otra mujer. ¿Acaso no le importaba? ¿Por qué lo miraba con ternura? Los cuentos siempre hablaban de las madrastras como una figura horrorosa. Había supuesto que, aunque lo tratara con aparente cordialidad, intentaría menospreciarlo, mantenerlo a distancia y lo más alejado posible de la familia real.

En vez de eso, se refería a él como príncipe. ¿Qué había de los hijos que tuviera ella con el rey? ¿No temía que les disputara el trono, aunque él no tuviera la más mínima intención de hacerlo? ¿Y por qué Riusel había admitido que era su hijo con esa facilidad?

Se volvió para buscar la ayuda de Eira, pero esta seguía con la vista clavada en el suelo.

—Vuestra llegada ha sido, como mínimo, inesperada —prosiguió la reina Blanche, con suavidad. Recuperó la seriedad antes de continuar—: ¿Quién os acompaña?

Los músculos de Cyal se tensaron como si esperaran un ataque. Tanto el rey como la reina tenían sus miradas fijas en Eira, que

mantenía la cabeza agachada.

No había pensado qué decir sobre Eira. No esperaba esa aceptación en el castillo. No había tenido tiempo real para prepararse. Sobre todo, porque había ido con la idea de que su padre era el responsable de la muerte de su madre y todo cuanto había hecho era pensar en cómo recriminárselo. Su intención había sido aparecer, hablar con el rey, ser rechazado y marcharse para nunca más volver.

Sin embargo, parecía que las cosas no eran exactamente como le habían contado. ¿Cuál era la verdadera historia de sus padres?

Tuvo que improvisar.

—Ella es Eira. Es quien me ha ayudado a llegar hasta aquí y me ha protegido todo este tiempo. —Frunció el ceño—. Es mi draconiana. Tenemos un vínculo.

Observaba a Eira de reojo, inquieto. Temía que se molestara y alzara la vista de golpe. Pero ella, salvo por las casi imperceptibles líneas que se dibujaron entre sus pálidas cejas, no dijo nada. Cyal albergaba la esperanza de que entendiera el propósito de la mentira que estaba contando: protegerla.

Si Eira y él estaban vinculados, aunque dijera que era draconiana, nadie intentaría apropiarse de ella. Por mucho que le disgustara hablar de Eira como si fuera una posesión, aquella era la única manera de mantenerla lejos de las zarpas de la corte.

Pero no se detuvo ahí.

—Escapamos del ataque a Drethol a duras penas. Por desgracia, en el proceso, Eira fue transformada en xieri —concluyó.

Eso les permitiría creer que su transformación era reciente. Los alejaría de cualquier otro tipo de sospecha y jamás averiguarían que

Eira era, en realidad, la Muerte Escarlata. Si descubrían eso, sería imposible que la aceptaran.

Los guardias la apuntaron de nuevo con las lanzas, alarmados. Eira gruñó con cierta desaprobación, pero continuó quieta como una estatua.

—Oh, pobre criatura —murmuró Blanche llevándose una mano al pecho—. No alcanzo ni a imaginar lo mucho que habrá sufrido...

El rey permaneció unos segundos en silencio. Cyal aguardó alerta, el latido de su corazón retumbando en sus oídos, pero mantuvo el mentón alzado.

—Guardias —bramó el rey—. Apartad las armas inmediatamente.

Los guardias obedecieron. Cyal contuvo la respiración. Temía hacerse ilusiones, pero estaba casi seguro de que su mentira había sido lo suficientemente útil como para que ambos sobrevivieran la audiencia.

—Si es a ella a quien he de dar las gracias por tener a mi hijo de vuelta, estoy dispuesto a hacer una excepción —dijo el rey, solemne —. Cyal, hijo, ¿jurarás, por Hereshia, que, aunque sea una xieri, no hará daño alguno a mi reino?

—Lo juro —contestó Cyal sin dudarlo.

Riusel sonrió.

—Que así sea. —Alzó los brazos—. Sed bienvenidos a Auria.

Capítulo 28

Cuestión de linaje



—Eira, por favor.

Rígida e impasible como una estatua, Eira permaneció con los brazos cruzados y de espaldas a él. Analizaba la actividad en el exterior desde el amplio ventanal de cristal de los aposentos que le habían asignado.

Sus habitaciones estaban unidas por una puerta. En cuanto los pajes los habían dejado en paz, Cyal había recorrido el espacio que los separaba con desesperación, dispuesto a disculparse. Como era habitual, Eira había ignorado cada uno de sus intentos.

Cyal suspiró con pesadez. Se llevó una mano al cuello, incómodo. Entendía que estuviera molesta con él, pero no sabía qué más hacer.

Estudió la estancia. No había visto tanto lujo en un solo lugar en toda su vida. Si esas eran las estancias de los invitados, ¿cómo sería la del rey? ¿Cómo vivía la gente así? Con paredes de piedra oscura, cubiertas con tapices azules; con el suelo lleno de alfombras de ese mismo color y con detalles dorados. Tenían de todo: armarios,

escritorios, sillas. Incluso una cama de sábanas color celeste y cientos de cojines.

Cyal nunca se había sentido tan fuera de lugar.

—He dicho lo único que se me ha ocurrido en ese momento para que nos permitieran quedarnos a los dos —insistió, inquieto ante su silencio.

Eira giró sutilmente la cabeza y posó los ojos en los de Cyal, fría.

—No soy tu propiedad, humano. Jamás aceptaría un vínculo.

—¡Ya lo sé! —dijo él, extendiendo los brazos—. Lo siento, pero no veía otra solución. De no haberlo hecho, jamás hubieran bajado las armas.

«No te sometas a ella».

La oscura voz retumbó en su mente de nuevo. Cyal se quedó helado. ¿A qué venía esa clase de pensamientos? ¿Era posible alucinar tan lejos del calor del desierto?

Eira gruñó, pero no cedió.

—Está bien. Piensa lo que quieras —dijo Cyal.

Su semblante se ensombreció, todavía descolocado por lo que había escuchado. Era evidente que Eira seguía molesta, pero no conseguiría nada insistiendo.

—Tengo que irme. El rey quería una audiencia privada. ¿Estarás aquí cuando regrese?

Ella no apartó la atención del exterior.

—Quizá.

—Vale, pues... —Cyal se dio media vuelta. La miró por encima del hombro, desanimado. Le dolía saber que estaba enfadada con él y que no había manera de cerrar esa brecha—. Te veo luego.

Eira entornó los ojos al oír la puerta cerrarse.

Desde la ventana de la habitación, contemplaba el patio de la entrada. Era amplio y circular, y a esa hora había mucho movimiento. Los guardias salían; carruajes con alimentos, telas y armas entraban. Se escuchó a un caballo relinchar en la lejanía, aunque no divisó los establos.

Cuando cayera la noche, exploraría el lugar a fondo sin ser vista. Estaría más tranquila conociendo todos sus rincones: entradas, salidas, escondrijos.

Se alegraba de que el rey hubiera aceptado a Cyal. Sin embargo, todavía no sabía si fiarse de él. Riusel la había mirado de una forma un tanto inquietante. Aunque esa era una reacción normal, pues la juzgaba como a una xieri.

En cualquier caso, le daba igual lo que pensaran sobre ella. Su pretensión era quedarse solo hasta asegurarse de que Cyal había encontrado un lugar seguro en el que vivir. Después, ella seguiría adelante: vería si podía averiguar algo en la biblioteca de la ciudad y se marcharía. Tenía que encontrar a Tuila cuanto antes.

Aunque aún había bastantes cosas que quería enseñarle a Cyal. Quizá tuviera que retrasar la partida un poco más.

«Estás prolongándolo, Eira», se dijo.

Lo cierto era que no deseaba separarse del chico. Dejarlo atrás, sin manera de averiguar si estaba a salvo o no, la enervaba. Pero ¿qué otra opción tenía?

«No te encariñes».

Lo estaba intentando. Sin embargo, era complicado. Pensó en un momento en el que pudiera sentirse cómoda siguiendo con su camino, y se prometió que cuando Cyal fuera un buen luchador

podría irse en paz. Una vez viera que sabía defenderse a la perfección, se marcharía mucho más tranquila.

Sí, eso sería suficiente.

«Solo lo hago para no sentirme responsable si le pasa algo —pensó tratando de convencerse—. Eso es todo».

Alguien llamó a la puerta. Eira lo ignoró y no se movió. Pasaron los segundos. Al final, escuchó una voz al otro lado:

—Eira. ¿Estáis ahí?

A pesar de que solo la había oído una vez, la reconoció con facilidad. Era la reina Blanche. ¿Qué podía querer de ella?

—Adelante —dijo resignada.

La puerta se abrió. La reina, acompañada de su séquito de damas de compañía, se asomó a la habitación.

—Desearía hablar con vos. ¿Os gustaría dar un paseo?

Eira contuvo un bufido. ¿Acaso podía negarse?

«Lo que he de hacer por un humano».



Cyal se quedó de pie cuando el rey cerró la puerta detrás de él. La inseguridad se había apoderado de su cuerpo, pues desconocía cómo debía comportarse frente al monarca.

—Adelante, hijo.

Riusel se acomodó en uno de los dos sillones frente a la chimenea. Extendió el brazo hacia el otro, indicándole a Cyal que se sentara a su lado.

El chico obedeció, pendiente del espacio a su alrededor. Se encontraba en los aposentos del rey. Toda la luz entraba por una

pequeña ventana junto a la enorme cama, tapada con cortinas azul marino. La habitación no contenía demasiado mobiliario, pero era lógico, pues el rey no solía pasar mucho tiempo en ella. Una armadura de oro relucía en una esquina junto a una colección de espadas y un cuadro con un paisaje montañoso coronaba el marco de la puerta, extendiéndose por toda la pared.

El paisaje era el de su reino; su trigo, sus horizontes.

Cyal dirigió la vista al fuego de la chimenea, algo incómodo. Había una pequeña mesa de madera negra entre los dos sillones, con un par de cálices de metal. Riusel cogió uno y le tendió el otro al joven príncipe. Cyal lo aceptó, un tanto rígido.

Era extraño, pero se hubiera sentido mucho más tranquilo si Eira estuviera ahí con él. Riusel rio con suavidad al percatarse de lo nervioso que estaba y palmeó suavemente su rodilla.

—Relájate, hijo. Solo quiero hablar. Creo que tenemos mucho que contarnos.

—Ya, es solo que... —Cyal respiró hondo. Se inclinó hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Sostuvo el cáliz con sus manos, entre las piernas. Observó el oscuro líquido violeta que había en su interior—. No me esperaba esto. Yo...

—El encuentro ha sido repentino para todos, por lo que veo —comentó Riusel con calma. Le dio un sorbo a su copa antes de proseguir—: Sin embargo, el color de tus ojos es prueba irrefutable de que eres mi hijo. Además del nombre de tu madre. —Suspiró con pesadez—. Mis padres se aseguraron de borrar todo rastro de ella. Nadie, excepto quien la conociera, podría saber que jamás existió.

—Entonces, ¿no fuiste tú? —inquirió Cyal, casi con temor.

El rey negó con la cabeza.

—Todos estos años pensé que había muerto de causas naturales. Es cierto que sospechaba en cierta medida de mis padres, pues sabía que la tendrían vigilada para asegurarse de que no intentara volver. Pero, cuando me mostraron su cuerpo..., no tenía marca alguna. —Endureció la mirada—. Mi sospecha es que debieron envenenarla.

A Cyal se le erizó el vello de la nuca. Lamentó la suerte de su madre, a pesar de que jamás había llegado a conocerla. Estaba claro que no había tenido una vida fácil, con un final trágico.

—¿Por qué harían tus padres algo así? ¿Por qué matarla si ya la habían exiliado?

Riusel movió ligeramente la mano derecha, haciendo girar el líquido en el interior de su copa.

—Conocí a tu madre hace algo más de veinte años. Era una criada recién llegada al castillo; una plebeya, algo que mis padres nunca fueron capaces de aceptar. Tratamos de llevar nuestro romance en secreto. Yo tenía la intención de casarme oficialmente con ella en cuanto ascendiera al trono, pero... —Apretó los labios—. Mis padres nos descubrieron antes de que existiera la opción. Y la exiliaron. No hubo nada que yo pudiera hacer por ella.

Cyal hundió los hombros. Todo hubiera sido muy diferente si los anteriores reyes no se hubieran entrometido en la vida de su padre.

Supuso que su abuela acompañó a su madre a Drethol para que no estuviera sola en el exilio. Cuando su madre murió, se encargó de cuidar de él. Si su madre no hubiera tenido que marcharse, Jarah tampoco habría salido de Auria. Y quizá habría seguido viva.

Prefirió no darle más vueltas.

—Concertaron mi matrimonio con Blanche no mucho después de aquello. Pero sabían que yo no dejaba de pensar en Constinthe, y... —Riusel se llevó una mano a la cara—. Ahora entiendo que es por esto que decidieron asesinarla. Para que dejara al fin de pensar en ella y siguiera adelante con mi vida, pero también para evitar que nos reuniéramos y así eliminar el riesgo de un hijo bastardo. Imagino que no sabrían tampoco que estaba encinta cuando marchó y que Constinthe y tu abuela lograron ocultarte a sus ojos.

Era cierto que Cyal guardaba recuerdos difusos de su primera infancia, en la que no le habían permitido apenas salir de casa. Por esa época, Jarah habría tenido muy fresco el asesinato de Constinthe y habría querido evitar a toda costa que los reyes de Auria se enteraran de su existencia.

—¿Dónde están ellos ahora? —quiso saber Cyal, ansioso por recriminarles sus acciones.

No conocía a los reyes anteriores en persona y el rencor ya le hervía en las venas. ¿Qué clase de seres obrarían con tanta crueldad? Eran los culpables de que él nunca hubiera conocido a su madre y de que hubiera pasado toda la vida alejado de su padre.

—Murieron hace unos años. Cayeron enfermos. Sospechamos que de miezha.

Cyal había oído hablar de la miezha. Era una enfermedad que había sido descubierta poco después de la aparición de los primeros xieri, por lo que se la conocía también como la miasma oscura. Deterioraba los pulmones y los nervios, mermando cada vez más las fuerzas hasta que el afectado no podía moverse y su corazón fallaba. Era de avance lento, y podía llevar años sucumbir a ella, pero era mortal. No había cura.

«Se lo merecían», pensó, apretando los dedos en el metal del cáliz. Comprendió también por qué ningún asesino de Auria había ido a por él, pues era imposible que Jarah hubiera logrado ocultarlo una vez creció y aprendió a buscarse la vida por cualquier parte.

Contempló el líquido morado en la copa. Nunca había probado el vino, pero sería descortés no bebérselo. Se lo acercó a los labios. El olor era dulzón.

Alcanzó a darle un pequeño sorbo antes de que Riusel prosiguiera:

—Tu aparición esta mañana ha sido una de las mejores sorpresas de mi vida, hijo —confesó—. Hereshia tiene mi eterna gratitud por reunirnos de nuevo.

Cyal lo miró de reojo. Había una pequeña sonrisa en la comisura de sus labios.

«Deberías darle las gracias más a Eira que a Hereshia», pensó con ironía.

Aun así, la calidez floreció en su pecho. No esperaba que su padre lo aceptara de esa manera. Había creído que ya no le quedaba familia en el mundo y se alegraba de haberse equivocado.

Sin embargo, todavía había algunas cuestiones por resolver. Intentó hacer una lista mientras las llamas de la chimenea iluminaron los ojos dorados del rey.

—¿Por qué mis ojos demuestran que soy tu hijo? —inquirió curioso —. ¿Acaso no hay nadie más con los ojos de este color?

—En efecto. Es una herencia única de nuestro antepasado, Otar, el fundador de Auria. Son un regalo de Hereshia.

«Son un regalo de Hereshia», repitió Cyal en su mente, recordando a su abuela diciéndole lo mismo. ¿Qué pensaría de que hubiera ido a buscar a su padre?

—Y... —Cyal ladeó la cabeza hacia él—. ¿Tengo hermanos?

Riusel frunció el ceño.

—No. Cyal, tú eres mi único hijo.

Cyal se tensó por completo.

Cada latido fue un redoble de alarma.

—Pero... eso quiere decir...

—Eres el príncipe de Auria y el heredero al trono —confirmó Riusel, con voz grave.

Cyal, sin embargo, se hallaba muy lejos de experimentar alegría. No estaba preparado en absoluto para una responsabilidad tan grande.

Dejó la copa sobre la mesa.

A lo largo de su corta vida, la mayor y constante preocupación había sido conseguir comida para él y para su abuela. Todo cuanto había hecho había sido sobrevivir como lo haría un mendigo. Había tenido que apañárselas como había podido, llegando a adentrarse incluso en el prohibido monte Ishtar y tragándose su miedo para ir a vender la drialita a los señores del mercado negro de Drethol. Había pasado muchas noches en vela cuando había altercados en los suburbios, temiendo que alguien entrara a robar a su casa. Ocultaba a su abuela las heridas que recibía cuando se cruzaba con Harkan y su banda para evitarle el disgusto. Se había adaptado al calor infernal del desierto para recorrerlo en busca de cualquier cosa que pudiera aprovechar y vender. Nunca nada había sido fácil para él, ni había disfrutado de ninguna comodidad.

Y, de repente, su padre había resultado ser un rey y eso lo convertía en príncipe. Un príncipe heredero. Se quedó mudo, incapaz de reaccionar.

Parte de él pensó que solo podía ser un engaño.

Capítulo 29

Una bendición



—Debe de haberos sorprendido lo rápido que hemos aceptado a Cyal.

Eira y la reina Blanche paseaban por los jardines del castillo escoltadas por las tres damas de compañía. Ellas iban unos pasos por detrás. Eira percibía su nerviosismo. Las jóvenes estaban asustadas al hallarse en presencia de una xieri, pero la reina no parecía inmutarse siquiera.

Los jardines eran grandes y agradables. Diversas secciones de hierba, fresca y de un tono verde exuberante, lo poblaban, rodeadas por arbustos de flores lilas. Los caminos estaban cubiertos con tablones de madera blanca que sonaban al pasar sobre ellos. Un par de grandes sauces llorones ofrecían amplias y acogedoras zonas de sombra, y varias palomas se habían instalado bajo sus ramas, picoteando.

Blanche ocultaba su piel de la luz del día con un parasol y guantes blancos. Eira se había fijado en que su rostro estaba embadurnado

de un polvo que la hacía parecer todavía más pálida, como si la blancura fuera una condición de su belleza.

De haber podido, Eira se hubiera deshecho de su propia palidez. Por eso mismo, la idea le parecía un tanto ridícula.

Eira se mantuvo en silencio, mirando al frente. Blanche la observó de reojo y sonrió.

—Podéis estar tranquila conmigo, Eira —insistió—. Compadezco a los xieri, pues no creo que nadie sea malvado por naturaleza. Ni siquiera ellos.

Eira enarcó una ceja.

—Esa no es una opinión muy común, majestad.

Blanche se llevó una mano a la mejilla. El viento sopló, arrastrando el dulce aroma de las flores.

—Muy a mi pesar, soy consciente de ello. Aunque no culpo a mi gente por temer a los xieri y los estragos que han causado. Si las noticias que nos llegan desde Drethol son ciertas, y hay alguien creando más... —Negó con la cabeza—. Jamás habría pensado que los xieri regresarían después de tres siglos; que pudieran aparecer otros que no fueran los propios comandantes. Pero del mismo modo que existen humanos buenos y malos, draconianos buenos y malos... Somos lo que somos en función de nuestras decisiones. ¿No sería lógico que fuera así también con los xieri?

Eira entornó los ojos.

—Quizá.

Eran pocos los humanos capaces de hacer un razonamiento tan sencillo. Por norma general, cualquier criatura con los ojos rojos era una amenaza y debía ser destruida. Eira lo sabía de primera mano.

—Los xieri son almas en pena. Son rechazados por todos, y han quedado solos ante la oscuridad... —se lamentó Blanche—. Pero yo creo que la luz de Hereshia no abandona a nadie. —Sonrió y la miró —. Mas no he venido a hablar de eso, Eira, no temáis. Solo quería que estuvierais más cómoda conmigo.

Cruzaron un pequeño riachuelo por un puente convexo de piedra gris. El agua fluía a su derecha hasta un estanque circular en el que un grupo de cisnes negros nadaba. El jardinero se ocupaba de lanzarles comida. Las carpas, amontonadas en la superficie, trataban de conseguir su parte también.

—Como iba diciendo —prosiguió la reina—, una vez hemos visto los ojos dorados de Cyal, no nos ha cabido duda de que es heredero del linaje de Otar.

Otar. Eira suspiró para sus adentros. ¿Acaso disfrutaba el destino recordándole una y otra vez, de distintas formas, la familia que había perdido?

—Debo preguntaros por ese linaje.

Blanche no se dejó amedrentar por lo bruto de su tono.

—Otar fue el fundador de Auria.

Eira tensó los hombros. Era demasiada coincidencia. Que se llamara Otar y hubiera tenido los ojos dorados, que fundara Auria. Cyal y Jarah le habían explicado que las ciudades-reino se habían creado poco después de terminar la guerra. Pero su remota teoría era imposible, pues toda la familia de Khait había sido asesinada.

Otar era solo un nombre.

Los rayos del sol contribuían a la atmósfera alegre del jardín, aunque Eira estaba lejos de sentirse contenta. Ella y la reina llegaron a una plataforma de mármol rodeada por columnas en espiral del

mismo material, que soportaban un techo bajo el que se desplegaba una acogedora sombra. En el centro, bajo el techo, había una bonita mesa de metal blanca y dos sillas a juego.

Una criada terminó de servir un líquido verde transparente en las dos tazas. Dejó la tetera en la mesa, donde también reposaba una torre de platos con pastas dulces, se giró hacia ellas e hizo una profunda reverencia para la reina.

La criada y las damas de compañía se marcharon.

—Sentaos, Eira —la invitó Blanche—. Aquí estaremos más tranquilas.

Eira se acomodó junto a ella, manteniendo la espalda recta. Blanche se fijó, curiosa, en su porte, casi aristocrático. Su presencia, junto a su tez pálida, le habría permitido hacerse pasar por un miembro de la nobleza.

De no haber sido por sus temibles ojos rojos.

—¿Os gusta el té? —preguntó Blanche con suavidad—. Suelo venir a esta hora aquí con mi esposo, pero, por razones obvias, él no podrá acompañarme hoy.

Blanche sospechaba que el rey pasaría un largo rato hablando con Cyal. Tenían mucho que contarse.

—Nunca lo he probado, majestad —admitió Eira con sequedad.

Blanche arqueó las cejas.

—¡Oh! ¿No es típico de vuestra tierra? —Sonrió—. No os preocupéis, estoy segura de que os gustará.

Blanche cogió el plato de porcelana blanca con flores azules dibujadas y tomó la taza con la otra mano, acercándola a sus labios pintados de rosa. Eira la observó de reojo y la imitó.

Arrugó la nariz ante el olor del té, pero lo probó. Sorprendentemente, no fue tan desagradable como hubiera esperado.

Aunque parecía que estaban a solas, los guardias vigilaban desde los bordes del jardín, listos para actuar si Eira ejecutaba cualquier movimiento sospechoso contra la reina.

—Cyal ha sido un regalo enviado por Hereshia, estoy segura —prosiguió Blanche. Alzó la vista—. Hemos pasado unos años angustiosos. Me temo que por mi culpa —reconoció por lo bajo. Crispó los dedos que sujetaban la taza—. Nunca pensé que sería tan difícil concebir un heredero. Mis hermanas no hacían más que susurrar a mis espaldas, burlándose de mí. La aparición de Cyal significa que Hereshia ha escuchado mis plegarias. Incluso si no ha sido como yo lo esperaba, Auria por fin tiene un heredero.

Eira no dijo nada. Se alegraba, al menos, de que la esposa del rey no rechazara a Cyal, aunque este no fuera fruto de su vientre. Los largos años de guerra le habían enseñado a analizar bastante bien el lenguaje corporal de las personas, igual que la veracidad de sus palabras. No era infalible, pero no tenía la sensación de que la reina albergara intenciones ocultas. Parecía sincera.

Eso hacía que Eira se sintiera mucho más tranquila respecto a su partida.

—Y he de daros las gracias a vos, Eira, por traernos a Cyal —concedió.

Se percató de que Blanche la miraba con una sonrisa y se forzó a hablar:

—Aprecio vuestra gratitud, majestad.

—Decidme, Eira, ¿cómo es Cyal? ¿Es buen chico? —preguntó Blanche, preocupada—. Me ha dado la impresión de que sí, a pesar de vuestra dramática entrada. Habéis causado un buen revuelo en el castillo.

Eira no tenía intención alguna de disculparse por eso.

—Cyal es un humano amable y leal —admitió—. Aunque un tanto verde en el manejo de su poder y demasiado curioso para su propio bien.

Blanche rio con suavidad al escucharla referirse a él de esa manera. Se tapó la boca con el dorso de la mano.

—Me alegra saberlo. —Le dio un sorbo al té. Se puso seria antes de continuar—: ¿Os trata bien?

Una chispa de desconcierto cruzó el rostro de Eira. Se acordó de que Cyal la había presentado como su draconiana y maldijo para sus adentros, molesta. Entendía por qué lo había hecho, pero eso no quería decir que le gustara.

—Sí.

Calló. Ya había hablado demasiado. Blanche suspiró, devolvió la taza a la mesa y cruzó las manos en su regazo.

—Es un alivio saberlo. Hay muchos que tratan a los draconianos como simples objetos, ¿sabéis? Eso me entristece.

—¿No tenéis un draconiano, majestad?

Blanche negó con la cabeza.

—No me vi capaz de aceptar uno. Me parece una práctica cruel.

Eira frunció el ceño.

—Confiáis demasiado en una desconocida, majestad.

Blanche dejó escapar una pequeña risa, sin ocultarse esa vez.

—Vaya, Eira, me agrada vuestra sinceridad. Supongo que no os falta razón, pero... —Torció el gesto—. No tengo a nadie con quien hablar, salvo mi esposo. Mis damas de compañía difundirían de inmediato cualquier cosa que les contara. Razón por la que están sentadas allí fuera, ¿veis?

Eira se fijó en que la reina era más joven de lo que aparentaba bajo todo su maquillaje. Sus mejillas todavía no habían perdido del todo la tersura; sus ojos estaban libres de arrugas.

—¿Con qué edad os casasteis con el rey, majestad? —cuestionó. El rey debía alcanzar la cuarentena, pero ella estaba lejos de rozarla.

—Oh, yo no era más que una niña. Eso fue hace ya mucho —murmuró Blanche.

Eira nunca comprendería los extraños matrimonios concertados de los humanos.

El recibimiento tan entusiasta por parte de los reyes le había hecho sospechar, pero ahora contaba con más piezas para entenderlo: no tenían un heredero, el tiempo pasaba y cada vez había mayor riesgo de descontento e intrigas en la corte. La existencia de Cyal les permitiría respirar un poco más tranquilos. Sin embargo, no iba a bajar la guardia. La reina parecía inofensiva.

El rey, en cambio, era otro tema.

—¿Cómo pensáis presentar a Cyal ante los nobles? —inquirió, directa.

Se sorprendió ante su propia pregunta. ¿Por qué se preocupaba tanto de asegurarse que todo estaba en orden en el que sería el nuevo hogar del chico?

Blanche suspiró como si le pesara la idea.

—Me temo que ese va a ser un asunto más delicado —confesó—. A ojos de todos ellos, Cyal no será más que un hijo bastardo. Sin embargo, el linaje de Otar es muy respetado en Auria. Confío en que eso sea suficiente.

El graznido de los cisnes en el estanque robó la atención de la reina. Había varios de ellos peleándose por un trozo de comida, batiendo las alas en gesto amenazador.

—En cualquier caso —continuó ella, con una mueca en el rostro—, dudo que los nobles tengan muchas oportunidades de protestar. Nos llega información de que un ejército de xieri avanza; han salido del corazón de Drethol y se han hecho con el control también de la zona de Anteha, aunque por ahora permanecen ahí. Nadie se atreve a hacerles frente...

«Hacen bien», pensó Eira con amargura.

Un xieri era imparable.

—Por tanto, estarán todos más centrados en detener la nueva amenaza de lo que lo estarán en la legitimidad del chico. Si Cyal demuestra ser competente en el uso de las armas, se ganará su aprobación.

—Cyal es afín al agua.

Recordaba que Cyal le había comentado que todos en la familia real en Drethol eran afines al agua. ¿Cómo sería en Auria?

—Eso no será problema. En Auria, los reyes siempre han tenido distintas afinidades nativas. Solo se aseguran de ganar la afinidad de la psiquis a través de un draconiano.

Eira frunció el ceño. ¿Cómo se sentiría si obligaban a Cyal a vincularse a un draconiano una vez ella se marchara? ¿Y cómo se sentiría él? Había dicho que le parecía algo horrible, pero ¿lo seguiría

pensando después de convertirse en príncipe? ¿O cambiaría de parecer?

—He estado entrenando a Cyal en el uso del agua —explicó ella, con una idea en mente—. Deseo continuar su entrenamiento enseñándole a esgrimir la espada. ¿Sería posible que os aseguararais de que sea yo la encargada de esto, majestad?

No quería que ningún humano le quitara el puesto. Estaba segura de que ella le enseñaría mejor de lo que ningún otro podría siquiera intentarlo.

La única razón por la que no había empezado antes con la espada era porque, sencillamente, no había conseguido una. Sus cimitarras no servían; eran muy distintas. Quiso adquirir una en la aldea por la que pasaron, pero no había sido posible.

Ahora se presentaba la oportunidad que buscaba.

Sospechaba que el rey se opondría, pero, si se ganaba a la reina y ella lo convencía, quizá tuviera una oportunidad de cumplir con su propia promesa.

—Oh, pues... claro —asintió Blanche y sonrió—. Hablaré esta tarde con mi esposo. Si juzga vuestra habilidad con la espada y ve que es buena, no creo que se oponga.

«Bien», pensó Eira, satisfecha.

No le preocupaba en lo más mínimo su maestría con la espada.

Capítulo 30

Condiciones



Thaydra estaba animada. Arash le había permitido acompañarlo a visitar un pequeño pueblo erigido antes de la cordillera tras la que se encontraba el territorio de Erom. Todavía les quedaba, por lo menos, otro mes de viaje, pero el descenso de las temperaturas ya anticipaba su llegada al reino nevado al que se dirigían.

La única condición de Arash para que aceptara su compañía en la incursión era que se tapara el pelo y la mitad inferior del rostro con un pañuelo, algo a lo que Thaydra había accedido sin problema. Sus pálidos ojos verdes eran llamativos, pero nadie se fijaría si no se acercaba a ellos. Y no pensaba hacerlo.

Notaba a Arash más relajado junto a ella desde que había descubierto quién era. Era lógico que hubiera estado más tenso mientras se esforzaba en ocultarle su identidad, pero le alegraba que hubieran salvado ciertas distancias.

El pueblo se ubicaba en la ladera de la montaña, con sus casas construidas en cuestas y salientes. Pese al terreno, los caminos estaban alisados y empedrados, por lo que, al menos, no se

arriesgaba a tropezar en el desnivel. Las viviendas eran sencillas, de madera y tejado de paja. Varias personas pasaron a caballo. Los cascos de los animales resonaban en el suelo de piedra de forma rítmica.

Thaydra sonrió al ver a un pequeño grupo de niños descender corriendo junto a ellos. Allí la gente vivía ajena al horror de lo sucedido en Drethol.

O vivirían así hasta que los xieri llegaran.

Arash le había asegurado que todavía tardarían en organizarse, pues su principal objetivo sería buscar a su General.

Él se acercó a varios puestos para reponer provisiones. Compró pan y queso. También adquirió algo de sal.

—¿Sal? —preguntó Thaydra, extrañada, mientras se alejaban del último puesto para que nadie los escuchara.

—Sal —afirmó Arash, divertido—. En breve nos adentraremos en tierras muy frías en las que será más difícil encontrar animales que cazar. Nos convendrá tener algo de carne preparada de antemano. ¿Y sabes cómo se conserva esa carne?

—Con sal —dedujo impresionada.

—Exacto. ¿Qué os enseñan en el palacio? Deberían preocuparse menos de que conozcáis la larga lista de nombres de todos vuestros antepasados y más de que podáis sobrevivir en condiciones difíciles.

Thaydra agachó la cabeza, sonrojada.

—Al menos estoy aprendiendo ahora.

—Ya, en eso puedes estar tranquila. Tienes el mejor maestro —declaró Arash con orgullo, inflando el pecho.

Se escuchó el mugido de una vaca en la distancia. A Thaydra le habría gustado buscar el animal para verlo, pero sabía que no tenían

tiempo.

—Me gusta aprender cosas contigo, Arash —admitió con una pequeña sonrisa.

Él frunció el ceño. Suavizó la mirada.

—No eres tan mala alumna como pensé al principio.

El corazón de Thaydra se aceleró. Era lo más cercano a un cumplido por parte de Arash, y eso no ayudó con su eterno rubor.

Fueron interrumpidos por los chillidos de emoción de un grupo de niños que salieron corriendo de una de las calles. Iban directos a un señor mayor sentado en el borde del pozo, ya en las afueras del pueblo.

—¡Abuelo, abuelo, nos han dicho que estabas aquí! —exclamó uno de los críos.

El hombre soltó una risa bondadosa. Encorvado, portaba un bastón de madera en la mano y tenía una espesa barba blanca.

—Así es, pequeños. ¿Venís a que os cuente una historia?

—¡Sí!

—¡Queremos saber más sobre los dragones!

Thaydra se quedó de pie, observando la escena. Arash dio un par de pasos más antes de percatarse de que ella se había detenido. La miró por encima del hombro.

—¿Qué ocurre?

—¿Os apetece escuchar la leyenda de Aridam y Zheitszoh? —ofreció el señor con una cálida sonrisa, enseñando sus dientes amarillentos.

Thaydra se acercó, curiosa. Arash percibió la ilusión en su mirada y se tensó al instante. Oír los nombres era más que suficiente para hundirlo.

—¡Sí! —corearon los niños.

Las criaturas se apresuraron a sentarse en el suelo delante de él, sin importarles mancharse la ropa.

Thaydra, que hubiera deseado unirse, dio un respingo al notar la áspera mano de Arash en su muñeca.

Giró la cabeza hacia él, confusa.

—¿Qué pasa? ¿No puedo escucharlo?

El semblante de Arash era serio.

—Será mejor que no.

—Hace miles de años, Gaia estaba inestable —empezó a relatar el hombre—. Los desastres naturales azotaban nuestra tierra. Los nephrores campaban a sus anchas...

—¿Qué es un nephror? —inquirió un niño levantando la mano.

—¡Es un monstruo que te come si te portas mal, como los xieri! —exclamó otro.

Una de las niñas chilló, como si un nephror o un xieri fueran a aparecer en ese mismo momento.

El hombre soltó otra carcajada.

—Un nephror es una criatura de energía oscura.

—Thaydra —dijo Arash, en tono grave. Tiró con suavidad de su muñeca—. Vamos.

Thaydra lo miró con un pequeño puchero involuntario. Arash se quedó rígido al ver sus ojos verdes observándolo tan fijamente, tan de cerca. Siempre le recordaban a los de Zheitszoh, del mismo color.

—Pero quiero escuchar la historia —replicó ella, casi en un susurro.

—Los desastres aumentaban. Los nephrores brotaban por todas partes —prosiguió el hombre mientras tanto—. Todas las criaturas de

nuestro mundo se volvieron más agresivas. Gaia estaba siendo arrasada y nadie podía frenar el proceso. Y, cuando todo parecía perdido... —se inclinó hacia los críos, haciendo una pequeña pausa dramática—, aparecieron ellos.

—¿Quiénes? —preguntó un niño.

—¡Aridam, el dios de las tormentas! —gritó otro alzando los brazos.

Arash chasqueó la lengua. El hombre soltó una carcajada ante el entusiasmo de los niños.

—Así es. Aridam, el dragón de la voluntad, negro como la noche. Y Zheitszoh, la dragona de la esperanza, blanca como la luna...

Arash apretó los dientes y tiró de la muñeca de Thaydra con más fuerza antes de que pudiera escuchar ni una sola palabra más.

—Nos vamos —siseó.

Su duro tono indicó que no aceptaría réplica esta vez. Echó a andar y Thaydra, resignada, se dejó arrastrar.



Cyal regresó a su nueva habitación por la noche. Cerró la puerta y exhaló aire con lentitud. Todavía le quedaba bajar a cenar.

—¿Qué tal con el rey?

Se llevó una mano al pecho, con el corazón golpeándolo por dentro. Alzó la vista de golpe.

—¡Eira! —exclamó.

Seguía junto a la ventana. La única luz presente en la habitación era la que se filtraba de los pálidos rayos de la luna a través del

cristal. Recortaba su silueta y, a esa distancia, sus ojos, rojos como sangre fresca, eran lo único visible en su rostro en sombra.

Sus brazos cruzados eran una barrera entre ella y el mundo.

—Te estaba esperando.

Cyal respiró hondo.

—Ya veo. —Sacudió la cabeza—. ¿Querías darme un susto de muerte o qué?

—A veces se me olvida que los humanos no podéis ver en la oscuridad.

—Un detalle importante, sí —ironizó Cyal. Fue junto a ella, a la luz de las estrellas—. Supongo que no querrás que vaya a por una vela para encender las lámparas.

El silencio de Eira fue respuesta suficiente. Pero había otra cosa que le llamó la atención. La miró de soslayo con una sonrisa pícara.

—¿Desde cuándo te interesas por mis asuntos, Eira? ¿Has estado aquí esperando solo para que te cuente qué tal mi día con el rey?

Todavía no era capaz de referirse a él como su padre en voz alta; era extraño. Pero tendría que acostumbrarse si iba a ser el heredero. Después de un par de horas con él, estaba seguro de que no tenía mucha más opción.

—Responde a mi pregunta —dijo ella con frialdad.

Cyal rio por lo bajo y alzó las palmas de las manos.

—Vale, vale. Pues... —Adoptó una postura más seria antes de continuar—: Me ha estado contando cosas sobre mi madre. Aparentemente no fue él quien la mató, sino sus padres, porque mi madre era una plebeya. Fueron ellos los que enviaron asesinos a por mi madre después de exiliarla. —Frunció el ceño—. ¿Por qué pensaba mi abuela que era culpa de mi padre?

—Supongo que Jarah carecería de la información suficiente —dijo Eira—. Sacaría sus propias conclusiones.

—Ya... —Cyal suspiró con tristeza. Tenía sentido—. Me habría gustado poder hablarlo con ella.

Para que, de ese modo, Jarah hubiera podido hablar de su madre con libertad, olvidándose de las mentiras que había tenido que fabricar para protegerlo. Así, Cyal hubiera tenido una imagen viva de su madre. Habría podido descubrir cómo había sido en realidad y se habrían despejado todas las preguntas sin responder. Su abuela y él habrían podido vencer los fantasmas del pasado mirando con esperanza hacia el futuro.

—La reina me ha comentado que no tienen hijos.

Cyal ladeó la cabeza. Eira parecía más dispuesta a charlar.

—¿Has hablado con ella?

Eira asintió. Cyal se quedó mirándola durante unos segundos, incrédulo.

—¿Qué ocurre, humano? —acabó por preguntar Eira, irritada.

—¿Quién eres y qué has hecho con Eira? —dijo él, solo medio en broma.

—Sé conversar con otros cuando es necesario —se defendió ella, poniendo los brazos en jarras.

La imagen le hizo reír: ¿Eira? ¿Con los brazos en jarras?

—Cualquiera lo diría —sonrió Cyal.

Eira lo ignoró.

—La intención de la reina es que seas heredero al trono.

Cyal subió una mano a su cabello rubio, revolviendo los mechones algo crecidos, y suspiró pesadamente.

—Ya, el rey me ha comentado lo mismo. Yo... —Sacudió la cabeza —. No me veo preparado para algo así.

—Será cuestión de que te preparen, pues.

Cyal la miró con las cejas arqueadas.

—¿Crees que yo sería un buen rey?

Cuando Eira asintió, el corazón de Cyal dio un brinco. Su opinión era muy importante para él.

Eira, por su parte, no comprendía lo que le sucedía. Una angustia desconocida crecía en su interior y no hallaba forma de expulsarla. Esa era su intención al traer a Cyal a Auria: que encontrara un lugar donde asentarse. Y así lo había hecho. ¿Por qué no le gustaba la idea de despedirse de él?

Quizá era porque, siendo príncipe, estaría expuesto a los peligros de la corte. Por mucho que su vida fuera más cómoda, también traía complicaciones. Y ella no iba a estar para defenderlo.

«Ya es mayorcito —se dijo, molesta—. Sabrá cuidar de sí mismo».

Era lo que había hecho siempre antes de conocerla, al fin y al cabo. No le faltaban recursos; era competente.

—El rey me ha dicho que quiere que esté un mes preparándome y aprendiendo antes de presentarme al resto de la corte —dijo Cyal y su gesto se tornó serio—. Si los xieri no llegan hasta aquí antes, claro.

Ese era otro aspecto que preocupaba a Eira. ¿Y si dejaba a Cyal y más tarde invadían la ciudad? ¿Llegaría a tiempo si quisiera regresar?

—Bien. Me quedaré durante ese tiempo para seguir entrenándote.

La mirada de Cyal se iluminó.

—¿Te quedarás conmigo? —le preguntó, esperanzado.

—Solo durante un mes —advirtió ella—. Después partiré.

Cyal ocultó su decepción. Sabía que tarde o temprano Eira se iría; tenía que seguir buscando a Tuila. Y él no podía acompañarla; su lugar estaba en Auria. Aun así, no quería separarse de ella.

Eira era quien le había ofrecido algo de estabilidad después de que toda su vida cambiara por completo. Le había ayudado, guiado y protegido. Se había acostumbrado demasiado a su presencia, por muy fría y silenciosa que fuera.

—Está bien —murmuró Cyal.

Eira apartó la mirada.

—Voy a enseñarte a utilizar la espada.

—¿De verdad? —dijo él, recuperando el ánimo.

—¿Me ves con cara de estar bromeando, humano? —gruñó ella.

Cyal soltó una carcajada.

Los criados los habían conducido por la galería principal hasta la sala de banquetes, en la planta baja del castillo. Era la primera vez que Cyal cruzaba el umbral de un espacio tan inmenso, donde todo parecía hecho para recordar la grandeza del poder del rey: el techo tan alto, la mesa tan larga, los exquisitos tapices narrando escenas de batallas de Auria.

Cyal, por supuesto, nunca había cenado con un rey. Por mucho que este fuera su padre, los nervios lo carcomían. Sin embargo, se esforzaría para que no se notara.

La cantidad de ropa que había encontrado en su habitación había sido abrumadora. Al final, se había echado una túnica azul oscuro

sobre unos pantalones ceñidos como los de un jinete. La tela de la túnica se ajustaba a su cintura con un cinturón de cuero exquisitamente labrado. Aunque la textura de las prendas era agradable, no podía sacudirse la sensación de vestir con la piel equivocada.

El rey Riusel presidía la elegante mesa, cubierta con un mantel y con una multitud de platos con distintos manjares dispuestos sobre ella. Cyal no había visto algo semejante en su vida. Confió en que no se escucharan las protestas de su estómago, ansioso por probar todo.

La reina Blanche estaba a la derecha del rey, quien a su izquierda tenía a Cyal. Eira se sentó al lado de este.

Eira había ignorado los vestidos seleccionados para ella. Mientras Riusel la miraba con reprobación, Cyal tuvo que contener la risa al ver que Eira se había apropiado de parte de la ropa que habían dejado para él mientras no estaba en su habitación. Al fin y al cabo, era bastante alta, casi tanto como Cyal, y le servía.

Así, se había presentado con una camisa blanca de cuello alto, sin volantes y con una faja oscura marcando la línea de su cintura. Sus pantalones, negros y ajustados, se perdían en elegantes botas que debía de haberle conseguido la propia reina, Blanche.

Con el largo cabello recogido en una simple coleta blanca y su porte firme, parecía menos una invitada y más la comandante de guerra que fue en el pasado.

Aunque no había guardias, no estaban del todo a solas. Eira enseguida reparó en la nueva presencia en una esquina. Justo detrás del rey había un hombre alto y robusto, con pelo oscuro rapado y unos ojos que no dejaban de mirarla recelosos.

Se trataba del draconiano de Riusel, algo mayor que el rey.

Riusel no estaba contento ante la idea de que Eira cenara con ellos. Pero era una condición impuesta por Cyal: todo lo que él pudiera hacer, Eira también.

—Mi señor —habló Blanche tras dejar su copa de agua en la mesa —. Cyal debe entrenar de cara a una posible guerra con los xieri.

—Lo sé, querida. Saskia se encargará de supervisar su entrenamiento —dijo él, cortando con el cuchillo un trozo de filete de lomo.

Saskia era el nombre de su draconiano, que seguía observando en silencio, siempre pendiente por si su rey le daba una orden. Vestía con una ligera túnica de color violeta sin ceñir, algo que le sería cómodo de retirar en caso de necesitar transformarse en dragón.

—Respecto a eso... ¿Por qué no se encarga Eira de su entrenamiento? —sugirió Blanche con suavidad, entrelazando los dedos de las manos. Las tenía al descubierto, pálidas, sin sus guantes.

Riusel la miró con una ceja enarcada.

—¿Por qué iba a dejar el entrenamiento de mi hijo en manos de una xieri? —replicó girando la cabeza hacia Eira.

Ella clavó sus ojos rojos en él, desafiante, y un escalofrío lo recorrió. Cyal hizo una mueca ante el comentario, molesto.

—Eira no es menos que nadie por ser una xieri, padre —espetó.

El cuchillo de Riusel chirrió al deslizarlo en el plato.

—Sigue siendo una draconiana, mi señor —dijo Blanche tratando de controlar la situación—. Y es, ahora mismo, quien mejor conoce a Cyal. Es quien le ha estado enseñando a utilizar su elemento. ¿Por

qué no permitir que sea quien le enseñe a esgrimir la espada también?

Riusel apretó los dientes. Respiró hondo.

—Muy bien. Eira, si eres capaz de derrotar a Saskia en un duelo con la espada, podrás encargarte del entrenamiento de Cyal —decidió. No se molestaba en usar formalidades con ella. Entornó los ojos—. Pero solo emplearás la espada con él. Nada de usar tus oscuros poderes de xieri.

Cyal desvió la vista hacia el draconiano en la esquina. Sería de la misma altura que Eira, pero era mucho más robusto. De todos modos, él confiaba en las habilidades de su compañera. La había visto luchando con sus cimitarras y era impresionante.

No le gustaba, sin embargo, que él no tuviera poder de decisión sobre el tema. Él quería que lo entrenara Eira y nadie más.

Con lo que el rey no contaba era con que Eira era mucho más poderosa que ninguno de ellos.

—Acepto vuestras condiciones, majestad —dijo Eira, gélida.

Blanche frunció el ceño, consternada. Saskia era, con diferencia, el mejor guerrero que tenían en Auria.

Capítulo 31

Duelo de espadas



El sol de mediodía brillaba con fuerza en el cielo despejado de Auria. En el patio interior del castillo, donde las tropas solían practicar, no había techo. Aun así, las temperaturas no alcanzaban las del infernal Drethol.

Las tropas estaban agrupadas en los laterales del patio. El rey les había permitido parar su entrenamiento para ser testigos del combate que estaba a punto de tener lugar.

Los criados habían dispuesto una alfombra en el suelo para los asientos del rey, la reina y el nuevo príncipe heredero. Estaban rodeados por cuatro postes que sostenían un toldo para que el sol no los molestara, y Cyal se sintió incómodo por lo agasajador del asunto.

Lord Marchiol, el consejero del rey, permanecía de pie detrás de ellos. Enfrente, al otro lado del campo, había un hombre ataviado con la armadura ligera del ejército, azul y plateada. A excepción del resto, llevaba una distintiva capa morada, indicando su rango de

capitán. Era el capitán Sothon, quien se encargaría de arbitrar el combate.

Eira y su oponente, Saskia, ya estaban en el centro de la arena.

Eira había abandonado su traje ese día: vestía con una camisa roja y unos pantalones negros. Cyal creía que el cambio de atuendo para la cena sería una excepción, pero Eira había optado por cambiar su traje también para el combate. Así no lo ensuciaría innecesariamente.

Saskia desenvainó su espada. Eira hizo lo propio con sus cimitarras, pero el capitán Sothon se aclaró la garganta y la detuvo con un gesto.

—Librarás el duelo con esta espada, xieri —dijo con dureza.

Acto seguido, le tendió a Eira una espada similar a la de Saskia: de larga hoja recta con doble filo y la empuñadura en forma de cruz.

Cyal se fijó en las miradas de los presentes. Todos observaban a Eira con cierto nerviosismo, algunos con temor, otros con odio. Se había corrido la voz con rapidez de que había una xieri en el castillo y todo el mundo tenía una opinión al respecto.

Sothon siguió sosteniendo la espada y extendió la otra mano, esperando que le entregara las cimitarras. En lugar de eso, Eira alzó una mano, pidiendo un momento. Fue directa hacia Cyal, haciendo que el público contuviera el aliento, y depositó sus preciadas cimitarras en el regazo del príncipe.

Él la miró con las cejas arqueadas, pero Eira se fue de nuevo, sin mediar palabra.

Cuando regresó al centro del patio, aceptó la espada que le ofrecía Sothon, resignada. Saskia y ella se situaron en extremos opuestos de la arena.

Cyal aprovechó para analizar las cimitarras de Eira más detenidamente. Sus hojas, curvas y de un solo filo, eran mucho más cortas que las de una espada. De cualquier manera, Cyal tenía la esperanza de que Eira supiera apañárselas con el arma que le habían prestado. Al fin y al cabo, si quería enseñarle a esgrimir una espada, era porque poseería el conocimiento para ello.

Las empuñaduras de las cimitarras estaban envueltas en cuero marrón viejo. Cyal puso una mano sobre ellas, sonriendo para sus adentros. Eira le había confiado uno de sus mayores tesoros.

Alzó la vista al escuchar el grito del capitán Sothon:

—¡Que dé comienzo la pelea!

Saskia no vaciló: se lanzó contra Eira con una velocidad vertiginosa. Ella estaba preparada para la ofensiva y lo frenó sin despeinarse. Las espadas chocaron con un sonido metálico.

Intercambiaron varios golpes, moviéndose por la arena. Cyal observaba inclinado hacia delante, con los hombros rígidos y los nervios a flor de piel. Se suponía que era un duelo amistoso, en el que el único objetivo era desarmar al oponente, pero le preocupaba que Eira recibiera alguna herida.

Era increíble la rapidez con la que ambos se desplazaban, encadenando estocada tras estocada. Cyal casi se olvidó de respirar de lo concentrado que estaba en el combate. ¿Llegaría él algún día a ese nivel?

Estudió a su padre de reojo. Había apretado los dedos en el reposabrazos de su sillón y tenía la mandíbula tensa. Riusel esperaba que Eira perdiera en los primeros segundos del combate, pues Saskia se alzaba muy por encima de todos sus guardias. Pero la xieri

lo estaba igualando sin problema. De hecho, parecía estar ganando ventaja.

Riusel chasqueó la lengua. No era natural. Su aspecto le decía que no podía tener más de veinticinco años. Saskia era dos décadas mayor que ella. ¿Cómo era posible que esa mujer tan joven empuñara la espada con semejante habilidad?

Eira se desplazó a su derecha y giró sobre un talón, blandiendo la hoja de acero hacia la espalda de Saskia. Este se dio la vuelta de inmediato y frenó la trayectoria del arma con la suya. Los dos retrocedieron hacia atrás de un salto, evaluándose el uno al otro.

Saskia jadeaba, aunque intentaba disimularlo. Eira, en cambio, mantenía su respiración con un ritmo normal. Riusel entrecerró los ojos. ¿Sería por la resistencia aumentada de los xieri? A su manera, la batalla también era una forma de conocer de primera mano a qué se enfrentarían si el ejército que había arrasado Drethol llegaba hasta sus tierras.

«Vamos, Eira», la animó Cyal en el borde de su asiento.

Saskia se lanzó a la carga de nuevo. Hizo una finta a la derecha para posteriormente mover su espada a la izquierda. Pero Eira fue capaz de predecirlo. Se desplazó y lo esquivó. Saltó hacia delante, cayó al suelo dando una voltereta y se levantó detrás de él. Ejecutó una estocada en horizontal. Saskia alzó su espada en el último momento y embistió con rabia.

La hoja de la espada de Eira se quebró. Ella retrocedió al instante, girando el puño con incredulidad. Cyal se fijó en las finas líneas entre sus cejas.

Él también frunció el ceño, con sospecha.

—¿Acaso la espada de Eira estaba dañada de antemano, padre? —dijo manteniendo a duras penas un tono neutral—. Es extraño que se haya partido así.

Riusel arrugó la frente.

—Por supuesto que no, hijo. Pero Saskia es un maestro de la espada.

Cyal tensó las comisuras de los labios.

Eira supo que tenía que acabar el combate rápido o su espada terminaría por partirse. Esa vez fue ella la que corrió hacia Saskia. El draconiano flexionó las piernas y separó las rodillas, en una postura que le permitiría mantener el equilibrio al frenar su estocada con el impulso que Eira llevaba.

Eira deslizó su espada en un círculo horizontal. Saskia elevó la suya.

En lugar de atacar, Eira se agachó y giró con rapidez. Se alzó detrás de él y descargó con fuerza contra la hoja metálica. La espada de Saskia se escapó de su mano, cayendo al suelo, y se deslizó sobre la arena ardiente del patio.

La cuchilla de la espada de Eira terminó de partirse y la mitad se desprendió sin más. Por suerte, Eira había decidido el combate en su último golpe.

Había desarmado a Saskia y se había proclamado vencedora.

El hombre gruñó con la rabia de un animal. Eira se irguió, impasible salvo por un sutil gesto altivo, y relajó la postura.

—Eres una xieri —ladró Saskia, dándose la vuelta—. ¡Has hecho trampa!

El capitán Sothon, sin embargo, avanzó hacia ellos y anunció:

—Su victoria ha sido justa, Saskia. Eira ha ganado el duelo.

—No puedo creer... —comenzó a objetar Saskia apretando los puños.

—¿Acaso dudas de mi criterio, Saskia? —lo cortó Sothon, duro como la piedra. Cruzó los brazos, pendiente de su respuesta.

—Majestad —lo llamó Saskia, indignado, girándose hacia él.

Riusel suspiró con pesadez y se levantó.

—Eira ha ganado el duelo, Saskia —dijo, visiblemente defraudado —. Puedes retirarte.

Saskia, malhumorado, se marchó de la arena a grandes zancadas. Los guardias susurraron entre ellos.

—El imbatible Saskia ha sido vencido —murmuraron algunos.

—Lo ha derrotado solo porque es una xieri.

—Estoy de acuerdo con Saskia, seguro que ha hecho trampas.

—¿Qué dices? La técnica de la xieri era impecable. No ha habido juego sucio.

—¿Crees que podrá enseñarnos a luchar así?

—¡Es una xieri, necio! —le recriminó otro—. ¿Por qué ibas a querer que se te acercara?

Eira escuchaba a la perfección los murmullos por todo el círculo de guardias, pero no cambió la gélida expresión en su rostro. Le devolvió la espada a Sothon, que la miró con un nuevo brillo de respeto en sus ojos y tomó la espada rota sin objeción alguna.

El rey Riusel fue hacia ella. Su consejero se apresuró a cubrirlo con un parasol.

La miró con una mueca.

—Admito que eres buena, xieri. —Demasiado buena, quizá. Era sospechoso—. Puedes encargarte del entrenamiento de mi hijo.

Eira irguió la barbilla, satisfecha. Lo habría hecho igualmente, incluso sin su aprobación. Jamás se hubiera sometido de nuevo a las órdenes de un humano. Pero de esa manera no habría conflicto para Cyal y sería mucho más fácil.

—Gracias, majestad.

Cyal sonrió y fue hacia ella. Se contuvo para no abrazarla; no quería que Eira decidiera atravesarlo con alguna de sus estacas de hielo. Llevaba una cimitarra en cada mano, como le había visto hacer a ella.

—¡Has estado increíble, Eira! —exclamó, entusiasmado—. Estoy deseando que me enseñes.

Cyal se fijó, con el corazón al galope, en que las comisuras de los labios de ella se curvaron ligeramente hacia arriba.

Blanche también se acercó. Ella misma portaba su propio parasol. Al igual que Cyal, sonreía con calidez.

—Enhorabuena, Eira. No me cabe duda de que seréis la maestra adecuada para el joven príncipe.

Cyal agachó la cabeza en un intento de ocultar su sonrojo. Era reconfortante que la reina mostrara ese aprecio por él.

—Bien —habló al fin Eira clavando sus ojos rojos en Cyal. Él se puso rígido—. Empecemos, pues.

Cyal arqueó las cejas.

—¿Ahora? —exclamó, pillado por sorpresa.

—Naturalmente, humano.

Riusel frunció el ceño al escucharle llamar a su hijo de esa manera, pero Cyal se le adelantó con el fin de evitar que la reprendiera:

—¡Maravilloso! —soltó, devolviéndole las cimitarras—. Comenzamos ya mismo.

No habría estado mal algo más de tiempo para mentalizarse, pero Cyal deseaba volverse más fuerte y diestro cuanto antes.

Tendría que serlo, si quería convertirse en un guerrero digno de liderar a otros.

En un guerrero digno de luchar junto a Eira.

Capítulo 32

El Paladín



—Una vez su majestad el rey haya terminado su discurso, dará comienzo el baile. Lo que se espera entonces de vos como príncipe es que... —Lord Marchiol entornó los ojos antes de continuar—: Alteza, ¿me estáis escuchando?

Cyal tenía el codo en la mesa y la mejilla apoyada en la palma de la mano, pero lo único a lo que prestaba atención era a los guardias que practicaban en el patio.

Marchiol carraspeó. Cyal al fin se irguió y lo miró a los ojos, pillado.

—Sí, Marchiol, ¿decías...?

Marchiol, de pie delante de su mesa, cruzó los brazos y lo observó con distintiva reprobación.

—Alteza, todavía tenéis mucho que aprender en este mes —insistió—. Y esta parte es especialmente importante. Si vuestro padre decide organizar un baile para presentaros ante la corte, debéis seguir de forma estricta el protocolo. La primera impresión

que la corte tenga sobre vos será crucial para vuestra posición en el castillo.

Cyal contuvo un bufido. No le había importado tanto estudiar la geografía y las distintas relaciones entre los reinos. Había aprendido que las relaciones entre Auria y el reino de Adruste eran pésimas, y que habían estado en guerra en varias ocasiones en el pasado. Jamás hubiera aprendido algo así en las calles de Drethol, porque a nadie le hubiera interesado contárselo. Sin embargo, las clases de protocolo le resultaban tediosas y aburridas.

Solo llevaba una semana en esa nueva vida y cada vez albergaba más dudas sobre si era la más adecuada para él. A Cyal le gustaba aprender cosas nuevas, investigar y explorar, viajar. No deseaba sumirse en un juego de palabrerías y fachadas con la nobleza. Tampoco deseaba vivir atado a un mismo lugar, sentado en un trono. Pero ¿qué podía hacer?

El rey Riusel le había confiado a su propio consejero real la educación de Cyal. Ningún otro maestro educaría al joven príncipe con la misma eficiencia. Lord Marchiol era un hombre ya algo mayor, como lo reflejaban su pelo, barba y bigote grises, aunque se mantenía en forma.

En su nueva rutina, Cyal pasaba las mañanas enteras con él. Luego comía con los reyes en el comedor privado, siempre y cuando su padre no estuviera atendiendo algún asunto. Si no, comía al menos con la reina. Cyal se había fijado en que Eira estaba presente solo si el rey confirmaba su ausencia. Le desconcertaba que se evitaran de esa manera, pero no quería incomodar a ninguno de los dos preguntando.

Por las tardes, hasta el anochecer, Cyal entrenaba sin descanso con Eira. Alternaban entre seguir practicando con el agua y el manejo de la espada. Una vez tuviera un buen control del arma, pasarían a combinar ambos entrenamientos en uno.

—El protocolo real es con diferencia lo más aburrido que podrías enseñarme, Marchiol —protestó Cyal inclinándose hacia atrás en la silla. Estiró la espalda—. ¿No podemos pasar a otra cosa?

Marchiol suspiró, exasperado. El joven y recién llegado príncipe le había sorprendido gratamente con la atención que prestaba en sus lecciones de historia y geografía; aprendía a un ritmo más rápido de lo normal. Su lectura y escritura dejaban mucho que desear, pero apuntaba maneras. Por el contrario, era desesperante lo mucho que se distraía en las clases de política y etiqueta de la corte. Tenía suerte si conseguía que lo escuchara durante diez minutos seguidos.

—Me temo que no, alteza —insistió de nuevo—. Es importante que memoricéis esto también: un príncipe debe saber estar.

Y Cyal echó la cabeza hacia atrás, resoplando.



Eira se sorprendió a sí misma al encontrarse una mañana más en los jardines del castillo, junto a la reina. Estaba sentada, tomando té en su lugar habitual, frente al estanque de los cisnes.

—Cyal es un encanto —comentó Blanche con una sonrisa—. A pesar de que no soy su madre, me trata con mucho respeto. Me ha impresionado su amabilidad.

Eira disimuló una sonrisa.

—Es curioso, majestad, porque a él le ha llamado la atención lo mismo de vos —dijo—. Está agradecido porque lo hayáis recibido con los brazos abiertos, a pesar de que él no es hijo vuestro.

Blanche se sirvió un poco más de té en la taza. Aquel día, sus guantes eran verdes, a juego con su vestido. Eira volvía a llevar su traje blanco.

—Estaba segura de que la aparición de Cyal le devolvería la alegría a mi esposo —dijo la reina. Cogió una de las pastas dulces—. Eso me hace feliz a mí también.

A veces, Eira no sabía qué hacía ahí. Sin embargo, la reina Blanche le transmitía tranquilidad y las conversaciones con ella eran sorprendentemente agradables. Cyal todavía no terminaba de creerse que Blanche hubiera conseguido que Eira la acompañara todas las mañanas, pero no le suponía un gran esfuerzo.

Eira percibía la incomodidad de Blanche en el castillo y simpatizaba con ella. Era cierto lo que había dicho de que estaba sola: las criadas la trataban con excesiva distancia, sus damas de compañía susurraban a sus espaldas y no tenía amigas que la visitaran. La nobleza, a veces, actuaba como si no existiera.

Eira entornó los ojos.

—El rey —tanteó—. ¿Os trata bien?

Blanche escuchó su pregunta, masticó la pasta con lentitud y solo respondió una vez se hubo limpiado la comisura de la boca con un pequeño pañuelo bordado.

—Aunque me casé siendo joven, siempre me trató con respeto y no hizo ningún avance hasta que fui más mayor. —Suspiró con tristeza—. Y yo, a cambio, no fui capaz de darle ningún hijo.

—Eso no es culpa vuestra, majestad —señaló Eira, conteniéndose para no fruncir el ceño.

Blanche torció el gesto. Desvió la vista hacia un par de palomas que se habían acomodado en las ramas de un árbol, acicalándose con el pico.

—Aun así, me he sentido culpable por ello —confesó—. Pasaban los años y no había manera de concebir un hijo. Las mujeres de la corte no hacen más que comentar, descaradamente, que estoy maldita y que el rey debería elegir otra esposa. —Dejó la taza en la mesa. Bajó las manos a su regazo y apretó los puños—. A pesar de eso, y de que parecía que su linaje iba a extinguirse por mis carencias, él jamás descargó su frustración en mí. Nunca se enfadó. Permaneció a mi lado, tratándome con el mismo cariño de siempre. Su bondad reside en su paciencia, Eira.

—Hmm. —Eira ladeó la cabeza, reflexionando.

Blanche, acostumbrada a su actitud reservada, no se molestó ante su falta de respuesta. Recuperó la taza en sus manos y sorbió el té con lentitud.

Eira seguía sin saber qué pensar del rey. No parecía mala persona y había aceptado a Cyal de inmediato. Sin embargo, le irritaba su actitud despectiva hacia ella solo por ser una xieri. Por desgracia, tampoco podía juzgarlo en función de eso; la inmensa mayoría de los humanos despreciaban a los xieri, ya fuera por temor o por odio.

Sus virtudes parecían superar su única vileza.

—¡Oh, cielos! —exclamó Blanche dejando la taza en la mesa y poniéndose en pie—. Casi se me olvida. —Eira la miró expectante—. El Paladín de la Luz viene hoy a comer con nosotros. Desea conocer a Cyal. Debería haberos informado antes, disculpadme.

«¿Paladín de la Luz?», repitió Eira en su mente, extrañada. ¿De quién se trataba?

—Vos también estáis invitada, por supuesto —prosiguió Blanche con una sonrisa—. Es una velada muy importante para nosotros.

Eira evitaba sentarse a la mesa si el rey estaba presente, pero no se hubiera visto con corazón para dejar a Cyal a solas con un desconocido importante.



La familia real se reunió en el patio de la entrada al castillo. El rey y la reina esperaban con porte perfectamente erguido, sin variar en lo más mínimo la postura a pesar del transcurso de los minutos. Cyal estaba junto a su padre, cambiando el peso de pierna a pierna, incómodo. Lo habían obligado a ponerse un traje verde y dorado, a juego con la vestimenta de los reyes, que le resultaba un tanto asfixiante; hacía sus movimientos mucho más rígidos. Eira aguardaba detrás de él, a la misma distancia que Saskia del rey Riusel.

El draconiano le lanzaba miradas furtivas a Eira, con una mueca de rabia en su rostro. Eira lo ignoraba. Al parecer, seguía teniendo el orgullo herido por su derrota en el patio.

Cyal se ajustó el collar del traje, algo agobiado. Empezaba a tener calor y le molestaba la espera.

—Estate quieto, hijo —lo regañó Riusel con suavidad—. El Paladín está a punto de llegar. Asegúrate de mantener la postura.

Cyal frunció el ceño. La comida no le entusiasmaba en lo más mínimo, pero sí anhelaba hacer que su padre se sintiera orgulloso de

él.

Lord Marchiol le había hablado del Paladín de la Luz en sus lecciones: se trataba de la figura de mayor autoridad en la Orden de Hereshia, compuesta por los sacerdotes de los templos dedicados a la dragona, quienes se encargaban de realizar los vínculos entre humanos y draconianos, y una agrupación de combatientes llamados los Caballeros de Hereshia.

Los Caballeros de Hereshia eran conocidos por sus espadas de luz, capaces de infligir daño a los xieri. La orden se había formado tras la guerra del Alzamiento, con espadas de luz cedidas por la propia Hereshia. Aunque habían sido numerosos, en la actualidad quedaban pocos, pues ante la aparente ausencia de los xieri durante tres siglos, muchos se olvidaron de ellos, considerándolos una leyenda. Teniendo en cuenta que los xieri habían resultado ser muy reales, Cyal se inclinaba a creer que esta historia sobre su fundación era cierta también.

Ahora que los xieri habían resurgido, los Caballeros de Hereshia buscaban nuevos miembros a los que reclutar. Su sede se ubicaba en una isla al sur del continente conocida como isla Korstinia.

Según le había informado Marchiol, el Paladín de la Luz se quedaría en Auria durante unas semanas como diplomático. Era considerado una figura de máxima autoridad en todos los reinos y disponía de sus propias residencias.

Cyal divisó las siluetas de los carromatos en la lejanía, desplazándose por la avenida principal que subía al castillo. Respiró hondo y se mentalizó para una conversación en la que tendría que esforzarse en seguir los protocolos.

Un carruaje blanco tirado por caballos del mismo color entró en el patio. El cochero se bajó y fue a abrir la puerta de la cabina. De ella emergió un hombre mucho más joven de lo que Cyal esperaba. Llevaba el pelo negro oculto bajo un gorro cuadrado e iba ataviado con una elaborada túnica de varias capas. Vestía de blanco, con bordados en oro.

Se acercó a ellos. Extendió su mano, cubierta con un guante, y el rey Riusel dio un paso hacia él. Frente a todos, se arrodilló y le besó la mano.

—Eminencia —dijo al mismo tiempo que Cyal y la reina hacían una reverencia. Eira, al ver que Saskia hacía lo propio, los imitó, incómoda—. Es un honor recibiros hoy en mi castillo.

El Paladín sonrió afablemente.

—El honor es mío, rey Riusel de Auria, descendiente de Otar. —Inmediatamente, alzó la mirada—. ¿Dónde se encuentra el joven con los ojos de Hereshia?

Riusel se puso en pie. Cyal, suspirando para sus adentros, fue a su lado. El rey le pasó un brazo por los hombros, sin poder contener su orgullo y entusiasmo a pesar de lo informal del gesto.

—Os presento a Cyal de Auria, eminencia. Mi hijo.

Cyal inclinó la cabeza en señal de respeto. Tensó la mandíbula cuando el Paladín lo tomó de la barbilla, forzándolo a alzar la vista para examinar sus ojos dorados de cerca.

Él también pudo analizarlo más detenidamente. La mirada del Paladín era excesivamente oscura; las cuencas de los ojos sobresalían, proyectando marcadas sombras en sus párpados con la luz del sol incidiendo sobre él. Resultaba un tanto siniestro.

—En efecto, el joven posee el regalo de Hereshia —comentó el Paladín, satisfecho. Miró a Blanche con una sonrisa—. Me alegra saber que vuestras plegarias han sido escuchadas por nuestra venerable salvadora, reina Blanche.

Blanche sonrió también.

—Así es, eminencia. Cyal es un milagro que recibimos con los brazos abiertos.

El Paladín desplazó su vista primero hacia Saskia y luego hacia Eira. Se quedó rígido al reparar en sus ojos rojos.

—Por Hereshia, ¿qué significa esto? —bramó iracundo—. ¡Una xieri entre nosotros! Que Hereshia nos proteja...

Cyal gruñó. Su padre le lanzó una mirada de advertencia para que mantuviera la compostura, y el joven se debatió entre desafiarlo o guardar silencio.

—No temáis, eminencia —dijo Blanche, adelantándose a ambos. Su cuerpo se puso entre el de Eira y el Paladín, grácil—. No es más que una pobre draconiana que fue transformada en xieri en contra de su voluntad mientras protegía al joven príncipe. Ambos sobrevivieron a la destrucción de Drethol y pagaron un terrible precio.

El Paladín se irguió y arqueó una ceja. Juntó las manos, analizando a Eira desde la distancia. Ella le devolvió la mirada, desafiante. Cyal se contuvo para no llevarse una mano a la cara y esconderse.

La electricidad en el ambiente era palpable.

—Si tenemos aquí a Cyal con nosotros es gracias a ella, eminencia —insistió Blanche, manteniendo una cálida sonrisa plasmada en su rostro—. Os pido que hagáis una excepción.

El Paladín no dijo nada. El silencio se extendió. Tanto Cyal como el rey Riusel esperaron en tensión. Eira mantenía su frío porte de indiferencia. Saskia, en cambio, había apretado los dientes y parecía más que dispuesto a deshacerse de Eira si el Paladín así lo deseaba.

—Me fiaré de vuestra palabra, reina Blanche —habló por fin el Paladín.

Con decisión, se acercó a Eira. Ella alzó la barbilla. Una vez estuvo más cerca, el hombre extrajo algo de la ancha manga de su túnica y Eira retrocedió con brusquedad.

El pulso de Cyal se aceleró y dio un paso hacia ellos. Riusel lo agarró del brazo y Cyal lo miró, molesto. Su padre negó con la cabeza y lo retuvo.

Cuando se volvió para comprobar qué estaba ocurriendo, vio a Eira congelada. Por primera vez, Cyal distinguió temor en su mirada. Eira se recompuso tan rápido como pudo, pero no logró ocultarlo tan bien como hubiera querido.

El Paladín sonrió con inocencia fingida. Alzó el puñal de cuchilla roja que había traído consigo. Esta brillaba tenuemente bajo los rayos del sol.

Se trataba de un puñal de drialita imbuido con la luz de Hereshia.

—¿Rechazarás la luz de nuestra salvadora? —la provocó el Paladín.

Eira lo reconoció al instante como algo dañino para un xieri. Su cuerpo entero había reaccionado. Sin embargo, no le quedaba más remedio que soportar estoicamente la tortura que se avecinaba.

Observó, rígida, cómo el Paladín hizo descender el puñal sobre ella con lentitud. Reposó la punta de la hoja en su frente. Eira crispó los dedos, pero no se movió. Cyal, en cambio, trató una vez más de ir hacia ella. Le hervía la sangre. ¿Qué estaba haciendo ese hombre?

Por mucho que se esforzase para mantener la calma, no iba a permitir que tratara a Eira de aquella manera.

Pero Riusel lo retuvo. Cyal quiso sacudir el brazo y librarse de su agarre.

Hubiera renegado de él cien veces en ese instante.

—Que la luz de Hereshia te purifique del mal, xieri —dijo el Paladín.

Apartó el puñal. Eira respiró más tranquila. Cyal relajó al fin los hombros y su padre le soltó el brazo.

—¿Qué os parece si procedemos a comer, eminencia? —habló Riusel, yendo hacia él para distender la situación.

—Una magnífica idea, majestad.



La consecuente comida fue tan incómoda para Eira como para Cyal. Afortunadamente, Riusel y el Paladín no tardaron en irse a los aposentos del rey para discutir varios asuntos en privado, y pronto tuvieron espacio para retirarse también.

Cyal y Eira abandonaron el salón en pos de la sala que utilizaban para entrenar, en los sótanos del castillo.

—Menudo hombre más raro —soltó Cyal en cuanto estuvieron a solas, con los brazos en jarras—. Me ha puesto de los nervios.

Eira se había tenido que contener para no atravesar al Paladín con sus cimitarras, pero no era necesario avivar la rabia de Cyal diciéndole el terrible peligro que había percibido en la luz del puñal. No le sería útil.

—¿Cómo ha podido hacer eso? —gruñó.

Cyal se volvió para buscar su mirada. Entornó los ojos al fijarse en su cara, iluminada por la luz que se filtraba por las rendijas en la parte alta de la pared de piedra. Se acercó y quedó frente a ella. Inclinó la cabeza para observarla más de cerca. ¿Estaba bien?

Estiró una mano para que Eira no girara el rostro y ella rehuyó el roce. Cyal detectó el temor que se escondía bajo ese gesto y no movió la mano, pero le prestó atención a la pequeña quemadura roja que había aparecido en su frente. Estaba justo en el punto donde el Paladín apoyó el puñal.

Tensó la mandíbula y bajó la mano. Tuvo la tentación de marcharse a buscar al maldito Paladín para usarlo de muñeco de prácticas, pero lo dejó pasar.

Sabía que reaccionar solo causaría lo que Eira había evitado al no atacarlo ella misma: un conflicto aún mayor.

Para Cyal, Eira estaba por encima de lo que el rey quisiera de él como príncipe. Pero si Eira había actuado así precisamente para no causar mayor conmoción, mostrar él su ira sería ir en contra de esto.

Estaban en una encrucijada.

Respiró hondo. Alzó la mano de nuevo mirando a Eira con cautela, pidiéndole permiso. Esta vez, ella ni se apartó ni lo detuvo. Tan solo permaneció en silencio, con la vista fija en el suelo.

Cyal le rozó la frente con el pulgar, apoyando la mano en su sien.

—Lo siento, Eira —murmuró, afligido—. Has tenido que soportar eso por mi culpa.

«Soportaría muchas cosas por ti», pensó ella.

Le dedicó una mirada. Había puesto barreras, y lo había intentado por todos los medios, pero ya no podía negarse a admitir una verdad tan obvia.

Cyal no la había abandonado.

No se había rendido ante su fría actitud.

Pese a todos sus intentos de mantenerlo alejado, había permanecido a su lado. Su caricia podría haber tenido consecuencias desastrosas, y Eira seguía convencida de que las tendría, pero era incapaz de rechazarla. Había querido evitarlo, por la propia seguridad del chico, pero ya no era capaz.

Su voluntad de hielo se resquebrajaba sin remedio alguno ante la presencia de Cyal.

Eira cerró los ojos, apoyando suavemente la cabeza en la palma de su mano. Cyal no se molestó ante su silencio y le apartó cuidadosamente un mechón de pelo de la cara.

Los dos permanecieron en esa posición durante varios segundos. Sus emociones, un mar en calma gracias a la presencia del otro.

Capítulo 33

Cruzar el límite



Riusel sirvió vino en las copas y le tendió una al Paladín. Los dos se sentaron en los sillones frente al fuego de la chimenea.

—¿Qué os ha parecido Cyal, eminencia?

El Paladín esbozó media sonrisa.

—Es un chico prometedor, majestad. Podéis estar orgulloso de él.

—Os lo agradezco, eminencia.

El Paladín bebió un poco de vino. Bajó la copa y observó el líquido morado en su interior. Entornó los ojos.

—Sin embargo, hay un asunto que me preocupa.

Riusel suspiró pesadamente.

—La xieri —adivinó.

—Así es. ¿Cómo permitís que esté en vuestro castillo?

Riusel desvió la mirada hacia las llamas.

—Me lo pidió mi hijo. Accedí por él. Parece tenerle especial aprecio; ella es la que se ha encargado de enseñarle muchas cosas y lo ha protegido hasta ahora. No podría arrebatarle lo único que le queda de su vida anterior. No cuando ya ha perdido todo lo demás.

—Sin embargo, he percibido vuestro desagrado hacia ella —señaló el Paladín.

Riusel bufó.

—Es inevitable. Es una xieri.

—Y precisamente por eso deberíais ser más cuidadoso con ella, rey Riusel —aconsejó el Paladín en tono condescendiente—. No deberíais fiaros jamás de una xieri. Están corruptos por el poder de la oscuridad. Su mera existencia desafía la voluntad de Hereshia. Volver a la vida después de la muerte es la mayor burla posible. ¿Cómo podéis estar seguro de que es quien dice ser?

—¿A qué os referís, eminencia?

El Paladín sonrió de una forma un tanto siniestra.

—¿No se os ha pasado por la cabeza la posibilidad de que esa xieri sea una de las originales de la guerra del Alzamiento, mi querido rey? Y que esté utilizando a vuestro hijo para infiltrar sus fuerzas en Auria y así tomar la ciudad con facilidad.

Riusel apretó los dedos en torno a la copa de metal. Era cierto que le había parecido demasiado experimentada para la edad que aparentaba.

—¿Y qué sugerís que hagamos, eminencia?

—No temáis, majestad. No hay por qué precipitarse. Yo permaneceré en Auria durante unas semanas. Tenemos tiempo de averiguar quién es y urdir un plan para deshacernos de ella sin alertar a nadie.

Riusel frunció los labios.

—Pero mi hijo...

—Vuestro hijo está cegado por ella, pues la xieri lo ha engañado con su oscuridad. —El Paladín se inclinó hacia él y le puso una mano

en el hombro—. En cuanto la xieri desaparezca, el joven Cyal se liberará de su hechizo. En el futuro os lo agradecerá, rey Riusel.

—De acuerdo, eminencia. Confío en vos.

El Paladín se apartó, satisfecho. Sorbió de su copa.

—Sé que veláis por el bien de vuestro hijo, mi rey. Yo también. Hay que proteger al descendiente de Otar... No podemos permitir que esa xieri lo corrompa. Actuaremos antes de que sea demasiado tarde.



Lluvia se había acomodado en el trono de oro del Palacio de Turmalina, con una pierna cruzada sobre la otra, el codo en el reposabrazos y la mejilla apoyada en el puño. Jugueteaba con un mechón de pelo azul enrollándolo en el dedo índice.

Un hombre estaba de rodillas en el suelo frente a ella. Tenía los brazos atados con cadenas detrás de la espalda.

—¿Y bien? —dijo con desdén—. ¿Has recapacitado?

—Jamás me someteré a vosotros, tirana despreciable —siseó el hombre—. ¿Cuántas veces he de repetirlo?

Lluvia irguió la barbilla, ignorando el insulto.

—¿Y cómo piensas evitarlo? Ya estás sometido. ¿Para qué crees que son las cadenas? Como draconiano no nos sirves. Los humanos podrían capturarte y usarte contra nosotros con un vínculo. Siendo xieri, eso sería más complicado. No tienes otra opción.

Su preso la miró, desafiante.

—No me convertiré en un monstruo.

Lluvia puso los ojos en blanco. Chasqueó los dedos. Graialan se materializó a su lado con una niña de cinco años en brazos y el hombre palideció al instante.

—¡No metas a mi hija en esto!

—¿Creías que te mentía? ¿Que no habíamos capturado al resto de tu familia de verdad? —rio Lluvia—. Tenemos bajo control a toda tu preciosa aldea oculta en la cordillera de Gihash. Aunque ahora ya no está tan oculta. Diría que las columnas de humo delatan vuestra posición.

—Al final, no sois diferentes a los humanos —escupió el preso—. No habéis venido a liberarnos. Vais a oprimirnos también.

—¿Es así? —dijo ella, con falsa tristeza y un mohín. Graialan, sin embargo, había fruncido el ceño—. Nosotros os ofrecemos la libertad a cambio de convertiros en xieri. ¿No es un trato justo? El terco eres tú.

Graialan hizo crecer garras de sombras de su mano. Las acercó al cuello de la niña, que se retorció en sus brazos y empezó a llorar.

—¡Papá!

—Tú eliges, Quillan —ronroneó Lluvia.

El hombre, Quillan, apretó los dientes. Las cadenas que lo aprisionaban eran de drialita; le impedían transformarse. No había nada que hacer excepto ceder.

—Aun así... —prosiguió Lluvia. Alzó la mano delante de su rostro observando sus largas uñas negras—. No creerás que me he olvidado del insulto de antes..., ¿no?

Quillan se quedó rígido. Lluvia esbozó una siniestra sonrisa y fue hacia la niña.

—¡No!

—Vamos, dime... ¿Cómo me has llamado? —Lluvia clavó sus ojos rojos en él—. ¿Tirana despreciable?

—Lluvia, no... —empezó Graialan con una mueca.

Deshizo las garras de sombras e intentó apartar a la niña. Se suponía que era solo para intimidar al draconiano; no iban a matarla. Pero Lluvia no le dejó terminar: deslizó una daga de hielo por el cuello de la niña y cortó su chillido.

Graialan la soltó, pálido, y la niña cayó al suelo con un golpe seco.

Quillan se retorció y gritó.

—¡Freryu! ¡Freryu!

Graialan, con los ojos desorbitados, escuchó el retumbar de su propio corazón. No había esperado que Lluvia cruzara esa línea y menos que lo hiciera de forma tan despreocupada, despiadada y fría. No había tenido tiempo ni de intentar proteger a la niña. Se le revolvió el estómago y rebobinó las palabras de aquel hombre.

«Al final, no sois diferentes a los humanos».

¿Tendría razón?

Sacudió la cabeza. No era el momento de vacilar en sus firmes creencias. La venganza debía llevarse a cabo; nadie más lo haría por ellos. En toda misión se producían daños colaterales y él se había acostumbrado a todo tipo de atrocidades durante la guerra. Aquello no era diferente.

Una niña no era diferente.

Graialan le echó un vistazo al trono, que estaba vacío. Lluvia rio, pavoneándose un poco.

—Me temo que tu pequeña Freryu ya no puede oírte. —Sonrió, mostrando colmillos blancos enmarcados por pintalabios rojo. Hizo un gesto—. Llevadlo de vuelta a los calabozos.

Dos xieri se materializaron detrás de él.

—¡Pagaréis por esto! —vociferó Quillan, con furia—. ¡No creáis que...!

Los xieri lo arrastraron con ellos, desvaneciéndose los tres en sombras.

Lluvia suspiró con exageración. Cruzó los brazos y miró el cuerpo de la niña con desdén. Lo tocó con la punta del pie, como si nada.

—Qué desperdicio. ¿Qué le cuesta acceder? Es mucho más sencillo crear un xieri que se ofrece por voluntad propia que uno al que hay que forzar.

Graialan permaneció en silencio, con la cabeza gacha.

—Vamos, mi querido Rayo, ¿no eras tú el sádico entre nosotros? —comentó ella. Se giró hacia él, pero su sonrisa vacilaba—. ¿Ya te has recuperado de tus heridas?

Él gruñó.

—En efecto. Pero no iré a por Eira todavía. He de esperar un poco más. —Fijó sus ojos rojos en ella—. Supongo que te alegrará que vaya a vivir más tiempo —añadió, con retintín.

—Puede.

—Con el poder que tienes ahora, Lluvia, acabarías con ella con facilidad —dijo Graialan—. Pero me alegro de que no quieras hacerlo. Así tendré mi revancha.

Se envolvió en la bruma y desapareció. Otro xieri apareció frente a Lluvia e hincó una rodilla en el suelo de losas doradas.

—Mi señora —dijo inclinando la cabeza—. Creemos haber encontrado una pista sobre el paradero de Viento.

Lluvia dio una palmada.

—¡Espléndido! Ya estamos todos.

Una vez tuvieran a Viento también con ellos, solo les quedaría encontrar al General.



Thaydra caminaba envuelta en su capa marrón. Descendían por el valle, entre varias montañas de roca gris oscura, casi negra, y las temperaturas habían bajado bastante. Tembló solo de pensar en que eso no era nada comparado con el frío que haría en Erom.

No quedaba mucho para salir de la cordillera que bordeaba el territorio del reino. Lejos, en la distante línea del horizonte, ya se veían sus picos nevados.

—¿Por qué no quieres contarme para qué me necesitas, Arash? Debe ser importante, si hasta la xieri lo sabía.

Arash la miró brevemente por encima del hombro. Iba delante de ella, guiándola por el camino más fácil para descender entre las grietas en las rocas.

—No lo es.

Thaydra arqueó una ceja, con un puchero.

—Claro —protestó—. Por eso no quisiste que escuchara la historia que estaba contando el señor en el pueblo por el que pasamos, ¿verdad?

Hacía un par de días desde que habían visto a otra persona. Aquel pueblo había sido el último rastro de civilización por el momento.

Erom era el reino más distante y apartado de todos, puesto que los caminos de acceso a él eran siempre excesivamente largos, escarpados y tediosos. Por no hablar de lo traicioneras que podían resultar las montañas nevadas. Solo los comerciantes más

especializados en esas tierras iban hasta Erom a llevar productos agrícolas. A cambio, regresaban con sus caras telas y abrigos, los mejores en todo el continente.

Arash rio por lo bajo.

—¿Todavía sigues pensando en eso, princesa? Fue hace ya una semana; déjalo estar.

—Lo dejaría estar si me contaras la historia completa.

Él resopló exasperado.

—Cuando considere que es el momento adecuado, te la contaré.

Thaydra frunció el ceño, pero no protestó más porque sabía que no conseguiría nada.

Arash se detuvo entornando los ojos. Thaydra, que iba ahora pendiente de dónde pisaba, chocó con él.

—¿Qué pasa? —inquirió ella, confusa.

Había una extraña tensión en el ambiente. El viento sopló con más fuerza. Arash apretó los dientes y afianzó su postura.

—Prepárate, princesa —dijo, desenvainando su hoz—. Aquí cerca hay una grieta de energía.

—¿Eso qué quiere decir? —cuestionó ella a la vez que se pegaba a él, nerviosa—. No veo ninguna grieta.

—Nephrores —contestó él con gravedad—. La grieta no está aquí. Pero los nephrores solo pueden haber salido de una.

Como si pudieran oírle, una multitud de sombras empezaron a descender desde todos los ángulos hacia ellos.

Thaydra ahogó una exclamación.

Capítulo 34

Significado



Los nephrores se movían con lentitud, rodeándolos.

Eran espectros espeluznantes, sin una forma definida, que flotaban en el aire dejando tras de sí una estela de brumas. Sus ojos rojos brillaban con una malicia ancestral que nacía de su ansia de arrebatar la vida a todo aquello que se les cruzara.

Arash y Thaydra se colocaron espalda contra espalda; él con su hoz preparada y ella con los puños envueltos en fuego.

—¿Cómo acabamos con ellos? —susurró Thaydra, en tensión.

—Solo el elemento de la luz puede desintegrarlos para siempre —contestó Arash entornando los ojos—. Yo no poseo ese poder. Lo mejor que podemos hacer es atacar hasta que se disuelvan temporalmente y huir. Aunque parezcan fantasmas, reciben daño como cualquier animal. Y cuidado con sus garras, porque cortan.

Thaydra tragó saliva. Asintió con la cabeza, sin darse cuenta de que Arash no lo vería. Lo único bien definido en la masa deforme del cuerpo de los nephrores eran las afiladas garras que acababa de mencionar Arash. Podían extenderlas a voluntad.

Los nephrores se irguieron como un enjambre coordinado. Abrieron la boca mostrando afilados colmillos y emitieron un desagradable chirrido.

—¡Que eso no te detenga! —advirtió Arash, que se lanzó a la carga.

Thaydra apretó los dientes, sobreponiéndose al molesto pitido en los oídos. Observó por el rabillo del ojo a Arash desplazarse a la velocidad del rayo de un nephror a otro, desgarrándolos con su hoz envuelta en electricidad.

Pero no había tiempo para quedarse admirándolo. Por mucho que Arash los destrozara, los nephrores fluían en abundancia, cubriendo de una masa negra el valle entero.

Thaydra saltó hacia atrás para esquivar a uno. Palideció cuando sus garras cortaron los extremos de su capa. En efecto, eran muy reales.

Disparó una bola de fuego hacia él. El nephror emitió una tétrica risa y se desvaneció antes de que lo alcanzara. Volvió a aparecer frente a ella.

Thaydra chilló. Alzó las palmas de las manos y levantó un muro de llamas. El nephror aulló al disolverse. La joven jadeó y miró a su alrededor. Más nephrores descendían sobre ella. Rotó sobre su propio eje, extendió un brazo y creó un escudo de fuego. Lo expandió para alcanzar a los que estaban más cerca. Muchos lo esquivaron, pero abrasó a algunos.

«Son demasiados —pensó ella, con una gota de sudor deslizándose por su rostro—. ¿Cómo vamos a poder con todos?».

Escuchaba el chasquido de los rayos de Arash en la distancia, pero ya ni siquiera podía verlo. Estaba perdido en un mar de sombras

creado por los nephrores. Thaydra gruñó y disparó bolas de fuego una tras otra. Se agachó para esquivar las garras de un nephror, saltó a la derecha para evitar a otro y se propulsó con llamas en los pies para elevarse por encima. Hizo descender un torrente de fuego que despejó la zona en la que aterrizó.

Examinó su entorno respirando entrecortadamente. Daba igual la cantidad de nephrores que destrozara. ¿Cómo podía haber tantos?

Mandó más proyectiles ígneos contra ellos, pero tropezó con una roca. Thaydra extendió los brazos para mantener el equilibrio, ahogando una exclamación. Logró echarse a un lado, pero las garras de un nephror se deslizaron por su espalda.

Gritó antes de entender siquiera lo que acababa de suceder. No había sentido un dolor así en la vida; la espalda entera le ardía como si hubiera recibido una lluvia de flechas, paralizándola.

Se precipitó hacia delante, pero un brazo le rodeó la cintura y la sujetó antes de que cayera al suelo. Thaydra resolló y giró la cabeza. Arash había aparecido junto a ella en un abrir y cerrar de ojos, despejando un círculo a su alrededor con una descarga eléctrica.

—Te veo con dificultades, princesa —dijo él, en un intento de animar el ambiente.

Pero Arash también notaba el cansancio. Era una cadena cada vez más pesada que ralentizaba su respiración y sus movimientos; los nephrores eran demasiados.

—Arash...

Él bajó la vista al escuchar su hilo de voz. Tensó la mandíbula ante los feos cortes en su espalda. Parecían profundos y le manchaban la camisa de rojo con rapidez.

Entornó los ojos.

—Aguanta, Thaydra. Nos vamos de aquí.

Arash la dejó en el suelo y Thaydra temió por un momento que fuera a abandonarla. Ella no tenía fuerzas para levantarse; toda su energía estaba siendo drenada por los cortes del nephror en su espalda. Le pesaban los párpados.

Escuchó un rugido. Las rocas temblaron. Apenas reconoció la silueta de un dragón mientras se le nublaba la vista, justo antes de perder la conciencia.



Cuando volvió a abrir los ojos, la noche reinaba en el exterior. Vio el techo rocoso de una cueva y escuchó el lento crepitar de las llamas de una hoguera junto a ella. Se llevó una mano a la cabeza, confusa.

Estaba tumbada sobre una manta y Arash estaba junto al fuego.

—Por fin despiertas, princesa. No esperaba que fueras a dormir tanto.

«¿Dormir?», pensó Thaydra frunciendo el ceño.

—Los nephrores roban energía con sus cortes —explicó él—. Tu cuerpo tenía que recuperarse.

Thaydra trató de incorporarse y se le escapó un quejido. Su espalda envió ondas de dolor por todo su cuerpo.

—¿Qué...? —balbuceó ella.

Arash le puso una mano en la espalda y empujó con suavidad. La ayudó a sentarse.

—He tratado los cortes, pero deberías tener cuidado al moverte o se abrirán de nuevo —advirtió él—. Si te duele mucho, házmelo

saber y les echaré otro vistazo.

Thaydra bajó la vista. La camisa estaba desabrochada, revelando su torso vendado. No podría comprobar el aspecto de sus heridas, pero no era eso lo que más le preocupaba en ese momento. Enrojeció como un tomate.

—¿Cómo...?

Arash arqueó una ceja.

—¿Qué ocurre?

—Tú... Tú has... —murmuró ella, luchando por hablar pese a toda la vergüenza que la golpeó. Evitó mirarlo a los ojos—. ¿Me has visto...?

Y Arash rio con suavidad.

—¿Habrías preferido desangrarte, princesa? —la picó. Ella se quedó con la boca abierta—. Pero no te preocupes, sé respetar la privacidad siempre y cuando sea posible. Para tu tranquilidad, las vendas las he puesto ya cuando he terminado de curar todo, intentando ser lo más discreto posible.

Thaydra seguía sonrojada.

—G-gracias, supongo.

—¿Por qué sois tan pudorosos los humanos? —cuestionó él, echándose hacia atrás para recostarse en la pared de roca y cruzando los brazos—. Si por mí fuera, iría desnudo a todas partes y no me tendría que preocupar por las prendas que destrozo al transformarme en dragón.

Thaydra pestañeó, procesando la información.

—¿No usáis ropa en vuestra tierra?

—Directamente no nos mostramos como humanos; estamos siempre en nuestra forma de dragón, pues la percibimos como

nuestra forma auténtica —explicó Arash—. Cuando vengo al continente, sin embargo, he de adaptarme y hacerme pasar por humano. Ropa incluida.

—Ya veo —musitó ella, sin atreverse a mirarlo todavía. Se abrochó la camisa.

—¿Cómo te encuentras?

La pregunta de Arash la sorprendió. Se quedó con la cabeza agachada, pensativa. Arash la había salvado de los nephrores y le había curado las heridas. La había protegido una vez más, como le había prometido que haría. Ahora parecía preocupado por ella.

Apretó los puños en su regazo.

—Bien. Gracias.

Arash se extrañó al escuchar su respuesta desanimada.

—Vaya. Esperaba que te quejaras más —ironizó, ocultando lo desconcertado que estaba.

Thaydra hundió los hombros. El dolor en la espalda no cedía, pero no era lo que más le afectaba.

Se le escapó un sollozo.

—¿Princesa? —la llamó Arash, inquieto. Se inclinó hacia ella.

—Te agradezco que me hayas salvado, Arash, de verdad, pero... —Thaydra parpadeó repetidamente. Le ardían los ojos y una desagradable presión le atenazaba el pecho—. Solo lo has hecho porque me necesitas para algo, ¿no? Para eso que no quieres contarme.

Arash frunció el ceño.

—Eso no es...

Pero ella no le dejó continuar:

—Y-yo... Me cuesta mucho, Arash —balbuceó. Giró la cabeza para mirarlo. La imagen de sus ojos vidriosos paralizó a Arash—. Llevamos tiempo viajando juntos. Nos vamos conociendo más. Me gusta estar contigo. Viajar junto a ti es interesante. *Muy* interesante. —Torció el gesto—. Aunque peligroso. Si yo no huí cuando nos atacó Lluvia, es porque te aprecio, porque quiero estar a tu lado. P-pero tú... —Los hombros de Thaydra temblaron. Lágrimas traicioneras resbalaron por sus mejillas—. Tú no me ves como una igual.

—Thaydra, si eso fuera así, nunca me habría molestado en enseñarte a luchar —replicó él—. Lo hice porque tú me lo pediste, ¿no?

Ella negó con la cabeza, dolida.

—Aun así. Da igual lo que yo quiera. Da igual si digo que quiero ir contigo, que deseo acompañarte en tu viaje. Porque tú vas a obligarme a quedarme en Erom en cuanto lleguemos y te olvidarás de mí. —Respiró hondo. Pero otro sollozo brotó de sus labios—. N-no quiero que cargues tú solo con la responsabilidad de restaurar el equilibrio del mundo. Quiero ayudarte, aunque no sé cómo. Es obvio que no tengo la fuerza suficiente. Y por mucho que pudiera acompañarte... ¿Cómo sabría que el aprecio que te tengo es mutuo, Arash?

Él intentó interrumpirla de nuevo extendiendo un brazo hacia ella.

—Thaydra...

Ella alzó la palma de la mano.

—Déjame terminar, por favor. —O seguía hablando, o temía perder el poco valor que había reunido para liberar lo que acumulaba encadenado en un pequeño rincón.

Arash frunció el ceño. Permaneció con los hombros tensos.

—Está bien.

—Tú me necesitas viva para algo que no me cuentas. Si no fuera por eso, ¿me dejarías morir? ¿Me abandonarías? Hace ya casi dos meses que lo perdí todo. Mi madre, mi padre, mi hermana. Mi forma de vida. Pero apareciste tú para salvarme.

Thaydra se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y lo encaró. Un relámpago silencioso cruzó el pecho de Arash al ver esa tristeza reflejada en ellos, en esos ojos del mismo color que los de Zheitszoh.

—Arash, de no ser por ti, habría perdido toda la esperanza. Perdí a toda mi familia, pero al menos creía tenerte a ti para acompañarme... ¿Sabes...? ¿Sabes lo duro que resulta, cuando ya no me queda nada, ser consciente de que yo no te importo lo más mínimo?

Arash palideció.

—Estoy cansada de ser un objeto —terminó ella, con un lamento ahogado—. Quiero ser una persona. Quiero ser alguien para ti.

Capítulo 35

Enlace



Thaydra calló de golpe. Bajó la vista a su regazo y se mordió el labio inferior, nerviosa. Existía la posibilidad de que Arash simplemente se levantara y se marchara, de que pensara que era una idiota y una simple.

Sin embargo, Arash suspiró profundamente. Se llevó una mano a la cara, echando hacia atrás los mechones sueltos de su coleta. Un cúmulo de emociones se arremolinaba en su interior; tendría que esforzarse para organizar sus pensamientos en palabras.

Debía ser sincero con ella.

—Thaydra. —La chica lo miró de reojo, temerosa—. Admitiré que te rescaté por egoísmo, porque te necesitaba viva —dijo. No se había molestado en ocultarlo en ningún momento—. Pero te he ido conociendo con el tiempo, he visto cómo te esfuerzas y... —Arash gruñó desviando la vista—. Sentí miedo, antes. Cuando te oí gritar. Pero no por la razón que crees. No fue por cómo me pudiera afectar eso a mí. —Se obligó a exponer lo que él mismo había descubierto hacía poco—: No soporto verte sufrir.

Thaydra arrugó la frente, aguantando el llanto.

—¿Entonces...?

—Ya eres alguien para mí. No porque seas una princesa o por... —vaciló. Le estaba costando horrores expresarse así tras siglos sin necesidad o deseo de hacerlo—. Aunque no fueras quien eres, Thaydra, no te habría abandonado. Te habría puesto a salvo igualmente. —La miró a los ojos—. He querido evitarlo a toda costa, pero te has hecho un hueco en mi corazón. A pesar de ser así de torpe —añadió con media sonrisa.

A Thaydra se le escapó una pequeña carcajada entre las lágrimas, porque sabía que no creía que solo fuera torpe o quejica.

—¿No soy una molestia para ti? —preguntó, intentando mantener la compostura.

Él frunció el ceño.

—En absoluto. Al principio era tedioso estar pendiente de ti, sí, pero ahora disfruto enseñándote —le confió—. Y viajando contigo. Si nuestros caminos debieran separarse, sería difícil acostumbrarme de nuevo a viajar solo.

Thaydra se frotó los ojos con los puños. Aventuró una tímida sonrisa.

—¿No me vas a obligar a quedarme en Erom?

Arash soltó el aire con esfuerzo, como si temiera dejarlo ir. Se recostó en la pared.

—Es cierto que esa era mi intención. Pero ahora que hemos hablado y que sabes que soy un dragón, no sé —dudó, pero se repuso y continuó con firmeza—: Si de verdad deseas acompañarme en mi viaje, puedes hacerlo.

La mirada de Thaydra se iluminó.

—¿Quieres que te acompañe?

—No me malinterpretes —dijo, recuperando la media sonrisa—. Sigo pensando que es una idea terrible. Mas no te lo impediré.

Los labios de Thaydra se elevaron con alegría.

—Iré contigo.

—Tienes que saber que será un viaje duro —advirtió Arash muy serio—. Ya has visto cómo son los nephrores. No será la última vez que nos encontremos con ellos.

—Me volveré más fuerte —aseguró ella de inmediato.

—Vaya. ¿Ya no tienes miedo, princesa? —la picó él.

—Sí, pero puedo superarlo. Si tú estás dispuesto a continuar ayudándome —murmuró—, creo que puedo superar cualquier cosa.

Arash suavizó su expresión.

—Estoy dispuesto a ayudarte, princesa. Y creo que es hora de que sepas cuál es exactamente tu papel en todo esto —ofreció.

El corazón de Thaydra danzó al compás de su emoción.

—¿Vas a contármelo al fin?

—Si no lo he hecho antes, es por malas experiencias pasadas —confesó Arash en tono bajo. Dobló una pierna para apoyar el codo en la rodilla y desvió su vista al exterior, oscuro por completo—. No eres la primera humana con ese papel.

Thaydra juntó las cejas.

—¿Qué papel?

Arash apretó los labios.

—Zheitszoh y yo no somos como los demás dragones, princesa. Somos, o éramos, más poderosos. Para no desestabilizarnos con nuestra fuerza, nos veíamos obligados a establecer un enlace.

—¿Un enlace? ¿Como un vínculo? —cuestionó ella, extrañada.

Arash bufó.

—Los vínculos son una perversión del enlace; no es lo mismo. El enlace es algo natural que utilizamos Zheitszoh y yo. Debido a nuestro poder, necesitamos pasar largas épocas sumidos en un letargo —explicó. La observó de reojo—. Para despertar, necesitamos un enlace.

Thaydra recordó a Arash contándole que no había retomado su búsqueda de Zheitszoh hasta diecisiete años atrás. Justo cuando ella había nacido.

—Así que yo soy tu enlace —entendió.

—Así es.

A Thaydra le costaba creer que hubiera nacido con un papel tan importante. Había vivido toda su vida siendo la última hija del rey, y una mujer. No había mucha importancia en ello. Su vida había sido la de un objeto decorativo. Pero no algo importante, como una obra de arte o un complicado telar, sino más bien algo irrelevante como el pomo de una puerta.

—¿Y en qué consiste ser tu enlace?

—Es una tarea muy sencilla. Compartes mi responsabilidad de restablecer el equilibrio en Gaia. Eres el ancla que me permite estar en este mundo. Si mueres...

—¿... volverías al letargo? —dedujo ella, inquieta.

Arash hizo una mueca.

—Exacto. Y tardaría más de un siglo en acumular la energía necesaria para liberarla y que esta encontrara otro enlace.

—¿Y por qué no podía saber yo esto desde el principio? —cuestionó Thaydra cruzando los brazos.

—Porque... —Arash entornó los ojos—. Ser mi enlace también te da todos mis poderes.

Thaydra se quedó con la boca y los ojos abiertos.

—¿Cómo?

—No voy a repetirme, princesa. El único enlace totalmente comprometido con su deber fue el primero que tuve, hace ya miles de años. Si nos hubiéramos quedado escuchando la leyenda contada por ese hombre... —Arash se encogió y su aliento se quebró en un suspiro cargado de pesar—. Habrías oído su nombre. Se llamaba Taiyo y era una chica, ahora que lo pienso, bastante parecida a ti en cuanto a forma de ser —comentó con una sonrisa, pero no dijo más de ella—. Zheit y yo teníamos que renovar la energía de Gaia una vez cada doscientos años. Eso significaba que establecíamos un enlace, despertábamos, cumplíamos con nuestro deber y, una vez nuestros enlaces morían de mayores, volvíamos a nuestro letargo hasta la próxima. Pero después de Taiyo... —Arash gruñó—. La mayoría de enlaces posteriores fueron decepcionantes.

—¿En qué sentido?

—Fue una época en la que Zheit y yo éramos bastante conocidos entre los humanos y los draconianos. Ser nuestro enlace les otorgaba prestigio y reconocimiento entre ellos. —Resopló—. Se podría decir que se les subió la fama a la cabeza. Los enlaces se convirtieron en unos irresponsables, pavoneándose de nuestros poderes, pero dejándonos a Zheit y a mí toda la carga de renovar la energía.

Thaydra torció el gesto. Cruzó las piernas para estar más cómoda y bajó la vista a su regazo.

—Temías que yo acabara siendo como ellos.

Arash asintió.

—Muchas veces conseguían matarse haciendo alguna tontería antes de que yo hubiera terminado mi deber —explicó con reprobación—. Hubo alguna que otra época parecida a la que el mundo está viviendo ahora por culpa de eso. Pero ya has visto que después de más de tres siglos desde la desaparición de Zheit, y tras la guerra del Alzamiento, nuestra historia ha sido reducida a una simple leyenda. Los humanos ya no lo recuerdan. Aun así, no pensé que fuera buena idea contártelo de buenas a primeras. En especial sabiendo que habías tenido una vida de palacio.

—Entiendo. No querías contármelo hasta que hubieras comprobado que no deseaba estar contigo solo por el poder que pudieras ofrecerme.

—De hecho, no había planeado contarte nunca nada —confesó Arash—. Mi plan era dejarte en Erom con la esperanza de que estuvieras a salvo, encontrar a Zheit, renovar la energía de Gaia y sumirme en mi letargo sin que tú te hubieras enterado siquiera de que había que hacer nada de eso.

Thaydra hundió los hombros.

—¡Pues menos mal que no ha sido así...!

Arash esbozó media sonrisa.

—Yo también me alegro de que hayas resultado ser diferente. —Sacudió la cabeza—. Es más, ahora hasta me resulta divertido.

Thaydra se llevó el dedo índice a los labios, confusa.

—¿El qué?

—Acabo de contarte que compartes poderes con un dragón milenario y todavía no me has preguntado en qué consisten. —Arash dirigió sus ojos plateados hacia ella y la sorprendió con una cálida

sonrisa—. En cualquier caso, mi enlace vuelve a ser alguien del que puedo estar orgulloso.

Thaydra se sonrojó.

—B-bueno, yo... Lo haré lo mejor que pueda. Lo prometo.

Arash extendió una mano y le revolvió el pelo, riendo. Thaydra se irguió y lo miró con perplejidad.

—Sé que no me decepcionarás, princesa. Si te permito acompañarme en este viaje, es porque estoy seguro de que acabarás siendo tan fuerte como yo.

Thaydra alzó las cejas.

—¿De verdad lo crees?

Arash asintió.

—Tendremos que entrenar mucho, pero llegarás. La fuerza no se hereda —señaló—, sino que se conquista cada amanecer.

—En ese caso, haré que cada amanecer cuente —declaró ella. La ilusión resplandecía en su semblante, pero la controló para continuar planteando sus dudas—: Si encontramos a Zheitszoh y restauráis el equilibrio en Gaia, ¿los nephrores desaparecerán?

—Así es. Regresarán a sus grietas de energía.

—¿Y qué aspecto tienen esas grietas?

—Son fáciles de distinguir: despiden energía roja, la energía del planeta. Pero hay que tener cuidado con los nephrores. —Arash torció el gesto—. Zheit era la que tenía el poder de la luz y podía aniquilarlos del todo si nos cruzábamos con ellos en nuestro camino. Yo, en cambio, no poseo ese poder.

Thaydra apretó los labios.

—Entonces, lo mejor que podemos hacer si volvemos a toparnos con tantos es huir.

—Me temo que sí. Pero bueno. —Arash se puso en pie e inclinó la cabeza para mirarla con los brazos en jarras—. Te las apañarás mejor la próxima vez que los veamos. Voy a enseñarte a usar tus otros poderes también.

El pulso de Thaydra se aceleró.

—¿Cuáles son?

—Como habrás deducido ya, uno es la electricidad —dijo Arash chasqueando los dedos y haciendo saltar una pequeña chispa—. Y el otro... —Movió la mano y su hoz se elevó del cinto.

Thaydra lo observó con la boca abierta.

—¡También eres afín al metal!

Arash rio divertido.

—En efecto, princesa. Y eso significa que tú también.

Guardó la hoz y se sentó de nuevo a su lado. Thaydra ladeó la cabeza para mirarlo.

—¿Crees de verdad que yo seré capaz de aprender todo eso? Todavía no tengo un control completo del fuego... —murmuró angustiada.

Arash posó una mano en su espalda, por encima de las heridas. Thaydra se tensó ante la ola de nervios que recorrió su cuerpo al notar el roce.

—No te agobies. No es algo que debas aprender de la noche a la mañana. Será un proceso que llevará un tiempo, pero acabarás aprendiendo. Amanecer a amanecer —le recordó él con firmeza—. Además, no lo estabas haciendo nada mal, allí fuera.

Thaydra agachó la cabeza en un intento de ocultar su sonrojo. Arash apartó la mano.

—Está bien.

—Levanta ese ánimo, princesa. Encontraremos a Zheitszoh, la arrastraremos con nosotros para restaurar el equilibrio en Gaia y luego iremos a saludar a Karima.

Thaydra arqueó las cejas, sorprendida porque se acordara de ella.

—¿Me ayudarías con eso? ¿No sería injusto que intercedieras?

Arash sonrió.

—Es lo mínimo, ¿no? Ya te he dicho que yo también te aprecio. Tú me ayudas a mí y yo te ayudaré a ti.

Thaydra imitó su sonrisa, sintiendo, por primera vez en mucho tiempo, una agradable calidez en el pecho. Aunque el camino fuera rocoso, sombrío y escarpado, no estaba sola.

—Gracias, Arash.

—Hasta entonces... —Arash gruñó y desvió la vista hacia el exterior—. Espero que esos podridos xieri no despierten al General, aunque estuve presente cuando lo sellaron y se supone que no hay manera de que lo encuentren. También quiero encargarme de ellos, tarde o temprano, porque después de vivir la creación de los xieri, temo que nada es imposible. Pero la prioridad es el núcleo de Gaia.

«Espero que no lo encuentren», pensó Thaydra, preocupada. Ya tenían bastante con restaurar el equilibrio del mundo que se fracturaba cada vez más.

Pasaron unos segundos en silencio. Arash se aseguró de que el fuego de la hoguera seguía ardiendo con fuerza.

—¿Y no podéis elegir quién es vuestro enlace? —inquirió Thaydra, curiosa.

Su estómago escogió ese momento para rugir pidiendo comida. Se llevó las manos a la tripa, con las mejillas ardiendo.

Arash soltó una carcajada.

—Será mejor que primero te dé algo de cenar, princesa.

Se levantó y rebuscó en su bolso de espaldas a ella. Thaydra lo observó con una pequeña sonrisa. Se alegraba de que hubieran hablado las cosas y aclarado, al fin, la situación. Arash había confiado en ella y le había contado todo. Y ella podría acompañarlo en su viaje.

La desesperación se disipaba.

Nunca se habría imaginado que su vida acabaría siendo así: viajando con un dragón (en concreto Aridam, aquel que consideraban su dios de las tormentas) para salvar el mundo de su destrucción, luchando contra criaturas mitológicas, viviendo el regreso de los xieri. Nunca se habría imaginado que aprendería tantas cosas: a controlar el fuego, a luchar, a sobrevivir en la naturaleza. Y nunca se habría imaginado que ese mismo dragón que la había salvado se convertiría en su maestro y también en su único amigo.

Había estado convencida de que el mundo se había acabado con la caída de Drethol, de que sin su familia ya no sería capaz de seguir adelante. De que nunca encontraría un propósito para su vida. Arash la había salvado de muchas maneras, y ella pensaba devolverle el favor.

Arash regresó junto a ella y le tendió un trozo de pan y queso. Thaydra lo aceptó, hambrienta.

—Respondiendo a tu pregunta —dijo él sentándose—. No, no elegimos nuestro enlace.

—¿Cómo funciona, entonces? —preguntó ella antes de morder el pan.

—Cuando sentimos que debemos despertar porque el mundo está inestable, liberamos la energía para establecer el enlace. Esta energía viaja sin que podamos controlarla y termina en un huésped al azar. No tiene por qué ser un bebé que no haya nacido aún —aclaró mirándola—. Eso solo fue una coincidencia. Puede ser ya un adulto, o, incluso, si estamos a punto de liberar la energía y alguien nos toca cuando todavía estamos en el letargo, la energía fluye automáticamente a esa persona, convirtiéndola en el enlace. Alguien podría haberse acercado a mí y haber sellado ese enlace, de saberlo. Hubo alguno que lo intentó.

Thaydra arqueó las cejas. Masticó antes de comentar:

—Vaya. Sí que es complejo y arbitrario.

Arash resopló.

—Y tanto.

—Después de esto, ¿viajaremos a Erom aunque yo ya no vaya a quedarme allí?

Arash asintió.

—Recuerda que he de hablar con el oráculo.

Thaydra recordó su propósito: quería ver a una draconiana con la afinidad del tiempo. Se centró en su cena, hambrienta. Ya no le angustiaba el trayecto hacia Erom, pues sabía que no sería obligada a quedarse allí en contra de su voluntad.

A pesar del dolor en la espalda y el hambre, nunca se había sentido tan plena.

Capítulo 36

Entre libros



Cyal caminaba con Eira por las calles de Auria. Lord Marchiol le había dado la mañana libre, pues tenía que atender unos asuntos con el rey. Tan pronto como su agenda se había vaciado, había corrido en busca de Eira para hacérselo saber.

Tenían pendiente una visita a la biblioteca. La existencia de este edificio público era conocida hasta en Drethol por lo llamativo que era. Cyal había preguntado al rey Riusel por la institución y este le había revelado que él mismo la había fundado. Temiendo que jamás lograría el ansiado heredero, había deseado dejar, al menos, otro tipo de legado, y patrocinar el conocimiento en su pueblo de la mano de una campaña de alfabetización.

Los nobles, naturalmente, habían recelado de compartir conocimiento con «simples campesinos». Pero, con la biblioteca, no solo se distinguían de Adruste, considerado en Auria un reino más atrasado, también fomentarían el pensamiento y esperaban acelerar el desarrollo del reino. Riusel había terminado de convencerlos

asegurando que los textos ofrecidos en la biblioteca nunca podrían utilizarse contra el sistema establecido.

Aunque se considerara «pública», no significaba que cualquiera pudiera acceder sin más. Se necesitaban ciertos permisos.

Por suerte, Cyal tenía una carta con el sello del rey.

—¿Cómo es posible que no hayas ido desde que hemos llegado? —preguntó Cyal según andaban—. En tu lugar, me habría faltado tiempo para buscar información sobre esa chica. Habría ido el primer día.

Eira disimuló una sonrisa.

—Sí, sería propio de ti y tu curiosidad. Pero yo no tengo prisa; sabía que visitaríamos la biblioteca tarde o temprano antes de marcharme.

Cyal frunció el ceño. No le gustaba pensar en la partida de Eira.

Llevaban dos semanas en Auria. Su entrenamiento avanzaba de manera muy favorable. Acababa tan cansado cada noche que se dormía nada más caer en la cama, pero merecía la pena. Su manejo del agua ya era bastante bueno y contaba con una base para practicar con la espada.

Eira partiría en dos semanas, tras su presentación en sociedad. Cyal suspiró para sus adentros y la contempló de reojo. Debía caminar mirando al suelo para que nadie se fijara en sus ojos rojos. Le costaba verla así, pues sabía que esto era muy desagradable para Eira. ¿Cómo podía siquiera pensar en pedirle que se quedara? Y, aun así...

—¿Debes irte? —No fue capaz de contener la pregunta.

—He de encontrar a Tuila —dijo ella, pero lo hizo sin su habitual convicción.

La realidad era que no deseaba separarse de Cyal. Había sido su único compañero fiel desde su despertar en aquel mundo. La había ayudado mucho más de lo que él se imaginaba, logrando que su regreso a Gaia no resultara tan abrumador. No se había sentido sola en ningún momento. Pero no podía arriesgarse a que sus enemigos lo atacaran a él para hacerle daño a ella, como había sucedido con el General y Khait. No volvería a pasar por algo así.

También debía seguir buscando a Tuila. No había mentido al responder esto.

Cyal guardó las manos en los bolsillos de los pantalones y se quedó en silencio, decepcionado.

Él no tenía que preocuparse de si alguien lo veía. El rey todavía no lo había presentado oficialmente como príncipe, y nadie conocía su existencia. Vestía una simple camisa marrón de algodón y unos pantalones oscuros.

No tuvieron problemas para llegar a la biblioteca siguiendo las indicaciones de Blanche. Estaba más allá del templo y la plaza Triena. A un lado de otra ancha avenida, se alzaba el enorme edificio de dos plantas. Varios escalones conducían a la entrada, adornada con las columnas en espiral características de Auria y con bonitos relieves de dragones en su fachada azul oscuro.

Mostraron a los guardias apostados en la entrada de la biblioteca su permiso para acceder. Dentro, se fijaron en un par de personas vestidas con uniforme verde paseándose por los pasillos para asegurarse de que no se sustraía ningún libro. Por lo demás, no había nadie en la biblioteca en ese momento, salvo ellos y otro guardia custodiando las escaleras en el centro, a las que se llegaba

en línea recta desde la entrada. Llevaban a la segunda planta, de acceso restringido.

El suelo era de madera oscura, al igual que las mesas y estanterías. La segunda planta era visible desde la primera, pues comenzaba a la altura de las escaleras, limitada solo por una barandilla para evitar que nadie cayera. Para acceder a ella se necesitaba un permiso especial, con el sello real, y era justo lo que Cyal tenía.

—Bueno —dijo Cyal alzando la vista y poniendo las manos en las caderas—, a ver qué encontramos.



La cantidad de libros que se habían escrito en los trescientos años desde la fundación de Auria asombró a Cyal. La letra en algunos era más legible que en otros. En varios, la tinta se estaba borrando con el tiempo. Incluso habían desaparecido algunas hojas, arrancadas o deterioradas por un uso poco cuidadoso.

Al menos, ahí parecían esforzarse por conservarlos en las mejores condiciones posibles. Y había una biblioteca pública. En Drethol, las cosas eran diferentes.

Eira y él se acomodaron en una mesa de la segunda planta, junto al ventanal por donde se filtraba la cálida luz de mediodía. Llevaban ya tres horas sin hallar nada que les resultara útil. Las cortinas revoloteaban de vez en cuando, al ritmo de la brisa.

Lo que encontraban de la guerra del Alzamiento eran hechos que ya conocían. La propia Eira le podía contar toda la historia a Cyal, salvo por el momento de la derrota del General, cuando ella ya no

estaba. Necesitaban algo que fuera inmediatamente posterior, algo que aportara alguna pista sobre el lugar en el que fueron sellados los xieri.

Sin embargo, tenía sentido que no hubiera nada. El objetivo al sellar al General era que no atormentara al mundo de nuevo; nadie debía localizar su cuerpo. Tampoco a los comandantes.

A Cyal se le estaba cansando la vista.

Cogió el siguiente libro del montón que le había dado Eira y parpadeó al ver el título: «Los xieri: proceso de creación».

Comprobó que Eira, sentada frente a él, seguía leyendo. La piel de su frente se mostraba limpia e impoluta de nuevo; ya no había rastro de la quemadura. Se había curado rápido. Cyal no había vuelto a cruzarse con el Paladín, y lo prefería así. No sabía si habría sido capaz de contenerse y no asestarle el puñetazo que merecía.

Abrió el volumen por la primera página y comenzó a leer.

«Los experimentos para crear a los xieri duraron diez años. Fueron necesarios más de mil sujetos de prueba...».

A Cyal se le revolvió el estómago. Mil draconianos murieron a manos de los humanos en esos experimentos. Mil vidas a las que no dieron importancia. Los habían tratado como simples objetos.

Pasó las páginas. Parecía que a continuación empezaba una especie de diario escrito por alguien que supervisaba los experimentos. ¿Lo habrían copiado de archivos de la Orden de Hereshia?

«La drialita mezclada con la oscuridad aportada por la patrona debe ser inyectada en las venas del draconiano antes de que pase un minuto de su muerte. Las siguientes veinticuatro horas son

decisivas. La mayoría no supera la primera hora antes de morir de nuevo».

Cyal frunció el ceño. ¿Quién era esa patrona que les daba la oscuridad? La oscuridad no era un elemento al que los humanos pudieran ser afines de nacimiento.

«Los draconianos manifiestan estos síntomas durante las siguientes veinticuatro horas: temblores, sacudidas, espasmos, sudores fríos. Muchos de mis compañeros se ven obligados a taparse los oídos por la intensidad de sus gritos. La drialita y la oscuridad afectan a sus nervios; reconstruyen desde dentro la estructura de su cuerpo. Es un proceso complicado y doloroso. Pero tenemos que seguir adelante por mucho que sufran. Son nuestra única esperanza para ganar la guerra».

«¿Cómo pudimos ser tan despreciables?», pensó Cyal arrugando la página entre sus dedos. A veces se avergonzaba de su propia especie.

Avanzó en el libro.

«Tal y como la patrona nos prometió, el primer draconiano en sobrevivir a los experimentos no recuerda nada de su vida anterior. Es como un bebé recién nacido. Ha debido ser sometido a un entrenamiento intensivo. Se ha convertido en el primer xieri creado por nosotros. Lo hemos llamado Rayo».

Rayo. Graialan. Cyal gruñó para sus adentros al recordar su encuentro con él.

«Durante los primeros años de su nueva vida, los xieri necesitan que les inyectemos drialita con oscuridad diariamente. Es fácil tenerlos sometidos a nosotros de esta manera. Les lavamos el cerebro para convencerlos de que nos necesitan, de que nos

pertenecen. Los hemos convencido de que los draconianos son sus enemigos. Dicha gran labor está dando sus frutos».

«¿Una gran labor? Fue algo horrible», consideró Cyal, con rabia contenida.

Miró de nuevo a Eira. La xieri seguía sumida en su lectura, con los brazos cruzados apoyados en la mesa. Su pelo liso caía como una cortina sobre su rostro, ocultando parte de su expresión.

Pasó las hojas hasta la mitad del libro.

«Ganamos la guerra del Alzamiento contra los draconianos, pero la victoria no es nuestra todavía. Los xieri se han vuelto demasiado poderosos. El General parece descontento y se augura una sublevación».

«Era lo que os merecíais», pensó Cyal. Sin embargo, antes de que pudiera continuar leyendo, una fuerte punzada de dolor lo detuvo.

Contuvo un quejido y apretó los ojos, llevándose una mano a la frente.

Dragones inclinados entre escombros. Humanos gritando palabras que no comprendía. Humo, sombras y copos de nieve arremolinándose alrededor.

Jadeó y logró abrir los ojos. La desagradable presión había desaparecido; no había durado más que un instante. Igualmente, lo descolocó. La imagen no había sido un producto de su imaginación. Había parecido muy real.

Asustado, sacudió la cabeza y retomó la lectura.

«No hay manera de contactar con la patrona; es como si hubiera desaparecido. Bajo el yugo del General, la xieri a la que bautizamos como Granizo se ha convertido en la más temible de todos ellos. Una mera mirada suya basta para dejar paralizados a batallones enteros.

Su aliento los congela sin esfuerzo. Baña de sangre el campo de batalla cuando invoca una ventisca. Las tropas han empezado a apodarla "la Muerte Escarlata"».

Cyal cerró el libro y observó a Eira, apenado.

—El General te obligó a hacer cosas terribles.

Eira levantó la vista. Lo miró en silencio, pues la respuesta era obvia. Sus ojos rojos ya no le provocaban un terror invernal a Cyal. Recordaba lo mucho que le habían intimidado al principio, pero todo eso había desaparecido.

—El General ya no está aquí. Nadie puede obligarte a hacer nada —dijo Cyal con suavidad.

Finas líneas aparecieron entre las cejas pálidas de Eira.

—¿Por qué lo mencionas, humano?

—Es por eso por lo que me rechazas, ¿no?

—No te rechazo —replicó ella.

Los latidos del corazón de Cyal resonaron con júbilo. Se había dado cuenta de que ella lo trataba con menos frialdad, estaba más dispuesta a hablar con él, le confiaba el cuidado de sus pertenencias y hasta se mostraba más abierta a compartir de nuevo historias de su pasado. Lo miraba con orgullo cada vez que ejecutaba un ejercicio correctamente. Además, había decidido quedarse ese mes con él para encargarse de su entrenamiento.

No había querido hacerse ilusiones, pero sonrió.

—Me alegro. De todos modos, noto que hay algo que todavía te preocupa.

Ella entornó los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy observador, ¿recuerdas? —dijo él, de buena gana—. Y algo te voy conociendo. Temes que se repita la historia de Khait, ¿no es así?

Eira lo miró con la boca abierta, completamente incapaz de ocultar su sorpresa. Cyal suspiró. Se echó hacia atrás en la silla y cruzó los brazos.

—Es algo a lo que he estado dando vueltas estas semanas —siguió—. Pero no sabía muy bien cómo decírtelo...

—Me preocupa que Rayo, y el resto de mis enemigos, se enteren de tu existencia y te hagan daño para que yo sufra y obligarme a volver con ellos —admitió ella, sin más.

Clavó la vista en el libro.

—No te preocupes por eso, Eira. —Cyal se inclinó de nuevo hacia delante. Apoyó los codos en la mesa y ladeó la cabeza para mirarla —. Yo asumí cualquier peligro desde el principio, cuando decidí acompañarte, y no he cambiado de opinión. Ahora, si cabe, estoy más determinado todavía a seguir a tu lado.

Eira se petrificó. Llevó una mano al pecho. ¿Qué era esa extraña calidez que estaba sintiendo?

—Eres un humano curioso —murmuró observándolo de reojo.

Cyal soltó una pequeña carcajada.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Tu risa es agradable, a diferencia de la mayoría de tu raza —comentó Eira.

Cyal se quedó quieto. Sus mejillas se colorearon de rojo.

—Gracias —murmuró, cortado.

—Me alegro de que fueras tú el que me encontró y no cualquier otro —concluyó ella.

Cuando Cyal volvió a mirarla, descubrió que Eira sonreía. Había sonreído.

Le había sonreído a él.

El corazón de Cyal galopó como un corcel salvaje por el campo. La contempló con los ojos muy abiertos, tratando de memorizar la armonía que esa sonrisa en los labios proporcionaba a su rostro. Ni su iris escarlata deslucía en lo más mínimo su belleza.

—Eira, ¿seguro que eres tú? Ya son demasiadas cosas muy raras viniendo de ti, una tras otra —la provocó, y rio cuando ella lo taladró con una mirada gélida—. Vale, sí, eres tú. A esta sí la conozco.

Eira gruñó y regresó a su lectura. Cyal permaneció observándola durante unos segundos, con una sonrisa pintada en la cara.

—¿Qué lees? —acabó por preguntarle.

La postura de Eira era relajada, por lo que no debía de ser algo que le estuviera disgustando. Eira retrocedió unas páginas y deslizó el libro hacia él. Cyal le dio la vuelta para leer el título escrito en mayúsculas arriba del todo.

«La leyenda de Aridam y Zheitszoh».

—Fue una de las primeras historias que me contó Khait —explicó Eira. Sus ojos rojos reflejaron la nostalgia—. Cuando todavía no me permitían salir al exterior. La recuerdo con cariño y me ha apetecido leerla de nuevo ahora que la he visto aquí.

—Yo no la conozco —murmuró Cyal. La miró por debajo de las pestañas—. ¿Te importa si la leo?

—Adelante.

Eira cogió el siguiente libro del montón y Cyal empezó a leer.

«Hace miles de años, cuando la raza humana todavía era joven, nuestra Gaia se vio asolada por una terrible desgracia. Los vientos

aullaban con fuerza. Las olas se adentraban furiosas en la tierra. El suelo se abría en profundas grietas que se tragaban todo a su paso. El sol lo calcinaba todo. El agua desaparecía. Las sombras cobraban vida, desgarrando a las criaturas vivas para alimentarse de su energía. Y los humanos no podían hacer nada».

La tinta con la que estaba escrita ya había empezado a desvanecerse, por lo que Cyal, que no tenía tanta práctica como Eira leyendo, avanzaba más despacio. Entrecerró los ojos en un intento de enfocar mejor para que la letra fuera más legible.

«Los humanos buscaron por todo el mundo posibles soluciones, mas no encontraban ninguna. ¿Estaban, acaso, condenados? ¿Cómo podían calmar la ira de Gaia, cada vez más evidente?».

Cyal alzó la vista al escuchar pasos, al igual que Eira. Pero los dos volvieron a su lectura al comprobar que solo se trataba de un encargado de la biblioteca devolviendo un par de libros a su sitio. Cyal avanzó a la siguiente página.

«Cuando todo parecía perdido, dos dragones se mostraron ante los humanos. Uno era un dragón de obsidiana, con ojos del color de la tormenta. La otra era una dragona de alabastro, con ojos del color del jade. Explicaron a los humanos que algo terrible había sucedido: la energía en el núcleo de nuestra Gaia se había desestabilizado. Fluía por todas partes, errante, alterando todo a su paso. Solo ellos dos podrían detener y arreglar el cataclismo al que estaban abocados. Los humanos los bautizaron como Aridam, el poderoso señor de las tormentas, y Zheitszoh, la radiante señora de la luz solar».

Cyal conocía el nombre de Aridam desde pequeño. Era uno de los nombres que su abuela repetía en sus oraciones y le habían ido a

entregar ofrendas al templo con frecuencia, con la esperanza de que trajera las lluvias de vuelta a las tierras de Drethol.

De Zheitszoh, en cambio, nunca había oído nada.

«Solicitaron la ayuda de dos valientes humanos para que los acompañaran al núcleo de la energía. Estos serían Taiyo, la guerrera de la voluntad, y Eldar, el guerrero de la esperanza, que obtuvieron sus títulos por los dragones a los que sirvieron: Aridam, el dragón de la voluntad, dio a la humanidad la fuerza de voluntad necesaria para no rendirse; y Zheitszoh, la dragona de la esperanza, devolvió a todos la esperanza que habían perdido y los animó a seguir adelante».

Cyal sonrió mientras leía sin darse cuenta. Se imaginó a Eira, apenas una inexperimentada xieri recién devuelta a la vida, escuchando esa misma historia.

«Taiyo y Eldar acompañaron a Aridam y Zheitszoh hasta los límites de nuestra Gaia, en un viaje plagado de sombras que trataban de asfixiarlos. Era ya muy tarde; el núcleo estaba a punto de estallar. Pero Taiyo y Eldar dieron sus vidas, y así los dragones estabilizaron la energía. Aridam y Zheitszoh desaparecieron, pero la paz regresó a Gaia. La humanidad había sido salvada».

—Es una historia muy bonita —comentó Cyal al terminar. Le devolvió el libro a Eira—. ¿Crees que sucedió de verdad?

Eira lo miró con un brillo divertido en los ojos.

—Quién sabe.

Capítulo 37

Un nombre



Se aproximaba la hora de comer. Cyal chasqueó la lengua, frustrado, al terminar el último libro de su montón.

—No he encontrado nada. ¿Y tú? —le preguntó a Eira.

Ella negó con la cabeza. Cerró el volumen que estaba leyendo y lo apartó.

—Me temo que no hallaré aquí pista alguna sobre el paradero de Tuila.

Cyal la observó, apenado por la amargura que reflejaba su voz.

—Lo siento.

—No importa. La encontraré tarde o temprano.

Eira se recostó en el respaldo de la silla y cruzó los brazos. Miró por la ventana, estudiando a las personas que caminaban por la calle.

—¿Cómo os hicisteis amigas? —inquirió Cyal, curioso. Quizá hablar sobre Tuila animara un poco a Eira.

Ella suspiró antes de hablar:

—Fue Tuila la que se acercó a mí.



No podía apartar la mirada de aquella chica. Por complexión y aspecto, debía ser tan solo un poco más joven que ella. Las habían dejado a solas en una de las salas cavadas en los túneles de aquella cueva en la que se llevaban a cabo los experimentos.

No recordaba otro lugar, pero estaba segura de que debía haber sitios mucho mejores. Acababan de inyectarles una nueva dosis de drialita y oscuridad.

Granizo había aprendido a soportar el dolor, a ignorar el ardor en la sangre a pesar de lo desagradable que era. Su compañera, sin embargo, seguía gritando cada vez que la sustancia recorría su cuerpo. Recibía frecuentes golpes por ello. Granizo siempre gruñía, maldiciendo al no poder liberarse de las cadenas que la retenían para salvarla de sus agresores.

—¿Terminará esto algún día, Granizo? —se lamentó su compañera.

Estaban sentadas en el suelo. Granizo la abrazó con las fuerzas que le quedaban. Ella se acurrucó contra su cuello, como una criatura.

—Estoy segura de que sí —respondió, débil—. Dicen que nuestros cuerpos necesitan esto ahora porque la transformación es reciente. No será necesario en el futuro.

Su amiga la miró con una sonrisa.

—Siempre sabes qué decir para tranquilizarme.

Frunció el ceño.

—Tan solo quiero que estés bien. Todo lo bien que se puede estar en este maldito lugar.

—He estado pensando en nosotras —admitió su compañera por lo bajo. Se apartó para mirarla a los ojos. Rojo contra rojo. Muchas veces, Granizo se preguntaba de qué color habrían sido antes de la transformación—. ¿Qué te parece si nos ponemos nombres?

—¿Nombres? —Ladeó la cabeza, confusa—. Yo ya me llamo Granizo.

—No. Ese es el apodo que ellos te han dado. Yo me refiero a un nombre de verdad. A algo que nos pertenezca.

La idea le pilló por sorpresa, como era habitual con la pequeña xieri.

—Muy bien. Adelante, ¿cuál sería mi nombre?

—¿En serio? —Su amiga la miró con la boca abierta—. ¿Confiarías en mí para eso?

—Claro.

—Bien, pues... La verdad es que ya había reflexionado al respecto —admitió esbozando una tímida sonrisa—. Tu poder del hielo es precioso, así que... Creo que Eira sería un nombre igual de precioso para ti.

Arqueó las cejas y ensanchó su sonrisa.

—Eira. Perfecto, me gusta. Será mi nombre a partir de ahora.

—¿Podrías darme uno a mí también? —le pidió su amiga, esperanzada—. El que sea, pero quiero que seas tú quien lo elija.

Eira se llevó una mano a la barbilla y frunció el ceño, pensativa.

—No sé si se me va a dar muy bien...

—Yo confío en ti, Eira.

Ella sonrió al escuchar su nuevo nombre. Su amiga se merecía uno tan bonito como el suyo, pero era tan complicado elegir uno adecuado...

—¿Qué te parece Tuila?

Eira ahogó una exclamación al recibir el impetuoso abrazo de su compañera.

—¡Me encanta! ¡Muchas gracias, Eira!

Eira entornó los ojos. Cyal detectó el brillo nostálgico en ellos y supuso que estaba recordando algo del pasado.

—Fue Tuila quien me dio este nombre: Eira —reveló ella girando la cabeza hacia él.

Cyal sonrió.

—Eligió bien. Es un nombre muy bonito.

Se fijó en que las comisuras de sus labios se curvaban sutilmente hacia arriba.

—Y fui yo quien le dio su nombre a Tuila. —Eira se levantó—. Ahora será mejor que nos vayamos. Tenemos que comer y continuar con tu entrenamiento.

Cyal asintió y se incorporó también. Rodeó la mesa para ir junto a ella y se atrevió a poner la mano en su hombro. Eira se tensó al principio, pero enseguida se relajó y no lo apartó.

—No te preocupes, Eira. Estoy seguro de que la encontrarás —dijo Cyal en un intento de animarla.

«Si no la encuentran Rayo y esa Emperatriz antes...», pensó Eira, angustiada.

El Paladín bajó de su carruaje blanco, elevando una mano delante de la frente para proteger los ojos del sol.

—Bienvenido seáis de nuevo, eminencia —lo saludó el rey Riusel, haciendo una reverencia.

El Paladín inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Es un placer volver a reunirme con vos tan pronto, mi rey. —Alzó la mano en la que sostenía un pequeño cuaderno con tapas de cuero—. He traído algo que será de vuestro interés. —Miró a un lado y a otro—. ¿Dónde se encuentra el príncipe Cyal?

Riusel hizo una mueca.

—Entrenando con la xieri, eminencia.

El Paladín entrecerró los ojos.

—Será mejor que vayamos a vuestros aposentos entonces, majestad.

—Por supuesto, eminencia —asintió él.

Permanecieron en silencio mientras subían a la tercera planta del castillo. Los criados que se cruzaban con ellos se detenían para hacer una profunda reverencia, pero ellos mantuvieron el ritmo.

Solo una vez estuvieron sentados en los sillones frente a la chimenea, el Paladín habló:

—Este es un cuaderno que dejó escrito vuestro antepasado, el rey Otar, también fundador de la Orden de Hereshia. —Abrió el cuaderno por una página en concreto, cerca del final, y se lo tendió al rey—. Adelante, podéis leerlo.

Riusel lo aceptó. El papel estaba ya amarillento, pero sus palabras, escritas con elegancia en tinta negra, eran perfectamente legibles.

«Mi padre sufrió a manos de la Muerte Escarlata. Ella le arrebató a mi madre y a mi hermana, desgarrando sus cuerpos sin piedad y dejándolos para que él los encontrara. Años más tarde, mató también a mi padre, a pesar de todo lo que él hizo por ella. La Muerte Escarlata no es de fiar. Ahora, por suerte para nosotros, descansa sellada en algún lugar maldito. Pero temo el día en el que ella y el General, junto al resto de sus compañeros xieri, vuelvan a caminar entre nosotros».

Riusel frunció el ceño. Era fascinante descubrir un texto escrito por su antepasado, pero no entendía por qué el Paladín tenía tanto interés en que lo leyera.

—Parece que el rey Otar llegó a conocer a la Muerte Escarlata —dijo el Paladín, mientras se servía algo de vino en la copa—. Os animo a continuar, mi rey. Su descripción de ella os resultará... interesante. Familiar, incluso.

«La Muerte Escarlata es gélida y despiadada. No tiene amigos; considera a todos los que se acercan a ella meras herramientas. Se gana su confianza, como hizo con mi pobre padre. Es inconfundible en su forma de dragón, blanca y roja, pero también es posible distinguirla cuando camina camuflada como humana. Su mirada es fría e intimidante; sus ojos paralizan a cualquiera que se atreva a establecer contacto visual con ella. Tiene la piel tan blanca como la porcelana y su tacto es el de la escarcha. Su pelo es igual de pálido. En general, es como ver a la personificación del invierno: una estatua de hielo».

Riusel tensó la espalda. El Paladín esbozó una siniestra sonrisa.

—Hay algo más —proclamó, rozando la página y leyendo en alto —: «La Muerte Escarlata no solo mata con su hielo y oscuridad. Cuando se pasea como humana, se especializa en el uso de un arma: la cimitarra. Dos cimitarras gemelas, en concreto. Dejo esto escrito para que mi descendencia pueda descubrirla incluso cuando intente esconderse de nuevo».

El rey alzó la vista con brusquedad, su corazón sacudido por el pavor. Por fin todo cobraba sentido. La actitud de esa chica, su extraña habilidad con la espada a pesar de la edad juvenil que aparentaba.

—No puede ser —murmuró impactado—. ¿Realmente tenemos a la Muerte Escarlata en nuestro castillo? ¿Conviviendo con nosotros?

El Paladín dio un sorbo a su vino. Lo saboreó, disfrutando con la mueca de terror que se había dibujado en el rostro del rey.

—Me temo que sí, rey Riusel. Vuestro hijo corre grave peligro.

Riusel se levantó de golpe. Abandonó el cuaderno en el sillón.

—He de apartarlo de ella de inmediato.

—Alto, mi rey —lo frenó el Paladín alzando la mano—. No debemos precipitarnos.

—¿Por qué? —replicó Riusel, inquieto—. Si le hace daño a Cyal, yo...

—La Muerte Escarlata parece tranquila por el momento. Supongo que estará esperando a que ocurra algo en concreto, lo que nos da el tiempo que necesitamos para tenderle una trampa. —Depositó la copa en la mesa y se incorporó para mirar al rey a los ojos—. Tened en cuenta que no podemos ir contra ella de frente; es demasiado peligrosa y hábil, y no conviene subestimarla.

Eso no ayudó a calmar los nervios de Riusel.

—Pero no podemos dejar que use a Cyal a su favor. Debemos separarlos. Debemos protegerlo de ella.

El Paladín sonrió. Sus ojos brillaron con malicia.

—Dejemos que baje la guardia. Que sigan pasando los días. Hagamos que se sienta cómoda en el castillo. Ejecutaremos nuestro plan cuando menos se lo espere.

Riusel suspiró.

—Está bien, eminencia. Confío en vos.

—No temáis, mi rey. La luz de Hereshia me guía, me indica los pasos a seguir —anunció, convencido—. Será la luz de Hereshia la que abrase a la Muerte Escarlata y la haga desaparecer de una vez por todas.

Capítulo 38

Una ofrenda



El puñal yacía a unos pasos de Thaydra. Estaba sentada en el suelo de roca con las piernas cruzadas. El gélido viento de la mañana revolvía su pelo negro de un lado a otro. Tiró de los extremos de su capa para intentar envolverse en ella, con los dientes castañeando.

—Parece que Erom no es de tu agrado, princesa —la picó Arash, de pie detrás de Thaydra—. ¿Demasiado frío?

Ya se encontraban en el territorio del reino, aunque todavía les quedaban dos semanas para llegar a la capital. La nieve cubría muchas de las rocas a su alrededor, pero asomaban claros despejados.

—N-no —mintió—. Est-toy bien.

Arash rio por lo bajo. Se agachó y le puso las manos en los hombros. Thaydra, de espaldas a él, enseguida se irguió con excesiva rigidez, presa de los nervios. Miró al frente con los ojos muy abiertos, olvidándose por completo del puñal en el suelo.

—Eres afín al fuego. Eso significa que puedes aumentar la temperatura de tu cuerpo para no tener frío —explicó Arash.

Thaydra giró ligeramente la cabeza.

—¿Y cómo lo hago?

—Sencillo. Cierra los ojos y respira hondo. Visualiza el fuego en tus venas recorriéndote el cuerpo.

Arash se apartó y se incorporó. Thaydra echó de menos la calidez de su contacto, pero se centró en hacer lo que él le había indicado. Cerró los ojos, tratando de ignorar la molesta sensación de algún que otro pequeño copo de nieve chocando contra su piel. Respiró hondo.

Arash esperó pacientemente sin decir nada. Cruzó los brazos y alzó la vista al cielo nublado.

Por primera vez en mucho tiempo, en miles de años, había recuperado el entusiasmo de enseñar a su enlace a utilizar sus poderes. Thaydra, con su insistencia en conocerlo mejor, su empeño en volverse más fuerte y su deseo de acompañarlo en su viaje para ayudarlo, le había devuelto el optimismo.

Quizá con ella a su lado sí que fuera capaz de encontrar al fin a Zheitszoh.

Comprobó por el rabillo del ojo que Thaydra ya no tiritaba.

—¿Mejor, princesa?

Thaydra sonrió y asintió.

—Es increíble la de cosas que puedo hacer como afín al fuego —comentó ilusionada. Echó la cabeza hacia atrás para mirarlo—. ¿Cómo es posible que sepas tanto?

—¿Se lo preguntas al dragón que tiene más de dos mil años? —ironizó Arash.

Thaydra soltó una pequeña carcajada. Devolvió su atención al puñal y respiró hondo.

—Bien. Voy a intentarlo de nuevo, entonces.

—Solo has de extender la mano y llamarlo hacia ti. Ese primer paso debería ser sencillo.

Thaydra estiró los dedos hacia la cuchilla de metal. Se sintió como una marionetista, extendiendo finos hilos para conectarlos con cada extremo del puñal. Echó la mano hacia atrás y tiró de esas hebras invisibles.

El puñal voló hacia ella.

Thaydra chilló, pues no esperaba que fuera tan rápido. Afortunadamente, la cuchilla se quedó parada en el aire justo antes de atravesarle la palma. El puñal cayó al suelo con un sonido metálico. Arash lo había frenado.

Thaydra jadeó y lo miró.

—No tan deprisa, princesa —la regañó, divertido—. Tendrás que aprender a atraparlo.

Thaydra suspiró. Se llevó una mano al pecho, donde su corazón latía con fuerza. Arash se agachó para darle unas palmadas en la espalda.

—¿Qué pasa? ¿Demasiado trabajo para ti?

Thaydra sacudió la cabeza. El viento sopló echándole el pelo hacia atrás.

—Haré otro intento.

—Adelante. Pero no le chilles al puñal, no te oye —se mofó Arash sin poder evitarlo.

Rio al ver que el rostro de la chica se coloreaba de rojo.

Cyal bloqueó la espada de Eira con la suya. Apretó los dientes y aplicó más fuerza para no retroceder. Se miraron y Cyal se distrajo solo por un instante, perdido en sus ojos color escarlata.

—Atento, humano —dijo ella con frialdad.

Eira giró sobre un talón. Se desplazó para atacarlo por la espalda, rápida. Pero Cyal, adelantándose a su movimiento, recibió la espada sin problema.

—¡Estoy atento...! —protestó.

Ella no se detuvo. Retrocedió solo para lanzarse hacia él con un impulso de agua en los pies. Cyal la imitó, propulsándose por encima de ella con chorros de agua que empaparon sus botas.

Aterrizó al otro lado. Se agachó con una exclamación. Los carámbanos de hielo pasaron volando por encima de su cabeza.

—Dime que los habrías frenado si hubieras visto que no los iba a esquivar —soltó él, con los ojos muy abiertos.

Eira no contestó. Canalizó el agua a través de su espada y cortó el aire con ella, mandando una ola en horizontal. Cyal saltó por encima y extendió el brazo hacia el agua, apropiándose de ella antes de que se estrellara contra la pared.

La lanzó de vuelta hacia Eira.

Pero ella se había desplazado. Cyal gruñó por el esfuerzo al frenar la estocada de Eira. Intercambiaron varios golpes, moviéndose por el suelo de piedra de la sala de entrenamiento. La luz que se filtraba por las rendijas de las paredes era naranja, anunciando el atardecer.

Las fuerzas de Cyal flaqueaban. Llevaba toda la tarde combatiendo con Eira en sus sesiones de práctica.

Entonces, Eira lo golpeó desde abajo. Cyal trastabilló hacia atrás. Sintió una patada en el pecho y la consiguiente fuerza de un

torrente de agua. Sin poder defenderse, el joven príncipe salió disparado contra la pared del fondo de la sala. A duras penas materializó un colchón de agua para amortiguar el impacto.

Cayó al suelo y se le escapó un quejido. Rodó para quedar boca arriba, respirando entrecortadamente por el esfuerzo. Su piel brillaba por el sudor y varios mechones de pelo rubio empapado se le pegaban a la frente.

Eira apareció en su campo de visión e inclinó la cabeza para mirarlo.

—Arriba —ordenó.

Cyal obedeció, a pesar de que sus músculos protestaron.

Eira era dura en sus entrenamientos, pero eso le gustaba. No le permitía ningún descanso y lo atosigaba constantemente, obligándolo a pensar estrategia tras estrategia, a improvisar con nuevos movimientos y a reforzar lo que ya había aprendido. Lo forzaba a progresar más rápido.

Por muy estricta que fuera Eira, Cyal era consciente de que la xieri no lo daba todo en sus entrenamientos. Se contenía bastante. Aun así, no había conseguido derrotarla ni una sola vez.

No dejaba que la idea lo desanimara; sabía que ella tenía décadas de experiencia. Aunque había ganado músculo, y su fuerza, velocidad, resistencia y reflejos se habían incrementado, le quedaba mucho trabajo por delante.

Apuntó a Eira con la espada.

—Esta es tu forma de demostrarme tu cariño, ¿verdad? —bromeó.

Eira hizo que un puñal de hielo saliera del suelo y Cyal saltó en el sitio, totalmente desprevenido. Pero juraría que había vuelto a sonreír.



Al alba, Cyal salió de la cama. Le esperaba un buen día por delante: lord Marchiol estaría con el rey, pues Riusel debía reunirse con los nobles para discutir cómo hacer frente a la creciente amenaza xieri. Eso significaba que él tenía la mañana libre y pensaba aprovecharla.

Por el momento, los xieri no avanzaban más lejos de Anteha, territorio vecino de Auria y por el que había llegado a entrar en guerra contra Drethol en el pasado. Los xieri habían tomado el control de las tierras de Drethol, pero, por alguna extraña razón, habían frenado su expansión.

Cyal, como Eira, asumía que se habían centrado en encontrar al General.

Eira también sabía que el proceso de crear un xieri no era sencillo. Les había bastado con su pequeño ejército para la toma de Drethol, pero tendrían que esperar un poco a que los nuevos xieri se estabilizaran antes de lanzarlos al combate. De lo contrario, los perderían como habían perdido a los neonatos con los que Eira y Cyal se habían encontrado en el tren.

Como Cyal iba a tener la mañana libre, Blanche y Eira lo habían invitado a su habitual té matutino. A Cyal no dejaba de sorprenderle que Eira hubiera adoptado esa costumbre, al no ser especialmente habladora. Tampoco le encajaba la aromática y ardiente bebida con la gélida xieri. Pero se alegraba de que Eira y Blanche hubieran encontrado esa amistad la una en la otra, pues ambas la necesitaban.

Tratándose de un encuentro en el que estaría la reina, había intentado arreglarse, pero no era experto en la moda de la corte. Al

final, había optado por una camisa marfil de lino bien abotonada con bordados a los que él no estaba acostumbrado, un chaleco ajustado azul oscuro y unas botas altas sobre los pantalones entallados.

Hasta había peinado un poco su crecido cabello rubio. No admitiría delante de nadie que había pasado unos minutos contemplándose frente al espejo y que, aunque no estaba habituado a prendas tan elegantes, se alegraba especialmente de que Eira lo viera así.

—A mi abuela le gustaba bastante el té —comentó Cyal tras darle un sorbo a su taza. Poco a poco, era capaz de hablar de Jarah sin venirse abajo. En ese momento ayudaba la atmósfera tan tranquila del jardín, distinta a la estresante y calurosa del desierto—. Pero conseguirlo en Drethol era difícil.

—En Auria exportamos bastante té a Drethol —dijo Blanche. Apretó los labios—. O lo hacíamos. Antes de que cayera bajo el control de los xieri.

—Sí, pero... —Cyal bufó—. Se lo quedaban todo los nobles y la familia real. Era considerado un lujo. Y nosotros no podíamos permitirnos lujos como esos.

Blanche lo miró apenada. Extendió una mano para acariciar la mejilla de Cyal, que enseguida enderezó los hombros, sorprendido. La textura de su guante de seda era agradable.

—Siento que lo pasarais tan mal en vuestra infancia, joven príncipe.

Cyal suspiró con tristeza. Blanche apartó la mano, recuperando su taza de té. Eira observó la escena en silencio.

—Era una vida dura, pero, a pesar de todo, fui feliz junto a mi abuela —murmuró él, bajando la vista.

Algunas hojas de los árboles, que seguían causando admiración a Cyal, habían sido arrastradas por el viento a la superficie blanca de la mesa. Eira frunció el ceño al pensar en Jarah. Aunque había pasado poco tiempo con ella, recordaba a la perfección la calidez con la que la había tratado.

—Lamento lo que le ocurrió —dijo Blanche afligida—. Mi esposo y yo siempre le estaremos muy agradecidos por haber cuidado de nuestro joven príncipe. —Ladeó la cabeza para mirar a Cyal, que había hundido los hombros—. ¿Os gustaría que fuéramos al templo a quemar una ofrenda en su honor?

Cyal levantó la vista de sus manos. Él nunca había sido muy creyente, pero sabía que su abuela veneraba fervientemente a los dragones.

Esbozó una pequeña sonrisa.

—Me encantaría, majestad.



Era curioso ver a la reina Blanche ataviada con una simple camisa blanca, una falda marrón y un sombrero del mismo color. La reina protegía su rostro del sol con recelo, como si cualquier roce fuera un golpe. Hasta Eira había accedido a sustituir su traje por una camisa y pantalones con el fin de pasar más desapercibidos.

Blanche deseaba salir en privado del castillo, pues, si pasease como reina entre las calles de la ciudad, su séquito de damas y guardias la escoltarían.

Los tres juntos caminaron por la avenida principal de Auria.

—¿No teméis que alguien os reconozca y trate de atacaros, majestad? —inquirió Eira. Miraba al suelo con práctica.

Cyal pensó que tenía razón. Al fin y al cabo, no todos los habitantes de Auria debían tenerla en estima y muchos albergarían intenciones cuestionables.

—Confío en que vos me protegeríais si pasara algo, Eira —dijo ella con una sonrisa.

—Es la mejor guardaespaldas que se puede tener —declaró Cyal, sin vacilar.

Eira giró la cabeza hacia el lado contrario con rapidez. Cyal, curioso, se inclinó hacia delante mientras andaban para alcanzar a ver su rostro.

Alzó las cejas y soltó una carcajada.

—¡Te has sonrojado!

—No digas tonterías, humano —masculló ella, todavía sin mirarlos.

—Oh, vamos, Eira, ¡si estás adorable! —la provocó Cyal, con una sonrisa pícara—. Deja que te veamos...

—Desearás no verme la cara esta tarde en tu entrenamiento si sigues así —amenazó ella.

El aire se congeló entre ellos. Cyal se retiró y se irguió.

—Vale, vale...

Blanche se cubrió la boca con una mano, ocultando una pequeña risa. Sus guantes eran de cuero marrón.

—Calma, por favor —pidió, comedida—. Estamos a punto de llegar. No podemos dejar que nadie nos vea.

Cruzaron la plaza Triena por los soportales. Nadie reparó en ellos, pues estaban todos ocupados en conseguir lo que habían ido a comprar al mercadillo.

Cyal alzó la vista hacia las torres del templo. Brillaban bajo la luz del sol que iluminaba su piedra blanca, impoluta. Las gárgolas en forma de dragón, hechas de oro, también relucían.

Subieron los escalones para acceder al interior del edificio. El portón de metal estaba abierto, una eterna invitación a sus fieles. Cyal se sorprendió ante lo distinto que era el templo de Auria frente al de Drethol. En aquel templo, los bancos de piedra tallada estaban dispuestos en un semicírculo alrededor del altar, al fondo. Había una estatua enorme de una dragona con sus alas extendidas, pero con un rostro sosegado, con algo parecido a una sonrisa en su largo hocico.

Cyal supuso que sería una representación de Hereshia.

Frente a ella se encontraba una mesa con una bandeja de arena negra, en la que había varias ofrendas en forma de bolas blancas ardiendo y esparciendo su olor dulzón por toda la sala.

Diminutos relieves de dragones adornaban los arcos de las bóvedas. Y pinturas de estas mismas criaturas, de todos los colores, poblaban el techo entero.

Cyal vio a Eira por el rabillo del ojo. La xieri se detuvo, tensa. Confuso, siguió la dirección de su mirada. Y gruñó.

De espaldas a ellos, junto a la estatua de Hereshia, había un hombre de corto pelo negro, ataviado con una larga y elaborada túnica blanca con los bordes dorados. Admiraba las estatuas más pequeñas, que estaban colocadas detrás de la principal. Representaban al resto de dioses mayores: Aridam, Veshier, Eyvel e Ira. Las tormentas, la fertilidad, la noche y el fuego, respectivamente.

«De todas las personas que nos podíamos encontrar...», pensó Cyal, apretando los puños.

El Paladín se giró como si pudiera leerle la mente. Lo más probable era que solo hubiera oído sus pasos o que sintiera que alguien lo miraba. Al volverse, frunció el ceño. Después, sonrió. Los reconoció a pesar de la ropa que llevaban.

—¡Dichosos los ojos! ¡Qué agradable sorpresa!

«Para ti». Cyal se esforzó en imitar a Eira y ocultar su disgusto. La reina fue la única capaz de intervenir con suficiente complacencia:

—Eminencia, siempre es un gusto veros.

—Bienvenidos al templo de Hereshia, reina Blanche, príncipe Cyal. —Ignoró deliberadamente a Eira, que prefirió girar la cabeza a su derecha—. ¿Debería preguntar por vuestro atuendo?

—Deseábamos quemar una ofrenda en honor a la abuela del joven príncipe, eminencia —explicó Blanche con suavidad. Cruzó las manos en su abdomen y sonrió—. En privado.

El Paladín asintió.

—Por supuesto, mi reina. Si me permitís, me encantaría preguntarle al joven príncipe cómo está yendo su entrenamiento.

El hombre buscó su mirada. Cyal arqueó una ceja. Sonrió maliciosamente para sus adentros al pensar en que su respuesta lo enervaría.

—De maravilla, eminencia. Eira es la mejor maestra que se puede tener. —Pasó un brazo por los hombros de la joven mujer, que se contuvo para no mostrar su sorpresa—. ¿No creéis?

Vio con satisfacción que el Paladín tensaba la espalda. Observó a Eira con un músculo crispado bajo el ojo y ella le devolvió la mirada, desafiante.

—Me agrada saber que avanzáis en vuestro entrenamiento de forma favorable, príncipe Cyal —se forzó a decir el Paladín. Plasmó una incómoda sonrisa en el rostro—. Aprovechad la semana que os queda con vuestra xieri. He oído que debe partir tras vuestra presentación, ¿cierto?

Aquello le recordó a Cyal que Eira se marcharía al final de esa semana y su energía desapareció.

El Paladín pasó junto a ellos inclinando la cabeza.

—Que tengáis un esplendoroso día y que la luz de Hereshia os acompañe, reina Blanche y príncipe Cyal.

—Igualmente, eminencia —dijo Blanche.

Cyal lo miró por encima del hombro mientras se marchaba, con los ojos entornados. No terminaba de fiarse de él.

Blanche avanzó hacia el altar y Cyal y Eira la siguieron.

La luz que entraba a través de las vidrieras de encima de la entrada incidía en la estatua de Hereshia y en la arena donde estaban las ofrendas.

Blanche le tendió una bola envuelta en un pañuelo a Cyal. Este respiró hondo para calmarse y la aceptó, situándola en la arena tras desenvolverla. Había hecho eso mismo otras mil veces, suplicando por tormentas y por el fin de la sequía. La masa blanca de la bola empezó a desprender humo blanco, cubriendo de tonos rojizos la arena bajo ella.

Blanche juntó las manos en su frente y bajó los párpados. Cyal la imitó. Y Eira, tras pensarlo un segundo, hizo lo mismo.

—Venerable Hereshia —dijo Blanche, casi en un susurro—. El alma de Jarah, la honorable abuela de nuestro joven príncipe, voló hace

dos meses hacia tu luz. Te rogamos que la acojas en tu reino solar, la protejas bajo tus alas y cuides de ella.

Cyal notó que los ojos le ardían.

Se alegró de tenerlos cerrados.

Capítulo 39

Lo que se construye



Eira vigilaba el patio de la entrada del castillo, visible desde el ventanal de su habitación en la segunda planta. En la oscuridad de la noche, los fríos tonos azules dominaban la escena.

Eso hizo destacar el carruaje blanco al que los guardias permitieron el paso tras bajar la rampa de acceso. Eira tensó las comisuras de los labios. ¿Qué hacía el Paladín visitando el castillo a esas horas? ¿Acaso debía esconderse?

El hombre bajó del carruaje. El consejero, lord Marchiol, se apresuró a salir a recibirlo con una profunda reverencia. Le indicó con el brazo extendido que lo siguiera y los dos se adentraron en el castillo. La luna brillaba alta en el cielo.

En ese mismo instante, alguien llamó a la puerta de su habitación. Eira contuvo el aliento, alarmada.

—Eira. —Se relajó. Era la voz de Cyal—. ¿Estás despierta?

—Adelante —dijo ella, mirando por encima del hombro. Se quedó junto a la ventana.

Cyal entró en la habitación, encogido. Eira reconoció el rastro de lágrimas en sus mejillas. Estuvo a su lado en un instante, dispuesta a leer todas y cada una de sus expresiones.

Cyal se irguió, sorprendido por la repentina cercanía de Eira. Cerró la puerta tras él, azorado.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella.

Pese a su dolor, la preocupación de Eira envolvió a Cyal en una reconfortante calidez. Esbozó una triste sonrisa.

—Supongo que no he superado lo que le ocurrió a mi abuela tanto como creía —confesó—. Después de visitar hoy el templo... —Suspiró con pesadez. Sacudió la cabeza—. No puedo dormir. No paro de pensar en ella. —Parpadeó repetidamente—. La echo tanto de menos. Y tú...

Eira supo a lo que se refería: en ese castillo, ella era la única otra persona que podía recordar a su abuela. Lo había visto bastante apagado en el entrenamiento, aunque había preferido no comentar nada, y su confesión no la pilló desprevenida.

—Ese tipo de heridas tardan mucho tiempo en sanar. —Desvió la vista hacia la ventana—. Si es que alguna vez lo hacen.

Cyal se frotó los ojos y la miró.

—¿Te importa si me quedo un rato contigo?

Había ido a buscarla con la esperanza de distraerse un poco hablando con ella.

—Quédate lo que necesites. —Eira tomó su lugar junto a la ventana de nuevo.

—Gracias —murmuró Cyal con una pequeña sonrisa.

Se sentó cerca de ella, en el borde de la cama. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las piernas. Le echó un vistazo al

exterior, pero acabó mirando a Eira.

La luna iluminaba su pelo blanco.

—A veces siento que estoy traicionando a mi abuela, viviendo con este lujo justo después de que ella... —Cyal calló, incapaz de decirlo —. No sé si me merezco esta vida. Si tan solo ella estuviera conmigo, todo esto sería mucho más fácil.

—Jarah se alegraría al saber que estás bien, en un sitio seguro, donde todas tus necesidades están cubiertas y con un futuro asegurado —dijo Eira, con calma. Cruzó los brazos, pendiente de lo que sucedía en el patio—. No debes sentirte culpable por ello.

—Ya.

Cyal espiró aire con lentitud y llevó una mano a su pelo rubio, echándolo hacia atrás. Oír a Eira decir aquello era de ayuda, claro. Pero no era suficiente. ¿Qué iba a pasar cuando ella ya no estuviera?

Ella lo observó de reojo.

—¿Qué más te preocupa?

Cyal mantuvo la vista fija en la alfombra azul del suelo.

—Ya queda menos de una semana para que te marches —murmuró, envuelto en un halo de amargura. Hundió los hombros—. La verdad es que... No quiero separarme de ti.

Algo cálido se abrió paso entre la escarcha en el interior de Eira. ¿Era posible? ¿Alguien deseaba permanecer con ella a pesar de su terrible pasado, de su esencia de hielo y sombras? Sin embargo, mantuvo su expresión de piedra.

—Lo siento, humano. No puedo quedarme en Auria. He de encontrar a Tuila, ¿recuerdas?

—Lo sé, lo sé, y yo me siento muy egoísta por querer retenerte aquí, pero... —Cyal soltó aire con brusquedad, frustrado. Levantó la

vista—. Te considero mi amiga, Eira, la única que he tenido en la vida. Ahora mismo, este sigue siendo un lugar casi desconocido para mí. Nada me da tanta seguridad como tenerte cerca. —Parpadeó repetidamente—. Y te has convertido en lo único que queda de aquella vida.

Eira permaneció unos segundos en silencio, meditando su respuesta. Cyal trató de calmar su respiración, avergonzado. Eira fue hacia él e inclinó la cabeza para mirarlo desde arriba.

—Te acostumbrarás a mi ausencia, humano. Enseguida te distraerás con las responsabilidades de tu nueva vida como príncipe. Y la reina Blanche cuidará de ti.

—No será lo mismo.

—Puede ser. Pero aquí estarás a salvo.

Al menos, por el momento.

—¿No me echarás de menos? —preguntó Cyal mirándola por debajo de las pestañas.

Eira cruzó los brazos y desvió la vista de nuevo hacia la ventana.

—Quizá.

Cyal rio por lo bajo.

—Supongo que eso es lo más cerca que voy a estar de obtener un «sí» por tu parte, ¿eh?

—Está bien, humano, sí te echaré de menos —admitió ella con lentitud. Irguió la barbilla—. ¿Contento?

Cyal sonrió.

—Bastante. Porque eso quiere decir que quizá vuelvas algún día.

Eira ladeó la cabeza.

—¿Quieres que vuelva?

—*Siempre* viviré con la esperanza de que vuelvas —declaró con firmeza—. Viviría trescientos años si eso significara que puedo volver a verte.

Eira clavó la mirada en él. A pesar de que ella era una xieri, Cyal la consideraba importante para él. Había dicho que era su amiga. Deseaba que regresara a su lado. Eso hacía que se sintiera contenta; que se sintiera apreciada. La mirada que él le dedicó le transmitía el calor de las llamas de un hogar; un calor que le ofrecía, por primera vez, la paz y el sosiego que no había conocido nunca.

Por supuesto que ella tampoco quería separarse de él. Apenas faltaban unos días para la fecha fijada para su marcha y no dejaba de intentar encontrar una nueva excusa para quedarse.

—Lo que hay entre nosotros permanecerá intacto, humano —dijo al fin—. Incluso a distancia. Pero te aseguro que tardaré lo menos posible en volver.

«¿Lo que hay entre nosotros?». Sus ojos dorados brillaron con una alegría imposible de reprimir. Se esforzó por controlar su respiración y no sonreír como un maníaco.

—Entonces, ¿volveré a verte pronto?

—Lo que tarde en encontrar a Tuila. —Eira frunció el ceño—. Con suerte, quizá pueda presentártela. Hasta entonces, sin embargo, quiero que tengas mucho cuidado.

Cyal hizo una mueca.

—¿Por los xieri?

—No, aunque también. Me refiero a... —Eira entornó los ojos—. He visto antes al Paladín. Creo que ha venido a hablar con el rey. Sospecho que se traen algo entre manos.

—Bueno... —Cyal arqueó una ceja—. Tampoco es tan raro que hablen. Mi padre es el rey de Auria y tendrá asuntos que atender con el Paladín, ¿no crees?

A él también le irritaba su existencia. Pero de ahí a sospechar que tramaba algo más con su padre había un trecho.

—Es raro que hablen a estas horas, teniendo disponible todo el día —señaló Eira con frialdad.

—Mi padre no haría nada cuestionable —protestó Cyal. Se levantó para mirarla a los ojos—. He ido conociéndolo estas semanas. Se ha esforzado por hablar conmigo y asegurarse de que estoy a gusto. Es un monarca que se preocupa por su reino.

—Aun así, ten cuidado.

Cyal puso los ojos en blanco.

—No te preocupes tanto por él, Eira. Te dejó quedarte incluso a pesar del miedo que le tiene a los xieri —le recordó poniendo los brazos en jarras—. No será tan malo como crees, ¿no?

—Supongo —masculló ella dándole la espalda—. Tan solo te pido que estés atento, humano.

—De acuerdo —aceptó Cyal, resignado.

Entendió que Eira solo estaba mostrando su preocupación por él, por lo que se esforzó en no enfadarse. Quizá comprendía por qué no se fiaba del Paladín, pues él tampoco lo hacía, pero su padre era otra historia.

Cyal decidió que lo mejor sería cambiar de tema.

—El rey quiere llevarme mañana a dar un paseo a caballo por las afueras de Auria. ¿Vendrás? —le preguntó, esperanzado.

Eira lo observó de reojo. No le entusiasmaba en absoluto estar en presencia de Riusel, pero tampoco quería perderse sus últimos

momentos con Cyal.

—Iré.

Incluso si hubiera aborrecido la actividad, no habría estado tranquila sabiendo que Cyal salía fuera de la protección de las murallas de la ciudad. Prefería acompañarlo por si acaso sucedía algo.

Cyal sonrió, algo incómodo.

—¿Te ha molestado lo que he dicho antes?

Eira permaneció en silencio. Cyal gruñó.

«A veces es tan difícil hablar con ella...», pensó con fastidio.

«Sométela a tus órdenes, pues —ronroneó el oscuro murmullo en su mente—. Hazle ver lo débil que es en realidad...».

Esas palabras fueron como una patada en el estómago. ¿De dónde narices salía esa maldita voz? A él jamás se le ocurriría obligar a Eira a nada.

«Solo son imaginaciones mías», se dijo en un intento de convencerse de que no estaba perdiendo la cordura.

Apretó los dientes y se obligó a respirar hondo.

—De verdad, Eira, no te preocupes. Estoy siempre atento. Si veo algo extraño, me daré cuenta enseguida.

Eira al fin se giró hacia él.

—Confío en que así sea, humano.

Capítulo 40

Conexión



La llanura que se veía desde lo alto de la colina era vasta y verde. El viento mecía con suavidad los altos tallos de la hierba fresca, salpicada de alguna que otra flor silvestre. Abundaban las amapolas, esparcidas como destellos rojos por su superficie.

El árbol que le ofrecía sombra era alto, pero su cabeza llegaba casi a las ramas. Sus cuernos rozaban las hojas con cada movimiento que hacía, espantando a las pobres ardillas.

Junto a él había una chica. Estaba sentada en el suelo, diminuta en comparación a su tamaño de dragón. Tenía la vista fija en el cielo azul.

—Creo que merece la pena luchar —murmuró la chica, abrazándose las rodillas — para que algún día los paisajes de Gaia entera sean como este.

Él resopló.

«Si tan solo los humanos entendieran que peleando entre ellos por los pocos recursos que quedan solo se perjudican a sí mismos y aceleran el proceso de erosión…».

La chica hizo una mueca. Giró la cabeza para mirarlo, clavando en él sus ojos azules.

—¿Es por eso que nunca habéis permitido a los humanos y a los draconianos acceder a Namhad? —adivinó—. Teméis que también acaben destruyéndolo.

«Es parte de vuestra naturaleza. Creación y destrucción... Parece que no podéis tener uno sin el otro —comentó él. Entrecerró los ojos—. Guerra y paz».

—Según lo que cuentas, parece que el núcleo de Gaia funciona de la misma manera —señaló ella—. Tiempo de estabilidad, tiempo de inestabilidad. Equilibrio y exceso.

Él rio por lo bajo.

«Buena observación, Taiyo. Por algo eres mi enlace favorito».

La chica arqueó una ceja.

—Soy el primer enlace que tienes.

«Bueno, razón de más para que seas mi favorita, ¿no?».

Taiyo puso los ojos en blanco.

—Pasarán los años y seguiré sin acostumbrarme a tu actitud, Aridam. Siempre imaginé a los dragones más... solemnes. Serios. Majestuosos.

«¿Insinúas que no soy majestuoso?», protestó él ensanchando su pecho.

Taiyo soltó una pequeña carcajada.

—No mucho. Pero supongo que es porque ya no me intimidas tanto como al principio. —Frunció el ceño y miró hacia la llanura—. ¿Cómo es que antes no necesitabais tener un enlace y ahora sí?

«Eso es algo que Zheitszoh y yo todavía intentamos averiguar. Quizá tenga algo que ver con que nuestro poder aumentó demasiado... —Bajó la vista a sus propias garras—. Es posible que por eso debiéramos sumirnos en un letargo la última vez que estabilizamos la energía de Gaia».

—¿Y los enlaces os han permitido regresar?

«Eso creemos».

Taiyo se echó hacia atrás y apoyó las palmas de las manos en la hierba. Una brisa de aire revolvió su largo pelo rubio. Las piernas quedaron fuera de la sombra del

árbol al estirarlas, pero eso no le preocupó. Su piel ya estaba bastante bronceada.

—En cualquier caso, Aridam, me alegro de que me hayas permitido viajar contigo. Es peligroso, sí. —Respiró hondo y cerró los ojos, inspirando el dulce aroma de las flores—. Pero merece la pena por momentos como este. No me rendiré hasta que el mundo entero esté así de nuevo.

Él sonrió.



Thaydra abrió los ojos. Tardó unos segundos en ubicarse, confusa. Había estado en una bonita pradera, con el sol bañando su piel.

Escuchó el lento crepitar de las llamas. Giró la cabeza en busca del fuego. La hoguera iluminó su rostro, y ella pudo volver en sí tras el sueño.

—Buenos días, princesa —la saludó Arash desde la entrada de la cueva. Miraba hacia afuera. Se dio la vuelta y fue hacia ella—. Aunque todavía no ha amanecido. ¿Tantas ganas tienes de continuar con tu entrenamiento?

Thaydra se sentó y se quedó mirándose las manos, sumida en sus pensamientos. Arash arqueó una ceja y se agachó junto a ella, preocupado.

—¿Princesa?

Una fría brisa del exterior hizo temblar por un momento las llamas de la hoguera. Habían elegido una cueva con la entrada lo más cerrada posible, pero era inevitable que se filtrara algo de viento.

No les quedaba mucho trecho para llegar a Erom. Caminaban ya con las botas hundiéndose en la nieve, pues el paisaje era blanco

allá donde miraban, y tenían que pasar la noche a resguardo o se congelarían mientras dormían. Por eso estaban allí.

Thaydra levantó la vista.

—Arash, ¿Taiyo tenía los ojos azules y el pelo rubio?

Arash suavizó la mirada, invadido por la nostalgia. Aunque habían transcurrido miles de años, recordaba el rostro alegre de Taiyo, una luz clara y firme en medio de todas las catástrofes a las que tuvieron que hacer frente. El aspecto del resto de sus enlaces estaba más borroso en su memoria, pero jamás podría olvidarla a ella.

—Así es, princesa.

—Yo... —Thaydra bajó la vista, avergonzada—. Ha sido muy extraño. He tenido un sueño, pero... Pero era como si yo fuera tú en el pasado.

Arash se sentó junto a ella. Una fina línea naranja empezaba a asomar por el horizonte.

—No es extraño —la reconfortó él—. Según se va afianzando la conexión del enlace es normal que tengas sueños que te muestren mis recuerdos.

Thaydra se quedó con la boca abierta.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque la única que llegó a soñar con mis recuerdos fue Taiyo —dijo por lo bajo—. No había vuelto a suceder desde entonces.

La joven princesa lo miró con pena.

—Parece que le tenías mucho cariño.

—Así es. —Arash hizo una pequeña pausa—. Siempre la echaré de menos.

Estuvieron unos segundos en silencio. Thaydra observaba a Arash de reojo, sintiendo un pinchazo en el corazón al reconocer la tristeza

reflejada en su mirada. Veía el perfil izquierdo de Arash, donde tenía la cicatriz. Le habría gustado comprobar en el sueño si ya la tenía en esa época, pero había experimentado todo a través de los ojos del dragón.

—¿Tú también puedes soñar con mis recuerdos, Arash? —inquirió, curiosa.

El sol era una diminuta bola roja emergiendo tras las montañas.

Él asintió.

—Hoy he podido percibir algo de la soledad que sentías de pequeña en palacio —admitió. Ladeó la cabeza para mirarla—. Siento haberme burlado de ello cuando nos conocimos.

Thaydra se sonrojó.

—No importa. Tenías razón cuando decías que eso no era nada en comparación al sufrimiento de otros...

—A ti te afectaba y eso es lo que importa —replicó él. Suspiró con pesadez—. Por lo general, soy un capullo, lo admito. Pero querría serlo menos contigo.

—A veces casi lo consigues —dijo ella, divertida.

Arash esbozó media sonrisa, viendo algo de su propio humor en ella.

—Suficiente charla, princesa. —Se levantó y la contempló desde arriba—. Hora de continuar con el entrenamiento. Hoy combatirás contra mí, ¿qué te parece eso?

Thaydra palideció, recordando el último combate de práctica que había tenido con Arash. Había acabado una y otra vez en el suelo.

—Hereshia, protégeme —murmuró resignada.

La carcajada del dragón se hizo eco en la piedra.



Thaydra soltó un quejido al caer de espaldas en la nieve. Esta se filtró de forma desagradable a través del cuello de su camisa y empapó su corto pelo negro.

—¿Eso es todo, princesa? —se burló Arash, de pie unos metros más allá, equipado con su hoz.

Thaydra apretó los dientes. Rodó y se incorporó.

Ahogó una exclamación al ver a Arash yendo hacia ella. Saltó hacia atrás, propulsándose con el fuego, y movió la mano para lanzar un puñal contra él.

Arash lo apartó con un preciso movimiento de la hoz. No utilizaba su afinidad al metal en esos combates para darle más espacio a Thaydra a ejercer la suya.

La joven aterrizó y resbaló en la nieve. Se agachó para esquivar un rayo, con el pulso a mil por hora. Confiaba en que Arash no la atacara si no estaba seguro de que lo iba a esquivar.

Rotó sobre su propio eje, extendiendo un círculo de llamas alrededor que derritió la nieve, y chilló cuando Arash saltó como si nada a través de las llamas.

Las esquivó sin problema.

—¿Te crees que me da miedo el fuego, princesa? —dijo él, divertido.

Thaydra fue capaz de bloquear su puñetazo. Arash no lo había envuelto en electricidad a propósito. Para combatir su fuerza, levantó la pierna cubierta en llamas, forzando a Arash a echarse hacia atrás. Thaydra corrió sobre las rocas y recuperó su puñal. Sin detenerse, se giró y lo utilizó para detener la hoz de Arash.

Observó con los ojos muy abiertos lo cerca que tenía el filo de la cara.

—Tienes que ocultar mejor que todo te da miedo, princesa. ¿Acaso piensas derrotar a tu enemigo a base de darle pena? —ironizó Arash.

Thaydra endureció la mirada.

Forzó a Arash a mover el brazo al tomar el control de su hoz. Le asestó una patada en el pecho y lo repelió con sus llamas. Usó el golpe para saltar hacia atrás, alejándose de él con una voltereta.

—Vas mejorando esas acrobacias —la felicitó Arash, derrapando en el suelo. Sonrió—. Veamos qué tal llevas la rapidez.

Thaydra chilló cuando Arash apareció delante de ella en un parpadeo. Apenas consiguió cruzar los brazos delante de su rostro para bloquear un puñetazo.

Arash puso los ojos en blanco.

—Lo bien que te habría venido una afinidad al sonido, princesa —bromeó.

Capítulo 41

El diario



Una mezcla de sentimientos se revolvía en el interior de Cyal. Por un lado, estaba contento paseando a caballo con Eira y con su padre. Eira no era una experta amazona y Cyal, que había aprendido en esas semanas en el castillo, le ofreció ir con él. También los acompañaba Saskia, el draconiano del rey, que no permitía que su caballo se alejara mucho de Riusel.

Eira y el rey Riusel no paraban de intercambiar miradas de clara desconfianza. Saskia también vigilaba constantemente a Eira. En general, se palpaba la tensión en el ambiente. Y eso hacía que las conversaciones fueran entrecortadas e incómodas; y que Cyal se agobiara.

El joven príncipe intentó centrarse en el paseo.

El paisaje que rodeaba Auria era bonito, poblado de bosques y praderas verdes. Las manos de Eira, que iba sentada detrás de él en el caballo, reposaban en su cintura. De vez en cuando, sentía su gélida respiración sobre el cuello.

Era un día agradable. El cielo estaba despejado y brillaba el sol. Bandadas de pájaros los sobrevolaban, llenando la atmósfera con sus graznidos. Habían descendido por los campos de trigo, donde muchos campesinos se acercaron a saludar al rey.

Bajaron hasta el río Thíbano. No era la primera vez que Cyal veía este río: estaban junto a la orilla la última vez que Graialan los había atacado. Sin embargo, en ese punto, el Thíbano se ensanchaba considerablemente y la corriente fluía ágil, salpicando agua contra las rocas que sobresalían de sus profundidades.

Parecía un río completamente diferente. Aunque Cyal no había visto suficientes ríos como para saber si eso era común o no.

—Esta es nuestra barrera natural con el reino de Adruste —explicó Riusel, erguido en su caballo—. Ahora que hemos cumplido una década en paz, estamos negociando la construcción de un puente para establecer rutas comerciales entre ambos reinos. —Frunció el ceño—. Desde lo sucedido con los xieri en Drethol, sin embargo, hemos tenido que pausar las negociaciones.

—¿Cómo es el reino de Adruste, padre? —inquirió Cyal, curioso.

Le había costado, pero ya se iba acostumbrando a referirse a Riusel de esa manera cuando hablaba con él.

El rey le dedicó una breve sonrisa antes de responder, satisfecho por el interés de su hijo en aprender:

—Adruste es un reino minero. Sus tierras son áridas, nada que ver con las de Auria, pero obtienen lo que necesitan intercambiando los preciosos metales que extraen del monte Nimer.

Cyal giró la cabeza para mirar a Eira, que escuchaba con atención, de reojo.

—Auria ha entrado en guerra con Adruste a menudo en el pasado porque los dos reinos están demasiado cerca, apenas separados por el río Thíbano. Eso ha hecho que choquen a menudo.

Consideró que a Eira podría resultarle interesante, pues los reinos no habían existido trescientos años atrás, y así aprovechaba las lecciones de lord Marchiol. Riusel lo contempló con orgullo.

Eira pensó en lo distinto que había sido el mundo cuando gobernaban los draconianos. La sociedad se había dividido por afinidades, por elementos.

Percibió algo extraño en el ambiente y entornó los ojos.

—¿Ocurre algo? —le susurró Cyal, al notar que tensaba las manos en su cintura.

Eira se había fijado en las flores y la hierba junto a la orilla del río. Estaban todas marchitas.

—Nephrores.

Casi como si la hubieran escuchado, los espectros descendieron desde los árboles hacia ellos. Los caballos relincharon, asustados. La montura del rey se alzó sobre sus patas traseras. Riusel logró aferrarse a las riendas para no caer.

—¡Nos atacan! —gritó Cyal, alarmado.

Las cicatrices en su espalda ardieron. Recordaba demasiado bien a esas criaturas. Habían campado a sus anchas por Drethol.

Sin miedo alguno, Eira saltó del caballo, desenvainando sus cimitarras. Eran solo tres nephrores, pero los estaban rodeando.

—¡Es obra de la xieri! —vociferó Saskia.

—¡Eso no es...! —trató de protestar Cyal, indignado, pero fue interrumpido por un rugido.

Saskia se había transformado en un imponente dragón violeta. Su túnica yacía hecha trizas en el suelo y su caballo huyó al galope, aterrado.

Fue directo a por Eira. Ella lo detectó por el rabillo del ojo y se limitó a desplazarse hacia atrás para evitar su dentellada. A la vez, disparó un rayo de hielo de la mano que hizo dispersarse a un nephror.

La furia golpeó a Cyal con la fuerza de un huracán. ¿Cómo se atrevía Saskia a atacar a Eira?

—¡Apártate de ella! —bramó, bajando del caballo y corriendo a interponerse entre los dos.

—¡Hijo, no te acerques...! —ordenó Riusel.

El rey sintió un escalofrío y se giró de cintura para arriba en su caballo. Palideció al ver que las garras de un nephror descendían sobre él.

Eira se materializó en el aire mientras deslizaba su cimitarra, envuelta en una estela de sombras, en diagonal por el cuerpo del nephror. Este aulló y se retorció mientras desaparecía.

El rey jadeó, con los ojos como platos. Eira aterrizó y, sin mirarlo siquiera, fue a por el siguiente.

Saskia y Cyal también se habían quedado rígidos. Al final, observaron cómo Eira destruía al nephror que faltaba atravesándolo con una serie de carámbanos de hielo.

Hubo unos segundos de tenso silencio. Eira se irguió y envainó las cimitarras.

—Deberíamos irnos —sentenció la xieri—. Los nephrores no tardarán en recomponerse.

Cyal sacudió la cabeza. Saskia gruñó. Y el rey Riusel contempló a Eira con un nuevo brillo de respeto en los ojos.



El incidente con los nephrores los llevó de vuelta al castillo antes de lo previsto. Las criadas se apresuraron a encontrar una nueva túnica para Saskia, quien regresó en su forma de dragón.

Los cuatro habían permanecido en silencio durante el camino de vuelta. Riusel, tras asegurarse de que Cyal estaba bien, se había retirado a sus aposentos. Saskia lo había seguido de cerca. Le dedicó una mirada irritada a Eira, y ella lo ignoró de nuevo.

—¡Oh, por Hereshia! ¿Qué ha pasado?

La reina Blanche acudió a recibirlos al patio. Puso las manos en los hombros de Cyal y lo miró de arriba abajo para comprobar que estaba intacto.

—No os preocupéis, majestad, estoy bien —dijo Cyal con una sonrisa, reconfortado por su gesto de cariño.

Le dio las riendas del caballo a uno de los chicos encargados de los establos. El animal se alejó, con el sonido de sus cascos traqueteando sobre la roca de forma rítmica, mientras él recuperaba el aliento.

—Nos han atacado unos nephrores —explicó Eira en tono seco.

—¿Nephrores? —repitió Blanche y se llevó las manos a la cara, alarmada—. ¿Esas criaturas de leyenda? Oímos rumores de que habían ayudado en la toma de Drethol... ¿Están ahora aquí también? ¿Se acercan los xieri?

—Solo eran tres junto al río. Mientras no se muevan de allí, no habrá problema —dijo Eira, con calma.

Blanche no parecía muy convencida, pero aceptó su confianza.

—En ese caso, ya que habéis vuelto pronto... ¿Qué os parece si vamos a los jardines a tomar té? —propuso intentando alegrar su tono.

Cyal suspiró.

—Sí, nos vendrá bien.



Había caído la noche.

Eira no se sorprendió al ver de nuevo el carruaje blanco del Paladín entrando en el patio. Tampoco se extrañó cuando alguien llamó a la puerta.

—Eira, ¿puedo pasar?

—Adelante —dijo ella con sencillez.

Fue hacia Cyal cuando entró en la habitación. Él alzó las cejas al encontrarla vestida con un simple camisón blanco. Parecía que esa noche tenía intención de acostarse pronto.

El chico cerró la puerta tras de sí, buscando algo de intimidad, y agachó la cabeza en un intento de disimular su sonrojo. Se aclaró la garganta.

—Tan solo quería darte las gracias —murmuró—. Por salvar a mi padre esta mañana.

Eira gruñó y cruzó los brazos.

—No lo he hecho por él, sino por ti.

Cyal apreciaba al rey, al fin y al cabo.

Él esbozó una cálida sonrisa.

—Lo sé. Y por eso te doy las gracias.

—Debes tener cuidado con los nephrores —advirtió ella, muy seria —. No sé si su aparición ahora tendrá algo que ver con el regreso de los xieri, pero desconozco la forma de acabar con ellos. Lo mejor que puedes hacer es destruir temporalmente su forma material con un ataque y huir.

El recuerdo del dolor que había sufrido cuando el nephror lo había atacado en Drethol estremeció a Cyal. Las cicatrices seguían ahí. Eran la huella imborrable de su experiencia aquella terrible noche.

—Espero que no se acerquen más a Auria —dijo él alzando la vista —. Aunque supongo que los Caballeros de Hereshia sí que podrían destruirlos definitivamente con sus espadas de luz.

—Es una opción —asintió Eira.

Cyal se apartó el pelo de la cara. Le habría gustado quedarse más tiempo con ella, pero parecía que ya no tenían nada más que hablar. Temía incomodarla o robarle más tiempo del necesario.

No podía dejar de pensar en como, en tres días, Eira ya no dormiría allí.

—Te dejo descansar —murmuró Cyal, poniendo la mano en el pomo de la puerta—. Buenas noches.

Eira lo observó irse, también con cierto pesar.

—Buenas noches.

Riusel fruncía el ceño. No había tocado su copa de vino y estaba encogido en el sillón, con los codos clavados en las rodillas, la

barbilla apoyada en los dedos de sus manos entrelazadas y la vista fija en el fuego de la chimenea.

—¿Qué os preocupa, rey Riusel? —quiso saber el Paladín, recostado en su asiento—. Os noto alterado. ¿Se trata de los nephrores? ¿O de otra cosa?

Riusel torció el gesto.

—La xieri me ha salvado la vida hoy.

El Paladín arqueó una ceja.

—¿Oh?

—Podría haberme dejado morir —explicó Riusel—. De no ser por ella, estaría muerto. ¿No sería eso mucho más beneficioso para su plan?

El Paladín no dijo nada durante varios segundos. Tomó un sorbo de vino de su copa y saboreó la idea.

—No os dejéis engañar, mi rey.

—¿Y si nos equivocamos y no es la Muerte Escarlata?

Los ojos del Paladín chispearon con ira contenida.

—Yo jamás me equivoco, rey Riusel. Recordad que es la luz de Hereshia la que me guía.

Riusel tensó los hombros.

—Mis disculpas, eminencia.

—No hay duda alguna de que es la Muerte Escarlata.

—¿Y no podría haberse reformado tras su letargo de trescientos años? —dijo Riusel observando al Paladín de reojo—. O haberlo olvidado todo.

El Paladín bufó.

—Tal posibilidad no existe. Los xieri son criaturas de oscuridad, mi rey. No hay hueco para la luz en sus fríos corazones.

—Entonces, ¿por qué me ha salvado la vida? —replicó Riusel irguiéndose en su asiento.

—Estoy convencido de que ella misma ha orquestado el ataque de los nephrores para así ganarse vuestra confianza —dijo el Paladín. Alzó la barbilla y lo observó con condescendencia—. No os sintáis mal por haber caído presa de su engaño: es la especialidad de los xieri. Afortunadamente para vos, mi rey, me tenéis a mí para arrojar un rayo de luz sobre la verdad.

Riusel apretó los dientes, pero le pudo la humillación que sentía ante la idea de equivocarse. La vergüenza era más fuerte que la rabia por ser tratado de idiota.

—Tiene sentido, eminencia. Es más astuta de lo que esperaba.

El Paladín sonrió en su interior.

—La Muerte Escarlata debe de estar a punto de ejecutar su malvado plan.

Riusel giró la cabeza para mirarlo con los ojos muy abiertos, alarmado.

—Debemos detenerla. No puedo permitir que le haga daño a mi hijo.

—El príncipe Cyal estará a salvo, mi rey, no temáis. —Esbozó una siniestra sonrisa—. Nos adelantaremos a ella.

El rey Riusel asintió con decisión. El Paladín siempre lo había aconsejado con acierto en el pasado; no tenía razón para dudar de él ahora. La diosa Hereshia le mostraba con su luz el camino a seguir. Si el Paladín decía que Eira albergaba intenciones ocultas, lo creería.

Sabía que a Cyal le dolería conocer la verdad sobre esa xieri. Pero Riusel estaba dispuesto a hacer todo lo necesario para protegerlo.

Lo hacía por su bien.



Lluvia se paseaba por Drethol. Respiró el fresco aire nocturno del desierto y sonrió.

«¿No es maravilloso un lugar sin humanos ni draconianos?», susurró una voz en su cabeza.

Había todavía cadáveres en descomposición de las últimas revueltas por las calles, abandonados por las esquinas. Algunos de los supervivientes del ataque de Drethol se habían organizado y habían intentado recuperar el palacio. No habían salido muy bien parados.

La comandante escuchó pasos detrás de ella.

Puso los ojos en blanco y contuvo un suspiro de exasperación. Se giró con una tensa sonrisa plasmada en sus labios rojos y se topó con la segunda esposa.

—Dime, Karima, ¿qué deseas?

La mujer apretó los puños.

—Me has engañado, Lluvia. No haces más que masacrar a mi gente —espetó con la rabia palpitando en su voz—. ¿Sobre quién voy a reinar si no queda nadie de mi pueblo en Drethol?

Lluvia hizo un mohín para burlarse de ella. Cruzó los brazos y enrolló un largo mechón de su pelo azul en el dedo índice.

—¿No te parece que una ciudad vacía de humanos da menos trabajo? —Sonrió con sorna, divirtiéndose—. Te aseguro que los xieri somos mejor compañía.

—¡No voy a permitir que sigáis así! —chilló ella. Estampó su pie en el suelo como una criatura consentida—. ¡Quiero que ha...!

Lluvia chasqueó los dedos y una estela de sombras atravesó el cuello de Karima antes de que pudiera terminar la frase. Ella abrió los ojos como platos. Su cabeza se separó al momento, cayendo con un golpe seco al suelo de tierra. Su cuerpo también se desplomó, inerte.

Graialan se materializó a su lado. Se dio un instante para entender la escena y soltó una carcajada al ver la sangre, como si su víctima no fuera más que un juguete.

—Ah, ¡por fin...!

Karima siempre le había parecido especialmente irritante.

—He considerado que ya la hemos soportado lo suficiente —dijo Lluvia, sin inmutarse—. Nos vino muy bien para escondernos en su palacio al principio, pero ahora ya no era más que un incordio. —Giró sobre los talones y bufó—. ¿De veras se creía con derecho a darme órdenes?

—Los humanos son demasiado arrogantes —dijo Graialan, encogiéndose de hombros y cruzando los brazos detrás de su cabeza —. En cualquier caso, ya hemos confirmado la ubicación de Viento. ¿Vamos a por ella?

Lluvia sonrió mostrando sus colmillos blancos.

—Naturalmente, mi querido Graialan.

Capítulo 42

Sopor



Cyal se esforzó en mantener la sonrisa en el rostro, pero era complicado. El ambiente estaba cargado, como antes de una tormenta. Hubiera preferido regresar al calor infernal del desierto antes que estar allí. En la ardiente arena dorada habría estado más cómodo.

El Paladín había sido invitado a desayunar. Era él quien presidía la larga mesa de banquetes, con el rey a su derecha y Cyal a su izquierda. La reina estaba junto a Riusel y Eira se sentaba al lado de Cyal.

Saskia permanecía de pie en una esquina, observando.

—Hay que celebrar que nuestro rey y nuestro príncipe siguen con nosotros después del susto de ayer —dijo el Paladín. Alzó su copa—. Ofrezcamos nuestro agradecimiento a Hereshia.

«O a Eira, para ser más exactos», pensó Cyal, irritado.

Cogió su copa y la levantó también. El rey y la reina hicieron lo propio. Eira, tras un segundo de duda, acabó por imitarlos. Cyal se

percató de que su brazo estaba en tensión, pero no entendía por qué.

—Por Hereshia, y por que su luz siga iluminando nuestros días —declaró el Paladín solemnemente. Después, bebió de la copa.

Cyal no lo pensó mucho e hizo lo mismo, al igual que Riusel y Blanche. Sin embargo, Eira se había quedado quieta, contemplando su copa con los ojos entornados.

—¿Algún problema, xieri? —dijo el Paladín, irguiendo la barbilla. Irradiaba condescendencia.

—No tienes por qué tomártelo si no quieres —le susurró Cyal, aunque era consciente de que los demás también lo escucharían.

—Tu vínculo debe respetar nuestras tradiciones, hijo —lo regañó Riusel, mirándolo con reprobación.

Cyal tensó los dedos alrededor de su copa.

—No voy a obligarla a nada —espetó con dureza.

—En efecto, mi señor, no tenemos por qué obligarla... —empezó a decir Blanche.

Eira gruñó. Cerró los ojos y se bebió el contenido de la copa de un trago. La dejó en la mesa y evitó mirar al Paladín, molesta.

Cyal sintió un desagradable nudo en el estómago. Sabía que lo había hecho por él.

—No era tan complicado, ¿no? —dijo el Paladín con un sutil tono de burla.

Eira se mordió el labio. No contestó. Prefirió respirar hondo para contenerse y no lanzarse a desgarrarle la garganta.

Más tarde, una vez el rey y el Paladín se hubieron retirado para conversar en privado y Cyal se hubo marchado con lord Marchiol, Eira bajó a los jardines para pasear con Blanche. Se encontraban en el estanque de los cisnes. La reina sostenía un parasol azul, a juego con su vestido, mientras echaba semillas al agua para alimentar a las aves.

—Me gusta darles de comer yo misma de vez en cuando —comentó, con una sonrisa—. Fueron un regalo de mi esposo cuando nos casamos, para que no echara tanto de menos mi antiguo hogar.

Eira permaneció en silencio, observando el movimiento de los cisnes. El sol de mediodía brillaba sobre ellos, haciendo resplandecer sus plumas de obsidiana. Hundían su pico rojo en el agua para recolectar alimento, chocando de vez en cuando con las carpas que se asomaban a la superficie.

Una brisa de aire arrastró el aroma de las flores. Eira se llevó una mano a la frente y frunció el ceño.

—¿Ocurre algo, Eira? —inquirió la reina, preocupada.

Ella recuperó su expresión de piedra.

—No es nada, majestad.

Había tenido una extraña sensación de mareo.

—¿Qué os parece si vamos a sentarnos para tomar el té? —dijo Blanche con una sonrisa, agarrándose a su brazo y echando a andar.

—No me voy a caer, majestad —murmuró Eira, aunque apreció el gesto de preocupación de la reina.

—Oh, igualmente no nos vendrá mal un descanso, ¿no creéis? —Acarició su brazo con candor—. ¿Habéis dormido bien hoy?

Eira puso los ojos en blanco. A veces Blanche se comportaba como una madre. No admitiría en voz alta que eso le resultaba

reconfortante.



Cyal se deslizó sobre el agua del suelo para rotar detrás de Eira. Ella giró, bloqueando la espada de Cyal con la suya. Ambos envolvieron las armas en agua y chocaron de nuevo. Fueron repelidos hacia atrás por la fuerza.

El príncipe sacudió la cabeza. Algunas gotas salieron despedidas de sus mechones. Jadeó, intentando recuperar el aliento. Le apenaba saber que aquella sería una de sus últimas tardes de entrenamiento con Eira, pero eso no lo frenó.

La luz naranja del atardecer ya se filtraba por las rendijas, anunciando la llegada inminente de la noche.

En dos días, Eira se habría marchado.

—No te quedes parado, humano —lo regañó ella, flexionando las piernas.

Su gesto le indicó que esperaba la nueva ofensiva.

—Tú lo has querido —dijo él, con una sonrisa desafiante.

Corrió en su dirección. Saltó, impulsado por el agua en sus pies, e hizo descender su espada con fuerza. Eira la desvió con su arma, pero trastabilló hacia atrás. Cyal enarcó una ceja, sorprendido. ¿Acaso había conseguido moverla?

Intercambiaron estocadas. Cuando se percató de que no iba a poder seguir el ritmo, Cyal se desplazó sobre el agua para alejarse con rapidez. Giró haciendo que el agua se elevara hacia sus dedos según se daba la vuelta y aumentando de forma considerable la

cantidad. Encaró a Eira y extendió el brazo hacia ella, enviando la ola en su dirección.

Aquella vez, Eira no se movió. Cyal abrió los ojos como platos. A Eira se le acababa de escurrir la espada al suelo. En lugar de esquivar el golpe, se tambaleó y la ola la golpeó.

Se estrelló contra la pared.

—¡Eira! —la llamó Cyal. El corazón le dio un vuelco al ver su cuerpo desplomado. Echó a correr hacia ella, recorrido por una fría urgencia—. ¡Pensaba que lo ibas a esquivar! ¿Estás bien?

Se agachó a su lado. Eira había apoyado las palmas de las manos en el suelo y se estaba incorporando. El agua goteaba de su cabello empapado y el traje se le pegaba al cuerpo de manera incómoda.

Jadeaba, con la cabeza inclinada, como si estuviera a punto de devolver. Cyal frunció el ceño y le apartó el pelo para poder ver su rostro. Tenía los ojos cerrados y parecía estar aguantando un nivel de dolor alto, si ni siquiera ella conseguía ocultarlo.

—Eira, ¿estás bien? —murmuró. La angustia aumentaba según su silencio se alargaba. Puso una mano en su espalda—. ¿Qué te pasa?

Ella se sentó sobre las piernas y respiró hondo. Se llevó una mano a la frente. Cyal esperó, pendiente de cada gesto que delatara su estado, vigilando cada bocanada de aire que ella tomaba.

—Estoy bien —contestó Eira al fin, levantando los párpados. Pero Cyal se fijó en que su mirada escarlata no enfocaba completamente —. He estado con una sensación rara todo el día, eso es todo.

Cyal entornó los ojos. Era la primera vez que le sucedía algo así. Tensó la mandíbula y clavó los dedos en la espalda de Eira sin darse cuenta.

—Vamos a tu habitación —dijo, luchando por mantener la calma. Pasó el brazo de Eira por sus hombros y le rodeó la cintura con la mano, sosteniéndola e incorporándola—. Necesitas descansar.

Le preocupó que Eira no se opusiera. Aunque hubiera recuperado su porte de hielo, la rigidez en sus movimientos revelaba su malestar.

Subieron desde el sótano a la segunda planta sin toparse con nadie. Entraron en la habitación y Cyal ayudó a Eira a sentarse en la cama. Torció el gesto al apartarse y ver que continuaba empapada.

La manta bajo ella ya se oscurecía.

—Ahora me cambiaré —dijo Eira, percatándose de lo mismo.

Tenía las palmas de las manos extendidas a los lados y, aunque permanecía con la cabeza agachada, parecía que su respiración se iba normalizando.

—De acuerdo, mientras te cambias me marcharé un momento a atender un pequeño asunto —decidió él, pronunciando estas últimas palabras con rabia contenida. Fue hacia la puerta y la miró por encima del hombro—. No tardaré.

Tenía una ligera idea de lo que podía estar ocurriendo.

Eira suspiró cuando Cyal se fue. No entendía qué le estaba pasando. Era la misma sensación de cansancio que experimentaba al abusar de sus poderes desde que había salido de su prisión de hielo, pero amplificada. No era capaz de ocultarlo.

Se quitó las botas, se levantó y arrastró los pies hasta la silla donde tenía su camisón. Hasta pensar le costaba; era como si la niebla opacara su mente.

Frunció el ceño mientras se ponía el camisón. Lo estiró y se dirigió de vuelta a la cama. Sabía que se le escapaba algo.

Un repentino calor subió por sus sienes. La habitación dio vueltas a su alrededor. Se llevó una mano a la cabeza y gruñó, pero todo era cada vez más difuso. ¿Por qué estaba tan cansada? Le pesaban los párpados, se le dormían las extremidades.

Cayó al suelo con un golpe seco.



Cyal se dirigió a los aposentos del rey. Llamó a la puerta repetidas veces, con impaciencia. La tormenta se formaba en su interior.

—Padre, soy yo.

Un par de segundos de espera.

—Adelante, Cyal.

No se lo pensó dos veces antes de abrir. Sus ojos fueron directos al rey, que estaba sentado en uno de los sillones frente a las llamas de la chimenea. Detrás de él estaba Saskia, de pie con los brazos cruzados. En el otro sillón, de espaldas a él, se encontraba el Paladín.

Cyal apretó los puños. Clavó las uñas en las palmas de las manos sin darse cuenta. Se le revolvía el estómago de la rabia solo de recordar cómo Eira había caído en el entrenamiento. Estaba seguro de que sus sospechas sobre el culpable eran ciertas.

El Paladín giró la cabeza y sonrió al verlo. Se levantó y se dio la vuelta para mirarlo de frente, con ese aire solemne suyo.

—Joven príncipe, ¿qué os trae por aquí a estas horas? Nos habríamos visto en breve en la cena, si había algo que quisierais contarnos.

—Tú —gruñó Cyal con la ferocidad de un lobo. Avanzó hacia él con los músculos en tensión—. ¡Has envenenado a Eira!

Riusel se interpuso entre ellos.

—Hijo, habla a su eminencia con el debido respeto —dijo, muy serio—. No puedes hacer acusaciones de ese tipo sin...

—Sé que ha sido él —siseó Cyal. La ira palpitaba en su voz—. Nunca he visto así a Eira. —Clavó sus ojos en el Paladín, que observaba la escena con una ceja enarcada—. ¿Qué le has hecho?

El Paladín no se inmutó ante el enfado del chico, aunque este fuera más alto que él.

—Habéis sido cegado por la oscuridad de la xieri, joven príncipe —dijo, con parsimonia—. Pero nosotros nos encargaremos de liberaros del engaño, no os preocu...

—¡No he sido engañado por nadie! —vociferó Cyal. Su respiración se aceleraba cada vez más por la furia; era un volcán a punto de estallar. Apartó a su padre de un empujón y agarró al Paladín del cuello de su túnica—. ¡Dime qué le has hecho a Eira!

El Paladín se limitó a mirarlo con una sonrisa. Aparentaba calma, pero Cyal distinguió la curva siniestra de triunfo en sus labios. Esto solo avivó las llamas de la cólera de Cyal, que entornó los ojos y aplicó más presión. ¿Se atrevía a hacerle daño a Eira y encima se mostraba orgulloso de ello?

—¡Cyal! —lo llamó Riusel, indignado. Miró a su draconiano—. ¡Saskia, retenlo!

Este obedeció de inmediato: agarró los brazos de Cyal y tiró de él.

—¡Déjame! —exigió Cyal retorciéndose. Pero el draconiano era mucho más fuerte, su robusta complexión lo evidenciaba. Miró al Paladín como si su mera existencia fuera una provocación

imperdonable—. ¡Sospeché de ti desde el principio, maldito miserable! ¿Qué te ha hecho Eira para que la trates así?

—Ser una xieri —dijo el Paladín con sencillez, ajustándose el cuello de su túnica. Endureció su tono antes de seguir—: Ser la Muerte Escarlata.

Cyal apretó los dientes. Jamás pensó que podrían averiguarlo. Deslizó la vista hacia su padre y sintió un pinchazo en el corazón. Recordó a Eira advirtiéndole tanto sobre el Paladín como sobre el rey. Había desoído sus palabras y ahora lo pagaba caro.

—Padre, ¿por qué estás de su parte?

Riusel hizo una mueca. Le costó ignorar su tono dolido.

—No hables así, hijo. El Paladín solo vela por nuestro bien. La xieri te ha engañado...

—¡Eira te salvó la vida! —bramó Cyal, interrumpiéndolo. Trató una vez más de liberarse del agarre de las manos de Saskia, pero era imposible. Daba igual lo mucho que se retorciera—. ¡Es el Paladín el que te está engañando a ti!

Riusel chasqueó la lengua. Se acercó a él y lo miró a los ojos.

—Vamos a encargarnos de esa xieri, Cyal, y después, una vez estés libre de su hechizo, me darás la razón.

Cyal abrió la boca, listo para replicar. Sin embargo, su cuerpo no le respondió. Le empezaron a pesar los párpados.

Se dio cuenta demasiado tarde. Ya no servía de nada apartar la vista. Su padre era, a través de su vínculo con Saskia, afín a la psiquis. Había adormecido su mente, que poco a poco iba cayendo en un sopor imposible de vencer.

«Eira...», pensó, angustiado, y luchó por mantenerse despierto. Parpadeó repetidas veces y sacudió la cabeza.

—No... le hagas... daño.

—Es por tu bien, hijo —declaró Riusel, con dureza.

Cyal cerró los ojos en contra de su voluntad. Saskia lo sostuvo para que no cayera al suelo. Riusel debía mantenerse firme, por mucho que le doliera su esfuerzo por proteger a la xieri. ¿Tanto la apreciaba?

Suspiró con pesadez y se pasó una mano por la cara. Miró a su hijo durante unos segundos, apenado. Luego se giró hacia el Paladín.

—Os ruego que disculpéis a mi hijo por su comportamiento, eminencia —dijo y se arrodilló delante de él—. Me aseguraré de que os trate con el debido respeto.

—No os preocupéis por eso, rey Riusel —respondió el Paladín, indicándole con un gesto de la mano que se pusiera en pie—. Comprendo que la xieri lo tiene engañado y por eso actúa así. Las sombras invaden su mente. —Esbozó una sonrisa—. Mas no temáis. En breve, vuestro hijo será libre.

Riusel respiró hondo y asintió con la cabeza.

—Saskia, deja a Cyal en la cama —le ordenó al draconiano—. Será mejor que se quede aquí hasta que hayamos zanjado este asunto.

Los tres salieron de la habitación. El rey cerró la puerta con llave y frunció el ceño, con un malestar que rozaba el arrepentimiento. Cyal tardaría en despertar. Con un poco de suerte, aún seguiría dormido cuando volvieran.

—El veneno ya habrá hecho efecto a la xieri —dijo el Paladín—. Pero esperemos un par de horas antes de ir a por ella, para estar seguros. Los organismos de los xieri son más resistentes y tardan más en caer, al fin y al cabo.

—Como vos ordenéis, eminencia —asintió Riusel—. Bajemos a cenar, entonces. No desearía importunar a Blanche.

Capítulo 43

Una treta



Blanche frunció los labios al ver que ni Cyal ni Eira aparecían para ocupar sus asientos en la mesa. ¿Habría pasado algo?

—El joven príncipe y la xieri están todavía entrenando —dijo el rey —. Así que me temo que no cenarán con nosotros esta noche, querida. Luego ordenaré a las criadas que les lleven algo a la habitación.

—Oh, vaya —murmuró Blanche.

Con su saber estar, la joven reina sonrió. Sin embargo, su instinto le dijo que algo no iba bien. Ni Eira ni Cyal habían llegado nunca tarde a la cena. Recordó el mareo de Eira aquella mañana, durante el paseo, y las miradas que su esposo y el Paladín se lanzaban entre sí.

Fingió beber vino y se esforzó por no mostrar su preocupación. El Paladín había parecido especialmente centrado en que Eira se tomara el contenido de su copa en el desayuno, e incluso Cyal lo había notado.

Podían ser imaginaciones suyas, pero no se quedaría tranquila hasta comprobarlo.

—¿Todo bien, querida? —le preguntó Riusel.

Blanche se dio cuenta de que se había quedado abstraída mirando a la nada. Parpadeó y sonrió de nuevo.

—Claro, mi señor, no os preocupéis. Ya empieza a hacer calor estos días, y eso hace que me agote antes —se excusó, con una sonrisa.

Riusel se la devolvió.

—Quizá deberías irte a dormir pronto. Yo tendré que quedarme hasta tarde atendiendo algunos asuntos, me temo.

El Paladín la miraba con atención. Blanche se contuvo, nerviosa.

—Me retiraré entonces, mi señor.



Blanche esperó media hora en sus aposentos, caminando de un lado a otro, intranquila. Sus criadas ya habían peinado su cabello, le habían quitado el maquillaje y la habían ayudado a ponerse el camisón para dormir.

Respiró hondo y, siguiendo su intuición, se decidió a salir de la habitación. No pasaba nada porque fuera a comprobarlo. No era un crimen dudar. Si al final estaba todo en orden y se había alterado para nada, mejor.

Tomó una lámpara en la mano y, tras encender la vela, salió al pasillo. Los aposentos del rey estaban en el ala opuesta, por lo que bajó por las escaleras más cercanas a fin de evitar encontrárselo,

aunque tuviera que hacer un recorrido más largo en la segunda planta.

No se cruzó con nadie, pues a esas horas todos los criados ya se habían retirado a dormir. Fue directa a la habitación de Cyal.

—¿Cyal? —lo llamó en un susurro, dando un par de toques a la puerta.

Esperó unos segundos antes de abrir y asomarse. No había nadie. Frunció el ceño y se desplazó a la puerta de al lado, la de Eira.

—¿Eira?

Silencio también.

Blanche abrió la puerta con cierto reparo. La habitación estaba igual que la de Cyal, vacía y a oscuras por completo, salvo por la luz de la luna que se filtraba desde la ventana a la derecha de la cama.

Un detalle llamó su atención.

La reina entró y se acercó a la silla, iluminándola con su lámpara. En el respaldo estaba el traje blanco de Eira.

Blanche apretó los labios. Pasó la mano por el traje, analizando la situación. Las finas y diminutas escamas del traje le otorgaban una textura fresca y rugosa.

Sabía que Eira lo llevaba incluso debajo de otra ropa. En especial para entrenar.

«Con que entrenando hasta tarde, ¿eh?», pensó irritada.

La sospecha creció en ella. El rey le había mentido. ¿Qué estaba tratando de ocultarle?

Salió de la habitación, cerrando con cuidado. Y se dirigió de nuevo hacia las escaleras de piedra para subir a la tercera planta. Iba a averiguar qué estaba sucediendo.

Dobló la esquina y paró. Al fondo del pasillo, custodiando la entrada a los aposentos del rey, se hallaba Saskia. Retrocedió con el corazón martilleándole el pecho. ¿Qué hacía Saskia ahí? Eso solo hizo más evidente que estaba pasando algo.

La reina bajó a la segunda planta. Fue al otro extremo para subir una vez más a su habitación. Conocía el castillo mejor que su propio hogar de la infancia. Llevaba una vida entera viviendo en él. Cogió las llaves e hizo una mueca. No le gustaba recurrir a aquel método, pero tenía un mal presentimiento.

Salió al pasillo.

Respiró hondo, preparándose.

Acto seguido, fue corriendo directa a los aposentos del rey.

—¡Saskia! —lo llamó con urgencia, enfatizando la mayor desesperación posible en su voz.

Él, cruzado de brazos, se giró para mirarla.

—¿Qué ocurre, maje...?

—¡Menos mal que estás aquí! —prosiguió ella deteniéndose a su lado y llevándose una mano al pecho. Jadeaba. Exageró la mueca de horror en su rostro—. ¡He... he oído...! ¡He visto algo! ¡Hay un intruso! —Señaló hacia el otro lado del pasillo, temblando—. ¡Creo que es un nephror!

Saskia apretó los dientes.

—Yo me encargo, majestad. Quedaos aquí.

Blanche, nada más verlo marcharse, se sintió culpable por haberlo engañado. Esperaba que al menos tardara un tiempo en darse cuenta de que no había nada mientras buscaba al supuesto nephror entre las sombras.

Se giró hacia la puerta y comprobó, tal y como había sospechado, que estaba cerrada. Extrajo las llaves de la manga de su camisón y abrió la puerta con agilidad.

Se asomó al interior, extrañada ante el silencio. El único sonido era el del crepitar de las llamas. El fuego de la chimenea alumbraba la silueta de Cyal en la cama.

Blanche ahogó una exclamación. ¿Qué hacía ahí encerrado?

—¡Cyal! —lo llamó en un susurro yendo a su lado. Lo sacudió con suavidad—. Joven príncipe, tenéis que despertar. Hay algo que no está bien. Cyal, despertad.

Miró por encima del hombro, temiendo que Saskia regresara. Sabía que los sentidos de los draconianos eran más agudos que los de los humanos, por lo que siguió zarandeándolo y hablando en tono bajo.

—¡Cyal! ¡Cyal! ¡Despertad, por favor!

Cyal frunció el ceño. Le dolía la cabeza. ¿Por qué lo estaban arrancando con esa brusquedad de su pacífico sueño?

—¡Cyal! —insistió Blanche al ver que estaba saliendo de su sopor —. Cyal, debéis ayudarme a encontrar a Eira...

Escuchar su nombre bastó para que Cyal al fin abriera los ojos. Se sentó de golpe, mirando a un lado y a otro, alterado.

—¿Qué...? —balbuceó confuso al divisar a la reina.

Estaba frente a él, con su pelo castaño suelto y vestida con un largo camisón. Se encontraban en los aposentos del rey. ¿Cómo había acabado ahí?

«Eira».

Su nombre le vino a la mente y recordó todo. Lo habían dormido. ¿Cuánto tiempo había pasado? Cyal se levantó con rapidez, con el

ritmo cardíaco a galope, y Blanche se apartó para ayudarlo a salir de la cama. Se tambaleó, pero la reina lo sostuvo.

El chico ladeó la cabeza para mirarla.

—¿Dónde...? ¿Dónde está Eira? —quiso saber. Según iba recordando lo sucedido, la angustia se apoderaba de él.

El gesto de aflicción de la reina no lo calmó.

—Tenía la esperanza de que vos lo supierais, joven príncipe. No está en su habitación, mas su traje...

Cyal palideció.

—¿Qué? —Se precipitó hacia la puerta.

Su cuerpo, a diferencia de su mente, no había terminado de despertar. Tropezó y cayó al suelo. Gruñó y apretó los puños frustrado. ¡No había tiempo!

—¡Cyal! —lo llamó Blanche alarmada.

Cyal se levantó, aceptando su ayuda. Ambos se quedaron rígidos al escuchar pasos. Alzaron la vista: Saskia bloqueaba la puerta.

—¿Era este el nephror al que os referíais, majestad? —ironizó él.

Blanche se sonrojó, avergonzada.

—Aparta —ladró Cyal. Sin vacilar, tomó una de las espadas expuestas en la pared—. Y dime dónde está Eira.

—El rey me ha dado órdenes de que no permita que salgáis de aquí, joven príncipe —replicó e hizo una mueca—. No me obliguéis a haceros daño.

—Eso mismo te digo yo a ti —espetó Cyal, apretando la mano en la empuñadura de su arma.

Debía encontrar a Eira antes de que fuera demasiado tarde.

Sin darle más opción al draconiano, se propulsó con el agua en sus pies. Saltó hacia Saskia con un grito de guerra. El draconiano

desenvainó su propia espada, listo para recibirlo. Pero Cyal no tenía intención de perder el tiempo luchando. Ladeó su cuerpo en el aire y pasó por encima de él.

Aterrizó y extendió su brazo, disparando un chorro de agua por todo el pasillo. Con la otra mano lanzó una esfera a la cara de Saskia.

Cyal no esperó a ver su reacción. Se impulsó con el agua en el suelo, utilizándola para deslizarse con rapidez. Escuchó la exclamación indignada de Saskia a sus espaldas, que batallaba con su orgullo herido.

El joven príncipe miró por encima del hombro y apretó los dientes al comprobar que el draconiano lo perseguía. Eira le había contado que para combatir contra un afín a la psiquis era imprescindible no quedarse quieto, para evitar que tomara el control de su cuerpo.

Eso no impedía que le lanzara otros objetos con la mente. Cyal se echó a la derecha. La espada cortó el extremo de su chaqueta.

—¡Creo que mi padre no estará muy contento si me matas! —exclamó, con sarcasmo. Se tragó su inquietud y bajó por las escaleras.

No sabía muy bien a dónde iba. Quizá estuvieran en alguna de las torres de la azotea y tendría que haber pensado en ascender. Pero había algo que tiraba de él en dirección a los sótanos, y decidió seguir su instinto.

—¡Si no queréis que os haga daño, estaos quieto! —bramó Saskia, irritado.

—¿Qué tal si me dejas en paz? —replicó Cyal.

Bajar toda la escalera de caracol sin detenerse le provocó un mareo. Saltó hacia delante y la espada de Saskia rebotó contra la

pared de piedra.

Resolló al aterrizar en el suelo del sótano. Sentía el errático latido de su propio corazón en la garganta. No le entusiasmaba estar en el papel de liebre perseguida por un lobo, pero no iba a rendirse.

Se giró y preparó varias esferas de agua a presión. Las lanzó hacia Saskia en cuanto este apareció, pero él las detuvo con la mente. De igual manera, fueron útiles. Cyal se apresuró a seguir corriendo antes de que el draconiano pudiera retenerlo.

Saskia era el guerrero más hábil del rey. ¿Cómo podía vencerlo? Tarde o temprano terminaría por atraparlo...

«Puedo hacerlo —se dijo, decidido—. Como todas las veces que escapé de Harkan en Drethol».

Si algo se le daba bien, eso era improvisar.

Cyal dobló la esquina y se pegó a la pared. Respiró hondo, pues sabía que, siendo afín a la psiquis, Saskia detectaría su presencia. Recordó el momento en el que Eira lo derrotó en el duelo e intentó aplicar todo lo que ella le había enseñado en sus entrenamientos.

Extendió el agua por el suelo y se deslizó por ella en cuanto apareció. Giró sobre un talón y estiró el brazo con su espada. Rotó detrás del draconiano e hizo bajar su arma.

Pero Saskia ya se había dado la vuelta.

—¿Te creías que ibas a poder imitar a la xieri? —se burló él, que había reconocido sus movimientos. Las dos espadas chocaron.

Cyal, sin embargo, lo miró desafiante y esbozó una sonrisa torva.

—No.

Levantó la otra mano. Del agua en el suelo detrás de Saskia se elevaron varias diminutas esferas. Cerró el puño y las atrajo hacia sí.

Saskia solo tuvo tiempo de fruncir el ceño, confuso, antes de ser atravesado por ellas. Aulló del dolor, pues, aunque no habían afectado a ninguno de sus órganos vitales, sí le inutilizaron las piernas. La sangre fluyó por su piel.

—No tendrías que haberme subestimado —lo regañó Cyal mientras Saskia caía de rodillas. Golpeó su nuca con el pomo de la espada y el draconiano se desplomó, inconsciente—. Y ahora, si me disculpas...

Cyal pasó por encima de él. Le echó un vistazo de reojo, con el tambor de su corazón retumbando en el pecho. Aunque no creía que fuera a perder demasiada sangre, no sabía si no le habría hecho demasiado daño con su último golpe. En cualquier caso, no tenía tiempo para preocuparse por eso.

Saskia le había intentado alcanzar con su espada en un par de ocasiones. También había odiado a Eira desde el primer momento.

«Se lo tiene merecido», se dijo para convencerse, todavía con la adrenalina en las venas.

«Mátalo —ordenó, en cambio, el oscuro murmullo en su mente—. Se opondrá a ti más adelante. Debes deshacerte de él ahora».

Cyal entornó los ojos. Las sombras danzaron en ellos. Era cierto, Saskia suponía un peligro para Eira. ¿Por qué no eliminaba ese riesgo y se evitaba futuros inconvenientes? Creciendo en Drethol había aprendido que una de las leyes más importantes era la del más fuerte. Solo tenía que seguir el ejemplo de Harkan y eliminar a los estorbos.

«Eso es...».

Alzó la espada.

Justo entonces, un grito de agonía le taladró los oídos, haciéndole detenerse al instante. Se le heló la sangre.

Eira.

No dudó en salir corriendo en esa dirección.

Capítulo 44

Contra las cuerdas



La sala daba vueltas. Parpadeó en un intento de enfocar la vista, pero su visión se mantuvo borrosa. Le costaba mantenerse despierta e iba y venía de un extraño trance.

Eira yacía sobre un frío suelo de piedra. Distinguió dos siluetas desplazándose en la oscuridad, apenas iluminadas por la luz de la luna que se filtraba por las rejas.

—Parece que está despertando —comentó una voz junto a ella. La reconoció—. En breve deseará no haberlo hecho.

Sintió un escalofrío: se trataba del Paladín. Por supuesto. La xieri trató de mover la mano, en vano. Sus dedos temblaron.

—Debemos eliminarla cuanto antes, eminencia.

Esa segunda voz le hizo apretar los dientes: Riusel. ¿Cómo había acabado así? Estaba atrapada y a merced del rey y el Paladín. Por alguna razón que no comprendía, era incapaz de moverse.

El Paladín se agachó junto a ella.

—Es tan patético que hayas sido reducida a esto, Muerte Escarlata.

Eira gruñó. Giró la cabeza hacia el sonido de su voz, aunque seguía sin poder verlo. Lo único que distinguía era su túnica blanca.

Intentó hablar, defenderse; pero solo fue capaz de emitir un quejido.

—Cuanto antes acabemos con esto, mejor —insistió Riusel.

—Creo que no hay necesidad de apresurarse, mi rey —prosiguió el Paladín—. La Muerte Escarlata mató a miles de los nuestros en el pasado. ¿No creéis que sería justo hacerla sufrir un poco? Una muerte rápida sería un favor para ella.

El rey observó a Eira con el ceño fruncido. ¿Y de qué les serviría a los muertos su tortura?

—Haced lo que consideréis oportuno, eminencia —dijo, contrariado.

Eira trató de envolverse en sombras, pero no sucedió nada. Sus poderes también estaban adormecidos. Continuó su intento de mover la mano y solo consiguió doblar los dedos.

—¿Sabes lo que es esto, Muerte Escarlata?

Eira se tensó. Sus ojos no enfocaban bien todavía, pero reconoció la energía que emitía la daga de drialita imbuida con luz. Perdió toda la fuerza y su cuerpo reaccionó por ella.

El Paladín sonrió con sorna.

—Veo que sí lo sabes. Dime, Muerte Escarlata... ¿Rechazarás la luz de Hereshia? Si realmente eres inocente, no tienes nada que temer —ronroneó—. La luz de Hereshia no te hará daño...

Le acercó la daga al cuello. Incluso a centímetros de ella, su piel empezó a arder. La carga de luz del arma era mucho mayor que la del puñal con el que el Paladín se había presentado el primer día.

—Hereshia nos dejó estas cuchillas para acabar con seres como tú. Hoy vengaremos a todas tus víctimas, Muerte Escarlata.

Eira apretó los dientes. Solo pudo mover la mano unos centímetros por el suelo. El Paladín subió la daga a su rostro y la acercó peligrosamente a sus ojos.

—¿No cierras los ojos, Muerte Escarlata? ¿Acaso no tienes miedo?

Eira gruñó. Consiguió al fin levantar la mano y sintió cierto triunfo al creer que podría ofrecer algún tipo de resistencia. Sin embargo, ahogó una exclamación cuando un puñal se clavó en el centro de la misma, anclándola al suelo. Riusel la observaba con frialdad, con la mano alrededor del pomo de cuero antiguo.

—No intentes nada, xieri —aulló el rey.

El Paladín soltó una risa victoriosa. Bajó de nuevo la daga al cuello de Eira y presionó la punta contra su piel. Jugueteó con ella, deslizándola sobre su clavícula mientras Eira se retorcía.

La xieri trataba de controlar el ritmo de su respiración. Las garras del pavor se cerraban en torno a su corazón desbocado. Estaba indefensa, pero no quería darles la satisfacción de conseguir su objetivo, de verla humillada y aterrada, de reducirla a llantos y a gritos. Había tenido años de práctica. Les costaría más que eso.

El Paladín sonrió ante su reacción, o falta de ella.

—¿Eso es todo? —dijo, fingiendo estar decepcionado.

Apretó el filo del puñal contra su piel, haciendo que brotara un hilo de sangre. La cuchilla de la daga se iluminó. Y, por más que Eira trató de mantener la boca cerrada, no lo soportó. El dolor la recorrió con la velocidad de una chispa prendiendo un campo seco y la intensidad de un violento vendaval. Abrió los ojos como platos y un profundo y estridente grito de agonía estalló en su garganta.

No había manera de apartarse. Era como tener acero al rojo vivo rasgándole la piel, pero el calor infernal no se quedaba en la superficie. El dolor se extendía como lava por sus venas. La luz la abrasaba por dentro. Se estremeció y se sacudió, como si pudiera apagar las llamas, pero el fuego era avaricioso y ansiaba devorar más y más.

El rey se encogió al escucharla. Era un lamento desgarrador, un reflejo terrorífico de su sufrimiento. No era el corte, muy superficial; era la energía de la luz recorriendo su cuerpo, que ya temblaba con una violencia incontrolable.

Eira, aunque no quisiera dejarse humillar, habría suplicado que pararan de haber podido. Por desgracia, ni siquiera era capaz de hablar; cualquier palabra que intentaba pronunciar se convertía automáticamente en un nuevo alarido.

—Así que es cierto que no soportáis la luz de Hereshia —comentó el Paladín, sin inmutarse ante su sufrimiento. Presionó más la daga y Eira jadeó, luchando por respirar en medio de los gritos—. Era imposible que fueras inocente, criatura de las sombras.

La puerta de la sala se abrió de golpe. Riusel se giró con rapidez, en guardia. El Paladín miró por encima del hombro, chasqueando la lengua. Apartó la daga y se puso en pie. Eira se quedó inmóvil en el suelo, jadeando y conteniendo los sollozos.

Cyal los observaba desde el marco de la mazmorra, respirando entrecortadamente. Enseguida localizó a Eira y la furia lo sacudió con la potencia de un huracán. Sus ojos dorados se incendiaron al instante. Tensó la mandíbula con tanta fuerza que le dolió. ¿Cómo se atrevían a hacer sufrir a Eira de esa manera, a hacerla sangrar, a quebrarla así...?

«Deben pagar», susurró la oscura voz.

Cyal la ignoró, aunque coincidía plenamente. A pesar de la cólera que le revolvía el estómago y desataba en él un peligroso instinto protector, se obligó a no lanzarse a la carga a ciegas. Luchó por mantener la calma del agua en su interior.

Eira dependía de él.

Había venido a salvarla, no a vengarse.

También era su culpa que Eira estuviera allí tirada. Había sido su falta de prudencia al ir directo a hablar con el Paladín y su padre lo que había dejado a Eira vulnerable. No pensaba cometer ese mismo error dos veces.

—Apartaos de ella —siseó apretando la empuñadura de su espada. Sus nudillos estaban blancos por la presión que ejercía.

—Hijo, escucha... —le pidió Riusel, alzando las palmas de las manos.

Pero Cyal no estaba dispuesto a escuchar nada que pudiera salir de su boca. Miró a su padre con frialdad, fruto de su decepción y enojo. El rey se tensó, dolido.

«Demuéstrale hasta qué punto se ha equivocado al atreverse a ir contra ti. Al atreverse a atacar a Eira...».

Cyal deslizó su espada en el aire y de ella salió disparada una ola de agua que lanzó al rey con fuerza hacia atrás, estrellándolo contra la pared. El hombre cayó al suelo con una mano en el pecho, mirando al hijo que tanto había deseado tener.

—Me sorprende que hayáis llegado hasta aquí, joven príncipe —dijo el Paladín, girando la cabeza hacia él. Hablaba con parsimonia, como si todo aquello no fuera nada más que un entretenido

espectáculo—. ¿Tanto empeño tenéis en proteger a esta criatura maldita?

Cyal gruñó con una ferocidad capaz de rivalizar con la de los antiguos dragones. Su respiración seguía acelerada, alimentada por el huracán de su enfado.

—No lo voy a repetir más. Apártate de ella.

Riusel se incorporó a duras penas.

—No desearía enfrentarme al heredero de Otar —comentó el Paladín retrocediendo un paso—. Mas la luz me guía, joven príncipe.

Alzó su brazo y lo bajó con brusquedad.

El terror explotó en el interior de Cyal. Todo lo que escuchó fue el latido de su propio corazón retumbando en sus oídos. Se impulsó con un torbellino de agua hacia delante y extendió la espada. El puñal descendía...

Cyal golpeó la cuchilla y la apartó de su trayectoria. Si no la hubiera parado, se habría hundido en el pecho de Eira.

La furia lo cegó por completo. La calma y la prudencia se vaporizaron de su ser. Cyal gritó y atacó al Paladín sin un resquicio de duda. Este saltó hacia atrás, esquivando su corte de agua con destreza.

Cyal se quedó delante de Eira, jadeando.

«Tranquilízate», se dijo, luchando por recuperar las riendas de sus emociones. No permitiría que la ira nublara su mente. No iba a precipitarse. Eira dependía de él.

No iba a ponerla en peligro.

—Estás protegiendo a la Muerte Escarlata, príncipe Cyal —le recordó el Paladín.

—Soy consciente —replicó él.

Comprobó por el rabillo del ojo que Eira respiraba. Ella parecía estar mirando en su dirección, aunque no dijo nada.

El Paladín arqueó las cejas.

—Hijo, déjanos acabar con ella —suplicó Riusel, avanzando con lentitud hacia él—. Es por tu propio bien. Solo deseo librarte de su embrujo.

—Debemos matarla, joven príncipe —dijo el Paladín endureciendo su tono.

La mirada de Cyal era una hoja de invierno, afilada, gélida y sin compasión. Colocó la espada frente a él, en posición defensiva, y flexionó las piernas.

—Por encima de mi cadáver.

Riusel apretó los dientes. ¿Por qué era tan obstinado?

—Cyal, es ella o el reino —bramó—. Aparta y déjanos hacer lo que debemos.

Cyal soltó una carcajada amarga.

—¿Creéis que esa sería una elección difícil para mí, padre? —pronunció esta última palabra con sorna. Clavó sus ojos dorados en él y Riusel se tensó ante su dureza—. Eira me salvó la vida. Me protegió y cuidó de mí. Jamás la abandonaré. Me importa una mierda si el reino entero arde por ello.

Riusel cerró los puños con rabia contenida.

—Necio —escupió. Tendría que tomar medidas más drásticas.

Cyal observó cómo movía la mano hacia él. Iba a tratar de controlarlo con la mente de nuevo. Sin vacilar, el príncipe disparó una bola de agua hacia el rey, forzándolo a romper su concentración. Riusel maldijo entre dientes.

—¿Serías capaz de matar a tu propio padre?

—Tú mataste a mi madre —replicó Cyal. Su tono era glacial—. Tú, los tuyos, tu reino. No eres distinto a los anteriores reyes.

Riusel se quedó con la mandíbula desencajada. Nunca lo hubiera visto así.

Pero se negaba a aceptar que estaba cometiendo el mismo error que sus padres, porque, por encima de todo, él solo pretendía proteger y cuidar a Cyal. Había esperado que sus lujos y comodidades le hicieran olvidar la cruel pobreza de su infancia y que, muy pronto, se olvidara también de su compañera. ¿Era el hechizo de la xieri o eran las propias sombras asentadas en el corazón de su hijo quienes lo miraban ahora?

Jamás habría esperado que él se volviera en su contra. ¿Acaso había sido todo un espejismo?

Cyal lo miraba con un brillo siniestro en aquellos ojos dorados; los ojos de un linaje que solo debía albergar luz. Riusel no supo qué contestar.

El Paladín, harto de la conversación, se movió hacia delante. Cyal alzó su espada a la vez que escuchaba un sonido metálico detrás de él. Eira se había arrancado el puñal que mantenía atrapada su mano. Antes de que el Paladín pudiera rozarle, Eira agarró su tobillo. Sintió el calor de su sangre. ¿Qué estaba haciendo?

El Paladín se tensó.

—¡No escaparéis...!

Cyal y Eira se disolvieron en sombras.

Capítulo 45

Destinado a brillar



Cyal trastabilló al materializarse en su habitación. Se giró de inmediato.

—¡Eira! —la llamó con urgencia.

La xieri estaba en el suelo. No se movía. Una profunda preocupación sustituyó la ira que hasta ese momento hervía en el interior de Cyal. Dejó caer la espada en la alfombra y se agachó a su lado. Ella tenía los ojos entreabiertos y parpadeaba repetidamente, intentando enfocar. Su respiración era pesada.

Cyal pasó un brazo por debajo de su espalda y la recostó en él, observándola con el ceño fruncido. Apretó los dientes al ver el rastro de lágrimas en sus mejillas y el hilo de sangre en su cuello.

«El Paladín es hombre muerto», sentenció en su mente. La próxima vez que se cruzara con él le hundiría la espada en el corazón.

—Cyal...

La miró con los ojos muy abiertos. Eira acababa de decir su nombre. Era la primera vez que lo llamaba así.

Una sola palabra, que en sus labios lo significaba todo y que alcanzó su corazón con más precisión que una flecha.

Eira apoyó la cabeza en su pecho e intentó levantar una mano hacia él. Cyal la cogió, sin importarle mancharse con su sangre, y le acarició la piel con el pulgar.

De haber podido, habría elegido nacer con la afinidad de cerrar sus heridas.

—Estoy aquí —murmuró, parpadeando al notar que le ardían los ojos. Había estado cerca de perderla. Demasiado cerca—. No voy a dejar que te hagan más daño.

La culpa lo desgarraba. Si Eira no se hubiera quedado en el castillo por él, no habría tenido que enfrentarse al Paladín y su fe ni a sus torturas.

Eira trató de decir algo más, pero no fue capaz. Al transportarlos tanta distancia con las sombras, la fatiga se había adueñado de nuevo de ella. Seguía sin entender por qué le sucedía eso cada vez que usaba sus poderes. No había sido así antes de su encierro en el monte Ishtar. Graialan se había reído de ella. ¿Acaso estaba...?

La puerta de la habitación se abrió. Cyal se tensó y pegó a Eira contra él, abrazándola, pero soltó un suspiro de alivio al comprobar que se trataba de Blanche.

La reina respiraba entrecortadamente por el esfuerzo de la carrera.

—No sabía si estaríais aquí —dijo, acercándose a ellos—. Bajé al sótano y... —Sacudió la cabeza. Miró a Cyal, muy seria—. Debéis marcharos. El Paladín y mi esposo os estarán buscando. No tardarán en venir aquí. ¡Oh, Eira...!

Cyal maldijo entre dientes. Bajó la vista como lo hizo la reina, comprobando que Eira había cerrado los ojos, exhausta. Por mucho que deseara desatar una gélida venganza sobre ellos, la prioridad era poner a Eira a salvo.

Blanche fue más rápida. Fue corriendo a la habitación de Eira y regresó con su bolsa, en la que estaban todas sus pertenencias. Encontró a Cyal todavía en el suelo, señalando algo con el dedo.

—Sus cimitarras —indicó.

La reina, que seguía vestida con el camisón, giró sobre sí misma para acercárselas.

—Debemos darnos prisa —dijo, dándoselo todo—. Coged vuestras cosas, Cyal. Lo que necesitéis. Yo me encargo de Eira.

Cyal obedeció, mientras Blanche rodeaba el cuerpo de Eira con una fina capa marrón y la recostaba en la pared. El joven dio vueltas por la habitación, recuperando su bolso y cruzándoselo sobre el pecho. La reina llegó junto a él justo a tiempo de ayudarlo a envainar la espada en su cinto.

Compartieron una pequeña mirada.

—No hay tiempo que perder —insistió Blanche—. Eira está muy débil.

Cyal asintió, acudiendo a su lado. Colocó una mano en la espalda de Eira y otra detrás de sus rodillas para levantarla en brazos. Era ligera, por lo que no tendría dificultades para llevarla.

Había aprendido a no temer su silencio, a hallar un refugio en él, pero aquel lo aterraba: no transmitía la firmeza de siempre, sino el eco de su fragilidad, fruto de la tortura a la que la habían sometido. Pesaba en su alma no haber sido capaz de protegerla.

Blanche le sostuvo la puerta. Debían huir de los límites del castillo cuanto antes. Cyal se juró que sacaría a Eira de aquel maldito lugar y nunca más permitiría que le pusieran una mano encima.

Estrechándola en sus brazos, siguió a Blanche por el pasillo. Escucharon pasos en las escaleras y el pulso de Cyal se aceleró. La reina, sin embargo, mantuvo la calma.

—No os separéis de mí.

Se adentró en otra de las habitaciones y cerró la puerta detrás de Cyal.

—¿Qué...? —empezó a preguntar él, pero calló al ver que Blanche iba directa a la pared derecha. La mujer se estiró, agarró el extremo del tapiz que colgaba de la misma y tiró. Dejó al descubierto un hueco por el que se podía pasar.

—Descubrí muchos pasadizos secretos cuando era todavía una niña y me dedicaba a explorar el castillo —explicó ella.

De todas las sorpresas que Cyal había experimentado en los últimos meses, aquella fue la más agradable. La reina Blanche le dedicó una sonrisa de ánimo. Juntos, descendieron por el túnel de roca en un tenso silencio. No se distinguía nada, pero Cyal estaba seguro de que los pasos que oía se alejaban cada vez más.

Los minutos se le hicieron eternos. Al fin, llegaron al otro extremo. Blanche empujó la pared, que resultó ser una puerta, y salieron al exterior.

Habían llegado a los establos.

Blanche devolvió a su sitio la fuente de piedra que tapaba el pasadizo. Cyal alzó la vista al cielo nocturno, plagado de estrellas, y suspiró pesadamente. Jamás habría imaginado que se complicarían tanto las cosas.

Miró a Eira, que seguía con los ojos cerrados, y tensó la mandíbula. Su padre también era responsable de su sufrimiento. Había sido un iluso dejándose cegar por la ilusión de un nuevo hogar. Su deseo le había impedido estar atento a las señales, e incluso había desoído las advertencias de su compañera.

—Por aquí, Cyal —le indicó Blanche. La reina abrió la puerta de madera para entrar al establo y continuó andando, sin preocuparse por ir cubierta solo con un camisón.

Iba descalza.

Cyal fue tras ella. Estuvo a punto de tropezar con un pesebre de heno debido a la pobre iluminación, pero mantuvo el equilibrio. Algunos caballos relincharon al verlos. Estaban todos atados con cuerdas a postes de madera.

—Este es mi caballo, Estrella Radiante —dijo Blanche, deteniéndose junto a un corcel de capa alazán, con el pelaje de color marrón y las crines y extremidades negras—. No es el más veloz, pero sí el más resistente de todos. Es el único que podrá cargar con los dos durante largas distancias sin problema.

El corazón de Cyal dio un brinco, conmovido. Blanche acarició el hocico del caballo, que resopló y arañó el suelo con una pata. Cuando se volvió para mirarlo de nuevo, lo hizo con cariño.

—Confío en que cuidaréis bien de él —ofreció la reina.

Sorprendió a Cyal al ser capaz de equipar ella misma al animal con la silla de cuero, los estribos y las riendas. Él intentó ayudar, pero, con Eira en brazos, era imposible. Se mantuvo fuera de su camino, observando a la mujer preparar al caballo. En cuanto terminó, Blanche se giró hacia él y lo pilló desprevenido: agarró sus mejillas con cuidado, peinó su pelo y depositó un beso en su frente.

Blanche se apartó con una sonrisa, dejando a Cyal con las mejillas encendidas.

—Os ayudaré a subirla al caballo —dijo. Acarició el cabello de Eira, que no reaccionó—. Montad, Cyal.

Cyal obedeció, viendo como sostenía a Eira como si aquel fuera el último momento en el que vería a una buena amiga. Una vez estuvo en el caballo, comprendió que debería serlo.

La última vez.

—Tened mucho cuidado —dijo Blanche, estirando una mano hacia él.

Cyal afianzó el cuerpo de Eira frente al suyo y agarró las riendas. Sostuvo a Eira por la cintura con un brazo y apretó cálidamente la mano de la reina.

—Vos también. —Cyal inclinó la cabeza para mirarla, ahora desde arriba. Sonrió—. Gracias por todo, Blanche. No lo olvidaré.

—Que Hereshia guíe vuestro camino, Cyal, Eira —dijo ella, alargando el momento. Le dio unas palmadas en el cuello a Estrella Radiante, su caballo.

Después, fue a abrir la entrada en el extremo opuesto del establo. Mientras lo hacía, les echó un último vistazo.

—¿Cyal?

—¿Qué ocurre?

—No temáis la oscuridad ahí fuera. Esa luz en vuestros ojos dorados es más fuerte que cualquier sombra. Espero que el mundo os vea como os veo yo: alguien destinado a brillar.

Cyal parpadeó unos instantes, descolocado por el cariño en su voz.

—No entiendo del todo qué veis en mí, Blanche —admitió. Sus ojos dorados eran especiales, sí, mas no dejaban de ser un rasgo físico sin mayor relevancia—. Pero intentaré que eso que apreciáis no se apague nunca.

En los labios de Blanche se pintó una delicada sonrisa.

—Con eso me basta —dijo, con una mano en el pecho—. Y recordad que en mí siempre tendréis un hogar, mi joven príncipe.

Sus palabras fueron una brisa cálida para el alma de Cyal. Inspiró profundamente para ser capaz de espolear a Estrella Radiante. El caballo relinchó y salió al trote.

Por mucho que le costara apartarse de Blanche, estaban en peligro. Debían marcharse y debían hacerlo ya.

Los cascos resonaron en el suelo de piedra del patio. Eso enseguida llamó la atención de los guardias, que, estupefactos, tardaron un instante en reaccionar. No tuvieron suficiente tiempo para bajar las puertas o cortarle el paso, y Estrella Radiante obedeció y se lanzó hacia la vasta noche al galope.

—¡Que no escapen!

Era la voz del Paladín.

Cyal rechinó los dientes de pura rabia, pero no iba a distraerse buscándolo. Mantuvo la mirada fija al frente. Salieron del castillo, galopando por la avenida principal. Las calles estaban desiertas; todos dormían en sus casas.

Escuchó los gritos de los guardias en la distancia. Estarían organizándose para subir a sus propios caballos y perseguirlos. Él confiaba en que podrían dejarlos atrás, pero se le presentó otro problema: el portón de la muralla estaba cerrado.

No iba a dejar que esto lo detuviera.

Asegurándose de mantener a Eira sujeta contra él con un brazo, se llevó las riendas a la boca e, ignorando el desagradable sabor del cuero, alzó la mano. Con intención, concentró gotas de agua en ella.

El estridente sonido de los cascos del caballo, ganando intensidad como el trueno en la tormenta, anunció su llegada a los guardias posicionados en la muralla. Los divisaron inmediatamente después.

—¡Deteneos...!

Cyal ignoró la orden. Considerando que había juntado una cantidad de agua aceptable, mandó la ola a presión hacia delante. Se estrelló en el portón con fuerza y, aunque no lo abrió de par en par, sí fue suficiente para que Estrella Radiante pudiera pasar.

Sin más dilación, descendieron por los campos de trigo. Cyal recuperó las riendas en su mano y respiró el aire fresco de la naturaleza. Mantuvo a Eira contra su pecho. El viento en su cara fue una caricia liberadora después de la angustia y el terror que habían vivido en el castillo.

Frunció el ceño, pensando en la ruta a seguir. No podía ir al norte, pues se encontraría con el ejército xieri. Sin embargo, ¿cómo podía saber cuál era la dirección correcta?

Bajó la vista. Tenía a Eira apretada contra él; su pálido cabello le tapaba el rostro. Las crines negras de Estrella Radiante ondeaban al viento.

«Estrella Radiante —pensó y su mirada se iluminó—. Radiante. Eso es».

Recordó sus primeros días con Eira, cuando ella le había explicado cómo orientarse por la noche. La Estrella Radiante, la más brillante en el cielo nocturno, era la que indicaba el camino al norte. Y si quería ir al sur...

Divisó una serie de estrellas en zigzag. La más grande de todas estaba al final de la constelación del Rayo.

Tiró de las riendas hacia la derecha e hizo virar a Estrella Radiante.

Rumbo al sur, se alejaron de Auria.

Capítulo 46

Erom



Erom era un reino pequeño, pero impresionante por el lugar en el que se ubicaba. La capital, construida en pendiente, estaba bordeada por un precipicio con frecuentes desniveles. Destacaba por encima de todo, en el centro, la Corona de Obsidiana, el palacio conocido así por su color negro.

La piedra de las construcciones en toda la ciudad era de la misma tonalidad. Las casas y edificios tenían tejados a dos vertientes para evitar que la nieve se acumulara en ellos.

El blanco dominaba todo el paisaje a su alrededor, pero las calles aparecían limpias, mostrando sus losas negras, con la nieve retirada a ambos lados. Las personas se paseaban equipadas con gruesos abrigos y botas de piel.

Cuando el gélido viento soplaba, mordía la piel como miles de diminutas bocas hambrientas.

Thaydra se alegró de haber aprendido a mantener su temperatura corporal alta, porque no le habría bastado con la capa. Se aseguró

de que el pañuelo estaba bien ajustado a la cabeza, tapándole el pelo.

—¿Y tú querías que yo me quedara a vivir aquí? —dijo, incrédula.

Arash se encogió de hombros.

—No es tan malo, princesa. Tienen los mejores baños termales de la región...

Thaydra lo miró con una ceja arqueada. Arash rio por lo bajo.

—En fin —dijo ella. Cruzó los brazos—. ¿Dónde está ese oráculo?

Arash señaló un punto arriba en la montaña. Thaydra se fijó en que había un camino que llevaba, en la distancia, a una enorme cueva.

—¿El oráculo no vive en una casa?

—¿Esperabas que viviera como los humanos? —se mofó Arash—. Es draconiana.

—Ya. Supongo que tienes razón.

La última semana de su viaje a Erom había sido dura. Entrenar rodeados de nieve le había resultado especialmente complicado a Thaydra. No solo hacía que resbalara con frecuencia, sino que también ocultaba trampas del terreno: rocas en las que tropezar y torcerse el pie, grietas por las que caerse.

No había vuelto a soñar con recuerdos de Arash, lo cual era decepcionante, pues tenía ganas de saber más sobre él.

En lugar de adentrarse en la ciudad capital, tomaron de inmediato un camino a la derecha. El sendero ascendía hacia la montaña.

—Arash —lo llamó Thaydra, mientras caminaban. Al menos, ya podía mantener el ritmo sin problema.

—Dime, princesa. —La miró con una sonrisa pícara—. ¿Quieres que descansemos?

Arash seguía picándola siempre que tenía ocasión. Thaydra gruñó, sonrojada.

—No. Solo quería preguntarte... —Giró la cabeza hacia él, viendo su perfil izquierdo—. Esa cicatriz... ¿Cómo te la hiciste?

—¿Demasiado impaciente como para esperar a verlo en uno de mis recuerdos en tus sueños? —ironizó él.

Thaydra desvió la vista al suelo. Ya le ardía el rostro de la vergüenza. ¿Por qué nunca se lo ponía fácil?

—He sentido curiosidad desde que te conozco —se defendió.

Arash soltó una carcajada.

—Está bien, está bien. No me importa que lo sepas —dijo, pero se puso repentinamente serio y su mirada se nubló de tristeza—. Fue protegiendo a Taiyo.

Thaydra se mordió el labio. Decidió que no lo presionaría para que le diera más detalles; de haber querido contarle más, habría seguido hablando.

Pero no pudo evitarlo.

—Y... ¿afecta a tu visión?

Al fin y al cabo, le atravesaba el ojo izquierdo.

Arash se detuvo, devuelto por un instante al pasado. Alzó la vista al cielo. El viento sopló, revolviendo su larga coleta de pelo negro y los mechones que enmarcaban su rostro. Thaydra esperó pacientemente su respuesta.

—Sí —admitió por lo bajo—. Pero ahora eres la única que lo sabe. No veo del todo bien a través del ojo izquierdo. Cosa que es una debilidad en combate.

Siguió andando. Thaydra, boquiabierta, tardó un segundo en reaccionar e ir tras él.

—Gracias por contármelo, Arash —murmuró.

El frío a su alrededor desapareció, sustituido por una agradable calidez. Si le había contado ese punto débil, era porque confiaba en ella.

Él esbozó media sonrisa.

—No es para tanto, princesa. Como habrás podido comprobar al verme luchar, he tenido miles de años para adaptarme y compensarlo de otras maneras.

—Ya. La verdad es que es impresionante.

—Vaya, vaya, así que le parezco impresionante a la princesa —dijo Arash, divertido—. Es uno de los mayores cumplidos que puedo recibir.

Thaydra agachó la cabeza y apretó los puños; notaba arder las mejillas. ¿Cómo era capaz de hacer que se sonrojara tantas veces en apenas unos minutos?

Arash suavizó la mirada.

—Pero es cierto que me costó al principio —explicó—. Taiyo me ayudó mucho.

Thaydra ladeó la cabeza y lo observó con el ceño fruncido. Arash le había contado que su pareja fue Zheitszoh, la dragona a la que buscaban. Pero cuando hablaba de Taiyo de esa manera, le hacía pensar en si no habría sentido algo más por ella también.

—¿Y a dónde iremos una vez hayamos hablado con el oráculo?

—Eso lo decidiremos en función de lo que nos diga.

Thaydra hizo una mueca. No podía imaginarse a alguien con la capacidad de predecir el futuro o echar un vistazo al pasado; alguien con la afinidad del tiempo. ¿Qué aspecto tendría? ¿Cómo haría las cosas?

—¿No se vuelve uno loco sabiendo siempre lo que va a pasar? —comentó extrañada.

El viento sopló con más fuerza y subió un brazo delante de su rostro para protegerse los ojos de la nieve que arrastraba.

—Los oráculos no saben a ciencia cierta lo que va a suceder. Vislumbran posibles futuros —explicó Arash—. A veces estos ocurren y a veces, no. La forma más segura de que te digan algo que sea cierto es que te hablen del presente de una persona. A muchos, eso no les serviría de nada, pero yo tengo la esperanza de que así podamos descubrir el paradero de Zheitszoh.

—Comprendo —musitó Thaydra.

Alzó la vista para comprobar que todavía les quedaba un buen trecho. El camino se estrechaba y eso haría que tuvieran que andar más despacio.

¿Cómo podía haber vivido su madre en un reino como ese?



Al rato, se refugiaron en una grieta entre las rocas para descansar y comer algo. El terreno era duro y rocoso, y el viento soplaba con fuerza. Convenía no sobrecargar sus cuerpos, aunque tampoco podían permitir que se les enfriaran los músculos. Sería una pausa corta.

Thaydra masticó el trozo de pan seco. Estaba impaciente por volver a tierras más cálidas. Echaba de menos cocinar carne de conejo para cenar, pero sabía que todavía quedaba bastante para eso.

—Y dime, princesa, ¿qué le preguntarás tú al oráculo?

Thaydra alzó la vista para mirar a Arash y arqueó las cejas.

—¿Yo?

—¿Quién si no? —ironizó—. ¿No sientes curiosidad por nada? El oráculo solo permite una pregunta por persona, o eso tengo entendido, por lo que tendrías que pensarlo bien. No quiero que entres en pánico en el último segundo.

—¿Y eso?

—No cobra por su servicio, y así es como se asegura de que nadie abusa de su poder. —Arash se encogió de hombros—. A mí me da igual, solo necesito que me diga dónde se encuentra Zheitszoh.

Thaydra se llevó una mano a la barbilla, pensativa.

—La verdad es que no lo sé. No lo había pensado. —Arrugó la nariz—. Creo que prefiero no saber nada.

—Sabia decisión —asintió él—. A veces es peligroso conocer el futuro. Sé de casos en los que, intentando que no se cumpliera la predicción del oráculo, terminaron por hacer que sucediera.

Thaydra hizo una mueca.

—Eso sí es irónico.

Tras aquello, continuaron su ascenso por la montaña. La visibilidad se reducía y el viento hacía que a Thaydra le costara incluso dar un pequeño paso hacia delante. Pero la entrada a la enorme cueva estaba cada vez más cerca.

¿Cómo sería el oráculo? ¿Pasaba todos los días encerrada en esa cueva?

—El oráculo no sale —dijo Arash, alzando la voz para que lo escuchara por encima del ruido del aire—. Si lo hiciera, los humanos tratarían de capturarla. En la cueva puede protegerse.

«¿Por qué puede protegerse en la cueva y no fuera?», pensó Thaydra, pero no fue capaz de vocalizar su pregunta.

Apretó los dientes, concentrándose en avanzar.

Si pasaba todo el tiempo en la cueva, entre visiones, ¿cómo no había enloquecido? ¿O lo habría hecho? ¿Cómo se comunicaría uno con ella, entonces? ¿Cuántos años llevaba allí?

Tenía muchas preguntas, y ninguna respuesta, pero daba igual. Ya solo quedaban unos pasos para llegar. Lo averiguaría enseguida.

Se plantaron en la entrada de la cueva cuando ya atardecía. Era inmensa, más grande que Arash en su forma dragón.

«Tiene sentido», concluyó Thaydra. ¿Y si el oráculo deseaba transformarse y volar? ¿Era volar agradable? ¿Era su consuelo?

El viento en esa zona estaba más calmado. La luz del sol arrancaba bonitos reflejos naranjas a la nieve y el hielo, mostrándole a Thaydra que aquel inhóspito paisaje también era capaz de albergar belleza.

No era tan distinto al abrasador desierto en el que había pasado toda su vida, pero era un aspecto completamente diferente.

«Ojalá pudieras verlo, Azra», pensó, con una punzada de dolor.

Arash se detuvo, Thaydra junto a él. La chica respiró hondo, llenando sus pulmones de aire helado.

—Muy bien, princesa —dijo Arash con los brazos en jarras—. Si no tienes nada que preguntarle al oráculo, déjame llevar la conversación a mí, ¿de acuerdo?

Thaydra asintió con la cabeza, conforme.

Capítulo 47

El oráculo



Thaydra caminaba pegada a Arash, intimidada. Sus pasos resonaban en la cueva de paredes circulares. Afiladas estalactitas colgaban del techo y Thaydra las observaba con nerviosismo, temiendo que cayeran sobre ellos.

La nieve invadía la cueva. Cuando se hubieron adentrado más, y allí donde ya casi no había luz, el suelo se volvió de roca negra.

Thaydra estaba tensa. Apenas veía dónde pisaba. Su respiración se aceleró. ¿Quién sabía qué peligros acecharían en las sombras? ¿Y si se despistaba y se perdía sin darse cuenta...?

Arash extendió su brazo hacia ella en silencio. Thaydra parpadeó, confusa, y lo miró. Su corazón danzó cuando comprendió su intención y se agarró a él, más aliviada. Afortunadamente para ella, la oscuridad ocultó su sonrojo.

—G-gracias —musitó, y se encogió al escuchar su propio tartamudeo.

Arash no dijo nada, pero esbozó media sonrisa.

Thaydra apretó los dedos alrededor del brazo de Arash, arrugando su chaqueta blanca, al oír tenues murmullos en la distancia. ¿Habría alguien más en la cueva aparte del oráculo?

Se relajó un poco, sin embargo, cuando giraron en una curva y vio que el pasillo estaba iluminado. Unos hermosos cristales azules afloraban en las paredes y en el techo, libre de estalactitas. Emitían luz propia.

El suelo de roca negra dejó de ser irregular y rugoso, volviéndose liso y pulido. Thaydra tragó saliva al distinguir la salida del túnel.

Tampoco sabía por qué seguía tan nerviosa, si ya habían atravesado el tramo de oscuridad. Entrarían, Arash llevaría toda la conversación, obtendrían la información que necesitaban del oráculo y se marcharían. Era mucho más fácil que enfrentarse a una xieri en mitad de la nada.

Sin embargo, su corazón parecía estar a punto de desbocarse.

Llegaron al fin a una inmensa sala circular. Thaydra se quedó con la boca abierta, incapaz de abarcarla con la vista. Las paredes y el techo estaban completamente cubiertos por aquellos cristales azules, que iluminaban intensamente el lugar. Era un espectáculo embriagador.

Al fondo de la sala había una especie de escenario de roca y a la derecha, otro pasillo. Thaydra supuso que conduciría a alguna zona privada del oráculo.

Sobre la enorme plataforma de piedra se hallaba una mujer, sentada en un trono hecho de cristal, con la espalda erguida y las manos apoyadas en el reposabrazos. Tenía las uñas muy largas, tanto que rozaban el asiento. Vestía con una sencilla túnica blanca que hacía destacar su tez oscura. Llevaba adornos dorados en el

pelo, que era de color verde. Sus ojos permanecían cerrados, como si estuviera en un trance.

Thaydra no supo muy bien qué hacer. Arash, en cambio, avanzó hasta el escenario con paso decidido, arrastrando a Thaydra con él. Se detuvieron frente a la plataforma y Arash se aclaró la garganta.

La mujer se mantuvo inmóvil.

«Un dragón y una humana. Curiosa combinación».

La voz, de timbre grave, resonó en sus mentes. Ni siquiera había abierto la boca para hablar. Era capaz de usar la telepatía incluso sin transformarse. Pero lo verdaderamente inquietante era que supiera quiénes estaban allí. ¿Habría abierto los ojos sin que ellos se dieran cuenta?

Aunque eso no explicaría cómo había averiguado que Arash era un dragón.

«Hablad. ¿Qué es lo que busca vuestro corazón?».

Arash frunció el ceño. Solo tendría una oportunidad.

—Mi consulta es sobre el presente, oráculo. —Se detuvo para rebuscar en su bolso. Extrajo una pluma blanca—. Sobre una persona en concreto.

«Muy bien. Avanza».

Arash soltó el brazo de Thaydra con cuidado. Después subió por los escalones tallados en la piedra. Se acercó a la mujer, que continuaba inmóvil, y dejó la pluma en su regazo. Retrocedió para estar junto a Thaydra.

—El oráculo necesita un objeto que perteneciera a la persona sobre la que se pregunta para poder visualizarla —le explicó Arash a Thaydra por lo bajo. Alzó la voz para dirigirse al oráculo—: Deseo conocer la localización de Zheitszoh, oráculo. ¿Dónde está?

La mujer tomó la pluma en su mano. Abrió los ojos y Thaydra ahogó una exclamación. Carecían de pupilas, de iris. Eran solo un océano blanco.

Pasaron unos segundos. Thaydra echó de menos el brazo de Arash, asaltada por un intenso nerviosismo, pero no se atrevió a agarrarse de nuevo a él.

El oráculo al fin cerró los ojos.

«La dragona Zheitszoh huye en compañía de un siervo fiel», les comunicó.

«Su enlace», pensaron tanto Arash como Thaydra.

«Vaga sin rumbo, mas busca algo preciado —prosiguió la mujer—. Avanza con el río que divide dos reinos cuyos puentes jamás se sostienen».

Arash apretó los dientes. El río Thíbano se extendía desde la cordillera de Gihash hasta el borde sur del continente, donde desembocaba en el mar que llevaba a la isla Korstinia. Dividía Auria de Adruste, cuyo tratado de paz jamás llegaba a firmarse. Si la dragona seguía en movimiento, para cuando él hubiera logrado recorrer su orilla de extremo a extremo, Zheitszoh ya se encontraría en otro lado, muy lejos de allí.

«¿A qué juega? —pensó, con el ceño fruncido—. ¿Qué busca? ¿Por qué no contacta conmigo?».

Aun así, sus latidos vibraron con fuerza en el pecho. Era la primera noticia que tenía de ella en más de trescientos años.

«¿Y tú, humana? ¿Qué es lo que ansía conocer tu corazón?».

Thaydra dio un respingo. Enmudeció. No deseaba averiguar nada sobre su futuro. Pero dedujo que a Arash le gustaría tener más información sobre Zheitszoh.

—¿Puedo...? ¿Puedo realizar una consulta sobre el pasado?

Arash la observó de reojo. ¿Qué estaba tramando?

«Así es», confirmó el oráculo.

Thaydra permaneció unos segundos en silencio, pensando en cómo formular su pregunta. Al fin, alzó la vista y dijo:

—¿Qué llevó a Zheitszoh a separarse de Arash?

«Para realizar esa consulta, necesitaré también una pertenencia de la otra persona».

—Ese sería yo —dijo Arash, dedicándole una breve mirada a Thaydra, impresionado. ¿Iba a gastar su única pregunta para ayudarlo?

El dragón subió de nuevo a la plataforma. Se arrancó un cabello de la coleta y se lo tendió al oráculo. Ella lo tomó en su otra mano y Arash retrocedió.

Thaydra ya estaba preparada cuando la mujer abrió sus ojos, iluminados de blanco. Pasaron los segundos.

El oráculo cerró los ojos.

«La separación de estas dos personas la marca el momento en el que la dragona Zheitszoh fue atacada por otra dragona», les informó.

Arash arrugó la frente. Su pulso se disparó. ¿Significaba eso que Zheitszoh no lo había abandonado por voluntad propia? ¿Había sido herida? Pero ¿por qué no había ido a buscarlo en los trescientos años que habían pasado? ¿Qué había sucedido exactamente? Y, sobre todo, ¿quién era esa dragona que había atacado a Zheitszoh? ¿Por qué? ¿Qué estaba buscando?

Demasiadas incógnitas, y ya no tenían la posibilidad de hacer nuevas preguntas. Aun así, Arash le agradecía a Thaydra la suya. Era

una pista muy pequeña, pero era más de lo que había tenido en años.

«Eso es todo», concluyó la mujer.

Arash fue a recoger la pluma. La guardó en su bolso.

—Gracias, oráculo —dijo, un tanto seco. Se respiraba una extraña tensión en el ambiente. Había algo que no encajaba.

Se quedó rígido, entornando los ojos. El silencio se alargó. Entonces, Arash se giró con brusquedad, yendo hacia Thaydra a paso rápido.

La agarró del brazo y empezó a andar a gran velocidad, en busca de la salida de la cueva.

—¡Arash! —exclamó ella—. ¡¿Qué...?!

«¿Pensabas marcharte sin saludar, Arash? Qué maleducado por tu parte».

La voz que retumbó en sus mentes no fue la del oráculo. Era más aguda y aterciopelada. Arash se detuvo y Thaydra tragó saliva. Ahora comprendía la prisa de Arash por marcharse. Y también por qué antes en el túnel había escuchado murmullos en la distancia cuando el oráculo, aparentemente, no tenía compañía.

Pero ¿dónde...?

Una esbelta mujer de largo pelo azul se materializó frente a ellos, envuelta en sombras. Sonrió, mostrando sus finos colmillos blancos enmarcados en labios rojos.

—Maldición —dijo Arash entre dientes.

Tendría que haberlo imaginado.

—Oh. —Lluvia fingió sorprenderse al clavar sus ojos escarlata en Thaydra—. Pero si es la joven princesa de Drethol. ¿Sabías que

ahora ya no queda ningún miembro de la familia real en el palacio? ¡De nada...!

Thaydra juntó las cejas, confusa.

—Pero Karima...

Lluvia echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Te alegrará saber que ya me he deshecho de ella. Te he hecho un gran favor, ¿no crees? Podría cobrarme ese favor en cualquier momento, ¿qué te parece?

Thaydra se quedó congelada. Karima era la responsable de las muertes de su madre y de Azra; había colaborado directamente en la caída de Drethol.

Lluvia la había matado. Así, sin más. Karima había muerto y nunca podría recriminarle nada. No podría gritarle por los horrores que había desatado. No podría vengarse. No sufriría castigo alguno. No habría justicia de ningún tipo.

Fue como si le arrebataran otro fragmento del alma. El llanto le ardió en la garganta.

—Deja de distraerla, Lluvia —gruñó Arash, colocándose delante de Thaydra y empuñando su hoz—. No me sorprende que los xieri solo sepáis combatir usando estrategias sucias. Siempre habéis sido unas alimañas arrastradas.

Thaydra sacudió la cabeza, decepcionada consigo misma por dejarse llevar por aquellas palabras en mitad del peligro. Flexionó las piernas y envolvió sus puños en fuego, lista para cualquier movimiento por parte de Lluvia.

La xieri irguió la barbilla y bufó.

—Los dragones siempre os habéis creído superiores a los demás, dando lecciones a otros. ¿Qué más da cómo se luche mientras se

obtenga la victoria? —ronroneó. Esbozó una maliciosa sonrisa—. Y ahora, si me disculpáis, voy a sacar provecho del viaje que he hecho hasta aquí y del tiempo que he esperado a que aparecierais.

—¿Cómo sabías que íbamos a venir aquí? —cuestionó Arash.

Lluvia rio por lo bajo.

—¿Qué otra razón tendríais para viajar en dirección a este recóndito reino de nieve? —dijo, divertida—. ¿Explorar el mundo?

La xieri desapareció y reapareció a su derecha. Thaydra disparó las bolas de fuego que tenía preparadas hacia ella, pero Lluvia se desvaneció de nuevo.

Arash tiró del brazo de Thaydra y la movió detrás de él. Levantó un escudo de electricidad para frenar la ola de sombras.

—¿Vas a pasarte todo el tiempo defendiendo a tu patético enlace? —escupió Lluvia, haciendo un mohín.

Thaydra se encogió. Era cierto que se sentía como un estorbo para Arash. Deseó haber acertado con sus bolas de fuego.

—No la llames así —siseó Arash, y disparó un rayo hacia ella.

Lluvia soltó una carcajada.

—Qué bonito —dijo sarcástica.

Saltó hacia atrás, envolviéndose en un cúmulo de brumas negras, y desapareció.

Thaydra echó un breve vistazo al oráculo. No decía ni hacía nada. Se limitaba a continuar inmóvil en su trono de cristal, con los ojos cerrados.

«¿Por qué no interviene?», pensó confusa.

Justo entonces, algo se materializó frente a ella. Thaydra chilló. Reaccionó por reflejo y levantó un muro de llamas, obligándolo a frenar su puñetazo.

El extraño retrocedió y liberó una descarga eléctrica.

Arash se desplazó delante de Thaydra y extendió la palma de la mano hacia delante, mandando los rayos en la dirección contraria. Su enemigo se desvaneció y reapareció a su derecha, esquivando la electricidad como si le perteneciera.

—Rayo —ladró Arash, reconociéndolo de inmediato.

Thaydra temió que el corazón le estallara en el pecho. ¿Iban a tener que enfrentarse a dos xieri a la vez? ¿A dos comandantes?

—Hola, Aridam. ¿O debería decir Arash? —lo saludó el extraño, esbozando una siniestra sonrisa—. ¿Cómo vas a defender a tu valioso enlace ahora?

Arash tensó la mandíbula. No iba a poder luchar contra ambos al mismo tiempo.

—Thaydra, atenta —le dijo muy serio.

Ella asintió. Iba a darlo todo en ese combate; no era el momento de dejarse llevar por el pánico.

Lluvia apareció unos metros a su izquierda. Thaydra disparó un torrente de llamas hacia la xieri. La mujer alzó los brazos y materializó una esfera de agua. Ambos ataques chocaron y explotaron en una nube de vapor.

Thaydra tosió. Sacudió la mano, tratando de ver algo. Arash estaba enzarzado en un combate cuerpo a cuerpo con Graialan; ambos bloqueaban puñetazos y patadas envueltas en electricidad. Uno tras otro, los golpes sonaban como truenos en la distancia.

Una bola de agua golpeó a Thaydra en el abdomen. Chilló al ser lanzada con fuerza hacia atrás. Arash giró la cabeza con brusquedad al escuchar su grito, alarmado, y salió disparado hacia ella. Logró

atraparla en sus brazos y se dio la vuelta en el aire para recibir el impacto de la pared de cristales.

Gruñó cuando cayeron al suelo, con unos cuantos incrustados en la espalda.

—¡Arash! —lo llamó Thaydra, afligida.

Detectó movimiento por el rabillo del ojo. Se puso en pie con rapidez y palideció al ver un rayo yendo hacia ella. Extendió la mano delante instintivamente y la electricidad se desvió contra el techo, haciendo que se desprendieran más fragmentos de cristal.

Arash ya estaba de nuevo junto a ella. Frenó en el aire las cuchillas lanzadas por Lluvia y se las devolvió.

La xieri desapareció, esquivando el movimiento.

Thaydra resolló, entre la pared y Arash. Parpadeó repetidamente para contener las lágrimas. No era el momento de llorar, pero se sentía un estorbo.

De repente, alguien la agarró del brazo.

Apenas alcanzó a mirar por encima del hombro, antes de toparse con un par de ojos rojos y una sonrisa.

El mundo entero se dio la vuelta.

Capítulo 48

Cristales



Chilló al darse cuenta de que estaba en el exterior de la montaña, sobrevolando la nieve y el suelo de roca. Tardó un instante, pero lo entendió con rapidez: ¡la xieri la había transportado en mitad del aire!

El viento aullaba mientras se precipitaba al vacío. A pesar del pánico, buscó una escapatoria. Extendió las manos delante de ella para disparar chorros de fuego con los que intentar propulsarse y frenar la caída. Aplicó a las llamas toda la presión que pudo, pero se le cortó la respiración al ver la velocidad a la que se aproximaba el fondo del precipicio.

Gritó al impactar contra un lecho de nieve compacta y apretó los ojos. Rodó unos metros antes de detenerse. Había amortiguado su caída lo suficiente como para sobrevivir, pero no había salido ilesa. Gimió de dolor, encogiéndose.

Había acabado en el fondo de ese precipicio. La capa blanca del frío y duro suelo se convertía en una llanura de roca y montículos congelados en la que se hallaba sola por completo.

Thaydra jadeó, levantando la cabeza. Un líquido caliente se deslizó por su sien izquierda y parpadeó repetidamente para tratar de enfocar la vista, mareada. Le costaba respirar; cada bocanada de aire le provocaba un pinchazo en las costillas y su estómago estaba revuelto. De haber tenido algo más que pan en el estómago, lo habría devuelto inmediatamente.

Apoyó las palmas de las manos en el suelo y trató de incorporarse. Sus brazos temblaron; su corazón latía a mil por hora. Era muy consciente de que Lluvia la había separado de Arash por una razón. Si descubría que había sobrevivido a la caída, la xieri bajaría a rematarla.

«No puedo fallarle a Arash —se dijo, conteniendo las lágrimas—. Me necesita».

Si ella moría, Arash perdería el enlace que le permitía estar despierto en Gaia. Sería forzado a pasar cien años de letargo recuperando la energía suficiente para establecer otro enlace. En ese tiempo, Gaia acabaría destruida por completo debido a la inestabilidad de su núcleo. No habría ningún mundo al que regresar.

Logró ponerse en pie, tambaleándose y resollando. Lluvia aterrizó a unos metros de ella. La miró con los brazos cruzados y una ceja arqueada.

—Es admirable para un enlace que todavía está tan verde —comentó, impresionada—. Me da hasta pena acabar contigo; prometes bastante. —Hizo un mohín y enrolló un mechón de largo pelo azul en el dedo índice—. Pero tengo que matarte para quitar de en medio a Arash. Lo entiendes, ¿no? No es nada personal. Así puedes devolverme el favor.

—No me has hecho ningún favor.

—¿Cómo que no? —sonrió—. ¿No dijiste que deseabas poder elegir tu lugar en el mundo? Lo oí perfectamente. ¿Qué te parece esta tundra? ¿Te parece un lugar adecuado para una princesa?

Los ojos de Thaydra se abrieron de par en par. ¿Habían estado ocultos en el palacio? ¿Cuánto tiempo? ¿Karima se lo había permitido? Su propio egoísmo había sido su caída. Su traición había significado su muerte.

—¿A qué te refieres?

—Tus paseos, tus charlas con tu hermanita —continuó Lluvia—. Ah, Karima se moría de ganas de veros desaparecer. No me extraña.

Con dureza, Lluvia movió los brazos y la nieve a su alrededor salió disparada hacia ella, transformándose en agua. Thaydra apretó los dientes y alzó los brazos como pudo, creando un escudo de fuego que la neutralizó.

Una vez más, todo se llenó de vapor. Thaydra supo que no podía quedarse quieta, o sería un blanco fácil, y echó a correr. Su cabeza palpitaba con una onda de dolor a cada zancada que daba.

Frenó de golpe cuando la nieve delante de ella se levantó, estallando en mil agujas de hielo. Consiguió no resbalar solo gracias a su entrenamiento en aquel terreno. Cruzó los brazos delante de ella y los extendió con brusquedad, liberando una llamarada que desintegró los proyectiles.

Un escalofrío la atravesó al notar una corriente de aire por detrás, echando su pelo hacia delante. Giró con rapidez y se agachó en el último momento. La lanza de hielo que blandía Lluvia pasó por encima de su cabeza. A tiempo, contraatacó con un puñetazo envuelto en llamas en el abdomen. La xieri aulló y se desvaneció.

Thaydra ya se había dado la vuelta de nuevo, pero su mareo y cansancio pudieron con ella. La bola de agua explotó en su vientre, lanzándola hacia atrás.

Cayó de espaldas sobre la nieve. Jadeó mirando al cielo nocturno. Escuchó los pasos de Lluvia crujiendo hacia ella.

No podía rendirse.

«Arash depende de mí».

—¿Te crees que puedes quemar mi precioso vestido y no sufrir las consecuencias? —bramó Lluvia, indignada.

La mujer apareció en su campo de visión. Había alzado la lanza para clavársela en el pecho. Thaydra movió la mano, rápida, y el puñal salió disparado de su cinto hacia la xieri.

Por desgracia, su enemiga contaba con buenos reflejos. Echó la cabeza hacia atrás, esquivándolo. Thaydra lo hizo volver, pero Lluvia deslizó el brazo en diagonal y una corriente de agua impactó contra el puñal, mandándolo por los aires fuera de su alcance.

Thaydra miró a Lluvia, respirando entrecortadamente. Por más que lo había intentado, no era más que una presa herida a merced de su cazador.

Había peleado hasta el final.

—Una pena, pequeño enlace —dijo la xieri, encogiéndose de hombros—. Has tenido la mala suerte de enfrentarte a una de las comandantes del General. Con otro quizá hubieras tenido una oportunidad. Pero conmigo tenías el combate perdido desde el principio.

Hizo bajar su lanza.

Capítulo 49

En las estribaciones



Arash gritó enfurecido cuando vio a Lluvia desaparecer con Thaydra. Esquivó un rayo de Graialan y disparó otro hacia él.

El xieri se desvaneció a tiempo.

Tenía que darse prisa. Sentía todavía la energía de Thaydra; significaba que había sobrevivido a lo que hubiera planeado Lluvia para ella. Pero también sabía que aunque había mejorado considerablemente en esos meses, estaba todavía muy lejos de poder deshacerse de una comandante del General ella sola.

Tensó los músculos. Que Thaydra fuera su enlace era solo una de las mil razones por las que debía llegar hasta ella. Le dio igual lo que le pasara al mundo. Debía salvarla no por su papel, sino por lo que significaba para él.

Thaydra no era reemplazable. Y Arash comprendió cuánto lo aterraba no volver a verla.

El pánico hundió las garras en su corazón. Ahora que él lo había aceptado y por fin empezaban a conocerse de verdad, ¿cómo iba a perderla? ¿Acaso no volvería a contemplar la ilusión brillando en sus

ojos verdes cuando aprendía algo nuevo; la manera en la que juntaba las cejas cuando mostraba su decisión de seguir adelante, sin importar el obstáculo; la forma en la que sus mejillas se coloreaban de rojo cuando la provocaba...?

No había mentido cuando había dicho que, contra todo pronóstico, se había hecho un hueco en su corazón.

No iba a rendirse.

«Aguanta, Thaydra», pensó con angustia, mirando en derredor, pendiente de la aparición de su oponente.

—¡Deja de luchar como un cobarde! —vociferó Arash. Cada palabra salió como un latigazo de ira.

Llegaría hasta ella fuera como fuera.

—¿Cobarde, yo? —se mofó Graialan.

Arash alzó la vista y lo localizó, descendiendo sobre él. Frenó la espada del xieri con la cuchilla de su hoz.

—¿Te atreves a traer metal contra mí, Rayo? —se burló Arash, esbozando una sonrisa altanera. Antes había perdido el control de sus emociones; ahora debía recuperar la calma.

No permitiría que su enemigo se aprovechara de su estado de ánimo.

—¿Quién dice que es metal, Arash? —replicó Graialan, con un tono cargado de sorna.

Arash abrió los ojos como platos al darse cuenta de que no lo podía manejar. La cuchilla del arma era roja: estaba hecha de drialita. Cualquier corte con ella sería muy doloroso para él; el xieri le transmitiría su oscuridad y perdería la conciencia.

No podía dejarse tocar.

—¿Aprovechándote de las debilidades de los demás? —ladró Arash —. Qué triste.

Le asestó una patada en el abdomen. Saltó hacia atrás con una voltereta. Graialan ya volvía a la carga y Arash frenó una vez más su estocada con la hoz.

Su propio pulso lo acuchillaba sin piedad; no saber qué le estaba pasando a Thaydra hacía que lo acribillara la inquietud, como espinas que no podía arrancarse. Pero continuaba sintiendo su energía; ella estaba aguantando.

—No es aprovecharse de las debilidades de los demás. Es aprovechar la ventaja de mis poderes sobre los tuyos —señaló Graialan, encadenando otro golpe que su oponente detuvo—. No fuiste capaz de derrotarme en el pasado, ¡y no serás capaz de hacerlo ahora!

Arash comprobó por el rabillo del ojo que el oráculo seguía sin moverse. La mujer se mantenía con los ojos cerrados en su trono de cristal, actuando como si el combate a su alrededor no estuviera sucediendo. Deseaba ser neutral en el conflicto.

Pero eso le dio una idea a Arash.

Se desplazó hacia ella a la velocidad del rayo. Graialan no dudó en ir tras él, apareciendo a sus espaldas cuando él se detuvo frente a la mujer. Se preparó para desgarrarlo con su arma envuelta en sombras. Sin embargo, Arash saltó hacia arriba en un parpadeo, dejando una estela de luz tras de sí.

La cuchilla siguió su trayectoria, esta vez hacia el oráculo.

Los cristales brotaron a los pies de Graialan, atravesándole el abdomen. Se quedó rígido, con los ojos desorbitados, y la espada cayó al suelo de roca con un estridente sonido metálico.

Arash aterrizó a su lado.

—Maldito seas, Arash... —Graialan apretó los dientes. Escupió y se desvaneció antes de que él lo rematara con su hoz.

Arash cortó los cristales ensangrentados. Gruñó de rabia al perderlo por cuestión de un segundo.

«Has forzado mi intervención, dragón», dijo el oráculo en claro tono de reproche.

Arash esbozó una sonrisa irónica. La afinidad al cristal, única del oráculo, era lo que le permitía a la mujer defenderse de cualquier humano que osara entrar con malas intenciones en su morada.

Él simplemente había sabido aprovecharla.

—Mis disculpas, oráculo —dijo con rapidez, sarcástico—. Pero se hace lo que se puede para sobrevivir.

Dicho eso, salió disparado hacia la salida de la cueva.



Thaydra rodó por la nieve. La lanza se clavó en su capa y ella enseguida la desabrochó, levantándose de un salto.

Trastabilló hacia atrás, torpe, y Lluvia puso los ojos en blanco.

—¿Quieres estarte quieto, conejito? Tengo prisa.

Thaydra apretó los dientes y parpadeó repetidamente, luchando por despejar los puntos negros en los bordes de su visión. Tuvo que cerrar el ojo izquierdo para que la sangre que caía por su rostro no se metiera dentro. ¿Era así como luchaba Arash?

Cruzó sus puños envueltos en fuego delante de ella y miró a Lluvia desafiante.

—Me sorprende tu aguante —resopló la comandante.

—No dejaré que te salgas con la tuya —gruñó Thaydra.

Tosió. Le ardían los pulmones por el esfuerzo.

—Es una pena que no dependa de ti, conejito.

El viento sopló con fuerza, arrastrando copos de nieve y revolviéndoles el pelo. Los ojos rojos de Lluvia brillaron de forma tétrica en la oscuridad.

Apareció en un parpadeo detrás de ella. Thaydra se quedó rígida, consciente de que no lograría girarse a tiempo.

«Arash...», pensó desolada.

Le había fallado.

«Lo siento mucho. Siento no haber podido ayudarte a encontrar a Zheitszoh».

Percibió la luz. Escuchó el chasquido de un rayo. Se giró, con el corazón latiendo a mil por hora, y vio la roca chamuscada.

No había ni rastro de Lluvia.

Arash aterrizó a su lado. Thaydra lo miró con los ojos muy abiertos, incapaz de decir nada. ¿Era real? ¿No era una alucinación de su mente en las estribaciones de la muerte?

Arash la observó de reojo y le dedicó una rápida sonrisa. Jadeaba por el esfuerzo de su combate anterior.

—Ya me encargo yo, princesa —dijo, y las rodillas de Thaydra temblaron.

Lo había conseguido. No le había fallado.

—Tan oportuno como siempre, Arash —ladró Lluvia, materializándose unos metros más lejos—. ¿Qué has hecho con Graialan?

Arash se encogió de hombros y esbozó una sonrisa irónica.

—Oh, nada en especial. Pero puede que el oráculo le haya adornado el cuerpo con unos cuantos cristales. ¡Siempre fue muy presumido...!

Los ojos de Lluvia relampaguearon con furia.

—Y tú siempre fuiste insoportable —rezongó ella. No podía arriesgarse a perder a Graialan; era demasiado valioso. Tendría que regresar para atender sus heridas—. Tu fin está escrito, Arash, y yo seré quien lo provoque.

Lluvia se desvaneció tras su amenaza. Él mantuvo un semblante de piedra.

—Arash...

Se tensó de nuevo. Se giró y atrapó a Thaydra en sus brazos antes de que esta cayera al suelo. La chica respiraba con pesadez. Se fijó en la sangre que manchaba su rostro, además de los arañazos y cortes que se vislumbraban a través de su ropa rasgada.

—Thaydra, tranquila —dijo, forzándose a mantener la calma. Dejó una mano en su cintura para sostenerla y llevó la otra a su cabeza, pegándola a su pecho—. Te pondrás bien. Estoy contigo.

—He aguantado —murmuró ella. Tembló, incapaz de regular la temperatura de su cuerpo en ese momento.

Arash la apretó contra él. Su corazón se aceleró. Thaydra sonrió al oírlo, cerrando los ojos y relajándose al fin. Él la tenía en sus brazos.

Estaba a salvo.

—Lo has hecho de maravilla, princesa —dijo Arash con suavidad mientras acariciaba su pelo.

—¿De verdad lo crees?

Arash la miró con una pequeña sonrisa.

—Eres la mejor compañera que podría tener, Thay.

Thaydra escuchó sus palabras un tanto distorsionadas, pero alcanzó a entenderlas. Una agradable calidez la arropó y el frío a su alrededor se desvaneció.

Suspiró y se dejó llevar por el sueño, exhausta.

Capítulo 50

Un nuevo comienzo



El sol empezaba a despuntar justo cuando Cyal pensó que la extenuación iba a poder con él. Le pesaban los párpados como si fueran de plomo y mantenerse despierto era un desafío. Temía acabar por caerse del caballo si se forzaba a continuar. Sin embargo, sabía que no podría detenerse durante mucho tiempo.

Aunque no había vuelto a detectar a nadie persiguiéndolos desde que habían abandonado Auria, no había manera de borrar el rastro que dejaba Estrella Radiante con sus cascos en la tierra. No se arriesgaría a que los encontraran.

Bajó del caballo y ató las riendas al tronco de un árbol. Aquel claro, bastante protegido por un entramado de ramas y maleza, les serviría como escondite temporal. Se escuchaba la fuerte corriente del río Thíbano, fluyendo en la cercanía.

Tomó a Eira en sus brazos con cuidado y se sentó con ella en el suelo, suspirando profundamente. El agotamiento lo instó a sumirse en un sueño instantáneo, pero tenía que aguantar.

Ella levantó los párpados. El corazón de Cyal saltó al darse cuenta de que lo estaba mirando. Habían sido solo unas horas, pero echaba de menos sus ojos rojos, tan terribles para la mayoría y tan reconfortantes para él.

—Eira —la llamó con suavidad, apartando los mechones de pelo blanco de su rostro—. ¿Cómo te encuentras?

Ella gruñó y trató de incorporarse. Cyal puso una mano en su espalda y la ayudó a sentarse a su lado.

—Mejor —murmuró Eira. Ya no estaba mareada, veía con claridad y podía moverse. Lo observó de reojo—. ¿Y tú?

Cyal esbozó una sonrisa cansada. Tenía unas marcadas ojeras y le costaba mantener la cabeza erguida.

—Podría estar peor.

En especial porque el alivio le devolvía el aliento. Con el despertar de Eira, el mundo había dejado de dar vueltas. Se habría atrevido a decir que lo había pasado mucho peor viéndola sufrir que aguantando las palizas de Harkan.

Una sombra cruzó el semblante de Eira. Transcurrieron unos segundos de silencio. El cielo se aclaraba con la luz del amanecer y, con las primeras señales del nuevo día que comenzaba, algunos pájaros entonaron sus melodías en las ramas.

Cyal rebuscó en el bolso un par de cosas. Sin decir nada, se centró en curar la mano de Eira, atravesada por el puñal. La lavó con agua y limpió la sangre. Mientras aplicaba el polvo de tomillo como antiséptico, recordó cuando Eira recolectó las hojas de la planta medicinal a su llegada a Auria. Parecía que había pasado una eternidad desde entonces.

Terminó de vendarle la mano. Ella lo observaba.

—Cyal.

El pulso del chico se precipitó. No se acostumbraba a que Eira lo llamara por su nombre, pero le encantaba cómo lo pronunciaban sus gélidos labios. Era tan agradable como una caricia del sol y sabía mejor que cualquier victoria, porque significaba que ella lo apreciaba y había dejado caer cualquier barrera entre ellos.

—Dime.

—Has abandonado tu nuevo hogar —musitó ella, bajando la vista a su regazo.

—No lo he hecho —dijo él con firmeza.

No permitiría que Eira se sintiera culpable. El recibimiento de la familia real había sido muy prometedor y lo había llenado de entusiasmo. No podía negarlo. Había conectado con su padre, cuando esperaba su rechazo. Había llegado a creer que tendría un lugar con él.

Pero el rey le había causado la mayor de las decepciones al atentar contra la vida de Eira. Por eso, ya nunca lo vería con los mismos ojos.

Jamás podría perdonarlo.

El desgarrador grito de Eira, tan silenciosa, todavía resonaba en sus oídos; sería el alimento de sus pesadillas durante mucho tiempo. El hielo volvía a inundar sus venas solo con recordar esos instantes en los que temía que no llegaría a tiempo, que perdería la única luz que quedaba en su vida.

Eira negó con la cabeza.

—No era así como tenían que suceder las cosas.

—Eira, a quien no iba a abandonar es a ti —declaró él, observándola fijamente. Acercó la mano a su cuello y materializó

una pequeña bola de agua con la que limpió la sangre seca. Eira se tensó, pero no se apartó—. No te sientas mal por ello, por favor. Nunca jamás he sido tan consciente de la decisión que he tomado. Y que seguiré tomando.

Ella suspiró con tristeza. Cyal apretó los dientes al ver la quemadura roja que marcaba su piel.

—Al final, has sido tú quien me ha tenido que proteger a mí —protestó ella.

Cyal bajó la mano.

—He hecho lo mismo que tú habrías hecho por mí —replicó, con el ceño fruncido. Era extraño ver a Eira mostrando de forma tan abierta sus emociones. Por eso era tan valioso—. Si has acabado así, ha sido por mi culpa. —Torció el gesto—. De no ser por mí, no habrías permanecido tanto tiempo en Auria.

—No quería dejarte atrás —admitió Eira.

El corazón de Cyal latió más deprisa.

—Yo tampoco quería dejarte marchar a ti.

Eira dibujó una mueca en su rostro. Permanecía encogida. Cyal se preguntó si su cuerpo estaría sufriendo todavía los efectos de la luz de Hereshia, provocando esa tristeza que la poseía.

—Eh. —Cyal la tomó de la barbilla para que lo mirara—. Anímate, Eira. Yo no me arrepiento de haber decidido ir contigo, de verdad. La vida de príncipe, ese juego de política y fachadas en el que iba a tener que participar, no era para mí.

«Y menos con seres tan despreciables rodeándome», pensó en un oscuro susurro.

El rey y el Paladín eran solo partes de un todo. Pero se juró que mancharía la espada con su sangre si sus caminos se cruzaban de

nuevo.

Por un instante, fue transportado a las dunas de Drethol.



Un chico, no tan robusto todavía como terminaría siendo años más tarde, se alzaba encima de él; su silueta recortada por el infernal sol a sus espaldas. Cyal escupía sangre, arrojado en la arena. Luchaba por incorporarse sobre sus brazos temblorosos.

Harkan era mayor que él; sus zancadas eran muy superiores a las suyas y lo había alcanzado enseguida para arrebatarle la poca comida conseguida en el mercadillo.

—No puedes fiarte de nadie en esta miserable vida, Cyal —dijo Harkan con una mezcla de burla y pesar—. Este desierto abandonado por los dioses evapora cualquier buena intención, abrasa la fuerza de voluntad, corroe los corazones y desintegra la esperanza. —Le dio la espalda y lo miró por encima del hombro—. Te dejaré marchar esta vez, solo para que llegue el día en el que te arrastres hasta mí. Entonces me darás la razón.

Cyal ahogó un gemido, extendiendo un brazo hacia él mientras lo observaba descender por la duna. Su abuela y él llevaban días sin comer. ¿Cómo saldrían adelante?

Dejó caer la cabeza contra la ardiente arena. Sus hombros temblaron por la angustia. ¿Era Harkan benevolente por no haberlo matado o más bien cruel?

«Algún día... —se dijo Cyal, con los ojos oscurecidos por las sombras—. Algún día lo pagarás, Harkan».



Las palabras de Harkan se habían cumplido una vez: no podía confiar en nadie. Aquel que Cyal creyó que podría convertirse en su padre lo había traicionado. Quizá había escapado del infernal desierto, pero el resto del mundo era igual de traicionero.

Sin embargo, Harkan se equivocaba. La prueba de ello era Eira, que había regresado aquella terrible noche para salvarle la vida; que se había esforzado en ayudarlo, enseñarle y protegerlo; que había permanecido a su lado incluso cuando tenía otros asuntos que atender. Él también era prueba de que uno podía confiar en la gente: jamás la abandonaría.

Con ella sentía, por primera vez, que había forjado un vínculo auténtico y duradero con alguien. Y lucharía para que nada lo destruyera.

Eira lo contempló durante unos segundos. La inquietud se reflejó en sus ojos rojos.

—Viajar conmigo será peligroso para ti —insistió.

Cyal supo que estaba pensando en lo sucedido con Khait.

—Lo sé. Lo he asumido. Aun así, deseo ir contigo.

Eira exhaló lentamente. Cyal apartó la mano, con el ceño fruncido.

Aquel amanecer marcaba el fin de la que sería una de las peores noches de su vida. Había temido perder a Eira; temía lo que podría haber ocurrido de haber llegado demasiado tarde. No quería separarse de ella y sentía que estaban unidos por el destino. La noche en Drethol y la noche en el castillo de Auria tenían algo en común: solo juntos podían seguir adelante.

Era por eso que no había terminado de hallarse cómodo ante la idea de quedarse en Auria. Eira lo había ayudado llevándolo a ver a su padre, aunque eso al final hubiera sido un espejismo engañoso;

lo había entrenado para que se volviera más fuerte y había estado pendiente de él en todo momento.

Quería ser él quien la ayudara a buscar lo que deseaba encontrar.

—¿Me aceptarás como compañero en tu viaje, Eira?

No se imaginaba a sí mismo en ningún otro sitio. Su lugar estaba con ella, fuera a donde fuera. Se sorprendió al ver a Eira sonreír. Las mariposas revolotearon en su estómago.

—Eres un humano curioso, Cyal.

Él sonrió también.

—Así que ahora me llamas por mi nombre, ¿eh? —la picó. Se irguió y cruzó los brazos—. ¿Significa eso que me he ganado al fin tu respeto?

—Te lo has ganado —afirmó ella. Suavizó la mirada—. De no ser por ti, no estaría viva. No importa cómo he acabado en esa situación. Si sigo aquí es gracias a ti.

Cyal agachó la cabeza, en un intento de cubrir el sonrojo con sus mechones rubios. En cuanto se recompuso, la contempló con un brillo divertido en los ojos.

—Parece que tendrás que seguir soportándome.

Y Eira lo sorprendió una vez más al soltar una pequeña carcajada.

—Lo haré encantada.

La risa de Eira era tan bonita y ligera como el arrullo de un río. Transmitía calma. Con un poco de suerte, estaría más dispuesta a regalársela de ahora en adelante.

Más relajado, Cyal estiró los brazos y se echó hacia atrás, tumbándose en la hierba. Los tonos naranjas del cielo viraban hacia el azul claro.

—Bueno, ¿cuál es el plan? ¿Ir a otro reino a ver si encontramos algo sobre Tuila?

—Algo así.

Cyal giró la cabeza para mirarla. El ritmo cardíaco de Eira se incrementó al ver sus ojos dorados fijos en ella.

—Muy bien. Que así sea —declaró él.

—Sospecho que será un camino largo y no va a ser uno fácil de caminar. —Eira le sostuvo la mirada, con un sutil destello de alegría en su iris rojo—. Pero me reconforta saber que lo voy a recorrer contigo, Cyal.

Este tuvo que esforzarse para que no se le incendiaran las mejillas. Pensaba guardar esas palabras como un tesoro.

—En ese caso, a partir de ahora, somos oficialmente compañeros de viaje. Tú y yo contra el mundo.

Eira inspiró el aire fresco de la mañana.

—Me gusta cómo suena eso.

El caballo atado al árbol junto a ellos relinchó indignado. Cyal rio.

—Bueno, tú, yo y Estrella Radiante —se corrigió, divertido.

Eira puso los ojos en blanco.

Había despertado en un mundo que había avanzado trescientos años sin ella. Solo había sido capaz de adaptarse gracias a que el chico que la había encontrado, Cyal, había decidido permanecer a su lado. Tenía mucho que descubrir todavía: dónde estaba Tuila, cómo había acabado atrapada en el hielo, la razón de su extraño cansancio cada vez que usaba demasiado sus poderes y, sobre todo, cómo evitar que los xieri trajeran de vuelta al General. Pero se daba cuenta de que, con Cyal junto a ella, no le parecía tan terrible la idea de tener que viajar tanto.

Cyal, por su parte, se sentía bien. Regresaba a su naturaleza de aventuras. Era lo que siempre había conocido y lo que anhelaba para su vida. No deseaba una vida de palacio, con política y protocolos. Quería el sol y los caminos.

Volvería algún día a Auria. Tenía intención de devolverle a Blanche su caballo, Estrella Radiante. Quizá, en el futuro, podrían verla de nuevo. De forma inesperada, la joven reina se había convertido en su mayor aliada.

Cyal tensó la mandíbula al pensar en el rey. Aunque esperaba no encontrárselo nunca más, sospechaba que el destino no sería tan generoso. Él tampoco lo sería: ya había decidido que, si se atrevía a acercarse, no dudaría en mostrarle toda su crueldad.

Miró a Eira. Ella frunció el ceño al darse cuenta de que estaba vestida con su camisón y Cyal explotó en una carcajada.

—¿Es posible que...?

—Tu querida amiga Blanche guardó tu traje en la bolsa —explicó Cyal.

Si alguien le hubiera dicho tiempo atrás que conocería a la legendaria Muerte Escarlata, que lucharía para salvarla y que terminaría siendo su amigo, le habría contestado con rotundidad que estaba loco.

Alzó la vista al cielo y sonrió.

Se conocieron habiéndolo perdido todo, cuando los dos cayeron a su punto más bajo. Pero se mantuvieron juntos y se apoyaron. Al final, habían salido adelante, encontrándose el uno al otro.

Ahora, estaban preparados para enfrentarse al mundo.

Y Cyal se sentía más libre y ligero que nunca.



Thaydra abrió los ojos y se llevó una mano a la cabeza, dejando escapar un lamento. Le dolía bastante y se dio cuenta de que la tenía vendada.

—Buenos días, princesa.

Se sentó y levantó la vista. Arash la miraba con una sonrisa.

Estaban en una cueva. Comprobó que en el exterior todo era de color blanco, por lo que dedujo que seguían en Erom, como era lógico.

Thaydra desvió su atención a la hoguera junto a ella y arrugó la frente, recordando lo sucedido.

Arash se acomodó a su lado y le tendió un trozo de pan y queso. Thaydra lo aceptó, observándolo de reojo.

—¿Cómo te encuentras? —quiso saber Arash, más serio.

—Bien —dijo ella de inmediato, pero apretó los dientes. Había sentido un pinchazo en las costillas al hablar.

Arash suavizó la mirada.

—No tienes por qué mentir, princesa. No voy a pensar que eres débil si me dices la verdad.

Thaydra agachó la cabeza, sonrojada. A veces parecía que era capaz de leer sus pensamientos.

—Me duele la cabeza —admitió por lo bajo—. Y el costado izquierdo.

—Creo que tienes alguna costilla fracturada —explicó Arash—. Así que habrá que tomárselo con calma estos días. —Sonrió—. Pero no pasa nada. Te has ganado un descanso.

Los latidos en el pecho de Thaydra se descontrolaron. Juntó las manos en su regazo, donde había dejado el pan y el queso, y lo miró por el rabillo del ojo.

Había temido no ser capaz de aguantar contra Lluvia. Hubo un momento en el que estuvo segura de que todo se había acabado. Pero lo había conseguido. Había aguantado. Y Arash había llegado justo a tiempo.

Aun así, era muy consciente de lo lejos que se hallaba del nivel de Lluvia.

—Tengo que seguir mejorando —murmuró, hundiendo los hombros.

—Y lo harás. Yo continuaré enseñándote, no te preocupes —dijo él y puso una mano en su espalda. Thaydra se tensó, nerviosa—. Thaydra, lo has hecho de maravilla. Me has demostrado que no me equivoqué al confiar en ti.

—¿E-eh? —balbuceó ella con las mejillas rojas.

Arash rio al ver su expresión y apartó la mano. Se inclinó hacia delante y ladeó la cabeza para mirarla.

—Lluvia es una comandante. Te las has ingeniado para resistir contra ella. No me cabe duda de que, una vez concluya tu entrenamiento, estarás a su nivel.

Thaydra arqueó las cejas.

—¿Tú crees?

Arash asintió con firmeza.

—Estoy seguro de ello.

Thaydra aventuró una tímida sonrisa.

—Me alegro mucho de haber decidido ir contigo, Arash.

Su tranquila vida como princesa en el palacio había quedado atrás. Y, aunque habría dado cualquier cosa por tener a su madre y a Azra con ella, sabía que ya no sería capaz de regresar a ese estilo de vida.

Se había acostumbrado a viajar, a explorar y descubrir mundo. Había ganado resistencia, se había vuelto más fuerte y comenzaba a manejar sus poderes. Jamás lo habría imaginado cuando huyó de Drethol como la persona más desgraciada, temiendo que nunca encontraría un propósito en la vida.

Ahora lo tenía. Y le gustaba. Se sentía bien viajando con Arash. No solo porque era un dragón y sabía tanto, sino porque le había demostrado que la apreciaba. Estaba dispuesta a acompañarlo hasta el final, hasta que consiguieran restaurar el equilibrio de Gaia.

El primer paso sería encontrar a Zheitszoh. Para ello, la única pista que tenían era lo que les había contado el oráculo.

—Yo también me alegro, princesa —respondió Arash, sonriendo también.

Era lo último que esperaba cuando rescató a aquella chica que no paraba de llorar y lamentarse. Pero Thaydra le había demostrado que sabía adaptarse, que estaba dispuesta a darlo todo y a aprender, y que no iba a rendirse. Se había preocupado por él, había insistido en conocerlo y había permanecido a su lado por voluntad propia. Deseaba ayudarlo en su misión de estabilizar la energía de Gaia antes de saber siquiera el papel que ella misma jugaba.

Arash había encontrado en Thaydra una verdadera compañera de viaje. A alguien a quien podía llamar su enlace con orgullo.

Por primera vez en mucho tiempo, Arash volvía a sentirse optimista.

—¿A dónde iremos ahora? —inquirió ella.

Lo miró, expectante, mientras empezaba a comer al fin el pan y el queso. Arash desvió la vista al exterior. El amanecer brindaba su luz y los primeros rayos del sol se reflejaban en la nieve, arrancándole un cegador brillo blanco.

—¿Qué pasa, princesa? ¿Tanta prisa tienes por salir de estas preciosas tierras? —la provocó, volviendo la vista a ella.

—¿Con sinceridad? Sí —reconoció, y Arash rio.

—Nos dirigiremos al río Thíbano y veremos si somos capaces de encontrar alguna pista más de Zheitszoh por la zona.

Thaydra frunció el ceño.

—¿Sabes a quién se refería el oráculo cuando dijo que otra dragona la atacó?

—Me temo que no. Pero pensaré en ello. —La miró—. De todos modos, es una información muy útil; confirma que no me abandonó sin más, aunque siga sin entender por qué no ha vuelto desde entonces. Estuviste ágil al hacerle esa pregunta al oráculo, princesa.

Thaydra notó que le ardían las orejas. Masticó un trozo de pan antes de decir por lo bajo:

—Me alegro de que fuera útil.

Fijó sus ojos verdes en la línea del horizonte. Ese día era un nuevo comienzo.

—Sé que la encontraremos, Thay —declaró Arash con firmeza—. Tarde o temprano.

Thaydra cerró los ojos y sonrió.

—Yo también lo creo, Arash.

Epílogo



Lluvia observaba el amanecer en Drethol desde el balcón de la sala del trono en el Palacete Dorado. Estaba apoyada en la barandilla de oro, con los brazos cruzados sobre ella.

El cielo permanecía despejado. El sol era abrumador. El aire arrastraba el olor seco del desierto. La sequía no desaparecía. Y Lluvia sabía que iría a peor.

«Eso es lo que necesitamos —dijo la voz en su mente—. Que la energía del núcleo de Gaia estalle».

—Solo he de conseguir deshacerme de Arash para eliminar riesgos —masculló Lluvia. Arrugó la nariz—. Y de su molesto enlace. Estaba tan convencida de que sería un blanco fácil...

Quizá tendría que haberse transformado y haber acabado con ella de una dentellada. Lo habría hecho de inmediato si hubiera podido predecir el resultado. Pero jamás habría sospechado de la verdadera resistencia de la princesa.

No volvería a confiarse.

«Oh, no temas. Se llevará un duro golpe cuando encuentre al fin a su querida Zheitszoh».

Lluvia rio.

—Si no me lo hubieras contado, jamás habría imaginado que algo así era posible.

«Cuando lo descubra, la desolación será su condena. Ese será el momento para atacar y eliminarlos a ambos».

Lluvia sonrió.

Era increíble lo bien que se sentía tras haber vuelto al mundo y empezar a ejecutar, al fin, su venganza. Tras trescientos largos años de espera, todos pagarían por su trato a los xieri en el pasado. No quedaría ni un solo humano en pie.

Y los draconianos...

«También merecen ser destruidos —declaró la voz en su mente con firmeza—. Son una aberración».

Escuchó pasos detrás de ella.

Graialan se acercaba tras su reposo.

—Te has recuperado rápido de tus heridas —comentó Lluvia.

Graialan esbozó una sonrisa altanera, con las manos en los bolsillos de su chaqueta. Sin embargo, su expresión aparentemente despreocupada no engañó a Lluvia. Desde el incidente con la niña, notaba cierto distanciamiento por parte de su compañero.

Aun así, estaba convencida de que se arreglaría con el tiempo.

—Las ventajas de ser un xieri —dijo Graialan. Su semblante se tornó serio antes de continuar—: Hemos traído a Viento.

La mirada de Lluvia se iluminó. Se giró hacia él.

—Excelente. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que hablé con Biastria. Es hora de ponerla al día.

—Iré a por ella —dijo Graialan.

Inclinó la cabeza y desapareció entre sombras.

Lluvia apoyó la cintura en la barandilla y cruzó los brazos, desviando su vista hacia la línea del horizonte. La luz del sol iba revelando una Drethol vacía de humanos y draconianos, poblada solo por xieri. El viento echó su largo cabello azul hacia atrás.

Sonrió.

—Cada vez estamos más cerca de encontrar al General, Emperatriz.

«Una vez lo hagamos, Gaia pertenecerá a los dragones y a los xieri, como tendría que haber sido desde el principio», ronroneó la voz en su mente.

Pero Lluvia suspiró con tristeza.

—Tan solo me habría gustado que Eira cambiara de parecer.

«Intentamos atraerla. Pero ella nos rechazó e insiste en interponerse una y otra vez en nuestro camino —siseó la voz—. ¿Acaso vas a dejar que Eira te detenga, Tuila?».

Lluvia endureció la mirada, insultada. No quería volver a oír ese nombre. Las sombras se arremolinaron en sus ojos de sangre.

—No. Esta vez la mataré.



"Rojo sangre.
Un color prohibido, un color del que solo se hablaba en las leyendas del pasado, en la historia de la guerra...".



La guerra del Alzamiento alteró el equilibrio entre las razas trescientos años atrás. Ahora, los humanos tienen sometidos a los draconianos, a pesar de que estos pueden transformarse en dragones.

El tiempo ha distorsionado la verdad de esa guerra. Sin embargo, todos recuerdan a su mayor enemigo: el General, el dragón más sanguinario de la historia de Gaia. Lo creen sellado para siempre, pero una cadena de devastadores ataques reaviva el temor de que regrese para llevar a cabo su venganza.

Cyal, un joven de apenas veinte años que lucha por sobrevivir en el cruel desierto, no cree en nada de esto. Al hallar con vida a una de las despiadadas comandantes del General, la Muerte Escarlata, con un vacío en su memoria de tres siglos, deberá replantearse todo lo que le rodea.

Aunque el encuentro de ambos se produce cuando más lo necesitan, ¿serán capaces de enfrentarse a las sombras que se ciernen sobre Gaia?

Porque ella no es la única comandante que ha vuelto. Los espectros emergen uno tras otro. Frustrar el retorno del General estará en manos de un joven perdido, una mujer sin recuerdos, una princesa huida y un mercenario de intenciones cuestionables.

¿Quién es el General? ¿Cuál es su verdadera historia? ¿Qué pretenden conseguir quienes lo buscan?

Los comandantes han regresado.

C. A. Todorova es filóloga, ilustradora y escritora de novelas de fantasía. Cuenta con una gran comunidad de lectores en sus plataformas que esperan su próximo libro.



Primera edición: marzo de 2026

© 2026, C. A. Todorova
Todos los derechos reservados
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Andrés Aguirre, por el mapa

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de la cubierta: © C. A. Todorova

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-19868-83-1

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: @SalamandraEd
Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La orden de Hereshia. Comandantes de la tormenta

Prólogo

1. La doncella del hielo

2. La guerra del Alzamiento

3. Una nueva realidad

4. El palacete Verde

5. Drethol

6. Advertencia

7. Un trato

8. Noche de fuego

9. El retorno

10. Duro despertar

11. Futuro incierto

12. Enseñanzas

13. Al acecho

14. Una advertencia

15. Cacería

16. Doblegar la mente

17. Ascuas

18. A través del desierto

19. Estrellas

20. Culpa

21. Resignación

22. Responsabilidad

23. Preguntas

24. Tormenta

25. El peligro

26. El reino de la colina

27. Auria

28. Cuestión de linaje

29. Una bendición
30. Condiciones
31. Duelo de espadas
32. El Paladín
33. Cruzar el límite
34. Significado
35. Enlace
36. Entre libros
37. Un nombre
38. Una ofrenda
39. Lo que se construye
40. Conexión
41. El diario
42. Sopor
43. Una treta
44. Contra las cuerdas
45. Destinado a brillar
46. Erom
47. El oráculo
48. Cristales
49. En las estribaciones
50. Un nuevo comienzo
Epílogo
Sobre este libro
Sobre C. A. Todorova
Créditos